

NORA ROBERTS EDITORIAL BRUNO

J.D. ROBB



SOLEMNE ANTE  
LA MUERTE

BRUNO EDITORIAL

Conducir una secreta investigación de la muerte de un compañero policía, tiene a la Teniente Eve Dallas pisando tierra peligrosa. Ella debe anteponer la ética profesional antes de la lealtad personal. Un policía veterano muere de un paro cardíaco. Entre la pena de la familia y muchos amigos del departamento de policía, al cadáver se le descubren rastros de sustancias tóxicas en su cuerpo. ¿Finalmente se torció y estaba implicado en el tráfico de drogas? ¿O fue envenenado? Estas preguntas se las

hacen los amigos de la víctima y más aún el Departamento de Asuntos Internos. Hay evidencia de cultos satánicos en torno a ello, y rumores de sacrificios humanos y drogas. Cuando aumenta el número de muertos, Eve se vuelve el objetivo del mal: este puede ser sobrenatural o criminal, pero definitivamente es terrible. Pero cuando un muerto aparece fuera de su casa, Eve toma la advertencia en forma personal. Con su marido, Roarke, vigilando cada movimiento, Eve se enfrenta al caso más peligroso de su carrera. Cada

paso que da hace que cuestione sus propias creencias del bien y del mal, y la acerca más a una confrontación con la más seductora forma del mal...

# **SOLEMNE ANTE LA MUERTE**

**J.D.ROOB**

Eve Dallas (V)

Hay más cosas en el cielo y la tierra,

Horacio, que las soñadas en tu filosofía.

Shakespeare

No podemos rendir reverencia a

Satán, pues eso sería indiscreto, pero al menos podemos respetar sus talentos.

Mark Twain

# Capítulo Uno

La muerte la rodeaba. Se le enfrentaba diariamente, soñaba con ella todas las noches. Vivía con ella siempre. Conocía sus sonidos, sus perfumes, incluso su textura. Podía mirar en su oscuro e ingenioso ojo sin una mueca de desagrado. La muerte era una enemiga tramposa, lo sabía. Una mueca de desagrado, un parpadeo, y podría cambiar de posición, podría alterarse. Podría ganar.

Diez años como policía no la habían endurecido contra eso. Una década en la

fuerza no le había hecho aceptarla. Cuando veía el ojo de la muerte, era con el frío acero del guerrero.

Eve Dallas veía la muerte ahora. Y la veía en uno de los suyos.

Frank Wojinski había sido un buen policía, íntegro. Algunos habrían dicho que lento. Había sido afable, recordó. Un hombre que no se había quejado de la bazofia disfrazada de comida de la cantina del NYPD<sup>1</sup>, o del trabajo administrativo que quemaba los ojos. O, pensó, Eve, en el hecho de que él tenía sesenta y dos años de edad y nunca había pasado del rango de sargento detective.



Había sido algo rechoncho y había dejado su cabello encanecer y reducirse naturalmente. Cosa infrecuente en el año 2058, donde cualquier hombre podía realzar y esculpir su cuerpo. Ahora, en su ataúd rodeado de tristes lirios, parecía un monje pacíficamente dormido hacía poco.

Había nacido en épocas más tempranas, meditó Eve, Viniendo al mundo al final de un milenio y viviendo su vida en el siguiente. Había estado en las Guerras Urbanas, pero no había hablado tanto de ellas como lo hacían tantos policías mayores. Frank no había tenido tiempo de contar historias de

guerra, recordó. Le agradaba más enseñar la última foto o el último holograma de sus hijos y nietos.

Le gustaba contar chistes malos, hablar de deportes, y tenía debilidad por los hotdogs de soja con condimentados pepinillos encurtidos.

Un hombre de familia, pensó, uno que dejaba mucha pena tras él. Ciertamente, no podía pensar en nadie que hubiera conocido a Frank Wojinski que no le hubiese querido.

Había muerto con media vida todavía por delante, había muerto solo, cuando el corazón que todos pensaban que era enorme y fuerte, se había

detenido.

– Maldita sea.

Eve se volteó y colocó su mano sobre el brazo del hombre al lado de ella.

–Lo siento, Feeney.

Él negó con la cabeza, sus hundidos ojos llenos de sufrimiento. Se mesó el rojo cabello con la mano.

–En el trabajo podría haber sido más fácil. Puedo manejar que hubiera caído en cumplimiento del deber. Pero sólo un infarto. Sólo que el corazón se detenga, cuando estás mirando tranquilamente un juego en la pantalla. No hay derecho, Dallas. Un hombre no se supone que

debe dejar de vivir a su edad.

—Lo sé. No sabiendo qué más hacer, Eve pasó un brazo sobre sus hombros y le dirigió hacia afuera.

—Él me entrenó. Me cuidó desde que era un novato. Nunca me dejó caer. —El dolor irradió a través de él y destelló lentamente en sus ojos, vaciló en su voz—. Frank nunca abandonó a nadie en su vida.

—Lo sé, —le dijo otra vez, porque no había nada más que pudiera decir. Estaba acostumbrada a que Feeney fuera resistente y fuerte. La magnitud de su pena la preocupó.

Ella le dirigió a través de los

dolientes. El lugar estaba atestado de policías y familiares. Y dónde había policías y muerte, había café. O lo que pasara por eso en este tipo de lugares. Sirvió una taza y se la dio a él.

—No lo puedo aceptar. No puedo dejarlo ir. —Dejó escapar un largo y desigual suspiro. Era un hombre robusto, compacto, que llevaba su pena abiertamente como si trajese puesto un abrigo arrugado—. No he hablado con Sally aún. Mi esposa está con ella. Es sólo que yo no puedo hacerlo.

—Está bien. No he hablado con ella, tampoco. —Ya que no tenía nada que hacer con sus manos, Eve se sirvió una

taza de café para sí misma, que no tenía intención de beber—. Todos están sorprendidos por esto. No sabía que él tenía un problema de corazón.

—Nadie sabía, —dijo Feeney quedamente—. Nadie lo sabía.

Ella conservó una mano sobre su hombro mientras revisaba la abarrotada y sobrecargada habitación. Cuando un compañero había caído en el cumplimiento del deber, los policías podían enojarse, podían enfocarse en algo, centrar su blanco. Pero cuando la muerte entraba a hurtadillas y con dedo caprichoso, no había nadie para culpar. Y nadie a quién castigar.

Fue impotencia lo que ella sintió en ese lugar y lo que sentía dentro de sí. No puedes enarbolar tu arma contra el destino, o tu puño.

El director de pompas fúnebres, estupendo en su traje negro tradicional y de cara tan pálida como cualquiera de sus clientes, caminaba por la habitación, con ligeras manos y sobrios ojos. Eve pensaba que preferiría ver un cadáver levantarse y sonreír abiertamente que escuchar sus trivialidades.

— ¿Por qué no vamos a hablar juntos con la familia?

Fue duro para él, pero Feeney asintió con la cabeza, dejando a un lado

el café sin tocar.

—Le agradabas, Dallas. “Esa chica tiene las pelotas de acero y una mente a juego”, solía decirme. Siempre dijo que si estuviera problemas, serías la única que querría guardándole las espaldas.

La asombró y la complació, pero simultáneamente acrecentó su pesar.

— No me percaté de que él pensaba de mí de ese modo.

Feeney la miró. Ella tenía una cara interesante, no una que detuviera el corazón, pero usualmente hacía que un hombre la mirara dos veces, los ángulos finos y afilados, y el hoyuelo en su barbilla. Tenía ojos de policía, intensos



y medidos, y él a menudo olvidaba que eran de un color marrón dorado oscuro. Su cabello era del mismo tono, corto y mal cortado, con necesidad de darle alguna forma. Era alta y delgada y su cuerpo era duro.

Recordó que había sido menos de un mes antes que la había encontrado herida y ensangrentada. Pero su arma había estado firme en su mano.

—Él pensaba en ti de ese modo. Igual lo hago yo. —Mientras parpadeaba, Feeney cuadró sus hombros encorvados—. Vamos a hablar con Sally y los niños.

Se escabulleron juntos a través de

la multitud en una habitación opresiva con paneles oscuros de madera sintética, pesados y rojos cortinajes, y el olor a funeral de demasiadas flores abarrotadas en un pequeño espacio.

Eve se preguntó porqué las exposiciones de los muertos estaban siempre acompañadas por flores y cortinados de color rojo. ¿Qué antigua ceremonia le habría dado comienzo, y por qué el hombre continuaba aferrándose a eso?

Tenía la certeza de que cuándo le llegase su hora, no escogería ser mostrada a sus seres queridos y a sus colegas en una habitación caliente donde

el perfume penetrante de las flores recordara a la putrefacción.

Luego vio a Sally, apoyada por sus hijos y los hijos de sus hijos, y se dio cuenta de que esos ritos estaban para los vivos. A los muertos estaba más allá de importarles.

—Ryan. —Sally tendió sus manos, pequeñas, casi como de hada, y levantó su mejilla para Feeney. Lo abrazó por un momento, sus ojos cerrados, su cara pálida y quieta.

Era una mujer delgada, de voz suave de la que Eve siempre había pensado que era delicada. Pero la esposa de un policía que había sobrevivido la tensión

nerviosa del trabajo por más de cuarenta años tenía que tener acero. Contra con su sencillo vestido negro lucía el anillo por los veinticinco años en el Departamento de Policía y Seguridad de Nueva York de su marido en una cadena.

Otro rito, pensó Eve. Otro símbolo.

—Estoy tan contenta de que estés aquí, —murmuró Sally.

—Lo extrañaré. Todos le extrañaremos. — Feeney le palmeó torpemente la espalda antes de alejarse. La pena estaba en su garganta, ahogándolo. Al tragar, se le alojó fría y dura en su intestino. —Sabes que si hay algo, cualquier cosa...

—Lo sé. —Sus labios se curvaron ligeramente, y le dio a su mano un apretón rápido y reconfortante antes de dirigirse a Eve. —Aprecio que haya venido, Dallas.

—Fue un buen hombre. Un policía recto.

—Sí, lo fue. —Reconociéndolo como un gran tributo, Sally forzó una sonrisa—. Estaba orgulloso de servir y proteger. El comandante Whitney y su esposa están aquí, y el Jefe Tibble. Y tantos otros. —Su mirada vagó ciegamente alrededor del cuarto—. Tantos. Importaba, Frank importaba.

—Por supuesto que sí, Sally. —Feeney

cambió de posición un pie al otro—. Tú, ah, sabes del fondo de sobrevivencia.

Ella sonrió otra vez, palmeando su mano.

—Estamos bien aquí. No te preocupes. Dallas, no creo que realmente conozca a mi familia. Teniente Dallas, mi hija Brenda.

Baja, con curvas redondeadas, advirtió Eve al estrecharse las manos. Cabello y ojos oscuros, un hoyuelo en la barbilla. Se parecía a su padre.

—Mi hijo Curtis.

Delgado, huesos pequeños, manos suaves, ojos secos pero brillando con pesar.

—Mis nietos.

Había cinco de ellos, el más joven un niño de aproximadamente ocho años con una nariz rota de boxeador, con pecas. Observó a Eve con deliberación.

— ¿Por qué trae usted su arma?

Eve azorada, jaló su chaqueta sobre su arma de mano.

—Vine directamente de Policía Central. No tuve tiempo de ir a casa y cambiarme.

—Pete. —Curtis le pidió a Eve disculpas con la mirada—. No molestes a la teniente.

—Si las personas se concentrasen más en sus poderes personales y

espirituales, entonces las armas serían innecesarias. Soy Alice.

Uno delgada rubia de negro dio un paso hacia adelante. Habría sido una sorpresa en cualquier caso, filosofó Eve, pero haber saltado con esa aseveración la hacía deslumbrante. Sus ojos eran azul suave, de ensueño, su boca llena, exuberante y sin pintar. Llevaba su cabello suelto a fin de que flotara ondeante y lustroso sobre los hombros de su sinuoso vestido negro. Una cadena de plata delgada atada a su cintura. Al final de esta llevaba una piedra negra rodeada de plata.

—Alice, tienes la cabeza vacía.



Ella echó un vistazo sobre su hombro hacia un chico de aproximadamente dieciséis años. Pero sus manos continuaron revoloteando en la piedra negra, como elegantes aves guardando su nido.

—Mi hermano Jamie. —dijo con una voz sedosa—. Todavía piensa que los insultos merecen una reacción. Mi abuelo me habló de usted, teniente Dallas.

—Me siento halagada.

— ¿Su marido no está con usted esta noche?

Eve arqueó una ceja. No sólo apenada, dedujo, sino también nerviosa.

Era fácil de reconocer. Señales, pero no lo suficientemente claras. La chica iba tras de algo, caviló. ¿Pero de qué?

—No, él no está. —Desvió su mirada de regreso a Sally—. Le envía sus condolencias, señora Wojinski. Está fuera de planeta.

—Debe tomar una gran cantidad de concentración y energía, —interrumpió Alice—, mantener una relación con un hombre como Roarke, y dedicarse a al mismo tiempo a una carrera exigente, difícil, incluso peligrosa. Mi abuelo solía decir que una vez que usted tenía una pista en una investigación, nunca la dejaba ir. ¿Diría que eso es cierto,

teniente?

—Si dejas ir la pista, pierdes. No me gusta perder. —Sostuvo la extraña mirada de Alice por un momento, después en un impulso se agachó y murmuró al oído de Pete—. Cuando era novata, vi a tu abuelo darle a un tipo a casi 10 metros. Era el mejor. —Fue recompensada con una rápida y amplia sonrisa antes de enderezarse—. Él no será olvidado, señora Wojinski —dijo, tendiendo la mano—, y él tuvo muchísima importancia para todos nosotros.

Se iba a retirar, pero Alice colocó una mano sobre su brazo, y se inclinó hacia ella. La mano, noto Eve, temblaba

ligeramente.

—Fue interesante conocerla teniente.  
Gracias por venir.

Eve inclinó la cabeza y se perdió entre la multitud. Casualmente, metió una mano en el bolsillo de su chaqueta y cogió la delgada hoja de papel que Alice había deslizado adentro.

Le tomó otros treinta minutos salir. Esperó hasta que estuvo afuera y en su vehículo antes de sacar la nota y leerla.

Reúnase conmigo mañana, a medianoche. En el Club Aquarian NO LE DIGA A NADIE. Su vida está en riesgo.

En lugar de una firma, había un

símbolo, una línea oscura corriendo en un círculo que se expandía hasta formar un tipo de laberinto. Casi tan intrigada como molesta, Eve arrugó la nota dentro de su bolsillo e inició el regreso a casa.

Porque era policía, vio la figura cubierta de negro, apenas una sombra entre las sombras. Y porque era policía, supo que él la vigilaba.

Siempre que Roarke estaba ausente, Eve prefería pretender que la casa estaba vacía. Ambos, ella y Summerset, que prestaba servicio como jefe del personal de la casa de Roarke, hacían lo mejor que podían por ignorar uno la presencia del otro. La casa era enorme,

un laberinto de habitaciones, lo cual hacia un asunto simple evitarse.

Entró en el amplio vestíbulo, lanzó su chaqueta de cuero sobre la mesa tallada, porque sabía que esto haría rechinar los dientes a Summerset. Él detestaba que cualquier cosa estropearla la elegancia de la casa. Particularmente ella.

Subió las escaleras, pero en vez de dirigirse al dormitorio principal, viró hacia su oficina.

Si Roarke tenía que pasar otra noche fuera del planeta como esperaba, entonces ella prefería pasar la de ella en su propia silla de relajación antes que

en la cama de ambos.

A menudo tenía pesadillas cuando dormía sola.

Entre el trabajo de oficina retrasado y el funeral, no había tenido tiempo para comer. Eve ordenó un emparedado —de jamón de Virginia legítimo en pan de centeno— y un café con cafeína genuina. Cuando el AutoChef efectuó la entrega, ella aspiró los aromas lenta y codiciosamente. Dio el primer mordisco con los ojos cerrados para disfrutar mejor el milagro.

Había definitivas ventajas en estar casada con un hombre que podía ofrecer carne real en lugar de sus subproductos

y similares.

Para satisfacer su curiosidad, fue a su escritorio y encendió su ordenador. Tragó un bocado, lo bajó con café.

—Todos los datos disponibles del sujeto Alice, apellido desconocido. Nombre de la madre Brenda, nombre de soltera Wojinski, abuelos maternos Frank y Sally Wojinski

Trabajando. . .

Eve tamborileó sus dedos, sacó la nota y la releyó mientras se terminaba el refrigerio.

Sujeto Lingstrom Alicia. Fecha de Nacimiento 10—06—2040. Primer hijo e hija única de Jan Lingstrom y Brenda



Wojinski, divorciados. Domicilio, 486 de West Eight Apartamento 48, ciudad de Nueva York. Hermano, James Lingstrom, fecha de nacimiento: 22—03—2042. Educación, graduada de la escuela secundaria, encargada del discurso de despedida. Dos semestres en la universidad: Harvard. Especialidad, antropología. Especialidad académica, mitología. Tercer semestre aplazado. Actualmente empleada como dependiente en Spirit Quest, 228 de West Tenth,, ciudad de Nueva York. Estado civil, soltera.

Eve chasqueó la lengua.

— ¿Registro criminal?

Ningún registro criminal.

—Suenas bastante normal —murmuró Eve—, datos del Spirit Quest.

Spirit Quest. Tienda Wicca2 y centro de consulta, propiedad de Isis Paige y Charles Forte. Tres años en Tenth Street. Ingreso anual bruto: ciento veinticinco mil dólares. Sacerdotista autorizada, herbolaria, e hipnoterapista registrada in situ.

— ¿Wicca? —Eve se reclinó con un bufido—. ¿Cosas de bruja? Jesús. ¿Qué tipo de estafa es esta?

Wicca, reconocida tanto como religión y un oficio, es una fe antigua, basada en la naturaleza...

—Alto. —resopló Eve. Ella no estaba buscando una definición de brujería, pero sí una explicación referente a por qué un policía estable como una roca acabó con una nieta que creía en encantos, hechizos y cristales mágicos.

Y el porqué esa nieta quería una reunión en secreto.

La mejor forma a averiguarlo, decidió, era aparecer en el Club Aquarian en un poco más de veinticuatro horas. Dejó la nota en el escritorio. Sería fácil descartarla, pensó, si no hubiera estado escrita por una pariente de un hombre que ella había respetado.

Y si ella no hubiera visto esa figura

en las sombras. Una figura que estaba segura no había querido ser vista.

Caminó hacia el baño adjunto y comenzó a desnudarse. Era una lástima que no pudiera llevar a Mavis con ella a la reunión. Eve tenía la sensación de que el Club Aquarian sería del agrado de su amiga. Apartó de una patada sus pantalones vaqueros, se estiró para eliminar el stress de un largo día, y se preguntó que haría con la larga noche por delante.

No tenía nada caliente para trabajar. Su último homicidio había sido tan fácil que ella y su ayudante lo habían resuelto en ocho horas. Tal vez podría pasar un

par de horas mirando alguna película. O podría escoger un arma de la sala de armas de Roarke y bajar y ejecutar un programa del holograma para quemar el exceso de energía hasta que pudiera dormir.

Nunca había probado uno de sus fusiles de auto—asalto. Podría ser interesante experimentar cómo se defendía un policía de su enemigo durante los primeros días de la Guerra Urbana.

Entró en la ducha.

—Máxima presión, —ordenó—. Treinta y siete grados.

Deseó tener un asesinato para hundir

sus dientes. Algo que enfocara su mente y agotara su sistema. Y demonios, eso era patético. Estaba sola, se percató. Desesperada por distracción, y él sólo se había ido hacía tres días.

¿Ambos tenían sus vidas no? Las habían vivido antes de que se encontraran y continuarían viviéndolas después. Las demandas de sus ocupaciones absorbían mucho de su tiempo y de su atención. Su relación había funcionado —y continuaba haciéndolo, para sorpresa de ella— porque ambos eran personas independientes.

Cristo, lo extrañaba

escandalosamente. Disgustada consigo misma, agachó su cabeza bajo la ducha y dejó que el agua le golpeará el cráneo.

Cuando unas manos resbalaron alrededor de su cintura y luego se deslizaron hacia arriba para ahuecarse sobre sus pechos, apenas se movió. Pero su corazón brincó. Conocía su toque, la sensación de esos largos y delgados dedos, la textura de aquellas anchas manos. Echó la cabeza hacia atrás, invitando a la boca a posarse en la curva de su hombro.

—Mmm. Summerset. Eres un hombre salvaje.

Los dientes pellizcaron su carne y se

escuchó una risa ahogada. Los pulgares le rozaron sus pezones enjabonados y la hicieron gemir.

—No voy a despedirle. — Roarke deslizó una mano hacia el centro del cuerpo de ella.

—Valía la pena el intento. Regresaste.... —sus dedos se sumergieron expertamente dentro de ella, hábiles y resbaladizos, hasta que ella simultáneamente se arqueó, gimió y se corrió—, temprano, —finalizó con una explosiva respiración—. Dios.

—Diría que llegué justo a tiempo. — La hizo girar hacia él, y mientras ella se estremecía y parpadeaba bajo el agua,



cubrió su boca en un beso largo y voraz.

Él había estado pensando en ella en el interminable vuelo a casa. Pensando en esto, sólo en esto: Tocarla, y saborearla, y escuchar su rápida y agitada respiración como ahora. Y aquí estaba ella, desnuda, mojada y temblorosa para él.

La atrapó en la esquina de la ducha, agarró sus caderas, y lentamente la elevó.

— ¿Me extrañaste?'

El corazón de ella retumbaba. Estaba a centímetros de introducirse dentro de ella, llenándola, destruyéndola.

—No realmente.

—Bueno, en ese caso... —La besó ligeramente en la barbilla—. Te dejaré sola para que termines tu ducha en paz.

En un instante, ella envolvió sus piernas alrededor de su cintura, y cogió un mechón de su melena mojada.

—Inténtalo, amigo, y serás hombre muerto.

—En el interés de la auto—conservación, entonces. —Para torturarles a ambos, se deslizó en ella lentamente, observando como sus ojos se volvían opacos. Cerró su boca sobre la de ella nuevamente a fin de sentir sus suspiros estremecidos dentro de él.

La cabalgata fue lenta y lúbrica, y más tierna de lo que uno u otro hubieran esperado. El clímax llegó en un largo, calmo suspiro. Sus labios se curvaron contra los de él.

—Bienvenido a casa.

Ella le podía ver ahora, esos deslumbrantes ojos azules, la cara que era de santo y pecador a la vez, la boca de un poeta condenado. Su cabello caía mojado, negro y lustroso, apenas tocando los sutiles y sorprendentemente duros músculos de sus hombros.

Viéndole después de estas breves ausencias periódicas, siempre había algo que la sacudía inesperadamente.

Dudaba que alguna vez se acostumbrara a que él no solamente la quisiera sino que la amara.

Estaba sonriendo todavía cuando peinó con sus dedos su cabello, negro y espeso.

— ¿Todo bien con la estación Olimpo?

—Ajustes, algunos retrasos. Nada que no pueda ser solucionado. —El elaborado centro espacial vacacional y de recreo se abriría a tiempo, porque él no aceptaría hacerlo de otra manera.

Ordenó que cesara completamente el agua de la ducha, luego tomó una toalla para envolverla alrededor de ella,

cuando ella sola habría usado el el tubo secador.

—Comienzo a comprender por qué te quedas aquí mientras estoy ausente. No podría dormir otra noche en la Suite Presidencial. —Tomó otra toalla, y la frotó sobre su cabello—. Me siento demasiado solo sin ti.

Ella se apoyó contra él un momento, sólo para sentir las familiares líneas de su cuerpo contra las suyas.

—Nos estamos volviendo condenadamente empalagosos.

—No me importa. Los irlandeses somos muy sentimentales.

Eso la hizo sonreír burlonamente,

mientrra él tomo batas para ambos. Podría tener la música de Irlanda en su voz, pero dudaba seriamente que ninguno de los amigos o enemigos de negocios de él, consideraran a Roarke como un hombre sentimental.

—Ninguna magulladura fresca, —comentó él, ayudándole con su bata antes de que lo pudiese hacer ella misma—. Asumo que has tenido un par de días tranquilos.

—En su mayor parte. Tuvimos un caso de un cliente un poco demasiado entusiasta con una acompañante profesional. La sofocó hasta la muerte durante el sexo. —Se anudo la cinta de la

bata de baño, pasó sus dedos a través de su cabello para escurrir el exceso de agua—. Él se asustó y huyó. —Encogió los hombros, al regresar a la habitación—. Pero regresó por sí mismo, con su abogado, unas pocas horas más tarde. Fue procesado por homicidio sin premeditación. Dejé a Peabody manejar la entrevista y el papeleo.

—Hmm. —Roarke fue a un gabinete empotrado por vino, sirvió un vaso para ambos—. Ha estado tranquilo entonces.

—Sí. Fui a un funeral esta noche.

Su frente se frunció, luego se aclaró.

—Ah, sí, me lo dijiste. Siento no haber podido llegar a casa a tiempo para

ir contigo.

—Feeney lo lleva realmente mal. Sería más fácil si Frank hubiera muerto en cumplimiento del deber.

Esta vez el ceño en la frente de Roarke se acentuó.

— ¿Preferirías que tu compañero hubiera sido asesinado, en vez, de morir tranquilamente por la noche?

—Sólo estoy diciendo que lo podría llevar un poco mejor, eso es todo. — Frunció el ceño mirando dentro de su copa. Pensó que no sería sabio de su parte decir a Roarke que ella preferiría una muerte rápida y violenta para sí misma—. Hay algo extraño, sin embargo.



Me reuní con la familia de Frank. La nieta más grande es algo rara—

— ¿En qué forma?

—La forma en que habló, y la información que obtuve sobre ella después que llegué a casa.

Intrigado, él levantó su copa para beber.

— ¿Hiciste una averiguación sobre ella?

—Sólo un rápido chequeo. Porque ella me pasó esto. —Eve caminó hacia el escritorio, y recogió la nota.

Roarke la revisó, y dijo:

—Laberinto de Tierra.

— ¿Qué?

–Este símbolo. Es céltico.

Agitando la cabeza, Eve se acercó para mirar de nuevo.

–Sabes las cosas más extrañas

–Nada de extraño. Desciendo de los celtas, después de todo. El antiguo símbolo del laberinto es mágico y sagrado.

–Bien, eso concuerda. Ella está metida en brujería o algo por el estilo. Inició una educación de primera categoría en Harvard. Pero se dio de baja para trabajar en una tienda del West Village que vende cristales y hierbas mágicas.

Roarke siguió el símbolo con la

punta de los dedos. Lo había visto antes, y otros como éste. Durante su infancia, los cultos en Dublín se dividían entre crueles pandillas y pacifistas piadosos. Todos, claro está, habían usado la religión como excusa para matar. O morir.

— ¿Tienes alguna idea de la razón por la que quiere reunirse contigo?

—Ninguna. Diría que ella cree que leyó mi aura o algo por el estilo. Mavis hacía estafas místicas antes de que la arrestara por robar billeteras. Me dijo que las personas pagarán casi cualquier cosa si les dices lo que quieren oír. Y más, si les dices lo que no quieren oír.

—Que es por lo que las estafas y los negocios legítimos son exactamente lo mismo— Le sonrió. —Vas a ir, de cualquier manera.

—Seguro, llegaré hasta el final.

Naturalmente, que lo haría. Roarke echó un vistazo a la nota nuevamente, luego la dejó a un lado y dijo:

—Voy contigo

—Ella quiere...

—Es una lástima lo que ella quiera. —  
Bebió un sorbo de su vino, un hombre acostumbrado a hacer precisamente lo que quería. De una u otra forma—. Permaneceré fuera de su vista. El Club Aquarian es básicamente inofensivo,

pero siempre hay algunos elementos desagradables que se cuelan por ahí.

—Los elementos desagradables son mi vida, —dijo sobriamente, luego irguió la cabeza—. ¿Tu no... eres dueño del Club Aquarian, verdad?

—No. —Sonrió—. ¿Te gustaría?

Ella soltó una carcajada y tomó su mano.

—Vamos. Bebamos esto en la cama.

Relajada por el sexo y el vino, se quedó pacíficamente dormida, enroscada alrededor de Roarke. Por eso se quedó perpleja al encontrarse repentina y completamente despierta sólo dos horas más tarde. No había sido

una de sus pesadillas. No hubo terror, dolor, ni sudor frío, húmedo y pegajoso.

Pero había despertado en forma repentina, y su corazón no estaba demasiado estable. Se mantuvo inmóvil, fijando su mirada en el cielo a través de la ancha ventana que había sobre la cama, escuchando la tranquila y estable respiración de Roarke al lado de ella.

Cambió de posición, y casi aulló cuando vio unos ojos resplandecientes en la oscuridad. Luego sintió el peso sobre sus tobillos. Galahad, pensó, y puso sus ojos en blanco. El gato había entrado y había saltado encima de la cama. Eso era lo que la había

despertado, se dijo a sí misma. Eso era todo.

Se acomodó otra vez, girando de lado, sintiendo el apretón del brazo de Roarke alrededor de ella. Con un suspiro, cerró los ojos, y se acurrucó contra él.

Sólo fue el gato, pensó con somnolencia.

Pero podría haber jurado que había escuchado a alguien cantando.

# Capítulo Dos

Para cuando Eve estuvo enterrada hasta los codos en papeleo a la mañana siguiente, los extraños desvelos de la noche pasaron al olvido. Nueva York parecía deleitarse en los balsámicos días del otoño temprano y se comportaba. Parecía un buen momento para tomarse unas pocas horas y organizar su oficina.

O, mejor dicho, delegar en Peabody para que la organizara.

— ¿Cómo pueden estar tus archivos tan liados? —Exigió Peabody. Su cara



cuadrada y ansiosa expresaba profunda desilusión y pesar.

—Yo sé donde está todo. —Le dijo Eve—. Quiero que lo pongas todo de forma que todavía sepa donde está, pero también que parezca que tiene sentido que esté ahí. ¿Un encargo demasiado difícil, oficial?

—Puedo manejarlo. —Peabody puso los ojos en blanco a espaldas de Eve—. Señora.

—Bien. Y no me pongas los ojos en blanco. Si las cosas están un poco enredadas, como señalas, es porque he tenido un año ocupado. Como estamos en el último cuatrimestre de éste y te

estoy entrenando, recae sobre mí la responsabilidad de endilgarte esto –Eve se giró y apenas sonrió–. Con la esperanza, Peabody, de que un día tendrás un aprendiz al que asignar estos encargos de mierda.

–Tu fe en mí resulta conmovedora, Dallas. Me abruma. –Siseó ante la computadora–. O quizás sea el hecho de que tienes aquí impresos amarillentos de hace cinco años lo que me abruma. Esto debería haber sido descargado en el archivo principal y eliminado de tu unidad después de veinticuatro meses.

–Entonces descárgalo y elimínalo ahora. –Eve sonrió ampliamente cuando

la máquina se bloqueó, y después emitió una advertencia de fallo del sistema—. Y buena suerte.

—La tecnología puede ser nuestra amiga. Y como cualquier amistad, requiere mantenimiento regular y comprensión.

—Yo la comprendo bien. —Eve se acercó, dejando caer el puño dos veces sobre el aparato. La unidad hipó volviendo al modo funcional. — ¿Ves?

—Tienes un toque realmente fino, teniente. Por eso los tíos de Mantenimiento lanzan dardos a tu foto.

— ¿Aún? Cristo, sí que son rencorosos. —Con un encogimiento de

hombros, Eve se sentó en la esquina del escritorio—. ¿Qué sabes de brujería?

—Si quieres que lance un hechizo aquí a tu máquina, Dallas, queda un poco fuera de mi campo. —Apretó los dientes, hizo malabarismos y comprimió archivos.

—Tú eres una free—ager.

—Caduca. Vamos, vamos, puedes hacerlo. —Murmuró a la computadora—. Por otro lado. —añadió—. Los free—agers no son practicantes de Wicca. Ambos veneran la tierra, y ambos están basados en el orden natural, pero... hijo de puta, ¿adónde ha ido?

— ¿Qué? ¿Adónde ha ido qué?

—Nada. —Encorvando los hombros, Peabody protegió el monitor—. Nada. No te preocupes, estoy en ello. De todas formas probablemente no necesitabas esos archivos.

— ¿Eso es una broma, Peabody?

—Puedes apostar a que sí. Ja, ja. — Una línea de sudor goteaba por su espalda mientras atacaba las teclas—. Aquí. Aquí está. Ningún problema, ningún problema en absoluto. Y marchando al ordenador principal. Pulcro y ordenado. —Dejó escapar un enorme suspiro—. ¿Podría tomar algo de café? Sólo para mantenerme alerta.

Eve recorrió la pantalla con la

mirada, no viendo nada que pareciera amenazador. Sin decir ni una palabra, se levantó y ordenó café al AutoChef.

— ¿Por qué quieres saber sobre el Wicca? ¿Estás pensando en convertirte?

—Ante la mirada insulsa de Eve, Peabody intentó una sonrisa—. Otra broma.

—Hoy estás llena de ellas. Qué curioso.

—Bueno, hay algún parecido entre las doctrinas básicas del Wicca y de los free—agers. Una búsqueda de equilibrio y armonía, la celebración de las estaciones que se remonta a tiempos ancestrales, el estricto código de no—

violencia.

– ¿No—violencia? –Eve entrecerró los ojos—. ¿Y que hay de las maldiciones, lanzar hechizos, y sacrificios? ¿Vírgenes desnudas sobre el altar y gallos negros que acaban decapitados?

–La ficción pinta a las brujas de ese modo. Ya sabes, "Doble trabajo, doble problema, el fuego quema y la caldera burbujea". Shakespeare. Macbeth.

Eve resopló.

–"Te cogeré, preciosa, a ti y tu perrito", La Bruja Malvada del Oeste. Canal Clásico.

–Una buena. –Admitió Peabody–.

Pero ambos ejemplos alimentan los más básicos conceptos erróneos. Las brujas no son feas y malvadas arpías que revuelven calderos y persiguen jovencitas y a sus amigables y parlanchines espantapájaros. Puede que a los que practican el Wicca les guste el nudismo, pero no hacen daño a nada ni a nadie. Estrictamente magia blanca.

— ¿Lo contrario de?

—Magia negra.

Eve estudió a su ayudante.

— ¿No crees en ese asunto, verdad?

¿Magia y hechizos?

—No. —Revivida por el café,

Peabody volvió a la computadora. —



Conozco algunos de los básicos porque tengo un primo que se pasó al Wicca. Está metido de lleno. Se unió a un coven<sup>3</sup> en Cincinnati.

—Tienes un primo en un coven en Cincinnati. —Riendo, Eve dejó su propio café a un lado—. Peabody, nunca dejas de asombrarme.

—Algún día te hablaré de mi abuelita y sus cinco amantes.

—Cinco amantes no es anormal para la duración de la vida de una mujer.

—No en toda su vida; en el último mes. Todos al mismo tiempo. —Peabody levantó la mirada, impassible. —Tiene noventa y ocho años. Espero durar tanto

como ella.

Eve se tragó una risa ahogada y su telecomunicador emitió un bip.

—Dallas. —Observó la cara del comandante Whitney flotar en la pantalla—.

—Sí, comandante.

—Me gustaría hablar con usted, teniente, en mi oficina. Tan pronto como sea posible.

—Sí, señor. Cinco minutos. —Eve cortó, lanzando una mirada esperanzadora hacia Peabody—. Quizás tengamos algo que hacer. Sigue trabajando en esos archivos. Contactaré contigo si tenemos que salir.

Se puso en marcha, volviéndose para asomar la cabeza dentro.

—No te comas mi barra de caramelo.

—Demonios. —Dijo Peabody en voz baja—. Nunca se olvida.

Whitney había pasado la mayor parte de su vida tras una placa y una gran parte de su vida profesional al mando. Había convertido el hecho de conocer a sus policías en su especialidad, juzgaba sus fuerzas y debilidades. Y sabía como utilizar ambas cosas.

Era un hombre grande con manos de trabajador y ojos oscuros y penetrantes, que algunos consideraban fríos. Su temperamento, en la superficie, era casi

aterradoramente parejo. Y como la mayor parte de las superficies lisas, recubría algo peligroso que fermentaba debajo.

Eve le respetaba, ocasionalmente le gustaba, y siempre le admiraba.

Estaba ante su escritorio cuando entró en su oficina, líneas de concentración se marcaban en su frente mientras leía algo en copia de papel. No levantó la mirada, simplemente gesticuló hacia una silla. Ella se sentó, observando un tranvía aéreo que pasaba estruendosamente junto a la ventana, frustada como siempre por el número de pasajeros con binoculares y gafas espía.

¿Qué esperan ver tras las ventanas donde trabajan los policías? Se preguntó.

¿Sospechosos torturados, armas disparándose, víctimas sangrando y llorando? ¿Y por qué les entretendría fantasear con semejante miseria?

—La vi en el velatorio anoche.

Eve desvió sus pensamientos y atención hacia su comandante.

—Imagino que la mayor parte de los policías de la Central hicieron su aparición.

—Frank era muy apreciado.

—Sí, lo era.

—¿Nunca trabajó con él?

—Me dio algunos consejos cuando era novata, me echó una mano con alguna investigación preliminar un par de veces, pero no, nunca trabajé con él directamente.

Whitney asintió, manteniendo sus ojos fijos en ella.

—Fue compañero de Feeney, antes de su época. A usted se le asignó el puesto con Feeney después de que Frank cambiara las calles por un escritorio.

Eve empezaba a tener un incómodo presentimiento en el estómago. Aquí hay algo, pensó. Algo apestá.

—Sí, señor. Esto ha afectado bastante a Feeney.

—Soy consciente de eso, Dallas. Por eso es que el capitán Feeney no está aquí esta mañana. —Whitney apoyó los codos en su escritorio, uniendo los dedos, doblándolos—. Tenemos una posible situación, teniente. Una situación delicada.

— ¿Referente al sargento detective Wojinski?

—La información que voy a revelarle es confidencial. Su ayudante puede ser informada a su discreción, pero nadie más del cuerpo. Ni de los medios de comunicación. Le estoy pidiendo, ordenando —Corrigió—, que trabaje esencialmente sola en este asunto.

La incomodidad de su estómago se extendió con pequeños lametones de miedo al pensar en Feeney.

—Entiendo.

—Hay algunas cuestiones pendientes en las circunstancias de la muerte del detective sargento Wojinski.

—¿Cuestiones, Comandante?

—Requerirá algunos datos de apoyo.

—Posó sus manos unidas en el borde del escritorio—. Se me ha llamado la atención sobre el hecho de que el detective sargento Wojinski o seguía una investigación en su tiempo libre o estaba mezclado en algo ilegal.

— ¿Drogas? ¿Frank? Nadie estaba



más limpio que Frank.

Whitney no mostró más que un parpadeo.

—El veintidos de septiembre de este año, el detective sargento Wojinski fue detectado por un detective encubierto de Estupefacientes supuestamente haciendo negocios en un posible punto de distribución química. El Athame es un club privado, de temática religiosa, que ofrece a los miembros servicios rituales individuales o en grupo y tiene licencia para funciones sexuales privadas. La División de Estupefacientes lo ha estado investigando desde hace dos años. Frank fue visto realizando una compra.

Cuando Eve no dijo nada, Whitney tomó un largo aliento.

—Esta situación me fue subsiguientemente informada. Interrogué a Frank, y él no cooperó. —Whitney vaciló, después siguió hasta el final—. Francamente, Dallas, el hecho es que ni lo confirmó ni lo negó, rehusó explicarse o discutirlo, algo muy fuera de su caracter. Y eso me preocupó. Le ordené someterse a un examen físico, incluyendo un escáner de drogas, le aconsejé que tomase una semana de permiso. Estuvo de acuerdo con ambas cosas. El escáner resultó, en ese momento, limpio. Debido a sus

antecedentes y a mi conocimiento personal y mi opinión sobre él, no informé del incidente en su ficha, sino que se silenció.

Se levantó entonces, volviéndose hacia la ventana.

—Quizás fue un error. Es posible que si hubiera investigado la cuestión en ese momento, todavía estuviera vivo, y no tendríamos que tener esta conversación.

—Confió en su juicio y en su hombre.

Whitney se dio la vuelta. Sus ojos eran oscuros; intensos pero no fríos. Pensó Eve. Los sentía vivos.

—Si, eso hice. Y ahora tengo más datos. La autopsia estándar del detective

sargento Wojinski detectó restos de digitalina y Zeus.

—Zeus. —Ahora fue Eve quien se levantó—. Frank no era consumidor, comandante. Dejando a un lado quién y qué era, una sustancia tan poderosa como el Zeus provoca síntomas. Lo ves en los ojos, en la personalidad que cambia. Si hubiera estado consumiendo Zeus, cada policía de esta división lo habría sabido. El escáner de drogas lo habría detectado. Tiene que ser un error.

Se hundió las manos en los bolsillos, obligándose a no pasearse de arriba a abajo.

—Si, hay polis que consumen, y hay

polis que creen que sus placas les protegen de la ley. Pero no Frank. De ninguna manera estaba sucio.

—Pero las pruebas están ahí, teniente. Al igual que las de otras sustancias, identificadas como clones de diseño. La combinación dio como resultado un paro cardíaco y la muerte.

— ¿Sospecha que se suicidó, auto—terminación? —Ella sacudió la cabeza—. No encaja.

—Repito, las pruebas están ahí.

—Entonces tendría que haber un motivo. ¿Digitalina? —Frunció el ceño—. Es un medicamento para el corazón, ¿verdad? Dijo que había pasado un

examen físico un par de semanas atrás. ¿Por qué no mostró que tenía problemas de corazón?

La mirada de Whitney permaneció firme.

—El mejor amigo de Frank en el cuerpo es el detective forense más reputado de la ciudad.

— ¿Feeney? —Eve dio dos zancadas hacia delante antes de poder detenerse a sí misma—. ¿Cree que Feeney le encubrió, que amañó sus resultados? Maldita sea, comandante.

—Es una posibilidad que no puedo ignorar. —Dijo Whitney suavemente—. Ni usted tampoco. La amistad puede nublar,

y lo hace verdaderamente, el juicio. Confío en que su amistad con Feeney, en este caso, no nuble la suya.

Se acercó de nuevo a su escritorio, su posición de autoridad.

—Estos alegatos y sospechas deben ser investigadas y resueltas.

Los lenguetazos ardientes de su estómago habían crecido y ardían como ácido.

—Quiere que investigue a dos compañeros. Uno de los cuales ha muerto, dejando una apenada familia atrás. Y otro que fue mi entrenador y es mi amigo. —Puso las manos sobre el escritorio—. Es su amigo.

Él había esperado la furia, la aceptaba. Al igual que esperaba que ella hiciera el trabajo. No aceptaría menos.

— ¿Prefiere que ceda el caso a alguien a quien no le importe? —Su frente se alzó al preguntar—. Quiero que esto se haga discretamente, investigando hasta la más mínima evidencia y con informes lacrados solo para mis ojos. Podría ser necesario que hablara con la familia del detective sargento Wojinski en algún momento. Confío en que lo hará con discreción y tacto. No hay necesidad de agravar su pena.

— ¿Y si encuentro algo que ensucie toda una vida de servicio público?



—Eso será asunto mío.

Ella se enderezó.

—Lo que me está pidiendo que haga es una mierda.

—Se lo estoy ordenando, —Corrigió Whitney—. Eso debería ponérselo más fácil, teniente. Aquí tiene. —Le ofreció dos discos sellados—. Visione esto en su unidad casera. Todas y cada una de las transmisiones sobre este asunto serán enviadas de su unidad casera a la mía. Nada pasará a través de la Central de Policía hasta que yo indique otra cosa. Retírese.

Ella giró sobre sus talones, caminando hacia la puerta. Allí se

detuvo pero no miró atrás.

—No rondaré a Feeney. Maldito si lo haré.

Whitney la observó salir a zancadas, después cerró los ojos. Ella haría lo que fuera necesario, lo sabía. Sólo esperaba que no fuera nada con lo que después no pudiera vivir.

El genio de Eve estaba en ebullición para cuando volvió a su propia oficina. Peabody estaba sentada ante el monitor, sonriendo burlonamente.

—¿Qué hay de llamar a la puerta? Tu unidad es una auténtica piltrafa, Dallas, pero la he puesto en forma.

—Deja eso. —Espetó Eve y agarró su

chaqueta y su bolso—. Coge tus cosas, Peabody.

— ¿Tenemos un caso? —Rápidamente, Peabody saltó de la silla y se apresuró tras Eve. — ¿Qué clase de caso? ¿Adónde vamos? —Empezó a trotar para mantener el paso—. ¿Dallas? ¿Teniente?

Eve golpeó el control del ascensor, y sólo la mirada furiosa que lanzó a Peabody fue suficiente como para ahogar cualquier otra pregunta. Eve entró en el ascensor, incrustándose entre varios policías ruidosos, y permaneciendo en pétreo silencio.

—Eh, Dallas, ¿qué tal de recién casada? Por qué no haces que tu marido

rico compre el Eatery y sirva algo de auténtica comida.

Ella lanzó una mirada acerada sobre su hombro, clavando los ojos en la cara de un policía sonriente.

—Muérdeme, Carter.

—Eh, lo intenté hace tres años, y casi me rompes todos los dientes. Mejor lo dejamos para un civil. —Dijo él cuando estallaron las risas.

—Mejor déjalo para alguien que no sea el mayor imbécil de Robos. —Intervino alguien más.

—Mejor eso que ser el menor, Forenski. Eh, Peabody. —Continuó Carter. — ¿Quieres que te muerda?

– ¿Está al día tu seguro dental?

–Lo comprobaré y volveré a informarte. –Con un guiño, Carter y varios de los otros salieron en montón.

–Carter hace su movida con cualquier fémina. –Dijo Peabody conversadora, preocupada por que Eve continuaba mirando directamente hacia adelante. –Lástima que sea un imbécil. –Sin respuesta—. Ah, Forenski es mono. –Continuó Peabody. –No tiene una pareja estable, ¿verdad?

–Yo no me meto en las vidas privadas de los compañeros. –Respondió Eve bruscamente y salió a zancadas en el nivel del garaje.

—No te importa meterte en la mía. —  
Dijo Peabody en voz baja. Esperó hasta  
que Eve decodificó las cerraduras de su  
coche y después trepó al asiento del  
pasajero—. ¿Debo registrar el destino,  
señora, o es una sorpresa? —Después  
parpadeó cuando Eve simplemente  
apoyó la cabeza contra el volante—. Eh,  
¿va todo bien? ¿Qué pasa, Dallas?

—Registra oficina en casa. —Eve  
tomó aliento, enderezándose—. Te  
informaré de camino. Toda la  
información que te dé y todos los  
informes de la investigación en curso  
serán codificados y sellados. —Eve  
maniobró para salir del garaje y hasta la

calle—. Toda la información y los archivos son confidenciales. Me informarás sólo a mí o al comandante.

—Sí, señora. —Peabody tragó la obstrucción que tenía alojada en la garganta. — ¿Es interno, verdad? Es uno de los nuestros.

—Sí. Maldita sea. Es uno de los nuestros.

Su unidad casera no tenía las excentricidades de su computadora oficial. Roarke se había ocupado de ello.

Los datos pasaban suavemente por la pantalla.

—Detective Marion Burns. Había

estado infiltrada en El Athame durante ocho meses, trabajando como barman. –Apretó los labios. –Burns. No la conozco.

–Yo sí, ligeramente. –Peabody arrastró su silla un poco más cerca de la de Eve. –La conocí cuando tú estabas... ya sabes, durante el asunto Casto. Me pareció del tipo sólido y atenta al trabajo. Si la memoria no me engaña, es la tercera generación de policías. Su madre todavía está en el cuerpo. Capitán, creo, en Bunko. Su abuelo fue abatido en cumplimiento del deber durante las Guerras Urbanas. No sé por qué habría señalado al sargento



detective Wojinski.

—Quizás informó lo que vio, o quizás hay algo más. Tendremos que averiguarlo. Su informe a Whitney fue bastante cortante y seco. A las tres cero cero horas del 22 de septiembre de 2058, observó que el detective sargento Wojinski se sentó en una cabina privada con la conocida traficante de sustancias químicas Selina Cross. Wojinski intercambió créditos por un pequeño paquete, que parecía contener una sustancia ilegal. La conversación y el intercambio duraron quince minutos, tras lo cual Cross se mudó a otra cabina. Wojinski permaneció en el club otros

diez minutos, después salió. La detective Burns siguió al sujeto durante dos manzanas, momento en el cual éste abordó un transporte público.

—Así que nunca le vio utilizarla.

—No. Y nunca lo vio volver al club ni esa noche ni ninguna otra durante su vigilancia. Burns está a la cabeza de nuestra lista de interrogatorios.

—Sí, señora. Dallas, ya que Wojinski y Feeney eran íntimos, ¿no se deduciría de eso que Wojinski habría confiado en él? O de no ser así, que Feeney habría notado... algo.

—No sé. —Eve se frotó los ojos—. El Athame. ¿Qué demonios es un athame?

—Eso lo sé. —Peabody sacó su PC de bolsillo y requirió los datos—. Athame, cuchillo ceremonial, herramienta ritual normalmente fabricada en acero. Tradicionalmente el athame no se utiliza para cortar, sino para trazar o borrar círculos en tierra sagrada.

Peabody levantó la mirada hacia Eve.

—Brujería. —Continuó—. Qué coincidencia.

—No lo creo. —Sacó la nota de Alice del cajón de su escritorio, pasándosela a Peabody.

—La nieta de Frank me pasó esta nota en el velatorio. Resulta que trabaja en una tienda llamada Spirti Quest. ¿La

conoces?

—Sé lo que es. —Preocupada ahora, Peabody dejó la nota sobre el escritorio—. Los wiccanos son pacíficos, Dallas. Y utilizan hierbas, no sustancias químicas. Ningún auténtico wiccano compraría, vendería, o utilizaría Zeus.

— ¿Y qué hay de la digitalina? —Eve irguió la cabeza—. Es un tipo de hierba, ¿verdad?

—Destilada de la dedalera. Se ha utilizado con fines medicinales durante siglos.

— ¿Qué es, una especie de estimulante?

—No sé mucho sobre curación, pero

sí, eso creo.

—Al igual que el Zeus. Me pregunto qué clase de efecto conseguirías combinándolos ambos. Mala mezcla, dosis equivocada, lo que sea, sería sorprendente si no acabaras con un ataque al corazón.

— ¿Crees que Wojinski se auto—  
terminó?

—El comandante lo sospecha, y yo tengo preguntas. —Dijo Eve impacientemente—. No tengo respuestas. Pero voy a conseguir las. —Recogió la nota—. Empezaremos esta noche, con Alice. Te quiero aquí a las once, con ropa civil. Intenta parecer una free—

ager, Peabody, no una poli.

Peaboy hizo una mueca.

—Me pondré el vestido que mi madre me hizo para mi último cumpleaños. Pero me cabrearé bastante si te ríes.

—Intentaré controlarme. Por ahora, veamos si podemos averiguar algo de Selina Cross y el Club Athame.

Cinco minutos después, Eve sonreía sombríamente a su máquina.

—Interesante. Nuestra Selina ha estado alrededor. Pasó algún tiempo entre rejas. Mira esta hoja amarilla, Peabody. Ofrecer sexo sin licencia en el 43 y 44. Cargos por agresión también en el 44, a continuación la soltaron.

Detenida en Bunko en el 47, por llevar a cabo una estafa como médium. ¿Para qué demonios quiere la gente hablar con los muertos, de todas formas? Sospechosa de mutilación animal en el 49. Sin pruebas suficientes para el arresto. Manufacturación y distribución de estupefacientes. Eso fue lo que la etiquetó y sacó de circulación del 50 al 51. Toda mierda de escasa importancia. Pero aquí, en el 55, se le detuvo e interrogó en conexión con la muerte ritual de una menor. Su coartada aguantó.

—Los de Estupefacientes la tienen bajo vigilancia desde que la soltaron en

el 51 –añadió Peabody.

–Pero no la han detenido.

–Como bien dices, es un pez pequeño. Deben estar buscando un pez más gordo.

–Esa sería mi conclusión. Veremos lo que Marion tiene que decir. Mira aquí, dice que Selina Cross es propietaria del Club El Athame, libre y limpia. –Apretó los dientes. – ¿Ahora bien, de donde sacaría una traficante de poca monta los créditos suficientes para comprar y llevar un club? Ella es una tapadera. Me pregunto si los de Estupefacientes saben para quién. Echémosle un vistazo. Computadora,



muestra una imagen del sujeto Cross, Selina.

—Uff. —Peabody sufrió un pequeño estremecimiento cuando la imagen flotó en la pantalla—. Sugerente...

—No es una cara que uno olvidaría. —Murmuró Eve.

Era afilada y estrecha, los labios llenos y de un rojo vibrante, los ojos negros como el onix. Había belleza allí, en el equilibrio de rasgos y la piel blanca y lisa, pero era fría. Y como Peabody había observado, sugerente. Su pelo era tan oscuro como sus ojos, colocados perfectamente en el centro, y directos. Tenía un pequeño tatuaje sobre

la ceja izquierda.

– ¿Qué es ese símbolo? –Preguntó Eve. –Zoom y realce del segmento veinte al veintidos, treinta por ciento.

–Un pentagrama. –La voz de Peabody tembló, provocando que Eve la mirara con curiosidad–.Invertido. Ella no es wiccana, Dallas. –Peabody se aclaró la garganta–. Es Satanista.

Eve no creía en tales cosas... ni en la magia blanca ni la negra. Pero estaba preparada para creer que otros si lo hacían. Y más que inclinada a creer que alguien utilizaba esa fe malencaminada para sacar provecho.

–Cuidado con lo que menosprecias,

Eve.

Distraída, levantó la mirada. Roarke había insistido en conducir. No podía quejarse, cuando cualquiera de sus vehículos dejaba al de ella en vergüenza.

— ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, que cuando ciertas creencias y tradiciones sobreviven durante siglos, hay una razón para ello.

—Seguro que la hay, los seres humanos son, y siempre han sido, ingenuos. Y hay, y siempre ha habido, individuos que saben como explotar esa ingenuidad. Voy a averiguar si alguien explotaba la de Frank.

Se lo había contado todo a Roarke, y lo había justificado profesionalmente diciéndose que ya que no podría recurrir a Feeney para su habilidad con los ordenadores, podría, y lo haría, recurrir a Roarke para ello.

—Eres un buen policía y una mujer sensible. Con frecuencia, eres demasiado buen policia y una mujer demasiado sensible. —Se detuvo a causa del tráfico, girándose hacia ella—. Te estoy pidiendo que seas especialmente cuidadosa cuando ahondes en un área como esta.

Su cara estaba entre las sombras, y su voz era demasiado seria.

– ¿Quieres decir brujas y adoradores del diablo? Vamos, Roarke, estamos en el segundo milenio. ¡Satanistas, por amor de Dios! –Se apartó el pelo de la cara–. ¿Qué demonios creen que harían con él si existiera y se la arreglaran para conseguir su atención?

–Ese es el problema, ¿verdad? –Dijo Roarke tranquilamente y giró al oeste hacia el Club Aquarian.

–Los demonios existen. –Eve frunció el ceño cuando él deslizó el vehículo hasta un lugar en el segundo nivel sobre la calle–. Y son de carne y hueso, caminan sobre dos piernas. Tú y yo los hemos visto en abundancia.

Salió, tomando la rampa que bajaba hasta el nivel de la calle. Había brisa, y el viento refrescante había limpiado los olores y el humo. En lo alto, el cielo era de un espeso negro, sin luna o estrellas. Faros entrecruzados atravesaban el aire proveniente del tráfico, seguido por el gruñido amortiguado de motores.

Aquí en la calle había un mercado pseudoartístico, levantado en la parte de la ciudad donde incluso el puesto móvil de comida de la esquina estaba inmaculado y el menú iba desde fruta fresca híbrida hasta perros calientes de soja ahumados. La mayor parte de los vendedores callejeros habían cerrado

por la noche, pero durante el día, desplegarían sus carretas y sus ofertas de joyería hecha a mano, alfombras y tapices, hierbas de baño y tes.

Probablemente los mendigos de esta zona serían corteses, sus licencias claramente desplegadas. Lo mas seguro era que gastarían sus ganancias diarias en una comida en vez de sofisticadas sustancias químicas.

El índice de criminalidad era bajo, los alquileres criminales, y la edad media de los residentes y comerciantes despreocupadamente joven.

Ella habría odiado vivir allí.

—Llegamos pronto. —Murmuró,

escudriñando la calle por cuestión de hábito. Entonces su boca se curvó en una sonrisa afectada—. Mira eso. El Psico Deli. Supongo que entras, ordenas el picadillo vegetariano y ellos afirman que sabían que ibas a hacer exactamente eso. Ensalada de pasta y lectura de la palma de la mano. Está abierto. —En un impulso, se giró hacia Roarke. Quería algo que cambiara su humor agrio. — ¿Juegas?

— ¿Quieres que te lean la palma?

—Qué demonios. —Eve le agarró la mano—. Me pondrá a tono para investigar a traficantes de droga satanistas. Quizás nos ofrezcan un trato y



nos hagan mitad de precio.

—No.

—Nunca sabrás a menos que preguntes.

—No voy a dejar que me lean la mano.

—Cobarde. —Murmuró y tiró de él atravesando la puerta.

—Yo prefiero la palabra cuidadoso.

Ella tenía que admitirlo, olía maravillosamente. Nada de la usual mezcla de cebolla y pesadas salsas. En vez de eso, había en el aire una ligera fragancia a especias y flores que encajaba perfectamente con la música etérea.

Pequeñas mesas y sillas blancas estaban colocadas a agradable distancia del mostrador donde tazones y platos de comida colorida se presentaban tras un cristal reluciente. Había dos clientes sentados juntos con tazones de sopa clara. Ambos lucían ropa blanca, sandalias adornadas con joyas, y cabezas afeitadas.

Tras el mostrador había un hombre con anillos de plata en todos los dedos. Vestía una camisa de manga ancha de un azul sosegado. Su pelo rubio estaba pulcramente trenzado y atado con un cordón plateado. Sonrió en bienvenida.

—Benditos sean. ¿Desean comida

para el cuerpo o para el alma?

—Creía que se suponía que usted lo sabría. —Eve le sonrió abiertamente—. ¿Qué tal una lectura?

— ¿Palma, tarot, runas o aura?

—Palma. —Divertida, Eve extendió la mano.

—Cassandra es nuestra lectora de palmas. Si toma un asiento confortable, estará encantada de ayudarla. —Añadió él cuando ella empezó a girarse—. Sus auras son muy fuertes, vibrantes. Están bien emparejados. —Con esto, recogió una vara de madera con un borde redondeado y recorrió gentilmente con ella el borde un de tazón blanco

escarchado.

Incluso mientras la vibración cantaba, una mujer salió a través de la cortina de cuentas que separaba la trastienda. Vestía una túnica plateada con un brazalete de plata enroscado por encima del hombro. Eve notó que era muy joven, apenas veinte años, y como el hombre, su pelo era rubio y recogido en una trenza.

—Bienvenidos. —Su voz tenía un dejo de Irlanda—. Por favor póngase cómodos. ¿Les gustaría a ambos una lectura?

—No, sólo yo. —Eve tomó asiento en una mesa lejana—. ¿Cómo funciona esto?

—La lectura es gratuita. Sólo solicitamos una donación. —Se sentó graciosamente, sonriendo hacia Roarke—. Vuestra generosidad será apreciada. Madam, la mano con la que ha nacido.

—Llegué al mundo con ambas.

—La izquierda, por favor. —Ahuecó los dedos bajo la mano que ofrecía Eve, apenas tocándola al principio—. Fuerza y coraje. Su destino no está aún determinado. Un trauma, una ruptura en la línea de la vida. Muy joven. Era sólo una niña. Tanto dolor, tanta tristeza. —Alzó la mirada, gris claro—. Usted no tuvo, ni tiene, culpa.

Apretó el apretón cuando Eve se retiró instintivamente.

—No es necesario recordarlo todo hasta que esté preparada. Pesar, desconfianza en sí misma, pasiones bloqueadas. Una mujer solitaria que elige concentrarse en una meta. Una gran necesidad de justicia. Disciplinada, automotivada... preocupada. Su corazón fue quebrado, más que quebrado. Mutilado. Así que guardó lo que quedó de él. Es una mano capaz. Una mano en la que confiar.

Tomó la mano derecha de Eve firmemente, pero apenas la miró. Esos ojos gris claro permanecían sobre la

cara de Eve.

—Lleva mucho de lo que fue dentro de usted. No estará tranquila, no descansará. Pero usted ha encontrado su lugar. La autoridad encaja con usted, al igual que la responsabilidad que ella conlleva. Es testaruda, con frecuencia enfocada en una sola cosa, pero su corazón ha sanado de sobra. Ama.

De nuevo lanzó una mirada hacia Roarke, y su boca se suavizó cuando volvió a mirar a Eve.

—La sorprendió, la profundidad de esto. La pone nerviosa, y a usted no se la pone nerviosa con facilidad. —Su pulgar se deslizó sobre la palma de Eve—. Su

corazón siente profundamente. Es... muy selectivo. Es cuidadoso, pero cuando se entrega, lo hace por completo. Lleva una identificación. Una placa. —Sonrió lentamente—. Sí, hizo la elección correcta. Quizás la única que podría haber hecho. Ha matado. Más de una vez. No había alternativa para usted, aunque eso le pesa en la mente y el corazón. En esto, encuentra difícil separar el intelecto de la emoción. Volverá a matar.

Los ojos grises se volvieron vidriosos, y el agarre se tensó ligeramente.

—Hay oscuridad. Las fuerzas son



oscuras aquí. Maldad. Vidas ya perdidas, y otras que se perderán. Dolor y miedo. Cuerpo y alma. Debe protegerse a sí misma y a aquellos a los que ama.

Se volvió hacia Roarke, tirando de su mano y hablando rápidamente en gaélico. Su cara se había quedado muy blanca, y su respiración era aguda.

—Es suficiente. —Sacudida, Even apartó la mano. —Una buena función. —Irritada porque la palma le picaba, se la frotó con fuerza contra la rodilla de los pantalones. —Tienes buen ojo, Cassandra, ¿verdad? Una arenga impresionante. —Rebuscó en su bolsillo,

sacó cincuenta créditos y los dejó sobre la mesa.

—Espere. —Cassandra abrió una pequeña bolsita adornada de su cintura, extrayendo una piedra lisa de un verde pálido. —Un regalo. Un amuleto. Llévelo con usted.

— ¿Por qué?

— ¿Por qué no? Por favor vuelva de nuevo. Bendita sea.

Eve captó un último vistazo de su cara pálida antes de que Cassandra se apresurara a entrar en la trastienda con un tintineo musical de cuentas.

—Bueno, esperaba algo más parecido a "vas a hacer un largo viaje por el

océano" –Murmuró mientras se dirigía hacia la puerta—. ¿Qué te dijo?

–Su dialecto era un poco difícil. Yo diría que es de los condados del oeste. –Salió fuera, curiosamente aliviado de poder aspirar el aire nocturno. –En esencia dijo que si te amaba tanto como ella creía, me quedara cerca. Que estás en peligro de perder la vida, quizás el alma, y me necesitas para sobrevivir.

–Menuda tontería. –Bajó la mirada a la piedra en su mano.

–Guárdala. –Roarke le cerró los dedos sobre ella—. No te hará daño.

Con un encogimiento de hombros, Eve se la metió en el bolsillo.

–Creo que voy a mantenerme lejos de psíquicos.

–Una idea excelente. –Dijo Roake con sentimiento mientras paseaba con ella cruzando la calle y hacia el interior del Club Aquarian.

# Capítulo Tres

Era un gran un lugar, reflexionó Eve, y ciertamente más tranquilo que cualquier otro club en el que ella hubiera estado antes. La conversación y música era en un tono bajo, y ambas tenían un dejo ligeramente elegante. Las mesas estaban puestas juntas como era la norma, pero estaban arregladas para proporcionar patrones circulares de tráfico que le recordaron a Eve el símbolo en la base de la nota de Alice.

Adornando las paredes había espejos con formas de estrellas y lunas.

Cada uno sostenía una vela ardiendo, una columna blanca, que reflejaba la luz y la llama. Entre cada espejo habían placas con símbolos y figuras que ella no reconoció. La pequeña pista de baile era igualmente circular, como lo era la barra donde los clientes se sentaban sobre taburetes que representaban signos del zodiaco. Le tomó un momento ubicar a la mujer sentada sobre las caras gemelas de Géminis.

—Jesus, esa es Peabody.

Roarke levantó su mirada, para enfocarla en la mujer en un largo, envolvente vestido en distintos matices de azul y verde. Tres largos hilos de

cuentas centellaban hasta su cintura, y pendientes de metales multicolores tintineaban bajo el borde de su recto, recortado cabello.

—Bien, bien —dijo él y sonrió lentamente—, nuestra robusta Peabody hace muy buen cuadro.

—Ella seguramente... se mezcla —decidió Eve—. Tengo que encontrarme con Alice a solas. ¿Por qué no vas y hablas con Peabody?

—Un placer. Teniente... —él le dirigió una larga mirada a sus pantalones vaqueros usados, baqueteada chaqueta de cuero, y orejas sin adornos—. Tú no te mezclas.

– ¿Es una indirecta?

–No –él golpeó con su dedo sobre la hendidura en su barbilla–. Una observación –se alejó, sentándose en el taburete al lado de Peabody.

–Bien, veamos, ¿esta sería la línea estándar? ¿Qué está haciendo una bruja agradable como tú en un lugar como este?

Peabody le deslizó una mirada de soslayo, haciendo una mueca.

–Me siento como una idiota en esta vestimenta.

–Luces adorable.

Ella bufó.

–No es exactamente mi estilo.



—¿Sabes lo que es fascinante acerca de las mujeres, Peabody? —él extendió la mano, golpeando ligeramente con un dedo sus pendientes colgantes para hacerlos moverse—. Las hay de muchos estilos. ¿Qué estás bebiendo?

Ridículamente halagada, ella luchó para no sonrojarse.

—Un Sagitario. Ese es mi signo. Se supone que la bebida está metabólica y espiritualmente diseñada para mi personalidad —bebió un sorbo del claro cáliz—. Realmente, no es malo. ¿Cuál es el tuyo, es decir, cual es tu signo de nacimiento?

—No tengo idea. Creo que nací la

primera semana de octubre.

Creo, pensó Peabody. Qué extraño que no sepa.

—Bueno, eso te haría un Libra.

—Pues bien, dejemos que sea metabólico y espiritualmente correcto —él se volvió a ordenar las bebidas, viendo a Eve sentándose a una mesa—. ¿Qué signo le atribuirías a tu teniente?

—Ella es difícil de definir.

—Ciertamente lo es —murmuró Roarke.

Desde su mesa en el círculo exterior, Eve observaba todo. No había una banda o imagen holográfica de una. En lugar de eso, la música parecía venir de

ninguna parte y de todos lados. Flautas y pulsantes instrumentos de cuerda, una suave voz femenina que cantaba con una imposible dulzura en un lenguaje que Eve no reconoció.

Vio parejas en serias conversaciones, otras riéndose quedamente. Nadie ni siquiera pestañeó cuándo una mujer enfundada en impoluto blanco se levantó a bailar sola. Eve ordenó agua y se divirtió cuando fue servida en una copa de plata simulada.

Se puso a escuchar la conversación en la mesa detrás de ella y fue de lo más divertido oír el grave debate del grupo sobre sus experiencias con proyección

astral.

En una mesa en el siguiente anillo, dos mujeres hablaban de sus anteriores vidas como bailarinas del templo en la Atlántida. Ella se preguntó por qué las vidas anteriores eran siempre más exóticas que las uno estaba viviendo. La única que una persona tenía, en su opinión.

Excéntricos inofensivos, pensó Eve, pero se encontró a sí misma frotando su palma que todavía le escocía en sus pantalones vaqueros.

Vio a Alice al minuto en que la chica entró. Agitada, pensó Eve. Manos nerviosas, hombros tensos, ojos

inquietos. Esperó hasta que Alice escudriñó el lugar, la divisó, y luego inclinó su cabeza en reconocimiento. Con una última mirada hacia la puerta, Alice se apresuró a encontrarla.

—Vino. Me preocupaba que no pudiera hacerlo —rápidamente, se zambulló en su bolsillo y extrajo una suave piedra negra en una cadena de plata—. Póngase esto. Por favor —insistió ella cuando Eve sólo la estudió la piedra—. Es obsidiana. Ha sido consagrada. Bloqueará el mal.

—Estoy totalmente a favor de eso —Eve pasó la cadena alrededor de su cuello—. ¿Mejor?

—Éste es el lugar más seguro que conozco. El más limpio —todavía lanzando miradas alrededor del cuarto, Alice se sentó—. Solía venir aquí todo el tiempo —aferró el amuleto que traía puesto con ambas manos mientras un mesero se deslizaba hacia la mesa—. Un Sol Dorado, por favor —aspiró profundamente mientras miraba detrás de Eve—. Necesito coraje. He tratado de meditar todo el día, pero estoy bloqueada. Tengo miedo.

— ¿De qué está usted asustada, Alice?

—De ser la próxima que maten los que mataron a mi abuelo.

– ¿Quién mató a su abuelo?

–El mal le mató. Asesinar es lo mejor que el mal hace. Usted no creerá lo que le diga. Está demasiado acostumbrada a creer sólo en lo que ve con sus propios ojos –aceptó la bebida del mesero, cerró sus ojos un momento como si estuviera orando, entonces lentamente levantó la taza a sus labios—. Pero usted no lo ignorará, tampoco. Es una muy buena policía. No quiero morir –dijo Alice y bajó su taza.

Eso, pensó Eve, era la primera cosa sensata que había oído. El miedo era lo suficientemente genuino, decidió, y se desenmascaró esta noche. Por lo visto,

Alice había tenido el cuidado de cubrirse con una capa de compostura y calma.

Por su familia, se percató Eve.

— ¿De quién tiene miedo usted, y por qué?

—Tengo que explicarle. Todo eso. Tengo que purgar antes de que pueda enmendarme. Mi abuelo la respetaba, así es que vengo a usted en su memoria. Yo no nací bruja.

— ¿No lo hizo? —dijo Eve secamente.

—Algunas lo hacen, y otras, como yo, son simplemente atraídas al oficio. Me interesé en Wicca a través de mis



estudios, y mientras más aprendía, más necesidad sentía de pertenecer. Fui atraída por los rituales, la búsqueda del balance, la alegría, y las éticas positivas. No compartía mi interés con mi familia. No habrían entendido.

Inclinó su cabeza y su pelo cayó como una cortina.

—Disfruté el secreto de eso, y era todavía bastante joven para encontrar la experiencia de acudir desnuda a una celebración al aire libre, ligeramente malvada. Mi familia... —levantó la cabeza otra vez—, son conservadores, y una parte de mí simplemente quiso hacer algo atrevido.

– ¿Una pequeña rebelión?

–Sí, eso es cierto. Si hubiera dejado las cosas así –murmuró Alice–, si verdaderamente hubiera aceptado mi iniciación en el culto, y lo que significaba, todo sería diferente ahora. Fui débil, y mi intelecto muy ambicioso –levantó su bebida otra vez, humedeciendo su garganta seca–. Quería saber. Para comparar y analizar, un poco como una tesis, los contrastes entre la magia blanca y negra. ¿Cómo podía apreciar una completamente sin entender su antítesis? Ese fue mi justificación.

–Suenas lógico.

–Lógica falsa –insistió Alice–. Me

engañaba a mí misma. El ego y el intelecto son tan arrogantes. Estudiaría las artes negras en un nivel puramente erudito. Hablaría con aquéllos que habían escogido el otro camino y descubriría qué los había alejado de la luz. Sería excitante —sonrió trémulamente—. Pensé que sería excitante y, por un tiempo, lo fue.

Una niña, pensó Eve, en el cuerpo de una mujer abrumadora. Brillante y curiosa, pero una niña, no obstante. Era lastimosamente fácil conseguir información de la gente joven.

— ¿Así fue cómo conoció usted a Selina Cross?

Palideciendo, Alice hizo un gesto rápido cerrado la mano en un puño y elevando sus dedos índice y meñique.

— ¿Cómo sabe usted de ella?

—Hice alguna investigación. No vine aquí ciega, Alice. Como nieta de un policía, no debería haber esperado otra cosa.

—Tenga miedo de ella —Alice apretó los labios—. Téngale miedo.

—Ella es una estafadora de segunda categoría y traficante de sustancias ilegales.

—No, ella es mucho más —Alice agarró su amuleto otra vez—. Créalo, teniente. He visto. Sé. Ella la querrá.

Usted la desafiará.

— ¿Usted cree que ella tuvo algo que ver con la muerte de Frank?

—Sé que ella lo hizo. —Las lágrimas inundaron sus ojos, profundizando el suave azul. Una enorme y encantadora gota rebalsó y fue cayendo por su blanca mejilla—. Por mi causa.

Eve se inclinó para confortarla, y para bloquear la cara llorosa a cualquier espectador.

—Cuénteme sobre eso, sobre ella.

—La conocí casi un año atrás. En el sabbat de Samhain<sup>4</sup>. La noche de todos los Santos<sup>5</sup>. Más investigación, me dije a mí misma. No me percaté qué tan

profundamente ya había sido atraída, qué tan completamente seducida estaba por el poder, la pura avaricia egoísta del otro lado. No había realizado alguno de los rituales, no entonces. Todavía era una observadora. Luego la encontré a ella, y al que llaman Alban.

—¿Alban?

—Él la sirve. —Alice levantó una mano, colocando sus dedos contra su boca—. Esa noche todavía no está clara en mi mente. Ahora me doy cuenta que echaron un hechizo sobre mí. Les dejo dirigirme al círculo, quitarme mis ropas. Oigo sonar las campanas, y el cántico para el príncipe oscuro. Ví el sacrificio

de una cabra. Y compartí la sangre.

Su cabeza cayó otra vez mientras la vergüenza crecía dentro de ella.

—Participé en eso, bebí de eso, y lo disfruté. Fui el altar esa noche. Estaba atada a la piedra. No sé cómo o por quién, pero no estaba asustada. Estaba excitada.

Su voz descendió a un susurro. La música cambió, pasando de cuerdas a tambores y campanas, alegremente sexual. Alice nunca levantó su mirada.

—Cada miembro del coven me tocó, frotó aceites y sangre sobre mí. El cántico estaba dentro de mí, y el fuego era tan caliente. Luego Selina se puso

sobre mí. Ella... hizo cosas. Yo no había tenido ninguna experiencia sexual. Entonces, mientras ella se deslizaba por mi cuerpo, Alban montó a horcajadas sobre mí. Ella me miraba. Las manos de Alban estaban en los pechos de Selenia y él estaba dentro de mí. Y ella observaba mi cara. Quise cerrar mis ojos, pero no lo pude hacer. No podía. No podía dejar de mirar dentro de los ojos de ella. Fue como si ella fuese la que... la que estaba dentro de mí.

Sus lágrimas goteaban sobre la mesa ahora. Aunque Eve se había cambiado de posición para escudarla del resto del salón, y la voz de Alice era apenas nada



más que un susurro, varias cabezas giraron curiosamente.

—Usted fue drogada, Alice. Y abusada. No tiene nada de qué avergonzarse.

Sus ojos se levantaron brevemente y amenazaron con romper el corazón de Eve.

— ¿Entonces por qué estoy tan avergonzada? Yo era virgen, y hubo dolor, pero aun así era excitante. Insoportablemente. Y el placer que vino con eso fue enorme, monstruoso. Me usaron, e imploré ser vuelta a usar. Y lo fui, por el grupo entero. Para la salida del sol estaba perdida, esclavizada. Me

desperté en la cama, entre ellos. Alban Y Selina. Ya me había convertido en su aprendiz. Y su juguete.

Las lágrimas estaban corriendo por sus mejillas mientras ella bebía otra vez. —Sexualmente, no hubo ninguna cosa que no les permitiera a ellos, o a alguien de su elección, hacerme. Abracé la oscuridad. Y me descuidé en mi arrogancia. Alguien se lo dijo a mi abuelo. Él nunca me dio un nombre, pero yo sé que era un wiccano. Él me confrontó, y me reí de él. Le advertí que se mantuviera apartado de mis asuntos. Pensé que así lo haría.

Sin decir nada, Eve deslizó su agua

a través de la mesa. Agradecida, Alice la levantó, terminándola.

—Unos pocos meses atrás, descubrí que Selina y Alban realizaban rituales privados. Un día había salido temprano de la universidad. Fui a su casa, y oí el cántico ceremonial. Abrí la puerta de la cámara ritual. Estaban allí, juntos, realizando un sacrificio. —Sus manos se estremecieron—. No era una cabra esta vez, sino un niño. Un jovencito.

La mano de Eve se apretó sobre la muñeca de Alice.

— ¿Usted los vio asesinar a un niño?

—Asesinato es una palabra demasiado insípida para lo que hicieron.

—Las lágrimas desaparecieron con el horror—. No me pida que se lo cuente. No me pida eso.

Ella tendría que hacerlo, Eve lo sabía, pero podía esperar.

—Dígame lo que pueda.

—Vi a... Selina, el cuchillo ritual. La sangre, los gritos. Le juro que podía ver los gritos como manchas negras en el aire. Era demasiado tarde para detenerlo.

Miró a Eve otra vez, esos ojos implorando que le creyera en lo que estaba diciendo.

—Era demasiado tarde para hacer algo por el niño, aun si hubiera tenido el

poder o el coraje para intentarlo.

—Usted estaba sola, conmocionada — dijo Eve cuidadosamente—. La mujer estaba armada, el niño estaba muerto. Usted no podría haberlo ayudado.

Por un largo momento, Alice clavó los ojos en ella, luego se cubrió la cara con las manos.

—Trato de creer eso. Trato tan duramente. Vivir con eso está destruyéndome. Me escapé. Simplemente corrí.

—Usted no puede cambiar eso. —Eve dejó su mano en la muñeca de Alice, pero su agarre era gentil. Una vez había visto a un niño mutilado, había sido

demasiado tarde. Segundos demasiado tarde. Ella no había corrido, había matado. Pero el niño estaba muerto, de cualquier manera—. Usted no puede regresar y cambiarlo. Tiene que vivir con eso.

—Lo sé. Isis me dijo eso. —Alice hizo una trémula inspiración, bajó sus manos—. Estaban absortos en su trabajo y nunca me vieron. O rezo para que no me hayan visto. No fui con mi abuelo o la policía. Estaba aterrorizada, enferma. No sé cuánto tiempo pasó, pero fui a lo de Isis, la alta sacerdotisa que me había iniciado en Wicca. Ella me aceptó; aun después de todo lo que había hecho, ella

me aceptó.

— ¿Usted no le dijo a Frank lo que había visto?

Alice se sobresaltó ante la voz incisiva de Eve.

—No entonces. Pasé un tiempo en reflexión y purificación. Isis realizó varios ritos depuradores y cicatrizaciones áuricas. Isis y yo sentimos que era mejor que me quedara apartada por un tiempo, concentrada en encontrar la luz, y la expiación.

Los ojos de Eve eran abrasadores y duros mientras se apoyaba más cerca.

—Alice, ¿usted vio a un niño asesinado y no se lo dijo a nadie más

que a la bruja del barrio?

—Sé cómo suena. —Su labio se estremeció antes de que ella lo atrapase entre sus dientes y lo estabilizara—. El ser físico del niño estaba más allá de la ayuda. Yo no podía hacer nada por él más que rezar por el pasaje seguro de su alma al próximo plano. Tuve miedo de decirle al abuelo. Asustada de lo que podría hacer él y de lo que Selina le haría a él. Cuando el mes pasado acudí a él, le dije todo. Ahora está muerto, y sé que ella es la responsable.

— ¿Cómo lo sabe?

—La vi.

—Espere —estrechando los ojos, Eve



levantó una mano—. ¿Usted la vio matarlo?

—No, la vi fuera de mi ventana. Yo miraba hacia afuera la noche que él murió, y ella estaba de pie abajo, mirando hacia arriba. Contemplándome. Recibí la llamada de mi madre para decirme que el abuelo estaba muerto. Y Selina sonrió. Ella sonrió y me llamó por señas. —Alice enterró su cara en sus manos otra vez—. Envio a sus Fuerzas contra él. Usó su poder para taponar su corazón. Por mí. Ahora el cuervo viene todas las noches a mi ventana y me vigila con sus ojos.

Cristo, pensó Eve, ¿dónde estaban

yendo con esto?

— ¿Un pájaro?

Alice colocó sus manos temblorosas sobre la mesa.

—Ella puede cambiar de forma. Toma la forma que desea. Me he protegido como mejor puedo, pero mi fe puede no ser lo suficientemente fuerte. Ellos tiran de mí, llamándome.

—Alice. —Si bien le seguía simpatizando, Eve descubrió que su paciencia decrecía—. Selina Cross podría haber tenido parte en la muerte de su abuelo. Si nos encontramos con que él no murió de causas naturales, entonces no hay ningún hechizo; fue

calculado, asesinato simple. Si es así, habrá evidencias, y un juicio, y ella será castigada.

—Usted no puede encontrar humo —negó Alice con la cabeza—. No encontrará evidencia en una maldición.

Suficiente era suficiente.

—A estas alturas, usted es testigo de un delito. Potencialmente el único testigo, y si tiene miedo, entonces puedo arreglar una casa segura para usted. —Su voz fue lacónica y enérgica, totalmente policial—. Necesito que me dé una descripción del niño a fin de que pueda buscar en personas desaparecidas. Con su declaración formal, puedo obtener

una autorización para registrar el cuarto donde supuestamente presencié el asesinato. Necesito que me dé detalles, detalles precisos. Tiempos, lugares, nombres. Yo puedo ayudarla.

—Usted no entiende —dijo Alice, negando con la cabeza lentamente—. No me cree.

—Creo que usted es una mujer inteligente y curiosa que acabó con su cabeza entre algunas personas muy sucias. Y creo que está confundida y alterada. Tengo alguien con quien puede hablar y que le puede ayudar a ordenar las cosas.

— ¿Alguien? —Los ojos de Alice se

volvieron fríos y su voz dura—. ¿Un psiquiatra? Usted piensa que estoy imaginando cosas, inventándolas —su cuerpo temblaba mientras se ponía de pie—. No es mi mente la que está corriendo peligro, es mi vida. Mi vida, teniente Dallas, y mi alma. Si llega usted a encontrarse en batalla contra Selina, entonces creará. Y espero que la diosa la ayude.

Giró y salió corriendo, dejando a Eve maldiciendo.

—Eso pareció notablemente infructuoso —comentó Roarke cuando llegó detrás de ella.

—La chica está enojada, pero está

aterrorizada. —Eve respiró profundamente y se levantó—. Larguémonos de aquí. —hizo una señal a Peabody, luego se apresuró a la puerta.

Afuera, una fina neblina avanzaba a rastras a lo largo del piso, solapadamente, como enrolladas serpientes grises. La lluvia, fina y fría, estaba empezado a pulimentar la calle.

—Allí está ella —murmuró Eve cuando divisó a Alice dando vuelta a la esquina. —Va al sur. Peabody, sígala, asegúrese que llega a su casa segura.

—La tengo. —Peabody la siguió a un medio trote.

—Esa chica es un desastre, Roarke.

Han follado con ella de todas las formas. —Indignada, hundió sus manos en los bolsillos—. Probablemente pude haber manejado esto mejor, pero no veo cómo eso ayudaría a mantener sus ilusiones. Hechizos y maldiciones y cambiadores de forma. Jesús.

—Querida Eve. —Él besó su frente—. Mi práctica poli.

—Por la manera que lo cuenta, ella fue casi la novia de Satan. — Refunfuñando, Eve echó a andar hacia el coche, giró sobre sus talones, y se dio la vuelta—. Te diré cómo fue, Roarke. Ella quería jugar, quería jugar con lo oculto, y tropezó con malas noticias reales. Es

una chica ingenua, bonita, y no es necesaria una bola de cristal para verlo. Así que fue a una de sus reuniones, o como demonios las llamen, y la drogaron. Luego fue violada por toda la pandilla. Los bastardos. Ella estaba drogada, en estado de shock y vulnerable a las sugerencias; es fácil para un par de estafadores profesionales convencerla que es parte de su culto. Sacan un par de trucos mágicos de su sombrero y queda fascinada. Usan el sexo para mantenerla a raya.

—Ella se acercó a ti —murmuró Roarke y tocó su pelo, secándole la humedad.



—Tal vez lo hizo. Maldita sea, ¿la miraste? tiene bien puesto el nombre. Se parece a esa niña del cuento de hadas<sup>6</sup>. Probablemente cree en hablar con los conejos, también —luego suspiró, luchó para volver a poner en su lugar sus emociones—. Pero no estamos en un cuento de hadas aquí. Ella afirma que entró en un asesinato ritual. Un niño pequeño, dijo ella. Me he propuesto llevarla para que la vea Mira<sup>7</sup>. Un psiquiatra podrá separar la realidad de la ficción. Pero creo que el asesinato fue real, y si mataron a un niño, han matado a más. Gente como ellos cazan a los indefensos.

—Lo sé. —Él extendió la mano para masajear los tensos hombros de ella—. ¿Cerca de casa?

—No. No es como lo que me sucedió a mí. O a ti —pero había suficientes semejanzas como para inquietarla—. ¿Estamos todavía aquí, no? —puso la mano sobre la de él, pero frunció el ceño, ensombrecido—. ¿Por qué Frank no hizo un registro de lo que ella le había dicho? ¿Por qué demonios fue a solas en esto?

—Tal vez él hizo un registro. Uno privado.

Ella parpadeó, fijando los ojos en él.

— ¡Dios, cómo puede ser tan lenta! —  
Golpeó ruidosamente sus manos en  
ambos lados de la cara de él y lo besó  
con fuerza—. Eres brillante.

—Sí, lo sé. —Él irguió su espalda  
mientras una figura salía de las sombras  
y sobre la rampa—. Gato negro —dijo,  
simultáneamente inquieto y divertido  
consigo mismo—. Mala suerte.

—Sí, correcto —. Ella subió por la  
rampa, alzó su cabeza mientras el gato  
se sentaba al lado del coche de Roarke,  
vigilándola con brillantes ojos verdes  
centellantes—. No te ves hambriento,  
genio. Demasiado limpio y lustroso para  
un gato callejero. Demasiado perfecto —

se percató ella—. Debe ser un droide. — Aun así se agachó y extendió la mano para poder acariciarlo. El gato siseó, se arqueó, y le tiró un zarpazo. Eve se habría encontrado con su palma herida si no hubiera sido lo suficientemente rápida para esquivarlo—. Bueno, eso fue amigable.

—Deberías tener mejor criterio que extender la mano a animales extraños —o droides—. Pero él se paró delante de Eve para decodificar el coche y mantuvo sus ojos en los verdes destellantes del gato. Cuando Eve estaba en el coche, él habló bajo. El pelaje del gato se puso de punta, moviendo furioso su cola, luego

brincó con destreza desde la rampa a la calle, y se lo tragó la niebla.

Roarke no podía decir por que le había dado la orden de irse en gaélico. Simplemente le había salido de ese modo. Todavía lo estaba considerando cuidadosamente cuándo se deslizó al lado de Eve.

—Oye, Roarke, no puedo utilizar a Feeney para cualquier trabajo con unidades electrónicas en esto. Al menos no hasta que el comandante afloje. Podría ir a la familia para acceder a los registros personales de Frank, pero si hago eso, entonces tendré que decirles algo.

—Y preferirías no hacerlo, ¿no?

—Todavía no, en todo caso.

¿Entonces, cómo te sientes sobre que use tus... habilidades para tener acceso a la unidad personal de Frank y sus registros?

El humor de él se animó mientras ponía en marcha el vehículo, guiándolo hasta el nivel de la calle.

—Eso depende, teniente. ¿Conseguiré una placa?

Los labios de ella se torcieron en una sonrisa burlona.

—No. Pero conseguirás tener sexo con un policía.

— ¿Dónde tengo que recoger al

policía? —Él sólo sonrió cuando ella golpeó su brazo—. Yo te recogería. Probablemente. Y supongo que deseas que empiece mi consulta extraoficial esta noche.

—Esa es la idea.

—Bien, pero quiero sexo primero. —Él empujó su lengua contra su mejilla mientras ella lanzaba una risita—. ¿Cuánto tiempo piensas que va a estar ocupada Peabody? Sólo bromeaba —dijo él rápidamente, pero cambió a piloto automático por si acaso Eve se ponía violenta—. Empero, ella se veía muy atractiva esta noche.

Riéndose, él agarró el puño de Eve

en una de sus manos, luego llevó la otra al pecho de ella.

—Oye, amigo, estás bastante hundido sin probar eso. Involucrarse en cualquier acto sexual en un vehículo en movimiento es una violación a los códigos de la sección central de la ciudad.

—Arréstame —sugirió él, mordiéndole el labio inferior.

—Podría. Cuando haya terminado contigo —se contoneó para liberarse y lo empujó hacia atrás—. Y sólo por ese pretencioso comentario sobre mi ayudante, nada de sexo hasta después de la consulta.



Él desconectó el piloto automático, deslizando luego sobre ella una lenta, sonriente mirada.

— ¿Quieres apostar?

Ella interceptó esa mirada arrogante de ojos estrechos. —Cincuenta créditos, aun con ventaja.

—Hecho—. Y él silbó todo el camino a través de las puertas de hierro que llevaban a la casa.

# Capítulo Cuatro

—Paga

Eve se dio vuelta, frotó su trasero desnudo, y se preguntó si tendría quemaduras de la alfombra. Todavía vibrando del último orgasmo, cerró sus ojos otra vez.

— ¿mmm?—

—Cincuenta créditos —Él se agachó, suavemente besó la punta de su pecho—. Perdiste, teniente.

Sus ojos parpadearon hasta abrirse y se quedó con la mirada fija en la magnífica y muy satisfecha cara de él.

Yacían en la alfombra de su cuarto privado y sus ropas, hasta donde podía recordar, estaban esparcidas por todas partes. Comenzando en la escalera donde él la había atrapado contra la pared y había empezado a... ganar la apuesta.

—Estoy desnuda —señaló ella—, generalmente no guardo mis créditos en mí...

—Estaré feliz de aceptar tu pagaré —Él se levantó, todo elegancia, músculos relucientes, y tomó una tarjeta de memorándum de su consola—. Aquí tienes —se la entregó.

Ella se quedó mirándola fijamente

con la mirada baja, sabiendo que su dignidad estaba tan pérdida como los cincuenta créditos.

—Realmente disfrutas esto.

—Oh, más de lo que posiblemente puedas imaginar.

Mirándolo con el ceño fruncido, endosó el memorándum. “Te debo, Roarke, cincuenta créditos, Dallas, teniente Eve”. Empujó el memorándum hacia él.

—¿Satisfecho?

—De todas las maneras posibles —Él pensó, sentimentalmente, que guardaría el memorándum con el pequeño botón gris del traje que había conservado de

su primera cita—. Te amo, Dallas, teniente Eve, de todas las maneras posibles.

Ella no le podría ayudar. Se ablandó totalmente. Fue la forma en que él se lo dijo, la forma en que la miró que hizo que latidos acelerados pulsaran bajo su piel, derritiéndola.

—Oh, no, no lo haces. Haces el tipo de cosas cómo tomarme por cincuenta créditos. —Luchó por levantarse antes de que él pudiera distraerla de nuevo—. ¿Dónde diablos están mis pantalones?

—No tengo la más remota idea. —Él caminó hasta una sección de la pared, tocó un mecanismo. Cuando el panel se

deslizó, extrajo una bata. Era delgada y de seda e hizo que estrechara sus ojos otra vez.

Él siempre compraba cosas como esa, y siempre parecían encontrar el camino a diversas partes de la casa. Convenientemente.

—Ese no es un atavío funcional.

—Podemos hacer esto desnudos, pero ciertamente perderías otros cincuenta. — Cuando ella arrebató la bata de su mano, él se volvió y sacó otra para él—. Esto podría tomar algo de tiempo. Necesitamos café.

Mientras ella iba al AutoChef para conseguir café, Roarke se movió detrás

de la consola. El equipo aquí era de primer nivel, y sin registrar. CompuGuard no podía rastrearlo ni bloquearlo por introducirse dentro de cualquier sistema. No obstante, incluso con esas ventajas, encontrar un registro personal que puede o no haber existido era como separar granitos de arena individuales de una cubeta.

—Conectar —ordenó él—. Más probablemente la unidad de su casa, ¿no crees?

—Cualquier cosa en su unidad de la Central de policía habría sido transferida, y las unidades oficiales graban todos los registros. Si él hubiera

querido mantener algo para sí mismo, habría usado un sistema privado.

— ¿Tienes su dirección particular? No importa, —dijo él antes de que Eve pudiera hablar—. La obtendré. Datos. Wojinski, Frank... ¿cuál era su rango?

—Detective Sargento, adjunto de Expedientes.

—Datos en pantalla uno, por favor.

Mientras comenzaban a desfilar, Roarke alcanzó el café que Eve le ofrecía, luego agitó sus dedos cuando su enlace emitió un pitido.

—Atiéndelo, ¿quieres?

Fue la orden indiferente de un hombre acostumbrado a darlas.



Automáticamente, ella se encrespó, luego igual de rápidamente dejó el fastidio a un lado. Ella supuso que la situación requería que actuara como asistente.

—Residencia Roarke. ¿Peabody?

—No respondías por tu comunicador.

—No, yo... —Dios sabía dónde estaba, pensó ella—. ¿Qué ocurre?

—Está mal. Dallas, está mal. — Aunque su voz fue estable, su cara estaba totalmente blanca, y sus ojos demasiado oscuros—. Alice está muerta. No la pude detener. No podía acercarme a ella. Ella solo...

— ¿Dónde estás?

—En la Décima Calle, entre Broad y la Séptima. Llamé al MTS8, pero nada...

— ¿Estás en riesgo?

—No, No. Sólo no la podía detener. Sólo observé mientras...

—Asegure la escena, oficial. Transmita a Despacho. Estoy en camino. Pida apoyo según se requiera, y aguante. ¿Entendido?'

—Sí, señor. Sí.

—Dallas fuera. Oh, Cristo, —murmuró cuando desconectó.

—Te llevaré. —Él ya estaba levantado, la mano en el hombro de ella.

—No, éste es mi trabajo —Y ella rezó

que no fuera su obra—. Aprendería si te quedaras aquí y pudieras obtener cualquier información

—Esta bien. Eve —la tomó de ambos hombros, firmemente, antes de que ella pudiera darse la vuelta—. Mírame. Éste no fue tu error

Ella lo miró, y había pesar en sus ojos.

—Espero por Dios que no lo haya sido.

No había un gentío. Eve podía estar agradecida por eso. Eran más de las dos de la mañana, y sólo unos pocos curiosos se apiñaban detrás de la barricada. Vio a un Taxi Rápido

volcado en la cuneta y un hombre sentado cerca, con su cabeza en sus manos, con un tecnomédico hablando con él.

En la calle resbalosa por la lluvia, alumbrada débilmente por la luz de seguridad con neblina que ondulaba como nubes, estaba Alice. Su cuerpo yacía allí, boca arriba, sus brazos y piernas extendidos hacia fuera como en una audaz bienvenida. Sangre, la de ella, había empapado completamente el diáfano material de su vestido y se había vuelto oscura, rojo condenado.

Peabody permaneció con ella, ayudando a un uniformado en el

levantamiento de la pantalla de aislamiento.

—Oficial Peabody —le dijo Eve suavemente; esperó que Peabody se volviera, enderezara sus hombros, y cruzara hacia ella—. ¿Su informe?

—Seguí al sujeto a su residencia, como eran sus órdenes, teniente. La ví entrar en el edificio, y después observé luz en la segunda ventana del Este, en el tercer piso. Por iniciativa propia, decidí permanecer vigilando por un período de quince minutos, para garantizar que el sujeto permanecía dentro. No lo hizo

Peabody se retrajo completamente, y su mirada fija se desplazó al cuerpo.

Eve pasó a su lado y le bloqueó la vista del cuerpo.

—Míreme cuando me informe, oficial.

—Sí, señor —Peabody se recobró rápidamente—. El sujeto salió del edificio aproximadamente diez minutos más tarde. Parecía agitada, continuamente miraba sobre su hombro cuando caminaba al Oeste a paso rápido. Parecía que lloraba. Mantuve la distancia normal. Por eso es que no la pude detener —Peabody tuvo que aspirar aire—. Mantuve la distancia normal.

—Deténgase —Eve chasqueó los dedos, le dio a Peabody una sacudida

rápida—. Complete su informe.

Los ojos de Peabody se volvieron inexpresivos y fríos cuando se encontraron con los de Eve.

—Sí, señor. El sujeto se detuvo repentinamente, retrocediendo varios pasos. Habló. Estaba demasiado lejos para discernir lo que dijo, pero fue mi impresión que ella hablaba con alguien.

Rememoró todo otra vez su mente, cada paso, apoyándose en su entrenamiento como en una muleta.

—Cerré la distancia un poco, en ese momento el sujeto estaba en peligro. No observé a nadie en la calle aparte del sujeto mismo. La niebla pudo haber sido

un factor, pero no había nadie en la acera o en la calle que pudiera verse.

— ¿Ella se paró allí, hablándole a nadie? —preguntó Eve.

—Eso es lo que pareció, teniente. Ella se agitaba progresivamente. Rogó que la dejaran sola. Sus palabras fueron, “¿No has hecho bastante, no has tomado bastante? ¿Por qué no quieres dejarme en paz?”.

Peabody volvió la mirada atrás hacia la acera, lo vio todo nuevamente. Lo escuchó también. Ese matiz de desesperación y desesperanza en la voz de Alice.

—Pienso que escuché una respuesta,



pero no puedo ser categórica. El sujeto hablaba demasiado alto y demasiado rápido también para que yo haga una declaración certera sobre eso. Decidí moverme más cerca, para darme a conocer.

Un músculo en su mandíbula saltaba mientras continuaba mirando fijamente sobre el hombro de Eve.

—En ese momento, un Taxi Rápido, moviéndose del Este, se aproximó. El sujeto dio la vuelta y corrió a la calle, directamente en la trayectoria del vehículo que venía. El conductor trató de detenerse y evadirlo, pero fue incapaz de hacerlo y golpeó al sujeto de

frente.

Hizo una pausa apenas lo suficientemente larga como para tomar aliento.

—Las condiciones de la calle eran evidentemente pobres, y actuaron factores de menor importancia. Incluso con las condiciones óptimas, sería mi opinión que el conductor habría sido incapaz de evitar la colisión.

—Comprendido. Continúe.

—Alcancé el cuerpo en pocos segundos, y aunque observé que ella ya estaba muerta, llamé a los técnicos médicos, luego traté contactarle por su comunicador. Cuando esto fracasó,

utilicé el enlace portátil de mi bolso y la localicé en su casa para informar la situación. Siguiendo sus órdenes, transmití el reporte oficial y pedí un uniformado, que aseguró la escena.

Era un infierno llegar demasiado tarde, Eve lo sabía, y ninguna cantidad de simpatía podría aliviar esa amarga culpa. Así que no ofreció ninguna.

—Muy Bien, oficial. ¿Ese es el conductor?

Peabody continuó mirando fijo directamente hacia delante, y su voz era hueca.

—Sí, teniente.

—Haga los preparativos para que el

vehículo sea llevado para analizarlo, luego consulte con el MTS y averigüe si el conductor está en condiciones para dar una declaración.

—Sí, señor —Peabody tomó firmemente en un puño la mano de Eve que estaba a su lado. Mantuvo la voz baja, pero vibraba con emoción—. Usted tomó un trago con ella apenas una hora antes. Y no significa un bledo para usted.

Eve soportó el golpe y esperó hasta que Peabody se diera la vuelta antes de dirigirse hacia Alice.

—Sí, significa, —murmuró—. Y ese es el problema.

Abriendo su equipo de campo, se puso en cuclillas para hacer su trabajo.

No fue homicidio. Técnicamente, Eve debería haber devuelto el asunto a Tráfico después del informe de Peabody y la declaración siguiente del sollozante taxista. Pero miró el cuerpo de Alice cargado en la furgoneta de la morgue y supo que no tenía ninguna intención de hacerlo.

Ella echó un último vistazo a la escena. La lluvia casi se había detenido y no lavaría la sangre. Los pocos curiosos que se había reunido ya se estaban separando y alejándose, rasgando las últimas delgadas cortinas

de niebla cuando volvían a casa.

A través de la cuneta, una unidad de remolque de la ciudad ya enganchaba el taxi dañado para transferirlo al complejo de la policía.

Los accidentes, dirían algunos, ocurrían demasiado a menudo. Y así, pensó Eve, se ejecutan asesinatos. Demasiado a menudo.

—Ha tenido una larga noche, Peabody. Está fuera de servicio

—Preferiría quedarme, teniente, y ver el trasfondo de esto

—No nos ayudará a ella, o a mí, a menos que lo pueda ver objetivamente

—Puedo hacer mi trabajo, señor. Mis

sentimientos son asunto mío

Eve levantó equipo del campo, echó una larga mirada a su ayudante.

—Sí, lo son. Sólo no los deje meterse en mi camino. —Sacó la grabadora de su equipo, se la ofreció a Peabody—. Inicie grabación, oficial. Inspeccionaremos la residencia del sujeto

— ¿Piensa notificar al pariente más próximo? ¿Señora?"

—Cuando hayamos terminado aquí.

Se dirigieron hacia el este, de regreso al edificio de Alice. Ella no había llegado lejos, pensó Eve, apenas un bloque. ¿Qué la había llevado de

regreso a la calle? ¿Y qué la había conducido al camino del taxi?

El edificio era bonito, de piedra arenisca restaurada de tres pisos. Las puertas de entrada lucían vidrio biselado con un diseño grabado de pavos reales. La cámara de seguridad estaba en perfecto estado, y las cerraduras codificadas para las huellas digitales de mano. Eve las desactivó con un código maestro y entró en un pequeño vestíbulo, con pisos de mármol pulido. El elevador tenía un lustroso reflejo bronceíneo y corría con eficiencia silenciosa.

Alice, pensó ella, había tenido el



gusto y los recursos financieros para permitírselo. Había tres apartamentos en el tercer piso, y Eve nuevamente usó su código maestro para entrar.

—Dallas, teniente Eve, y ayudante, Peabody, oficial D., entrando en residencia del occiso para inspección estándar. Luces, —ordenó, frunciendo el ceño cuando el cuarto permaneció oscuro.

Peabody tanteó alrededor de la puerta, dio un golpecito a un interruptor.

—Ella debe haber preferido el activado manual al de voz

El cuarto era desordenado y pintoresco. Bonitas bufandas y ropas

tiradas encima de sillas y mesas. Tapices que retozaban en las paredes retrataban atractivas personas desnudas y animales mitológicos. Velas por todas partes, en mesas, en estantes, en el piso, así como cuencos con piedras coloreadas, con hierbas, con pétalos de flores secas. Trozos y varillas de cristal, centelleaban limpiamente, abarrotando cada superficie del apartamento.

Una pantalla relajante estaba conectada y mostraba un ancho prado con césped y flores silvestres meciéndose suavemente con la brisa. Su audio tocaba una canción de pájaros y céfiros.

—Le gustaban las cosas lindas, — comentó Eve—. Y montones de ellas. — Haciéndose a un lado, recorrió con la mirada los controles de la pantalla relajante y asintió cuando corroboraron su pensamiento—. Ella echaba a andar esto tan pronto como entraba. Buscando deshacerse de sus preocupaciones, diría yo.

Dejando a Peabody seguir, ella caminó hacia el cuarto contiguo. La alcoba era pequeña, acogedora, y de nuevo desordenada. La colcha en la estrecha cama estaba bordada con estrellas y lunas. Un móvil de cristal, con hadas bailando, colgaba por encima

de y tintineaba musicalmente con la brisa a través de la ventana abierta.

—Esta habrá sido la ventana, la luz que vio encendida .

—Sí, señora.

—Así pues, encendió la pantalla y después entró directamente en la alcoba. Probablemente deseando cambiarse, para quitarse el vestido húmedo. Pero no lo hizo —Eve se acercó a una pequeña alfombra con la cara de un sol sonriente—. Está desordenado, pero limpio a su manera. Ninguna señal de perturbación o lucha

— ¿Lucha?

—Usted dijo que ella estaba agitada,

llorando, cuando volvió a salir. El programa del paisaje campestre no la tranquilizó, o no tuvo tiempo suficiente

—Ella no se molestó en cerrarlo al bajar otra vez

—No —estuvo de acuerdo Eve—, no lo hizo. Hay la posibilidad de que alguien estuviera aquí cuando ella llegó a casa. Alguien que la disgustó o la asustó. Comprobaremos los registros de seguridad. —Abrió lo que asumió era un armario, y dejó escapar un zumbido.

—Bien, mire esto. Ella lo había convertido en un cuarto de algún tipo. No hay mucho desorden aquí. Ponga esto en el registro

Peabody dio un paso adelante, examinó con la grabadora un pequeño cuarto de paredes blancas. El piso era de madera con un pentagrama blanco pintado en él. Un anillo de velas blancas estaba colocado con cuidadosa simetría alrededor del borde. Una mesa pequeña sostenía una bola de cristal claro, un cuenco, un espejo, y un cuchillo de mango oscuro con una corta cuchilla desafilada.

Eve olfateó el aire, pero no captó ningún indicio de humo o cera de velas.

— ¿Qué cree que hizo ella aquí dentro?

—Diría que era una clase de cuarto

ritual, para la meditación, o para lanzar hechizos.

—Jesús —Con una sacudida de su cabeza, Eve dio un paso atrás.

—Dejaremos eso por ahora y revisaremos su enlace. Si nadie estuvo aquí para asustarla cuando volvió, entonces tal vez recibió una llamada que lo hizo. Ella entró en el dormitorio primero, —murmuraba Eve, yendo hacia el pequeño enlace que estaba al lado de la cama.

—Tal vez ella pensó entrar allí y jugar a la bruja después de que se hubiera cambiado y calmado. No llevaba nada cuando se marchó. No vino

aquí dentro a agarrar algo y salir de nuevo. Estaba molesta, ella vino a casa.

Eve conectó el enlace, pidiendo una repetición de la última llamada realizada o recibida. Y el cuarto se llenó con una entonación baja y rítmica.

– ¿Qué diablos es eso?

–No sé. – Inquieta, Peabody, dio un paso más cerca.

–Repetición, –pidió Eve.

Escucha los nombres. Escucha los nombres y témelos. Loki, Belcebú, Baphomet. Soy aniquilación. Soy venganza. In nomine Dei nostri Santanas Luciferi excelsi. La venganza para ti que te desviaste del rumbo de la ley.



Escucha los nombres y teme.

—Alto —Eve tuvo un estremecimiento rápido, involuntario—. Belcebú, es esa mierda del diablo, ¿no es así? Los bastardos estaban jugando con ella, atormentándola. Y ella ya estaba al borde. No es extraño que saliera corriendo de aquí. ¿Dónde estabas, hijo de puta, dónde estabas? La ubicación de la última transmisión. Visualizar —Su boca se adelgazó cuando ella leyó los datos.

—Décima y Séptima, justo acá abajo, en la maldita calle. Probablemente un enlace público. Cabrones. Estaba dirigiéndose directamente hacia ellos.

—No había nadie allí —Pero Peabody observaba la cara de Eve ahora, y la furia que despedían sus ojos—. Aun con la niebla y la lluvia, habría visto a alguien si la hubiesen estado acechando. No había nadie allí excepto un gato.

El corazón de Eve dio un mal salto.

—¿Un qué?

—Sólo un gato. Vi momentáneamente a un gato, pero no había nadie en la calle

—Un gato —Eve caminó hacia la ventana. Repentinamente, sintió la necesidad de un buen trago de aire. Allí, en el alféizar, vio una pluma negra larga—. Y un pájaro, —murmuró. Sacó pinzas, sostuvo la pluma ante la luz—.

Tenemos todavía ocasionalmente algún grajo en Nueva York. Un grajo es lo mismo que un cuervo, ¿no es cierto?

—Más o menos. Creo.

—Póngalo en una bolsa —ordenó Eve—, quiero que lo analizen. —Frotó los dedos sobre sus ojos como si alejara la fatiga—. El pariente más cercano debe ser Brenda Wojinski, la madre. Haz funcionar eso para obtener una dirección

—Sí, señor— Peabody sacó su terminal portátil, luego simplemente lo sujetó mientras la vergüenza la recorría.

—Teniente, me gustaría disculparme por mi comentario anterior y mi comportamiento

Eve sacó el disco del enlace, sellándolo ella misma.

—No recuerdo ningún comentario, Peabody, o ningún comportamiento poco satisfactorio. —Le dispensó a Peabody una mirada ecuánime.

—Mientras la grabadora está todavía conectada, haga otra inspección del apartamento

Entendiendo, Peabody inclinó su cabeza.

—Soy consciente que la grabadora está todavía conectada, teniente. Quiero que esto conste en el registro. Fui insubordinada y fuera de línea tanto profesional como personalmente.

Maldita terca idiota, pensó Eve y refrenó un juramento.

—No hubo insubordinación en mi opinión o en mi memoria, oficial

—Dallas —Peabody soltó un suspiro—. Malditamente bien que lo fui. Estaba insegura y nerviosa. Una cosa es ver un cuerpo después de haber muerto, y otra ver a una mujer que es lanzada diez pies en el aire y aterrizar en el pavimento. Ella estaba bajo mi vigilancia

—Fui ruda con usted

—Sí, señora, lo fue. Necesitaba serlo. Pensé que porque podía mantenerse competente y podía cumplir con su trabajo, significaba que no le importaba.

Estaba equivocada, y lo siento

—Me doy por enterada. Ahora, grabe esto, Peabody. Usted acató órdenes, siguió el procedimiento. No tuvo la culpa por lo que sucedió esta noche. No lo pudo haber impedido. Ahora, póngalo a un lado para que podamos descubrir porqué ella está muerta

Eve pensaba que la hija de un policía debería saber que cuando otro policía golpeaba la puerta a las cinco de la mañana, eran noticias del peor tipo. Ella vio, en el instante en que que Brenda la reconoció, que estaba en lo correcto.

—Oh Dios. Oh Dios. ¿Mamá?

—No, no es su madre, Ms. Wojinski.

—Había sólo una forma de hacerlo, sabía Eve, y era rápido—. Es Alice. ¿Podemos entrar?

— ¿Alice? —Ella parpadeó los ojos vidriosos, apoyó una mano en la puerta para equilibrarse—. ¿Alice?

—Pienso que deberíamos entrar —Tan suavemente como fue posible, Eve tomó su brazo, y atravesó de la puerta—. Entremos y sentémonos

— ¿Alice? —dijo otra vez. La pena agrietó el velo sobre sus ojos. Las lágrimas flujeron—. Oh no, no mi Alice. No mi bebé

Brenda se tambaleó, se habría

deslizado al piso, pero Eve la sostuvo con más fuerza y se dirigió rápidamente hacia un sofá.

—Lo siento. Estoy tan apenada por su pérdida, Ms. Wojinski. Hubo un accidente temprano esta mañana, y Alice murió.

— ¿Un accidente? No, usted se equivoca. Fue alguien más. No fue Alice. —Se agarró a Eve, sus ojos inundados de lágrimas, implorando.

—Usted no puede estar segura de que fue mi Alice.

—Es ella. Lo siento

Ella se derrumbó entonces, enterrando su cara en sus manos,



presionando sus manos en las rodillas de modo que su cuerpo se ovillaba en un escudo defensivo.

—Podría hacerle un poco de té, —murmuró Peabody.

—Sí, ve. —Esta era la parte de su trabajo que hacía sentir a Eve más impotente, muy inadecuada. No había solución para este tipo de dolor—. ¿Hay alguien a quién pueda telefonear por usted? ¿Quiere que yo contacte a su madre? ¿Su hermano?

—Mamá. Oh Dios, Alicia. ¿Cómo lo soportaremos?

No había respuesta para eso, pensó Eve. Pero lo harían. La vida lo exigía.

—Le puedo dar un tranquilizante, o puedo contactar a su doctor, si prefiere

— ¿Mamá?

Como Brenda continuaba balanceándose, Eve miró por encima. El niño estaba de pie en la puerta, mientras pestañeaban sus confusos ojos somnolientos. Su pelo estaba despeinado por dormir y llevaba puestas unos sucios pantalones deportivos con agujeros en las rodillas.

El hermano de Alice, recordó Eve. Lo había olvidado.

Luego él enfocó la atención en Eve, sus ojos repentinamente alertas, y demasiado adulto.

— ¿Qué está mal? —Reclamó él—  
¿Qué está ocurriendo?

¿Cuál diablos era su nombre? Eve luchó por recordar, entonces decidió que no tenía importancia en ese momento. Ella se levantó. Era un niño alto, se percató, con arrugas de sueño en sus mejillas y un cuerpo ya fortalecido para recibir lo peor.

—Ha habido un accidente. Lo siento pero...

—Es Alice. —su barbilla se estremeció, pero sus ojos permanecieron firmes sobre ella—. Está muerta.

—Sí, lo siento

Él continuó mirándola fijamente

cuando Peabody entró con una taza de té y la colocó torpemente en la mesa.

– ¿Qué tipo de accidente?

–Ella fue atropellada por un coche temprano esta mañana

– ¿Golpe y huída?

–No        –Eve        lo        observó cuidadosamente, evaluándolo—. Ella se puso en la trayectoria de un taxi. El conductor fue incapaz de detenerse. Estamos en el proceso de analizar su vehículo y la escena, pero hubo un testigo que corrobora la declaración del conductor. No creo que él tuviera la culpa. Él no trató de huir de la escena, y su registro de manejo está limpio

El niño simplemente asintió, sin una lágrima, mientras que los sollozos de su madre llenaban el cuarto.

—Yo cuidaré de ella. Sería más conveniente si usted nos dejase solos ahora

—Bien. Si tienes cualquier pregunta, entonces me puedes localizar en la Central de policía. Soy la teniente Dallas

—Sé quién es usted. Déjenos solos ahora, —repitió él y fue a sentarse con su madre.

—El niño sabe algo, —declaró Eve cuando salieron.

—Eso fue lo que percibí. Tal vez

Alice se sentía más cómoda hablando con él que con otros miembros de la familia. Eran bastante cercanos en edad. Los hermanos y las hermanas riñen, pero confían mutuamente.

—No sabría decirlo, —arrancó su vehículo, languideciendo por un café—. ¿Dónde diablos vives, Peabody?

— ¿Por qué?

—Te daré un aventón a casa. Puedes dormir un poco, repórtate a la Central a las once.

—Es lo que tú vas a hacer, ¿dormir un poco?

—Sí —esa era probablemente una mentira, pero sirvió a sus propósitos—,

¿Por dónde?

—Vivo en Houston

Eve respingó un poco.

—Bueno, si va a ser inconveniente, entonces está bien que sea muy inconveniente. —Puso rumbo al sur.

— ¿Houston? Peabody, eres una bohemia

—Era la casa de mi prima. Cuando ella decidió mudarse a Colorado e hilar alfombras, yo lo tomé. Renta controlada.

—Una historia verosímil. Probablemente pasas todo su tiempo libre en bares de poesía y clubes de arte.

—De hecho, prefiero los salones

copulativos. Buena comida

—Probablemente obtendrías más sexo si no pensases tanto en él.

—No, intenté eso, también —bostezó, abrupta y ampliamente—. Lo siento

—Estás en tu derecho. Cuando te reportes, revisa el estado de la autopsia. Quiero estar segura de que no hay nada extraño en el informe de toxinas. Y asegúrate de cambiarte ese tonto vestido.

Peabody cambió de posición en su asiento.

—No es tan tonto. A un par de tipos en el Aquarian pareció gustarles. Lo mismo que a Roarke



—Si, lo mencionó

La mandíbula cayó, Peabody giró la cabeza.

— ¿Lo hizo? ¿Realmente?

Estúpideces, pensó Eve, tratando de serenarse.

—Él dijo algo acerca de tu apariencia atractiva. Así que le pegué. Por si acaso

—Atractiva. Jesús —Peabody palmeó su corazón—. Voy a tener que rebuscar entre algunas de las otras cosas que mi madre ha hecho para mí. Atractiva —suspiró—. — ¿Roarke no tiene algunos hermanos, primos, tíos?

—Hasta donde yo sé, Peabody, él es único

Lo encontró dormitando. No en la cama, sino en el sofá en el área para sentarse del dormitorio principal. En el momento en el que ella entró en el cuarto, sus ojos se abrieron.

—Has tenido un día largo y escabroso  
—Él extendió la mano—. Ven aquí

—Voy a tomar una ducha, y algo de café. Tengo algunas llamadas que hacer

Él podía ver a través de su actitud de policía y supo exactamente lo que ella estaba tratando de hacer.

—Ven aquí, — repitió él, y cerrando su mano sobre la de ella cuando ella renuentemente le obedeció. — ¿Va a haber alguna diferencia si haces las

llamadas ahora o dentro de una hora?

—No, pero...

Entonces él jaló hasta que ella se desplomó en el sofá con él. Debido a que su forcejeo fue desgastado, él logró acurrucarla al lado de él rápidamente. Y envolviendo un brazo alrededor de ella, besó su pelo.

—Duerme un poco, —dijo quedamente—. No hay necesidad de agotarse.

—Ella era tan joven, Roarke

—Lo sé. Olvidalo, sólo por un rato.

— ¿Los datos? El registro de Frank.

¿Encontraste alguna cosa?

—Hablaemos de eso después de que

duermas.

—Una hora. Solamente una hora —  
Enlazando sus dedos con los de él, ella  
se permitió ceder.

# Capítulo Cinco

El sueño ayudó. También lo hizo la ducha caliente y la comida que Roarke pidió. Eve engulló los huevos mientras estudiaba los datos que había descubierto en pantalla.

—Parece más un diario que el legajo de una investigación. —decidió ella—. Hay montones de comentarios personales, y obviamente estaba preocupado por Alice. "No estoy seguro cuán profundamente han influenciado en su mente o han lastimado su corazón". Él pensaba como un abuelo, no como un

poli. ¿Tú sacaste esto de su casa?

—Sí. Él lo codificó y le puso clave de acceso. Sospecho que no quería que su esposa tropezara accidentalmente con esto.

— ¿Pero si él lo codificó, cómo obtuviste acceso a él?

Roarke tomó un cigarrillo de una caja tallada, lo estudió.

—Realmente no esperas que te explique eso ¿verdad, Teniente?

—No. —Eve tragó de mala gana más huevos—. Creo que no. —No obstante, sus pensamientos y preocupaciones personales no iban a ser de ayuda—.

Necesito saber qué encontró, y hasta

dónde llegó su investigación antes de que muriera.

—Tiene que haber algo más —Roarke repasó las fechas—. Aquí y allá él habla de Selina Cross, y nombra algunos de sus... asociados.

—Pero no hay nada más. Él sospechaba que ella estaba haciendo negocios ilegales en su club, quizá también en su casa. Observaba que personas sospechosas entraban y salían, pero todas sus sospechas se basan en sentimientos, no en hechos. Frank había estado fuera de las calles demasiado tiempo. —Eve puso su placa a un lado y se levantó—. ¿Si él no quiso involucrar a

la poli, entonces por qué demonios no contrató al menos un investigador privado para hacer el trabajo preliminar? ¿Qué es esto?

Frunciendo el ceño, ella se acercó más a la pantalla.

Pienso que ella lo hizo. No puedo estar seguro, pero casi, aun cuando ella sea mi guía ahora. Voy a tener que hacer un movimiento pronto. Alice está aterrorizada, me ruega que me mantenga lejos de Cross y de ella. El pobre niño pasa demasiado tiempo con Isis, ese personaje. Isis puede ser rara, pero inofensiva, sin embargo no es una buena influencia para Alice. Le he dicho



a Sally que estoy trabajando hasta tarde. Esta noche voy a entrar. Cross pasa las noches de los jueves en el club. El apartamento debería estar vacío. Si puedo entrar y encontrar cualquier cosa, cualquier cosa para probar que Alice vio al chico asesinado, puedo dar parte a Whitney anónimamente. Ella va a pagar lo que ella y su asqueroso amante le hicieron a mi niñita. De una u otra forma, ella va a pagar.

—Cristo, allanamiento de morada nocturno, búsqueda e incautación ilegal. —Frustrada, Eve se pasó las manos por el cabello—. ¿En qué diablos estaba pensando? Tenía que saber que lo que

encontrara sería desestimado en los tribunales. Nunca los acorralaría así.

—Presiento que el no estaba preocupado por los tribunales, Eve. Quería justicia.

— Y ahora él está muerto. Y también Alice. ¿Dónde está el resto?

Roarke se desplazó a la última entrada.

La seguridad es muy buena en el edificio, no podría pasar a través de ella. He estado fuera de las calles demasiado maldito tiempo. Parece que tendré que conseguir a alguien para que me ayude, después de todo. Voy a ver que la bruja pague, aunque sea lo último

que haga.

– Eso es todo... esa entrada fue registrada la noche anterior a la que murió. Puede que haya algunas más bajo otra clave.

Entonces, él no le había hecho pagar, pensó Eve. Y no había tenido tiempo de conseguir ayuda, pensó ella nuevamente, con una oleada de alivio y pesar. Las anotaciones podrían servir para exonerar a Frank y Feeney.

–Pero no piensas eso. No crees que haya algo más.

– No, no lo creo. Hay una cuestión de tiempo, por supuesto. Y él no era muy listo con la electrónica —explicó

Roarke—. Fue un juego de niños encontrar esto. No obstante, lo revisaremos. Tomará algún tiempo abrirse paso si hay algo más. Y tendrá que ser más tarde. Tengo varias reuniones esta mañana.

Ella se volvió hacia él. Se percató que por un momento había olvidado que él no trabajaba con ella. Sus negocios y sus dominios estaban en una esfera muy diferente de los de ella.

—Tantos billones, tan poco tiempo.

— Muy cierto. Pero quizás tenga tiempo de jugar un poco con los dedos más esta tarde. Ella sabía que él no había tenido tiempo de ver el informe de sus

acciones o hacer las llamadas matutinas que nunca faltaban.

—Estoy ocupando mucho de tu tiempo.

—Cierto. —caminó alrededor de la consola, apoyándose contra ella—. Y pagarás con tu tiempo, teniente En un día o dos, cuando ambos tengamos tiempo para hacerlo. —Su sonrisa se desvaneció poco a poco. Tomó su mano, recorriendo con el pulgar el labrado del anillo de boda de ella—. Eve, no me gusta intervenir en tu trabajo, pero sé particularmente cuidadosa con este caso.

—Una buena poli siempre es

cuidadosa.

—No. —Dijo Roarke, mirándola a los ojos—. Ella no lo es. Es valiente, es lista, es enérgica, pero no siempre es cuidadosa.

—No te preocupes, he tratado con peores que Selina Cross —lo besó ligeramente—. Tengo que irme, verificar algunos reportes. Te avisaré si me retraso.

—Hazlo— murmuró viéndola marchar.

Ella estaba equivocada, caviló él. Dudaba muchísimo que hubiera tratado con personas peores que Selina Cross. Y él no tenía ninguna intención de

dejarla sola. Hablando por su enlace, Roarke llamó a su asistente e hizo arreglos para que todos sus viajes fuera del planeta y de la ciudad para el mes siguiente fueran cancelados.

Tenía la intención de estar muy cerca de su hogar. Y de su esposa.

—Ninguna droga —afirmó Eve mientras miraba el análisis toxicológico de Alice—. Nada de alcohol. Ella no estaba ebria. Pero la escuchaste hablar con alguien que no estaba allí, y salió corriendo buscando un taxi. Se había llevado a sí misma a un estado de terror, que había sido desencadenado por los cánticos en el teléfono. Supieron cómo

acercarse a ella, cómo manipularla.

—No es ilegal cantar por un enlace.

—No —consideró Eve—. —Pero es ilegal amenazar con dañar a alguien por un transmisor público.

—Es cierto —retrucó Peabody—. Pero es sólo un delito menor

—Es un principio. Si logramos vincular la transmisión a Selina Cross, entonces la podremos fastidiar. En todo caso, pienso que es hora de conocernos. ¿Qué opinas de un pequeño viaje al Infierno, Peabody?

—He estado muriendo por ir.

— ¿Quién es? Pero antes de que ella pudiera levantarse, Feeney irrumpió en



su oficina. Sus ojos ensombrecidos, su cara sin afeitar

— ¿Por qué estás tú con el caso de Alice? Un accidente de tráfico. ¿Por qué demonios está un teniente de homicidios manejando un accidente de tráfico fatal?

— Feeney.

—Ella era mi ahijada. Ni siquiera me llamaste. Lo oí en las malditas noticias.

—Lo siento, no lo sabía. Siéntate, Feeney.

Se sacudió bruscamente cuando ella le tocó el brazo.

—No necesito sentarme. Quiero respuestas, Dallas. Quiero algunas jodidas respuestas.

—Peabody —murmuró Eve, y esperó hasta que su ayudante salió y cerró la puerta—. Lo siento, Feeney, no sabía que eras su padrino. Hablé con su madre y su hermano, y simplemente asumí que ellos se lo habían comunicado al resto de la familia.

—Brenda está bajo los efectos de un sedante —Feeney se estremeció—. ¿Qué diablos esperas? perdió a su padre y su hija en dos días. Jamie tiene sólo dieciséis. Cuando él telefoneó al doctor y vio a su madre, abrazó a Sally, yo lo estaba viendo en la pantalla. Jesús, Jesús, ella sólo era una niña.

Se dio la vuelta, tirando de su pelo.

—Solía llevarla a caballito y darle un caramelo a escondidas.

Esto lo que se siente al perder a alguien a quien se ama, pensó Eve. Y estaba agradecida por amar a tan pocos.

— Siéntate, Feeney. No deberías haber venido hoy.

—Dije que no necesito sentarme. —Su voz estaba controlada cuando se giró de nuevo para mirarla—. Quiero una respuesta, Dallas. ¿Por qué estás con el accidente de Alice?

Ella no podía darse el lujo de vacilar, no podía darse el lujo de no mentir.

—Peabody era testigo. —Estaba

agradecida de que le podía dar al menos eso—. Tenía la tarde libre, y había estado en un club. Vio el accidente. La impactó, Feeney, y me telefoneó. Fue un acto reflejo, supongo. Yo no podía estar segura de lo que sucedió, así es que le dije lo transmitiera todo a Despacho, para asegurar la escena, y le respondí. Cuando tuve todos los datos, notifiqué a los parientes más próximos. Creí que sería más fácil para la familia si yo lo manejaba— —movió sus hombros, amargamente avergonzada por usar a los viejos amigos—. Pensé que era lo mínimo que podía hacer, por Frank.

Él nunca apartó los ojos de su cara.

– ¿Eso es todo?

– ¿Qué más puede ser? Escucha, tengo el informe toxicológico. No estaba drogada. No estaba borracha. Tal vez estaba molesta con Frank, o alguna otra cosa. No sé. Podría ser que no viera al maldito taxi. Era una pésima noche, niebla, lluvia.

–El bastardo iba rápido, ¿verdad?

–No, –Ella no podía darle alguien a quien culpar, no podía ofrecerle siquiera ese espinoso consuelo—. Estaba dentro del límite de velocidad. Sus registros están limpios, sin droga o alcohol. Feeney, ella se echó delante de él, y no había nada que pudiera hacer. Quiero

que lo entiendas. Hablé con el conductor yo misma, e investigué la escena. No fue un error. No fue nadie.

Tuvo que ser alguien, pensó él. No podía perder a dos personas sin ninguna razón.

—Quiero hablar con Peabody.

—Dale un poco de tiempo, ¿vale? La culpabilidad se suma a la carga que ya lleva. Realmente la destrozó. En realidad, me gustaría tenerla enfocada en alguna otra cosa hasta que se tranquilice.

Él respiró profundamente. Bajo su pena desgarradora había gratitud porque alguien en quien él confiaba cuidara de

su ahijada.

— ¿Cerrarás el caso y me darás los datos luego, personalmente?

—Lo cerraré, Feeney. Lo prometo.

Él inclinó la cabeza, se frotó la cara.

—De acuerdo, Siento haber saltado sobre ti.

—Está bien. No tiene importancia. — Ella vaciló, luego puso su mano sobre el brazo de él, apretándolo ligeramente—. Vete a casa, Feeney. No tienes que estar hoy aquí.

—Supongo que lo haré. —Puso una mano en la puerta—. Ella era una dulzura, Dallas —dijo quedamente—. Dios mío, no

quiero ir a otro funeral.

Cuando él salió, Eve se hundió en su silla. El sufrimiento, la culpabilidad y la cólera se retorcieron alrededor de su garganta como púas. Se levantó otra vez, agarró su abrigo. Estaba –se dijo a sí misma– del humor perfecto para encontrar a Selina Cross.

– ¿Cómo quieres hacerlo? – preguntó Peabody cuando se detuvieron delante de un viejo y elegante edificio en el centro.

–Directamente. Quiero que ella sepa que Alice me habló, y que sospechó de ella, de su conspiración y negociación para cometer un homicidio. Si tiene un



poco de cerebro sabrá que no tengo nada en concreto, pero le dará en que pensar.

Eve salió del coche, miró fijamente el edificio con sus vidrieras labradas y sus sonrientes gárgolas.

—Aquí vive, se nota que no tiene ningún problema financiero. Vamos a tener que enterarnos dónde obtiene su dinero. Quiero todo registrado, Peabody, y mantén los ojos abiertos. Quiero tus impresiones.

—Lo grabaré todo. —Peabody sujetó su grabadora en su chaqueta del uniforme, pero sus ojos permanecieron en la ventana más alta del edificio, un amplio y redondo cristal

intrincadamente labrado—. Aquel es otro pentagrama invertido. El símbolo satánico. Y esas gárgolas no se ven acogedoras —sonrió débilmente—. Si me preguntas, se ven hambrientos

—Impresiones, Peabody. Trata de mantener las fantasías al mínimo —Eve se acercó a la pantalla de seguridad.

Por favor dé su nombre y su asunto  
—Teniente Eve Dallas y ayudante, Departamento de Policía y Seguridad de Nueva York —exhibió su placa para que fuera escaneada. —Para ver a Selina Cross.

¿La esperan?

—Oh, no pienso que ella se

sorprenda.

—Un momento.

Mientras esperaba, Eve estudió la calle. Había muchísimo tráfico peatonal y vehicular, notó. Pero la mayor parte de ellos caminaban por el otro lado de la calle, y muchos la miraban a ella y el edificio cautelosamente.

Raramente, no había un vendedor ambulante en la calle.

—Usted es libre de entrar, teniente. Por favor proceda hacia el elevador 1. Ya está programado.

—Estupendo —Eve miró hacia arriba, y alcanzó a ver la sombra de un movimiento detrás de la ventana del

piso más alto—. Mirada oficial, Peabody, —murmuró cuando el ascensor las dejó frente a unas puertas—. Estamos siendo observadas.

Las puertas se deslizaron hacia atrás, los cerrojos hicieron un ruido al abrirse. La luz en un panel de seguridad parpadeó de rojo a verde. —Demasiado equipo para un apartamento, —comentó Peabody, e ignorando el revoloteo en su estómago, pasó detrás de Eve.

El área del vestíbulo tenía un exceso de rojo. Una serpiente bicéfala reptaba sobre la alfombra ensangrentada. Los hilos de oro de sus ojos destellaban mientras observaba a una figura de

túnica negra rebanar con un cuchillo curvo la garganta de una cabra blanca.

—Encantador arte —Eve arqueó una ceja cuando Peabody caminó cuidadosamente alrededor de la serpiente—. No muerde.

—No puedes ser demasiado cuidadoso —volvió la mirada hacia atrás como dando un paso hacia el ascensor—. Realmente odio a las serpientes. Mi hermano solía atraparlas en el bosque y perseguirme con ellas. Siempre les tuve fobia.

El ascenso fue muy fácil y rápido, pero le dio el tiempo suficiente a Eve para detectar otra cámara de seguridad

en el pequeño habitáculo negro lustroso.

Las puertas abiertas conducían a un vestíbulo espacioso con pisos de mármol negro. Los sofás rojos gemelos de terciopelo flanqueaban un pasillo abovedado y tenían brazos esculpidos como lobos gruñendo. Un arreglo floral asomaba de un cuenco con forma de cabeza de cerdo.

—Wolfbane, —dijo Peabody quedamente—, belladona, dedalera, solideo, peyote —Se encogió de hombros ante la mirada especulativa de Eve—. A mi madre le encanta la botánica. Te puedo asegurar que no es un arreglo floral común.

—Pero lo común es tan tedioso, ¿verdad?

Vieron por primera vez a Selina Cross tal como ella quería ser vista. Flanqueada por el pasaje abovedado, con un vestido negro ajustado que arrastraba por el suelo, sus pies desnudos con las uñas pintadas de un rojo violento. Posando. Y sonriente.

Su piel era blanca como la de un vampiro, cortada por el rojo intenso de sus labios, lustroso como sangre fresca. Sus ojos brillaban, intensamente verdes y felinos, indudablemente su rostro de bruja no era bello pero era misterioso y apremiante Su cabello negro partido a

la mitad caía liso hasta la cintura.

La mano con la que las llamó con un gesto resaltó con anillos en cada uno de sus dedos, incluso en el pulgar. Una cadena de plata unía uno con otro y se torcía en una intrincada malla alrededor de su mano.

— ¿Teniente Dallas y oficial Peabody, no es así? Qué interesante visita en un día tan aburrido. ¿Vamos... al salón?

— ¿Está sola señora Cross? Simplificaría las cosas si pudiéramos hablar con el señor Alban también.

—Oh, qué pena —cambió de dirección con un susurro de sedas, y se escabulló



por la arcada—. Alban esta ocupado esta mañana. Siéntense —gesticuló otra vez, abarcando un amplio cuarto abarrotado con mobiliario. Cada asiento tenía en su respaldo cabezas o garras o picos de algún depredador—. ¿Les puedo ofrecer algo?

—Nos saltaremos los refrescos —considerándolo apropiado, Eve eligió una silla con las garras de un sabueso.

— ¿Ni un café? ¿Esa es su bebida, no es cierto? —Entonces ella se encogió de hombros, deslizó la punta del dedo sobre el pentagrama sobre su ceja—. Pero, como quiera. —Con esa misma habilidad estudiada, se acomodó en un

sofá curvado sostenido por pies partidos y dejó caer sus largos brazos por detrás—. ¿Y ahora, qué puedo hacer por usted?

—Alice Lingstrom fue asesinada esta mañana. Temprano.

—Sí, lo sé. —Continuó sonriendo agradablemente, como si estuvieran discutiendo sobre el clima—. Le podría decir que presencié el... accidente a través de mi espejo de scrying<sup>9</sup>, pero dudo que usted creyera en eso. Por supuesto, no soy quien para desdeñar la tecnología y a menudo veo las noticias y otras formas de entretenimiento en la pantalla. La noticia se ha sabido hace

horas

—Usted la conoció.

Por supuesto; Ella fue alumna mía por un tiempo. Pero la insatisfacción hizo que eso cesara. Alice se quejó con usted acerca de mi tutela. —No se lo había preguntado, pero esperaba, aparentemente, una respuesta

—Si usted se refiere a que ella me reportó que fué drogada, abusada sexualmente o que fue testigo de una atrocidad, entonces, sí, ella se quejó.

—Drogas, sexo y atrocidades. — Selina lo dijo en tono bajo, ronroneando de risa—. Qué imaginación que tenía nuestra pequeña Alice. Una pena que no

pudo utilizarla. ¿Cómo es su imaginación, teniente Dallas? –dijo un golpecito con la mano enguantada con la malla. En la pequeña chimenea de mármol, las llamas estallaron vivamente.

Peabody retrocedió de un salto sin lograr amortiguar un aullido agudo, pero ninguna de las otras dos mujeres se dio por enterada. Continuaron mirándose fijamente, sin parpadear.

– ¿O puedo llamarle Eve?

–No. puede usted llamarme teniente Dallas. ¿Esta haciendo un poco de calor para encender el fuego, No lo cree? Y es

demasiado temprano para trucos de salón.

—Me gusta el calor. Tiene usted nervios excelentes, Teniente

— Y también tengo escasa tolerancia para con los embaucadores, los traficantes y los asesinos de niños.

— ¿Soy yo todo eso? Selina golpeó ligeramente con sus uñas rojas y afiladas el respaldo del sofá, un pequeño signo de molestia por la falta de respuesta de Eve— Pruébelo.

— Lo haré. ¿Dónde estaba usted anoche entre la una y las tres a.m.?

—Estaba aquí, en mi salón ritual, con Alban y un joven iniciado llamado

Lobar. Estuvimos en una ceremonia sexual privada de medianoche hasta casi el amanecer. Lobar es joven y... entusiasta.

—Me gustaría hablar con ambos.

—Puede contactar con Lobar entre las ocho y las once de la noche en nuestro club. Por lo que respecta a Alban, no sé su horario, pero él está generalmente aquí o en el club la mayoría de noches. A menos que crea en la magia, teniente, está perdiendo su tiempo. Apenas pude haber estado aquí, follar a dos hombres muy entretenidos, y salir para llevar a la pobre Alice a su muerte.

— ¿Es lo que usted se considera, una maga? —Eve echó una mirada a las llamas con una suave risa burlona—. Eso no es otra cosa que un truco y una distracción para el ojo. Usted puede tener una licencia para realizar juegos de manos en las calles por dos mil créditos al año.

Los músculos de Selina se estremecieron cuando se inclinó. Sus ojos ardían ahora, como el fuego.

—Soy una sacerdotisa de alto nivel del Señor Oscuro. Nuestros miembros son legiones y tengo poderes que la harían llorar.

—No lloro fácilmente, señora Cross.

—Ah, un temperamento, pensó Eve con satisfacción. Y qué fácil se puede herir su orgullo—. Usted no trata con una impresionable chica de dieciocho años, o con su abuelo asustado. ¿Quién de su legión telefoneó a Alice anoche y le puso una cinta de cánticos amenazantes?

—No tengo ni idea de lo que está hablando. Y comienza a aburrirme.

—La pluma negra en la repisa de ventana fue un buen truco. O la pluma simulada, debería decir, pero ella no se habría dado cuenta. ¿Tiene mascotas, señora, Cross?

Ociosamente, Selina se pasó la mano por el cabello



–Me importan poco... las mascotas en general.

– ¿No? ¿No tiene gatos o cuervos?

–Sería demasiado predecible.

–Alice creía que usted podía cambiar de forma, –dijo Eve mientras observaba como sonreía Selina–. ¿Le importaría darnos una demostración de ese pequeño talento?

Las uñas de Selina comenzaron a golpear la mesa. El tono de Eve era tan ofensivo como una bofetada.

– No estoy aquí para divertirla .O para que su pequeña mente se divierta conmigo.

– ¿Así es como lo llama? ¿Se estaba

divirtiéndose con Alice como un gato persiguiendo a un canario, amenazándola con cánticos por su enlace? ¿Cuán segura podía sentirse ella en su propia casa? ¿Acaso ella era una gran amenaza para usted?

—Ella nunca fue nada para mí, salvo un desafortunado error.

—Usted fue vista vendiéndole drogas ilegales a Frank Wojinski.

El abrupto cambio de tema hizo parpadear a Selina. Cuando sus labios se curvaron ahora, su sonrisa no alcanzó sus ojos.

—Si eso fuese cierto, entonces no estaríamos teniendo esta conversación

aquí en mi casa. Soy una experta en hierbas medicinales, licenciada, y a menudo vendo o comercializo sustancias perfectamente legales.

—Cultiva sus hierbas aquí.

—Sí. De hecho, hago y destilo mis pociones y medicamentos.

—Me gustaría verlos ¿Porqué no me enseña su lugar de trabajo?

—Necesitará una orden para eso, y ambas sabemos que no tiene ningún motivo para pedirla.

— Es cierto. Me imagino que Frank no perdió el tiempo con una orden. —Eve se levantó lentamente y habló suavemente—. Sabía que él estaba

encima suyo pero, ¿sospechó que él podría entrar aquí? ¿No lo vio en su bola mágica? —dijo Eve cuando las aspiraciones de Selina se hicieron más cortas y espesas—. ¿Qué pensaría si le dijera que él entró en su casa y que tiene documentos de lo que encontró y lo que vio?

—Usted no tiene nada. Nada — Selina se levantó de un salto—. Era un hombre viejo con una mente lenta y malos reflejos. Supe que era un poli la primera vez que trato de espiarme. Él no ha estado nunca en mi casa. Nunca le dijo nada cuando estaba vivo y ya no puede decirle nada ahora.

– ¿No? ¿No cree que se pueda hablar con los muertos, señora Cross? A diario hago eso.

– ¿Y piensa usted que yo no reconozco el humo y los espejos, teniente? –Sus espectaculares pechos se apretaron contra el vestido cuando trató de normalizar su respiración–. Alice fue una chica tonta que creyó que podía coquetear con fuerzas oscuras, y luego corrió de regreso a su blanca, patética y pequeña familia. Pagó el precio de su ignorancia y su cobardía. Pero no por mi mano. No tengo nada más que decirle.

–Es todo por ahora. ¿Peabody? –Eve comenzó a caminar por el pasillo–. Su

fuego se está apagando, señora –le dijo suavemente—. Muy pronto no le va a quedar nada más que un montón de cenizas.

Selina se levantó cuando se fueron, temblando de furia. Cuando la puerta se cerró y la seguridad activada, cerró sus manos convirtiéndolas en puños y gritó con furia.

Un panel en la pared se deslizó hacia un lado. El hombre que salió en ese momento era alto y dorado. Su pecho brillaba y se ondeaba en cada movimiento con fuertes músculos. El tatuaje en su pecho era una cabra con cuernos. Sólo tenía puesta una túnica

descuidadamente sujeta por un cordón plateado en la cintura.

—Alban. — Selina corrió hacia él, echando sus brazos alrededor de él.

—Aquí mi amor —Su voz era profunda, tranquilizadora. En la mano con la que le acariciaba pelo tenía un gran anillo de plata con un pentagrama invertido tallado—. No debes desequilibrar tus chakras.

—Malditos chakras Ella estaba llorando ahora, salvajemente, dándole golpes como un niño haciendo una rabieta—. La odio. La odio. Tiene que ser castigada.

Con un suspiro, él dejó que ella

caminara por la habitación maldiciendo y haciendo pedazos la loza. Sabía que su temperamento se suavizaría más rápido si él se mantenía apartado y la dejaba desahogarse.

—La quiero muerta, Alban. Muerta. Quiero que sufra agónicamente, que grite pidiendo misericordia, que sangre. Me insultó. Me desafió. Se rió en mi cara.

—Ella no cree, Selina. No tiene visión.

Exhausta como siempre después de un arranque de furia, colapsó en el sofá.

—Los polis, Lo he odiado durante toda mi vida.

—Lo sé —Él recogió una botella alta y



delgada sirviéndole un poco de líquido espeso, oscuro—. Tendremos que tener cuidado con ella. Es muy inteligente. —Él le pasó una copa— ¿Pero pensaremos en algo, verdad?

—Por supuesto que lo haremos. —Ella sonrió otra vez, bebió lentamente un sorbo del brebaje—. Algo muy especial. El maestro quiere algo... ingenioso en su caso. —Ahora ella se rió, gozosa, echando su cabeza hacia atrás. La policía siempre había sido la maldición de su existencia... hasta que había descubierto un poder superior—. Bien, haremos una creyente de ella, ¿verdad, Alban?

—Ella creará.

Terminó su bebida de una trago, sintió el calor aplacar su emociones.

—Ven aquí y tómate —Sus ojos brillaron intensamente—. Fuérmame.

Y cuando él la cubrió con su cuerpo, ella giró la cabeza, desnudó sus dientes y los clavó en su hombro para sacar sangre.

—Hazme daño —Lo urgió

—Con mucho gusto —Replicó.

Y cuando yacieron quietos, su violenta pasión saciada, él se quedó a su lado. Ella se calmaría ahora, se animaría. Lo supo. Y ahora pensaría.

—Deberíamos realizar una ceremonia

esta noche. Llamaremos a todo el coven para una Misa Negra. Necesitamos poder, Alban. Ella no es débil, y quiere destruirnos.

—No podrá. —Con afecto ahora, él rozó su mejilla—. No podrá. Después de todo, es sólo una poli, sin pasado y con un futuro limitado. Pero estás en lo cierto, llamaremos al coven. Realizaremos el rito. Y, pienso que le podríamos dar a la teniente Dallas una pequeña distracción o dos. Ella no tendrá tiempo o inclinación de preocuparse demasiado por la pequeña Alice por bastante tiempo.

Una emoción oscura inundó los ojos

de ella.

– ¿Quién muere?

–Mi amor. –Él la alzó, la penetró, suspirando cuando los músculos de ella se apretaron viciosamente alrededor de él—. Sólo tienes que elegir.

–Verdaderamente la hiciste enfadar.

–Peabody luchó por ignorar la capa de sudor que humedecía su piel a causa del miedo, a medida que Eve conducía alejándose del edificio.

–Esa era la idea. Ahora que sé que el control no es su punto fuerte, seguro que la disgustaré de nuevo. Ella es todo ego –decidió Eve—. Imagínate, pensó que caeríamos con un truco de segunda

clase como el del fuego.

—Sí —Peabody esbozó una débil sonrisa—. Imagínate.

Eve se empujó su lengua contra su mejilla y decidió gastarle una broma a su ayudante.

—Ya que estamos con brujas, aprovechémos y veamos a esta Isis, del Spirit Quest. — miró de reojo. Bien, parecía que podía gastarle una broma con muy poco— Probablemente podrías comprarle un talisman o algunas hierbas —le dijo solemnemente—. —Ya sabes, para prevenir el mal.

Peabody se enderezó en su asiento. Sentirse tonta no era tan malo como

preocuparse por ser maldecido que sus tontos pensamientos

—No pienses que no lo haré.

—Después de que tratemos con Isis, podemos tomar una pizza...con bastante ajo.

—El ajo es para los vampiros.

—Oh. Podríamos pedirle a Roarke que nos diera un par de sus armas antiguas. Con balas de plata.

—Hombres lobo, Dallas. —  
Divirtiéndose las dos ahora, Peabody puso los ojos en blanco— Buena la harías si tuviéramos que defendernos de la brujería.

— ¿Qué se hace para las brujas,

entonces?

—No sé, —admitió Peabody—. Pero maldita sea si no lo voy a averiguar.

Epub creado por Actua para  
[www.clublibrosepub.com](http://www.clublibrosepub.com)

# Capítulo Seis

Las compras no era algo que Eve considerase uno de los pequeños placeres de la vida. Ella no era una navegadora, una compradora por internet ni un surfista del catálogo electrónico. Evitaba siempre que le eran posibles los comercios y las tiendas de moda, adentro, arriba y debajo de Manhattan. Tembló ante el pensamiento de un viaje a alguno de los centros comerciales intergalácticos.

Ella imaginaba que su aparente resistencia al consumo de mercancías,



era la principal causa por la que Isis la había identificado como policía al minuto de haber entrado en el Spirit Quest.

Cuando llegaron a las tiendas, Eve lo consideró tolerable. Ella no estaba interesada en cristales y cartas, las estatuas y los candelabros, sin embargo, estaban atractivamente exhibidos. La música de fondo era suave, más un murmullo de voces que una melodía y la luz jugaba sobre los bordes de los cristales mates y piedras pulidas, formando bonitos arco iris.

El lugar olía a bosque, pero no era ofensivo.

Si era con brujas que tenía que tratar, decidió Eve, Isis y Selina no podían ser más opuestas en apariencia. Selina era pálida y delgada, felina. Isis era una amazona exótica, una hembra con rizos gitanos, redondos ojos negros y pómulos tan pronunciados podrían haber sido tallados en madera. Su piel era suavemente dorada, herencia de su mezcla de razas, sus facciones marcadas y anchas. Eve calculó que su bien formado y curvilíneo cuerpo medía aproximadamente 1,80 m.

Llevaba puesta una túnica suelta, de un blanco deslumbrante con un cinturón tachonado de cuentas. Su brazo derecho

estaba rodeado por una espiral de oro desde el codo hasta el hombro y sus grandes manos destellaban y brillaban intermitentemente con no menos de una docena de anillos.

—Bienvenida —Su voz estaba en consonancia con su aspecto, era profunda y ronca. Sus labios se curvaron en una sonrisa más de pesar que de placer—. La poli de Alice.

Eve enarcó una ceja cuando ella descubrió su identidad. Se figuró que parecía a un polizonte. Y desde su relación con Roarke su cara había estado implacablemente en los media.

—Dallas. ¿Usted sería Isis, entonces?

—Lo sería. Usted deseará hablar. Con su permiso —caminó hacia la puerta graciosamente, Eve observó la forma en la que se movía, con la agilidad de un atleta. Dio la vuelta a un cartel pasado de moda con la palabra “Cerrado”, deslizando la persiana sobre el cristal de la puerta, y cerrando el pestillo.

Cuando se giró, sus ojos eran intensos, su boca sombría.

—Traes sombras oscuras a mi luz, Ella se adhiere... como un hedor. —Ante la mirada entrecerrada de Eve, Isis inclinó la cabeza—. Selina. Un momento.

Fue hacia un estante ancho y comenzó a encender candelas y conos de

incienso.

—Para purificar y escudar, para proteger y defender. Usted tiene sus propias sombras, Dallas, —sonrió brevemente a Peabody—. Y no sólo su ayudante.

—Estoy aquí para hablar de Alice.

—Sí, lo sé. Y usted se impacienta con lo que consideras mi tonta escenografía. No me importa. Cada religión debería estar preparada para las preguntas y el cambio. ¿Quiere sentarse?

Hizo un gesto hacia a una rincón donde dos sillas flanqueaban una mesa redonda grabada al agua fuerte con símbolos. Nuevamente, le sonrió a

Peabody.

—Puedo traer otra silla de atrás para usted.

—No hay problema. Me quedaré de pie. —Ella no la podría ayudar, su mirada viajó a través de la habitación, demorándose tristemente a veces en alguna chuchería bonita.

—Por favor, siéntase libre para echar un vistazo.

—No estamos aquí para comprar. —Eve tomó asiento, y le dirigió a Peabody una mirada desdeñosa—. ¿Cuándo fue la última vez que vio o habló con Alice?

—La noche que murió.

— ¿A qué hora?

—Creo que fue aproximadamente a las dos a.m., ella ya estaba muerta. —  
Añadió Isis, plegando sus grandes, bellas manos.

— ¿La vió después de su muerte?

—Su espíritu vino a mí. Usted encuentra esto tonto, entiendo. Pero sólo le puedo decir lo que pasó. Estaba dormida y me desperté. Ella estaba allí, al lado de la cama. Supe que la habíamos perdido. Ella sentía que había fallado. A sí misma, a su familia, a mí. Su espíritu estaba inquieto y lleno de pena.

—La muerte de su cuerpo, Isis. Eso es lo que me concierne.

—Sí. —Isis cogió de la mesa una piedra suave y rosada, sujetándola en su mano—. Aun para mí, con mis creencias, es difícil aceptar su muerte. Tan joven, tan brillante. —Los enormes ojos oscuros se enturbiaron—. La quise muchísimo, como lo harías con una hermana menor. Pero no fue suficiente para salvarla en esta vida. Su espíritu regresará, renacerá. Sé que nos reencontraremos.

—Bien. Concentrémonos en esta vida. Y esta muerte.

Isis contuvo las lágrimas y dibujó una sonrisa rápida, genuina.

—Qué tedioso debe encontrar todo esto. Tiene una mente tan lógica. Quiero



ayudarle, Dallas, por Alice. Por mí misma, quizá por usted misma, adicionalmente. Lo reconozco.

—Conté con eso.

—No, desde otro tiempo. Otro lugar. Otro plano. —Separó sus manos—. La última vez que vi a Alice con vida fue en el funeral de su abuelo. Ella se culpaba a sí misma, estaba determinada hacer una expiación. Se había desviado del rumbo por un tiempo, estaba desanimada, pero tenía un corazón brillante y fuerte. Su familia era muy importante para ella. Y estaba asustada, desesperadamente asustada de lo que Selina podría hacerle... en cuerpo y

alma.

– ¿Conoce a Selina Cross?

– Sí. Nos hemos encontrado.

– ¿En esta vida? – Preguntó Eve secamente e hizo sonreír a Isis otra vez.

– En esta vida y en otras. Ella no es una amenaza para mí, pero es peligrosa. Seduce al débil, al confuso, y a aquéllos que prefieren el camino de ella.

– Sus afirmaciones de ser una bruja...

– Ella no es bruja. – Isis echó sus hombros hacía atrás y levantó la cabeza—. Los que abrazamos el oficio lo hacemos a la luz y vivimos de acuerdo con un código inquebrantable. Y no

hacemos ningún daño. Ella usa su poder para llamar a la oscuridad, para sacar provecho de su violencia, su fealdad. Sabemos lo que es el mal, Dallas. Tenemos experiencia en eso. No importa qué forma tome, no cambia su naturaleza básica.

—Podemos estar de acuerdo en eso. ¿Por qué dañaría ella a Alice?

—Porque podía. Porque lo disfrutaría. No hay una duda de que ella es responsable por esta muerte. No encontrará fácil probarlo. Pero usted no se rendirá. —Isis miró intensamente a los ojos a Eve—. Selina esta asombrada y enfurecida por su tenacidad, su fuerza. A

usted la muerte la ofende, y la muerte de la niña hace pedazos su corazón. Usted recuerda demasiado bien, pero no todo. Usted no nació como Eve Dallas, pero se ha convertido en ella y ella en usted. Cuando está al servicio de los muertos, cuando los apoya, nada hace que se haga a un lado. La muerte de él fue necesaria para su vida.

—Alto —ordenó Eve.

— ¿Por qué eso podría obsesionarte?

—La respiración de Isis era lenta y profunda, sus ojos oscuros y brillantes.

—La elección fue hecha correctamente. La inocencia está perdida, pero la fuerza tomó su lugar. Para algunos, así debe

ser. Necesitarás toda tu fuerza antes de que este ciclo pase. Un lobo, un verraco y un cuchillo de plata. Fuego, humo y muerte. Confía en el lobo, mata al verraco y vive.

Repentinamente, ella parpadeó. Sus ojos se nublaron y levantó una mano para presionar con los dedos su sien.

—Lo siento. No quise. —dejó escapar un gemido y apretó sus ojos cerrados—. El dolor de cabeza. Es brutal. Excúseme un minuto. —Se paró temblorosamente y se apresuró hacia la parte de atrás.

—Jesús, Dallas, esto es cada vez más extraño. ¿Sabes de lo que hablaba?

La muerte de él fue necesaria para su

vida. Su padre, pensó Eve, conteniendo un estremecimiento. Un cuarto frío, una noche oscura y sangre sobre el cuchillo aferrado por la mano de una niña desesperada.

—No, son sólo galimatías —sus palmas estaban húmedas, enfureciéndola—. Estas personas creen que tienen que sacar algunos trucos mágicos de la galera, para mantenernos interesados.

—Estudié en el Instituto Kijinsky en Praga, —dijo Isis cuando volvió a la habitación—. Y fui estudiada. —Dejó a un lado una tacita, y sonrió cuando se alivió el dolor de cabeza—. Mis

habilidades psíquicas están documentadas, para los que necesitan pruebas. Pero me disculpo, Dallas. No tuve la intención de divagar de esa manera. Es muy raro que eso ocurra, sin que mi consciente lo controle.

Volvió a sentarse mientras hablaba, extendiendo las faldas de su túnica graciosamente.

—Sería un infierno estar al tanto de pensamientos y emociones ajenos, sin tener poder para controlar y bloquear la mente. No me gusta fisgar en pensamientos personales. Y duele —agregó ella amablemente, frotando su cabeza otra vez—. Quiero ayudar, eso es

lo que habría querido Alice, así podrá descansar. Quiero, por razones personales y egoístas, ver a Selina pagar el precio por lo que ha hecho. Haré lo que sea; no importa si usted me permite que lo haga, le ayudaré.

Eve no confiaba fácilmente en las personas, inspeccionaría muy a fondo los antecedentes de Isis. Pero por ahora, la usaría.

—Dígame lo que sepa de Selina Cross.

—Sé que es una mujer sin conciencia o principios morales. Pienso que el término sería inadaptado, pero encuentro esta palabra demasiado simple y suave



para lo que ella es. Prefiero el término más directo del mal. Es una mujer muy lista, con una gran habilidad para leer las debilidades de los demás. Por lo que respecta a su poder, lo que ella puede leer o ver o hacer, no lo puedo decir.

— ¿Y qué me puede decir acerca de Alban?—

—De él no conozco casi nada. Ella lo mantiene cerca. Asumo que debe ser su amante y que ella lo encuentra útil, porque sino a estas fechas lo habría... despachado.

– ¿El club es de ella?

Isis sonrió suavemente.

—No frecuente tales...

establecimientos.

– ¿Pero sabe sobre él?

–Uno oye rumores, chismorreos – encogió sus anchos hombros–. Las ceremonias oscuras, las Misas Negras, el beber sangre, los sacrificios humanos. Violación, asesinato, infanticidio, la invocación de demonios –suspiró–. –Por otra parte, usted podría oír tales habladurías acerca de los wiccanos por parte de aquellos que no comprenden el oficio y quiénes ven arpías cubiertas de negro y ojos de tritón, cuando piensan en brujas.

–Alice afirmó que vio el asesinato de un niño.

—Sí, y creo que lo hizo. Ella no podía inventar tal cosa. Estaba muy mal, muy nerviosa cuando vino a mí. —Isis se estremeció y soltó lentamente el aire—. Hice lo que pude por ella.

— ¿Cómo animarla a denunciar el incidente a la policía?

—Eso era algo que ella debía decidir. —Isis levantó su barbilla otra vez y se encontró con la cólera que brillaba en los ojos de Eve—. Yo estaba más preocupada por su supervivencia emocional y espiritual. El niño ya estaba perdido; esperaba salvar a Alice del mismo destino. —Sus ojos se humedecieron y bajó la mirada—.

Lamento amargamente no haber actuado de forma diferente. Y al final le fallé. Quizá fue orgullo. —Miró a Eve otra vez—. Una cree que entiende lo poderoso y engañoso del orgullo personal. Pensé que lo podía manejar, que era suficientemente sabia, suficientemente fuerte. Estaba equivocada. Así que, Dallas quiero enmendarme, haré cualquier cosa que usted quiera, le beneficiaré con mis conocimientos y con cualquier poder que la diosa me conceda.

—La información ayudará —Eve ladeó su cabeza—. Selina nos convidó con una pequeña demostración de lo que ella

llama poder. Impresionó a Peabody.

—Me cogió desprevenida —masculló Peabody, estudiando a Isis precavidamente. Ella no pensaba estar preparada para otra demostración. Para sorpresa de Peabody y Eve, Isis arrojó su magnífica cabeza hacía atrás y se rió. Fue como oír campanas de plata repicar en la bruma perlada.

— ¿Debería yo invocar al viento? — Con una mano presionaba su pecho y se reía ahogadamente—. ¿Llamar a los muertos, encender un fuego frío? Realmente Dallas, usted no cree en nada de eso, así que sería un derroche de mi tiempo y energía. Pero quizá tendría

interés en observar una de nuestras reuniones. Tenemos una a final de semana que viene. Lo puedo arreglar.

—Pensaré en ello.

—Sonríe burlonamente —dijo Isis livianamente—, pero la prenda que lleva en su dedo, lleva el antiguo símbolo de la protección.

—¿Qué?

—Su anillo de boda, Dallas. —Esbozando una sonrisa, Isis levantó la mano izquierda de Eve—. Está tallado con un viejo diseño celta para la protección.

Eve, perpleja, estudió los bonitos grabados del anillo de oro

—Es simplemente un diseño.

—Este es uno muy específico y poderoso, para proteger del daño al que lo lleva. —Divertida, enarcó las cejas—. Veo que no lo sabía. ¿Es tan sorprendente realmente? Su marido tiene sangre celta y usted lleva una vida muy peligrosa. Roarke la ama muchísimo y usted trae puesto el símbolo de ello.

—Prefiero hechos más que supersticiones —dijo Eve y se levantó.

—Como usted diga, —acordó Isis—. Pero será bienvenida en la próxima reunión, si quiere entenderlo mejor. Roarke también será bienvenido. —Ella sonrió a Peabody—. Y su ayudante.

¿Aceptará usted un regalo?

—Va contra las reglas.

—Y las reglas deben ser respetadas.

—Levantándose, Isis se dirigió detrás de un mostrador, sacó un tazón pequeño, de color claro con el borde ancho—. Entonces quizá querrás comprar esto. Después de todo, he perdido potenciales negocios al tener que cerrar para hablar contigo. Veinte dólares.

—Es justo. —Eve metió su mano en el bolsillo para sacar el dinero—. ¿Qué es?

—Lo llamamos un tazón de preocupación. En esto usted debe colocar todo su dolor, su pesar, sus preocupaciones. Lo deja a un lado y



duerme sin pesadillas.

—Trato hecho. —Eve colocó los créditos en el mostrador y esperó a que Isis envolviera el tazón en papel protector.

Eve llegó a casa temprano, una rareza. Pensó que podría concentrarse en el trabajo en la quietud de la oficina de casa. Podría superar el estar con Summerset con bastante facilidad, caviló mientras se detenía al final del camino de entrada. El mayordomo simplemente levantaría la nariz y la ignoraría. Entonces tendría un par de horas libres para ordenar los datos de Isis, contactar con la oficina de la

doctora Mira y pedir una cita con la psiquiatra. Lo haría, decidió Eve, sería interesante contrastar con Mira las personalidades de Selina Cross e Isis.

Eve no pasó más allá de la puerta principal, cuando todos sus planes se desintegraron.

La música atronaba, llenando el salón delantero con explosiones compactas de notas. Tambaleándose contra las ondas, Eve colocó sus manos sobre los oídos y gritó.

No tuvo que ser informada que era Mavis. Nadie más en su casa, jugaría con notas discordantes y con aquellos decibelios. Cuando llegó a la puerta, el

volumen era todavía más alto y se aceleró al máximo. Sus gritos no llegaban ni remotamente a la solitaria ocupante del salón.

Sola, engalanada con una túnica de color rojo y con los rizos saliendo disparados en espiral de su cabeza, Mavis Freestone holgazaneaba en el canapé en una posición imposible. Dormía como un niño.

—Jesúcristo —Como las órdenes orales fueron inútiles, Eve se jugó los tímpanos y dejó caer las manos nerviosamente en la unidad de control diferido— ¡Apagado, apagado, apagado! —Gritó, apuñalando los botones. El

ruido dejó de sonar en la consola y ella lanzó un suspiro.

Los ojos de Mavis se abrieron de pronto con un pequeño sonido explosivo

– ¡Oye, cómo va la cosa?

– ¡Qué? –Eve negó con la cabeza, tratando de disipar el agudo repiqueteo de su cabeza—. ¡Qué?

–Ese era un grupo nuevo que conocí esta mañana. Mayhem. Bastante decente.

– ¡Qué?

Con una risa ahogada, Mavis desdobló su pequeño cuerpo plegado y saltó hacia el gabinete de bebidas.

–Te ves como si necesitaras una

bebida, Dallas. Debí amodorrarme. Durante estas noches pasadas he ido a dormir bastante tarde. Quería hablar contigo... sobre ciertas cosas.

—Tu boca se mueve —observó Eve—  
¿Estás hablándome?

—No estaba tan alto. Toma un trago. Summerset dijo que estaría bien si descansaba un rato. No sabía cuando llegarías.

Por motivos que Eve desconocía, su terco mayordomo parecía agradarle Mavis.

—Probablemente el estará en su jaula, componiendo odas a tus piernas.

—Oye no es nada sexual.

Simplemente le gusto. Entonces –Mavis brindó con el vaso en dirección a Eve–. ¿Roarke no está por aquí?

– ¿Con esa música sonando? –Eve bufó y bebió un sorbo–. Entiéndelo.

–Bien, eso está bien, porque quería hablar contigo –Se sentó, retorció el vaso entre las manos y no dijo nada.

– ¿Cuál es el problema? ¿Tú y Leonardo estan peleados?

–No, no. Una realmente no puede pelearse con Leonardo. Es demasiado dulce. Está en Milán por pocos días. Algún negocio de moda.

– ¿Y porqué no fuiste con él? –Eve se sentó, apoyó los pies calzados sobre

la invaluable mesa de café y cruzó los tobillos.

—Tengo un trabajo en el Down & Dirty. No abandonaría a Crack después de que él me ayudase en un momento difícil.

—Hmm... —Eve se alzó de hombros y empezó a relajarse. La carrera de Mavis como artista —era difícil usar el término cantante para definir los talentos de Mavis— se movía hacia adelante. Había habido algunos problemas serios en su camino pero ya se habían subsanado—. No creí que trabajarías allí tanto tiempo. No con un contrato de grabación.

—Si, bien, esa es la cosa. El contrato.

Sabes, después de averiguar que Jess me usó —y a ti y a Roarke— para sus juegos mentales, no creí que la demo que había preparado con él, iría a todas partes.

—Era buena, Mavis; deslumbrante, única. Por eso fue que interesó tanto.

— ¿Es eso? —Se levantó otra vez, una mujer tan diminuta con un pelo tan salvaje—. Hoy averigüé que Roarke posee la compañía de grabación que ofreció el contrato. —Tragando su bebida, se paseó, alejándose—. Sé que el camino es largo, Dallas y que aún hay que recorrer una larga distancia, y agradezco que hayas incitado a Roarke para que me ayude, pero no me siento



bien acerca de esto. Quería darte las gracias –Mavis dio la vuelta entonces, sus ojos plateados miraban tristes y apenados—. Y decirte que voy a rechazarlo

Eve frunció los labios.

–Mavis, no sé de qué diablos hablas, ¿Intentas decirme que Roarke, el tipo que vive aquí, produce tu disco?

–Es su compañía. Eclectic. Produce de todo, desde clásico hasta fuga de cerebros. Es “la” compañía. Absolutamente magnífico, lo cual era la causa que estuviese tan nerviosa por lo del contrato.

Eclectic, meditó Eve. “La”

compañía. Sonaba justo como él.

—No sé nada de eso. No le pregunté a él, ni le hablé sobre el tema, Mavis.

Ella se movió y se deslizó lentamente hacia abajo por el brazo de la silla. — ¿No lo hiciste? ¿Seguro?

—No pregunté —repitió Eve—, y él no me dijo nada. —Lo cual también era propio de él—. Tengo que decir que si su compañía te ofrece un contrato, es porque Roarke o la persona encargada de esos temas, cree que tú vales la pena.

Mavis inspiró lentamente. Ella se había convencido de que debía sacrificarse desinteresadamente, no estaba dispuesta a tomar ventaja de la

amistad. Ahora dudaba

–Tal vez él lo arregló, como un favor.

Eve elevó una ceja.

–Los negocios de Roarke son negocios. Diría que él cree que tú puedes hacerlo más rico. Y si él lo hizo como un favor, cosa que dudo, entonces nada más tendrás que probarle que vales la pena. ¿No lo harás, Mavis?

–Sí –dejó escapar un suspiro –Voy a darle una patada al trasero, espera y verás. –Sonrió abiertamente –Tal vez podría venir por D & D esta noche. He encontrado algún material nuevo y Roarke podría tener otro primer plano

de su última inversión.

—Esta noche, paso. Tengo trabajo. Tengo que investigar el Athame.

Mavis hizo una mueca.

— ¿Para que diablos, vas a ir allí? Es un lugar indecente.

— ¿Tú lo conoces?

—Sólo por comentarios, y los comentarios no son nada buenos.

—Alguien me ha puesto sobre la pista y me ha dirigido hacía allí, está conectado con un caso en el que estoy trabajando. —explicó Eve. No había nadie que ella conociera más probable para que le diera una línea a seguir de lo más insólita—. ¿Conoces a algunas

brujas, Mavis?

—Sí, más o menos. Un par de camareros del Blue Squirrel estaban en eso. Murmuraban en los pasillos cuando estuve en aprietos.

— ¿Tú crees en esas cosas? ¿Salmodiar, embrujar y leer la palma de la mano?

Mavis levantó las cejas y se quedó pensativa

—Son estúpideces.

—Jamás dejas de asombrarme —dijo Eve—. Creí que estarías metida en esto.

—Llevé a cabo una estafa una vez. Guía espiritual. Fui Ariel, reencarnación de una reina de hadas. Te asombrarías

de cuántas personas me pagaban para que me pusiera en contacto con sus parientes muertos o predijera su futuro.

Para demostrar lo que decía, dejó caer la cabeza hacía atrás, sus ojos revolotearon, su boca se quedó flácida. Lentamente, levantando sus manos con las palmas hacía arriba

—Siento una presencia, fuerte, buscando, está triste. —Su voz se había hecho más profunda, con un acento débil —Hay fuerzas oscuras trabajando contra ti. Se esconden de ti, esperan para hacer el mal. Cuidado.

Dejó caer sus manos y sonrió abiertamente.

—Entonces, dices el conjuro para darles confianza y ofrecer protección de las fuerzas oscuras. Todo lo que tienen que hacer es seguir las instrucciones, poner unos mil en efectivo —sólo dinero en efectivo— en un sobre. Lácrelo. Te aseguras que les dices que lo sellen con una cera especial, que tú les venderás. Luego harás el conjuro y enterrarás el sobre en un lugar secreto a la luz de la luna. Después de un ciclo de la luna, lo desenterrarás y lo devolverás. Las fuerzas oscuras habrán sido vencidas.

— ¿Y ya está? ¿La gente da el dinero, sin más?

—Bien, si quieres tenerlo todo bien

atado, haces un poco de investigación y entonces puedes usar nombres y acontecimientos reales. Pero básicamente, sí, las personas quieren creer.

– ¿Por qué?

– Porque la vida realmente puede hartar.

Sí, pensaba Eve cuando se quedó sola otra vez, suponía que podía hartar. Seguramente la de ella tenía largos períodos de tiempo anodinos. Ahora vivía en una mansión con un hombre que, por alguna razón, la amaba. Ella no siempre había entendido su vida o al hombre con quien ahora la compartía,



pero se adaptaba. Tan bien de hecho, que decidió no enterrarse con el trabajo, sino salir a pasear, en esa tarde otoñal dorada por la luz del sol y tomarse una hora para ella sola.

Estaba acostumbrada a las calles abarrotadas de transeúntes, deslizándose bajo el cielo por las aceras mecánicas atascadas. El espacio de que podía disponer Roarke siempre la asombraba.

Sus tierras parecían un parque bien cuidado, tranquilo y exuberante, con el follaje de los árboles deslumbrante. Los perfumes de las flores se mezclaban con la fragancia de las especias y el olor del otoño en el campo.

En lo alto, el cielo lucía vacío de tráfico y no se oían los zumbidos. Ninguno de los aerobuses atronadores o los desmañados dirigibles llenos de turistas surcaban la tierra de Roarke.

El mundo que existía y ella conocía, estaba más allá de las puertas y detrás de los muros, en la oscuridad silenciosa.

Aquí ella podía olvidar todo eso, durante un momento. Olvidaba que existía Nueva York, con su cólera y su muerte... su arrogancia perpetuamente atractiva. Ella necesitaba la quietud y el aire puro. Mientras paseaba sobre la gruesa hierba verde, pensaba en el anillo con esos símbolos raros en su

dedo.

En el lado norte de la casa había una pérgola de hierro forjado, en cierta forma elegante. Con las vides enroscándose entre los barrotes entrelazándose desordenadamente con flores rojas. Se había casado allí, en una ceremonia antigua, tradicional, donde se cambiaron votos y se hicieron promesas. Una ceremonia pensaba ahora. Un rito que incluyó música, flores, testigos, palabras que fueron repetidas una y otra vez, en uno y otro lugar, siglos a través de los siglos.

Y bien, pensó, otras ceremonias fueron conservadas y repetidas,

creyendo conservar el poder. De regreso a Cain y Abel, filósofo. Uno plantó semillas, el otro pastoreó un rebaño. Y ambos habían ofrecido un sacrificio. Uno había sido aceptado, el otro declarado fuera de lugar. Así imaginaba ella que un día el bien y el mal habían nacido. Porque cada uno necesitaba el equilibrio y el desafío del otro.

Y eso continuaba. La ciencia y la lógica lo desmentían, pero los ritos continuaban, el incienso y los hechizos, la magia y el beber vino que simbolizaba la sangre.

Y el sacrificio del inocente.

Molesta consigo misma, se frotó las

manos sobre el rostro. Filosofar era tonto y no servía para nada. El asesinato lo había perpetrado la fuerza humana. Y era la fuerza humana quién impartiría justicia. Esa era, después de todo, el balance final del bien y el mal.

Se sentó sobre la tierra debajo del cenador de flores rojas y se concentró en el olor ardiente de la tarde.

—Esto no es muy normal en ti. —Roarke se situó quedamente detrás de ella, tan silenciosamente que su corazón dio un brinco antes de que él se sentase en la hierba a su lado.

—¿Comunicándote con la naturaleza?

—Tal vez, hoy estuve demasiado

tiempo dentro. –Ella sonrió cuando él le dio una de las flores rojas. La hizo girar entre sus dedos, antes de mirarlo.

Él estaba relajado, su pelo oscuro rozaba sus hombros a medida que se reclinaba sobre sus codos, las piernas estiradas a lo largo, los pies cruzados en los tobillos. Se imaginó que su traje caro y elegante se llenaría de manchas con la hierba, las cuales horrorizarían a Summerset. Olía a hombre y a riqueza. La lujuria se enroscaba acomodándose en su estómago.

– ¿Un día exitoso? –Preguntó ella.

–Tendremos pan sobre la mesa otro día o dos.

Ella dio un golpecito con sus dedos al final de su cabello.

– ¿No el dinero en sí, no es cierto? Es el hacerlo.

–Oh, es el dinero –sus ojos se rieron de ella–. Y el hacerlo. –En un movimiento rápido, que ella se dijo que debería haber visto, alcanzó con su mano detrás del cuello de Eve, haciéndole perder el equilibrio y caer encima de él, para unirse en un beso caliente.

–Sóstante.

Ella no se retorció suficientemente rápido y terminó debajo de él.

La boca de él se prendió

avariciosamente a su garganta, pequeños lametazos enviaban calor directamente a su cuerpo y llegaba hasta los dedos de los pies.

—Quiero hablar contigo.

—De acuerdo, habla mientras te saco estas ropas. Todavía llevas el arma —comentó cuando la liberó del arnés—. ¿Pensando en acribillar a algún animal salvaje?

—Eso va contra la ordenanza municipal, Roarke. —Ella atrapó su muñeca cuando la mano de él se cerraba solapadamente sobre su pecho—. Quiero hablar contigo.

—Y yo quiero hacer el amor contigo.



Veamos quién gana.

Le debería haber enfurecido el hecho de que él le había abierto la camisa y sus pechos le anhelaban. Luego su boca se cerró sobre esa carne tan sensible y cerró sus ojos a todo menos a disfrutar del placer. No obstante, no le dejaría ganar con demasiada facilidad.

Ella dejó que su cuerpo se excitase, gimió, y con los dedos peino su largo pelo hasta sus hombros.

—Tu chaqueta —murmuró tirando de ella. Cuándo él encogió los hombros para liberarse, atacó.

Era un dogma básico de la lucha cuerpo a cuerpo. Nunca bajar la guardia.

Lo empujó y lo inmovilizó con una rodilla a la entrepierna y un codo a la garganta.

—Eres una tramposa. —Él calculó que podría liberarse del codo, pero la rodilla..... Había algunas cosas que a un hombre no le gustaba arriesgar. Posó sus ojos sobre ella y con las puntas de los dedos, muy despacio, lentamente acarició su torso desnudo y rodeó su pecho—. Admiro eso en una mujer.

—Eres fácil —El pulgar de Roarke pasó rozando ágilmente sobre su pezón, acelerando la respiración de ella—. Admiro eso en un hombre.

—Bien, ahora me tienes. —Él le abrió

el cinturón, los músculos del estomago de Eve se estremecieron—. Ten compasión.

Ella sonrió abiertamente, liberó su codo para asir con las manos su cabeza—. No creo. —Agachando la cabeza, ella atrapó su boca con la suya.

Sintió la aspiración de él, sintió sus brazos rodeándola, sus dedos buscándola. El gemido de él retumbó a través del pulso de ella.

—Tu rodilla —murmuró él.

— ¿Humm? —La lujuria en todo el significado de la palabra la dominaba ahora. Ella entreabrió los labios y probó con los dientes su garganta.

—Tu rodilla, cariño. — Ella se movió para morder su oreja y casi emasculó—. Es muy efectiva.

—Oh, lo siento. —Suspirando, ella bajo su rodilla y movió su cuerpo a su lado. —Me olvidé.

—Una historia interesante. Podrías haber causado un daño irreparable.

—Auch —Con una sonrisa malvada, ella tiró hasta abrirle los pantalones. — Apuesto que lo podemos hacer todo mucho mejor.

Los ojos de Roarke se oscurecieron cuando ella le acarició, y permanecieron abiertos y sobre ella cuando sus labios se unieron otra vez. Este beso,

sorprendentemente tierno, entrelazaba esa emoción atterradoramente fuerte con la fácil lujuria.

Los bordes del cielo en el ocaso eran tan salvajemente rojos como las flores que se arqueaban sobre ellos. Las sombras eran largas y suaves. Ella podía oír el canto de los pájaros y el susurro del aire a través de las hojas moribundas. El roce de las manos de él era como un milagro, ahuyentando toda la fealdad y el dolor del mundo en el que ella se adentraba.

Aún no sabía que necesitaba ser apaciguada, pensó Roarke cuando la acariciaba y la calmaba, de modo que la

excitación fuera lenta, caliente y líquida. Quizá ninguno lo sabía, hasta que se tocaron. El susurro del viento, la luz, la rendición gradual de una mujer fuerte era gloriosamente seductor.

Suavemente la soltó, observando su rostro cuando alcanzaba el primer orgasmo que la arrastraba a las cimas del placer, empujando profundamente en su cuerpo, estremeciéndose cuando la llenó completamente.

Ella mantuvo sus ojos abiertos, fascinada por la intensidad de esa mirada como ondas plateadas que fluían a través de ella. Se acompasó al ritmo de él, sedosa y suavemente emparejó su

respiración justo en el momento que su aliento se escapaba. Y cuando vio esos oscuros ojos célticos que se nublaban volviéndose opacos, enmarcó su cara con las manos para saborear su gemido de liberación.

Cuando el cuerpo de Roarke se relajó sobre ella, su rostro enterrado en el cabello de Eve, ella lo abrazó con fuerza.

—Te deje seducirme.

—Uh—huh

—No quise herir tus sentimientos.

—Gracias. También lo toleraste todo tan estoicamente.

—Es el entrenamiento. Los policías

tienen que ser estoicos.

Él extendió la mano sobre la hierba y tomó su placa.

—Su insignia, teniente.

Ella rió disimuladamente, le azotó en el trasero.

—Sal de aquí. Pesas una tonelada.

—No dejes de adularme o Dios sabe lo que podría ocurrir. —Perezosamente él rodó su lado, notó que el cielo se estaba nublando con nubes de gris perla—. Me muero de hambre. Me has distraído y ahora la hora de la cena ya ha pasado.

—Está un poco más que pasada. —Ella se incorporó y comenzó a tirar fuertemente de sus ropas—. Has tenido tu



sexo, colega. Ahora me toca a mí. Tenemos que hablar.

—Podríamos hablar mientras cenamos. —Suspiró cuando Eve le dirigió una mirada llena de obstinación—. O podríamos hablar aquí.

— ¿Hay algún problema? —Preguntó él, pasando su pulgar por la hendidura de su barbilla.

—Digamos que tengo algunas preguntas en la cabeza.

—Podría tener las respuestas. ¿Cuáles son?

—Para comenzar... —ella desvió su mirada y ahogó un suspiro. Él estaba sentado allí, casi desnudo, viéndose muy

parecido a un gato profundamente satisfecho—. Ponte algunas ropas, ¿quieres? Vas a distraerme. —Le lanzó la camisa cuando el sonrió abiertamente—. Mavis me estaba esperando cuando llegué a casa.

—Oh —Él sacudió su camisa que estaba en un estado lamentable, pero se la deslizó por sus hombros—. ¿Por qué no se quedó?

—Tiene un contrato con el Down & Dirty. Roarke ¿por qué no me dijiste que poseías Eclectic?

—No es un secreto. —Se cerró flojamente los pantalones y le dio a ella el arnés con su arma—. Poseo un gran

número de cosas.

—Tú sabes acerca de lo que estoy hablando. —Eve se dijo a sí misma que sería paciente, porque era un asunto delicado para todos—. Eclectic ha ofrecido a Mavis un contrato.

—Sí, lo sé.

—Sí, ya se que lo sabes. —Ella se mordió los labios, alejando su mano cuando él intentó apartar su pelo—. Maldición, Roarke, podrías habérmelo dicho. Me hubiera preparado para cuando me preguntara sobre eso.

— ¿Preguntarte a ti, por qué? Es un contrato estándar. Ciertamente ella querrá que un agente o un representante

eche un vistazo, pero...

— ¿Lo hiciste por mí?— Le interrumpió ella, mirándolo directamente a la cara.

— ¿Hacer qué por ti?

Ahora sus dientes rechinaban.

—La oferta para Mavis, el contrato de grabación.

Él cruzó sus brazos, irguiendo la cabeza

— ¿No estarás haciendo planes para dejar de ser policía y trabajar de agente teatral, no es cierto?

—No, claro que no.

—Pues entonces, no tiene nada que ver contigo.

—No vas a sentarte aquí y decirme que te gusta la música de Mavis.

—La palabra música es un término que no estoy seguro pueda aplicarse al talento de Mavis.

—Ajá. —Ella punzó un dedo en su pecho.

—Ese talento, sin embargo es... creo... comercial. El propósito de Eclectic es producir y distribuir la producción del artista.

Ella se recostó y golpeó ligeramente con el dedo su rodilla. —Así que es un asunto de negocios. Solamente negocios.

—Naturalmente. Tomo los negocios muy en seriamente.

—Eres el único que puede derrotarme. —Le dijo después de un momento—. Eres bastante bueno.

—Sí, lo soy. —Complacido de ser uno de los pocos que podían derrotarla, le sonrió. —De una u otra manera, el trato está hecho. ¿Eso es todo?

—No —Ella soltó un suspiro, luego se inclinó hacia delante y lo besó—. Gracias, de cualquier manera.

—No hay de qué.

—Lo siguiente. Esta noche tengo que ir al Athame, a encontrarme con un tipo. —Ella vio que él parpadeaba y tensaba la mandíbula—. Me gustaría que fueras conmigo. —Tuvo que morderse la lengua

para no reír disimuladamente cuando él entrecerró los ojos.

— ¿Así como así? ¿Es un asunto de la policía, pero no vas hacer una cuestión de ello?

—No, primero porque pienso que puedes ser de ayuda y segundo para ahorrar tiempo. Discutiríamos acerca de eso y encontrarías la forma de ir igualmente. Así que te pregunto directamente si quieres venir, pero queda claro que yo estoy al mando.

—Qué lista. —Él tomó su mano y la ayudó a levantarse—. De acuerdo. Pero después de cenar. Me perdí el almuerzo.

—Una cosa más. ¿Por qué tengo un

símbolo céltico de protección grabado en mi anillo de boda?

Él se sobresaltó por la sorpresa, apenas disimulándola.

—¿Cómo dices?

—No. No has sido suficientemente rápido esta vez. —Ella había notado un atisbo de culpabilidad, controlado inmediatamente—. Sabes exactamente de que hablo. Una de nuestras brujas amigas de la vecindad me lo contó hoy.

—Ya, veo. —Atrapado, pensó él, cogiendo la mano y levantándola para examinar el anillo—. Es un diseño muy bonito.

—No digas estupideces, Roarke. Soy



una profesional. —Ella lo miró hasta que sus ojos encontraron—. ¿De qué protege? Verdaderamente crees en toda esta cháchara mágica. —

—No es esa la cuestión. —Él andaba a tientas y un surco cruzó su frente.

—Estás avergonzado. —Su rostro delataba sorpresa y diversión—. Nunca te avergüenzas. Por Nada. Es extraño. Y muy dulce.

—No me avergüenzo. —Mortificado, decidió pero no avengonzado—. No es tan simple..... No estoy completamente cómodo dando explicaciones sobre mí. Te amo. —dijo, silenciando la risita ahogada de ella—. Tú te juegas la vida,

una vida que es esencial para mí, justamente por ser quién eres. Y esto —el rozó con su pulgar la alianza—. —Es un escudo pequeño y muy personal.

—Eso es adorable, Roarke. De verdad. Pero tú realmente no crees en todos esos disparates mágicos—

La mirada de él se elevó mirando al crepúsculo que dejaba paso a la noche, y sus ojos destellaron en la oscuridad. Como los lobos, pensó ella.

Y era en un lobo, recordó ella, en quien debía confiar.

—Tu mundo es relativamente pequeño, Eve. No podría llamarlo protegido, pero sí limitado. Tú no has

visto el baile de un gigante, ni has sentido el poder de las piedras antiguas. Tú no has posado tu mano sobre la escultura Ogham en el tronco de un árbol petrificado por el tiempo o has oído los sonidos que murmura la niebla que cubre la tierra sagrada.

Perpleja, ella sacudió la cabeza.

— ¿Es magia irlandesa?

— Si tú quieres, aunque seguramente no está limitada a una sola raza o cultura. Tú eres pragmática — Él pasó sus manos por los brazos de ella hasta sus hombros—. Casi brutal en tu enfoque y en tu honestidad. Y yo he vivido, digamos, una vida flexible. Te necesito y usaré lo

que sea para protegerte. –Le levantó el anillo para besarlo—. Permíteme considerarlo, sencillamente, como cubrir todas las bases.

–De acuerdo. –Este era un aspecto nuevo de él que le llevaría un tiempo explorar—. ¿No tendrás un cuarto secreto, donde puedas bailar desnudo y salmodiar?

Él remeti6 la lengua en el interior de su mejilla.

–Lo tenía pero lo convertí en una guarida, es más versátil.

–Bien pensado. De acuerdo, vamos a comer.

–Gracias a Dios. –Tomó la mano de

ella y la arrastró hacia la casa.

# Capítulo Siete

El Athame cubría la depravación con un barniz brillante, como la sonrisa de un político corrupto cuando besa bebés. Un vistazo convenció a Eve de que hubiera preferido pasar una tarde en un garito infecto, oliendo licor rancio y sudor aún más rancio.

En los garitos no perdían el tiempo con disfraces.

Balcones giratorios con cristales ahumados y adornos de cromo, rodeaban el nivel principal en dos filas de forma tal que los que preferían una visión más

elevada podían dar vueltas lentamente y examinar la acción. La barra central estaba dividida en cinco zonas, y cada uno de ellas estaba lleno de clientes sentados en precario equilibrio sobre altos taburetes diseñados para simular partes del cuerpo exageradas de manera optimista.

Una pareja de mujeres embutidas en micro faldas se sentaban abiertas de piernas sobre un par de protuberantes penes color carne y reían ruidosamente. Un rapado asiduo del bar comprobaba si eran de verdad metiendo su mano por dentro de sus blusas ajustadas.

Todas las paredes estaban llenas de

espejos, y reflejaban de manera intermitente turbias luces rojas. Algunas de las mesas que rodeaban a la pista de baile estaban metidas dentro de un tubo para ofrecer intimidad, algunas estaban ahumadas de forma que las siluetas de parejas en varios estados de fornicación ondulaban contra el cristal para entretener a la multitud, y todas estaban revestidas con una laca negra y brillante que las hacían parecer pequeñas piscinas oscuras.

En una plataforma elevada, la banda tocaba un rock áspero y bueno. Eve se preguntó lo que pensaría Mavis de sus caras salvajemente pintadas, pechos



tatuados, y pantalones cortos de cuero negro tachonados con púas plateadas. Decidió que su amiga probablemente habría dicho que eran magníficos.

— ¿Nos sentamos? —Murmuró Roarke en su oído—, ¿o echamos un vistazo?

—Subimos, —decidió ella—. Para echar un vistazo. ¿Qué es ese olor?

Él subió a las escaleras mecánicas con ella.

—Cannabis, incienso. Sudor.

Ella negó con la cabeza. Había algo bajo esa mezcla, algo metálico.

—Sangre. Sangre reciente.

Él lo había olido también. Era un trasfondo preocupante.

—En un lugar como éste, la ponen en los conductos de ventilación para realzar la atmósfera.

—Encantador.

Salieron en la segunda planta. Aquí, en lugar de sillas y mesas, había cojines en el suelo y gruesas alfombras donde los clientes podían gandulear mientras sorbían el brebaje de su elección. Los que estaban en busca de presa se apoyaban en la barroca barandilla de cromo, buscando, imaginó Eve, una pareja a la que pudieran atraer a una de las salas privadas.

Había una docena de habitaciones similares en este nivel, todas con

pesadas puertas negras con placas cromadas con nombres como Perdición, Leviatán y, más directos, en opinión de Eve, Infierno y Condenación.

Ella podía imaginar fácilmente qué tipo de personalidad encontraría seductoras esas invitaciones.

Mientras ella miraba, un hombre cuyos ojos estaban vidriados por el licor empezó a trazar con sorbetones un camino que subía por las piernas de su compañera. Su mano se escondió bajo la minúscula falda femenina mientras ella reía tontamente. Técnicamente, podría haberlos arrestados a ambos por realizar un acto sexual en público.

— ¿Qué obtendrías con ello? — comentó Roarke, leyéndola perfectamente. Su voz era suave. Para un observador superficial sólo sería un hombre ligeramente aburrido con el ambiente. Pero él estaba preparado para atacar o defender, lo que fuera necesario—. Tienes cosas más interesantes que hacer que meter en chirona a una pareja de Queens que está cachonda.

Esa no era realmente la cuestión, pensó Eve mientras el hombre se abría la bragueta de sus pantalones azules.

— ¿Cómo sabes que son de Queens?

Antes de que él pudiera responder,

un hombre joven y atractivo con una ondeante melena de pelo rubio y hombros desnudos y brillantes, se acuclilló al lado de la ocupada pareja. Lo que hubiera dicho hizo que la mujer se riera de nuevo y le diera un beso juguetón.

—¿Por qué no vienes tú también?— pidió ella con un acento inconfundible. — Podríamos tener una menasatruá.

Eve arqueó una ceja ante la masacre barriobajera del término francés, y la habilidad con la que el guardia de seguridad se había desenganchado y llevaba a la tambaleante pareja fuera de allí.

—Queens, —dijo Roarke, presumido—. Definitivamente. Y eso ha estado muy bien. —Él inclinó la cabeza cuando llevaron a la pareja a través de una estrecha puerta—. Han añadido el precio de la sala privada a la cuenta, y no ha habido problema. —Hubo un grito de una risa femenina cuando el guardia de seguridad salió y cerró la puerta—. Todo el mundo está contento .

—Queens podría no estarlo por la mañana. El precio de una sala privada en un sitio como éste tiene que doler. No obstante... —Ella examinó a la multitud. Las edades variaban desde los muy jóvenes, muchos de los cuales estaba

segura que habían entrado con identificaciones falsificadas, a los muy adultos. Pero por el vestuario y la joyería, el aspecto de las caras y cuerpos, que sugerían discretamente los realces de los salones de belleza, la clientela era unánimemente de clase media—alta.

—Parece que aquí el dinero no es un problema. He localizado al menos a cinco acompañantes profesionales de alta categoría.

—Mi cuenta se acercaba más a diez. Ella hizo un gesto con la ceja.

—Doce guardias de seguridad con mandos en las manos poco disimulados.

—En esa cuenta sí estamos de acuerdo. —Él pasó un brazo alrededor de su cintura y se dirigieron a la barandilla. Debajo, la pista de baile estaba llena, cuerpos que se frotaban sugerentemente contra otros cuerpos. Risas salvajes rebotaban contra las paredes cubiertas de espejos y se disparaban hacia arriba.

La banda estaba haciendo una representación. Estaban atando a las dos vocalistas femeninas a unas cadenas de planta colgantes con cintas de cuero. La música martilleaba, destacando los tambores. Los bailarines se echaron hacia delante, acercándose, ansiosos como una multitud en un linchamiento.



Hicieron participar al público cuando le propusieron a un hombre que quitara a las mujeres sus finas ropas y aceptó la invitación. Debajo de ellas estaban desnudas salvo por unas fulgurantes estrellas sobresus pezones y pubis.

La multitud empezó a cantar y aullar mientras él las cubría con un espeso aceite, y ellas se contorsionaban y gritaban y suplicaban misericordia.

—Eso está rozando la línea, — masculó Eve.

—El arte de la representación — Roarke miró al hombre azotar a la mujer con un látigo de nueve colas de terciopelo— está dentro de la ley.

—La simulación del envilecimiento fomenta el acto real. —Ella apretó los dientes cuando un miembro de la banda empezó a abofetear ligeramente a la segunda vocalista mientras sus voces se unían en un ferviente dueto—. Se supone que hemos superado esta clase de explotación femenina. Pero no lo hemos hecho. Nunca lo hacemos. ¿Qué están buscando?

—Emociones. La variedad más mísera y barata. —Su mano se deslizó calmante por la base de su espalda. Ella sabía lo que era ser atada, que abusaran de ella. No había nada artístico o entretenido en ello—. No hay necesidad

de mirar esto, Eve.

— ¿Qué razón les mueve a hacerlo? — se preguntó—. ¿Qué hace que una mujer deje que la usen de esa forma, en una simulación o la realidad? ¿Por qué no les da una patada que les ponga los huevos por corbata?

—Tú no eres ella. —Él la besó en la frente y firmemente la apartó de allí.

La barandilla estaba ahora llena de gente, esforzándose para ver el show.

Mientras daban una rápida vuelta por el piso superior, una mujer en un traje de noche negro casi transparente se deslizó hasta ellos.

—Bienvenidos al Nivel del Maestro.

¿Tienen una reserva?

Ya era suficiente, pensó Eve. Sacó su placa.

—No estoy interesada en lo que sea que vendan aquí.

—Buenos vinos y comida, —dijo la camarera después de hacer sólo una ligera mueca a la vista de la placa—. Encontrará que aquí cumplimos estrictamente la ley, teniente. Sin embargo, si desea hablar con el dueño,...

—Ya lo he hecho. Quiero hablar con Lobar. ¿Dónde puedo encontrarle?

—Él no trabaja en este nivel. —Con la sutileza y discreción que habrían sido el orgullo del más estirado maitre, la

camarera guió a Eve de vuelta a las escaleras—. Si hacen el favor de volver al piso principal, se pondrán en contacto con ustedes y se les asignará una mesa. Me podré en contacto con Lobar y le enviaré a hablar con ustedes.

—De acuerdo. —Eve la estudió, vio una atractiva mujer en la mitad de la veintena—. ¿Por qué hace esto? —Preguntó, y miró a una de las pantallas donde una mujer gritaba y luchaba mientras la ataban a una losa elevada de mármol—. ¿Cómo puede hacerlo?

La camarera simplemente miró a la placa de Eve y sonrió dulcemente.

— ¿Cómo puede hacer eso? —

contraatacó, y se alejó.

—Estoy dejando que me afecte, — admitió Eve mientras se dirigían al nivel principal—. Debo mantener la cabeza fría.

La banda continuaba tocando, la música convertida ahora en un frenesí. Pero la actuación había cedido su sitio a una enorme pantalla que llenaba la pared situada detrás del escenario. Eve supo el porqué con un solo vistazo. El club no tenía licencia para actos sexuales en vivo, pero esos ligeros inconvenientes se superaban con el vídeo

Las vocalistas femeninas estaban

todavía atadas, cantando a voz en grito sin perder una nota. Pero ahora estaban detrás del escenario, en el objetivo de la cámara, con el hombre del público y un segundo hombre que no llevaba nada más que una vistosa máscara representando la cabeza de un verraco.

—Cerdos, —fue todo lo que dijo Eve, luego miró unos centelleantes ojos rojos.

—Su mesa está en esta dirección. —El hombre joven sonrió, revelando unos brillantes dientes con unos incisivos afilados hasta convertirse en unos crueles colmillos. Se volvió. Su pelo onduló a lo largo de su espalda desnuda, negro, con las puntas rojas como llamas.

El abrió la puerta redondeada de un tubo privado, y entró delante de ellos.

—Soy Lobar. —Sonrió abiertamente otra vez—. Le he estado esperando.

Podría haber sido guapo sin la afectación de los colmillos de vampiro y los ojos de demonio. Como estaba ahora, Eve pensó que parecía un niño demasiado crecido que se había disfrazado para la Noche de Brujas. Si tenía la edad legal, pensó que sería por poco. Su pecho era delgado y sin pelo, sus brazos esbeltos como los de una chica. Pero ella no creía que fuera el tinte rojo de sus ojos lo que hacía desaparecer su inocencia. Era la mirada



en ellos.

—Siéntese, Lobar.

—Seguro. —Él se dejó caer en una silla—. Tomaré una bebida. Usted la pagará, —le dijo a Eve—. Quiere mi tiempo en horario de trabajo, entonces pague —aporreó la selección en el menú electrónico, ajustó la silla de forma que pudiera ver la pantalla—. Hay un gran espectáculo esta noche.

Eve le echó una mirada.

—El guión podría mejorar, —dijo ella secamente—. ¿Tiene identificación, Lobar?

Él apartó los labios de sus colmillos, levantó sus manos con las

palmas hacia fuera.

—No la llevo encima. A menos que piense que tengo bolsillos secretos en mi piel.

— ¿Cuál es su nombre legal?

Su sonrisa desapareció, y sus ojos fueron de pronto los malhumorados ojos de un niño.

—Lobar. Ése soy yo. No tengo que responder a sus preguntas, lo sabe. Estoy colaborando.

—Usted es un verdadero ciudadano. — Eve esperó mientras la bebida que él había pedido se deslizaba fuera de la ranura de servicio. Otro espectáculo, meditó ella, mientras el pesado cáliz de

cristal humeaba con algún brebaje de un lóbrego gris—. Alice Lingstrom. ¿Qué sabe acerca de ella?

—No mucho, excepto que era una perra estúpida. —Él sorbió la bebida—. Ella anduvo rondando por aquí un tiempo, luego se rajó. Eso me pareció bien. El maestro no necesita criaturas débiles.

—El maestro.

Él dio un nuevo trago, sonriendo.

—Satán, —dijo él, saboreándolo.

— ¿Cree en Satán?

—Seguro. —Se inclinó hace delante, deslizó su mano con sus uñas largas, pintadas de negro hacia Eve—. Y él cree

en ti.

—Con cuidado, —murmuró Roarke—. Eres demasiado joven y estúpido para perder una mano.

Lobar bufó, pero deslizó su mano de nuevo hacia atrás.

— ¿Su perro guardián? —le dijo a Eve—. Su rico perro guardián. Sabemos quién es usted, —añadió él, fijando sus ojos rojos en Roarke—. El gran negociante. Usted no tiene ningún poder aquí. Ni lo tiene su puta poli.

—No soy su puta poli, —dijo Eve suavemente, lanzando una mirada de aviso a Roarke—. Soy mi propia puta poli. Y respecto al poder... —Ella se

reclinó hacia atrás—. Bien, yo tengo el poder de llevarlo a la Central de Policía y meterlo en Interrogatorios —sonrió, dejando que su mirada vagara sobre su pecho desnudo y los brillantes anillos de los pezones—. A los chicos les encantaría prestarte atención. ¿No es lindo, Roarke?

—Si te gusta la moda de aprendiz de demonio. Debes tener un dentista... muy interesante. —Puesto que era una cabina privada, sacó un cigarrillo y lo encendió.

—Podría tomar uno de esos, —dijo Lobar.

— ¿En serio? —Con indiferencia,

Roarke puso otro cigarrillo encima de la mesa. Cuando Lobar lo cogió, mirándole expectante, Roarke sonrió abiertamente—. Lo siento, ¿quieres fuego? Supuse que lo encenderías con una llama que brotaría de la punta de tus dedos.

—No hago trucos para la gente convencional. —Lobar se echó hacia delante, chupando del filtro mientras Roarke daba un golpecito a su encendedor en la punta—. Mire, usted quiere saber de Alice, y yo no puedo ayudarla. Ella no era mi tipo. Demasiado inhibida y siempre haciendo preguntas. Por supuesto que me la tiré un

par de veces, pero fueron como deberes para con la comunidad, ¿sabe? Nada personal.

— ¿Y la noche que fue asesinada?

Él exhaló el humo e inhaló más. No había fumado tabaco real antes, y la cara droga le estaba dejando mareado y relajado—. No la vi. Estaba ocupado. Tuve una ceremonia privada con Selina y Alban. Ritos sexuales. Después, follamos casi toda la noche.

El dio otra profunda calada, manteniéndolo en sus pulmones como lo haría con un porro de primera calidad, exhalándolo luego lujuriosamente a través de las fosas nasales—. A Selina le

gustan las dobles penetraciones, y cuando está saciada, le gusta mirar y masturbarse. Fácil que llegara el amanecer antes de que tuviera bastante.

—Y los tres estuvieron juntos toda la noche. Nadie se separó, ni siquiera por unos minutos.

Él movió sus delgados hombros.

—Eso es lo interesante de tres personas. No hay esperas —bajó su mirada sugerentemente a sus pechos—. ¿Quiere probarlo?

—No le interesa abordar a una policía, Lobar. Y a mí me gustan los hombres. No los niños flacos con disfraces tontos. ¿Quién llamó a Alice y



puso la grabación del cántico?

Él se enfurruñó de nuevo, su ego herido. Si ella hubiera venido sola, pensó, le hubiera mostrado unas cuantas cosas. Una perra era una perra en lo que a él concernía, tuviera o no placa.

—No sé de qué está hablando. Alice no era nada. No le importaba una mierda a nadie.

—A su abuelo sí.

—Oí que él también había muerto. —Sus ojos rojos brillaron—. Un viejo aburrido. Poli de escritorio, pulidor de botones. No me interesaba para nada.

—Lo bastante para saber que era un policía, —apuntó Eve—. Un policía que

trabajaba detrás de un escritorio. ¿Cómo sabía eso, Lobar?

Dándose cuenta de su error, apuró lo que quedaba de su cigarrillo en pequeñas caladas, rápidas y crueles.

—Alguien debe haberlo mencionado. —Mostró sus colmillos en una amplia sonrisa—. Probablemente Alice, mientras me la estaba tirando.

—No dice mucho de tu habilidad, la verdad, si ella estaba hablando de su abuelo mientras tú te la estabas... tirando.

—Lo oí en algún sitio, ¿vale? —Él agarró su bebida, tragando rápidamente—. ¿Por qué tanto escándalo?

Sólo era un viejo.

— ¿Le vio alguna vez? ¿Aquí?

—Veo a un montón de gente aquí. No recuerdo a ningún poli viejo. —Él agitó una mano—. Me peleo con tipos como esos la mayor parte de las noches. ¿Cómo diablos voy a saber quién entra? Selina me contrató para mantener a raya a los alborotadores ocasionales, no para recordar caras.

—Selina ha logrado poner realmente en marcha la empresa. ¿Trafica todavía? ¿Es su proveedora?

Sus ojos se volvieron astutos.

—Obtengo poder de mis creencias. No necesito ilegales.

— ¿Ha participado alguna vez en algún sacrificio humano? ¿Tal vez hacer rodajitas un niño para su maestro, Lobar?

Él apuró su bebida.

—Eso es una alucinación de los de afuera. A la gente como usted le gusta considerar a los satanistas como monstruos.

—Gente como nosotros, —murmuró Roarke, desplazando su vista sobre Lobar, desde su pelo largo y teñido en las puntas hasta los anillo de sus pezones—. Sí, obviamente somos prejuiciosos, ya que cualquiera puede ver que tú sólo eres... devoto.

—Mire, esta es una religión, y tenemos libertad de religión en este país. ¿Queréis embucharnos a vuestro Dios? Bueno, nosotros lo rechazamos. Lo rechazamos a él y a todos sus credos debilitadores. Y gobernaremos en el Infierno.

Se echó hacia atrás de un empujón, alejándose de la mesa, y se levantó.

—No tengo nada más que decir.

—De acuerdo. —Eve habló tranquilamente, mirándole a los ojos—. Pero piense en esto, Lobar. Hay gente que ha muerto. Alguien va a ser el próximo. Podría ser usted.

Sus labios temblaron, luego los

apretó firmemente.

—También podría ser usted, —amenazó él como respuesta y salió de la cabina dando un portazo.

—Qué joven más atractivo, —comentó Roarke—. Creo que será una adquisición encantadora para el Infierno.

—Puede ser que sea ahí donde vaya. —Después de una rápida mirada alrededor, Eve introdujo el vaso vacío en su bolso—. Quiero saber de dónde viene. Puedo rastrear estas huellas en casa.

—De acuerdo. —Él se levantó, tomó su brazo—. Pero quiero una ducha primero. Este lugar deja algo

desagradable pegado a la piel.

—No puedo discutir eso.

—Robert Allen Mathias, —indicó Eve, leyendo los datos de su pantalla—. Puesto en libertad a los dieciocho años, hace seis meses. Nacido en Kansas City, Kansas, hijo de Jonatahn y Elaine Mathias, ambos diáconos baptistas. —

—Un PK10 —comentó Roarke—. Hijo de predicador. Algunos pueden rebelarse de formas muy extremas. Parece como si el pequeño Bobby lo hubiera hecho así.

—Historia de problemas, —continuó Eve—. Tengo aquí sus antecedentes como delincuente juvenil. Robos sin

importancia, allanamiento de morada, novillos<sup>11</sup>, asalto. Se escapó de casa cuatro veces antes de cumplir los trece. A los quince años, después de una loca carrera con un estupendo coche robado, sus padres cedieron la custodia al estado. Estuvo un año en una escuela estatal, de la que se le expulsó cuando intentó violar a una profesora, y le enviaron a un reformatorio.

—Bobby es un encanto, —murmuró Roarke—. Sabía que había una razón para que quisiera cerrar de un golpe sus ojillos rojos. Estaban todo el rato pegados a tus pechos.

—Sí. —Inconscientemente, Eve se



pasó una mano sobre ellos como si quisiera borrar algo vil—. Su perfil psicológico es bastante peor de lo esperado. Tendencias sociópatas, pérdida de control, violentos cambios de humor. El sujeto tiene un resentimiento profundo y sin resolver contra los padres y las figuras de autoridad, especialmente femeninas. Cociente intelectual alto, cociente de violencia alto. El sujeto muestra una falta absoluta de conciencia del bien y del mal y un interés anómalo por lo oculto.

— ¿Entonces qué está haciendo en las calles? ¿Por qué no está en tratamiento?

—Porque la ley es así. Tienes que dejarle ir cuando cumple dieciocho años. Hasta que se le atrape como adulto, está limpio. —Eve hinchó las mejillas, soplando luego—. Es un pequeño y peligroso bastardo, pero no hay mucho que yo pueda hacer. Corroboró la declaración de Selina en la noche de la muerte de Alice.

—Le han dado instrucciones para que lo haga, —indicó Roarke.

—Y así seguirá... a menos que pueda quebrarlo. —Se echó hacia atrás—. Tengo su dirección actual. Puedo comprobarla, llamar a las puertas. Ver si sus vecinos pueden decirme algo acerca de él. Si

puedo conseguir algo en su contra, someterle a cierta presión, creo que el pequeño Bobby se quebraría.

— ¿Y si no?

—Si no, seguiremos escarbando. — Ella se frotó los ojos—. Tendremos que vérnoslas con él. Tarde o temprano volverá a las andadas: golpeará la cara de alguien, asaltará a alguna mujer, golpeará el culo equivocado. Entonces le encerraremos en una jaula.

—Tu trabajo es miserable.

—La mayor parte del tiempo, —estuvo de acuerdo ella, y miró por encima de su hombro—. ¿Estás cansado?—

—Depende. —Él miró la pantalla

donde aparecían los datos de Lobar. Tuvo una imagen de ella buceando más profundamente, pasando las silenciosas horas nocturnas abriéndose paso entre el fango. No se molestó siquiera en suspirar—. ¿Qué necesitas?

—A ti. —Ella podía sentir cómo se ruborizaba cuando él arqueó una ceja curiosa—. Sé que es tarde, y ha sido un día largo. Supongo que estaba pensando en algo así como una ducha. Algo para quitar la mugre. —Avergonzada, ella se volvió hacia atrás, clavando fijamente los ojos en la pantalla—. Es estúpido.

Siempre era difícil para ella pedir, meditó el. Cualquier cosa.

—No es la proposición más romántica que he tenido. —Él apoyó sus manos sobre los hombros de ella y los masajeó gentilmente—. Pero está lejos de ser estúpida. Desconectar, —ordenó, y la pantalla se oscureció. Dio la vuelta a la silla de Eve y tiró de ella para que se levantara—. Vamos a la cama.

—Roarke. —Ella puso sus brazos alrededor de él, se aferró. No podía explicar cómo o porqué las imágenes que había visto esta noche la habían dejado temblorosa por dentro. Con él no tenía que hacerlo—. Te amo.

Sonriendo brevemente, ella elevó su cabeza y le miró a los ojos.

—Se está volviendo más fácil decirlo. Pienso que empieza a gustarme.

Con una breve risa, él le dio un beso en la barbilla.

—Ven a la cama, —repitió él—, y dilo de nuevo.

El rito era antiguo, su propósito oscuro. Cubierto y enmascarado, el coven se reunió en la cámara privada. El aroma de la sangre era fresco e intenso. Llamas flameando sobre velas negras, que fluctuaban produciendo sombras serpenteantes sobre las paredes como arañas cazando a su presa.

Selina eligió ser el altar y se tumbó desnuda, una vela ardiendo entre sus

muslos, un bol de sangre sacrificial anidado entre sus generosos pechos.

Sonrió mientras miraba de reojo hacia el bol de plata que rebosaba que el efectivo y créditos que los miembros habían pagado por el privilegio de serlo. Su riqueza era ahora la riqueza de ella. El maestro la había salvado de una vida arrastrada en las calles y la había traído aquí, al poder y la comodidad.

Ella había vendido gustosamente su alma por ellos.

Esta noche habría más. Esta noche habría muerte, y el poder que emanaba del desgarramiento de la carne, del derramamiento de sangre. Ellos no lo

recordarían, pensó ella. Había añadido drogas al vino aliñado con sangre. Con las drogas apropiadas, en la dosis correcta, ellos dirían y harían y serían lo que el maestro quisiera.

Sólo ella y Alban sabían que el maestro había exigido sacrificio a cambio de su protección, y la demanda se había llevado a cabo felizmente.

El coven la rodeaba, sus caras cubiertas con capucha, sus cuerpos cimbreándose, a medida que la droga, el humo, el canto, los hipnotizaban. Alban estaba de pie en la cabecera, con la máscara de verraco y el athame.

—Adoramos al único, —dijo él con su



bella y clara voz.

Y el coven respondió.

–Satán es el único.

–Lo que es de él, es nuestro.

–Ave, Satán.

Cuando Alban elevó el cuenco, sus ojos encontraron los de Selina. Él cogió una espada, la dirigió a los cuatro puntos cardinales. Los príncipes del infierno fueron convocados, la lista larga y exótica. Las voces se convirtieron en un zumbido. El fuego crepitaba en un caldero ennegrecido, colocado sobre una losa de mármol.

Ella comenzó a gemir

–Destruye a nuestros enemigos.

Sí, pensó ella. Destrúyelos.

—Trae enfermedad y dolor a aquellos que nos dañarían.

Un gran dolor. Un dolor insoportable.

Cuando Alban colocó una mano sobre su carne, ella empezó a gritar.

—Tomamos lo que deseamos, en tu nombre. Muerte a los débiles. Fortuna para los fuertes.

Él dio un paso hacia atrás, y aunque era su derecho tomar el primero al altar, hizo un gesto hacia Lobar.

—Recompensa para el leal. Tómala, —ordenó él—. Dale placer y dolor.

Lobar dudó un momento. Se debía

haber hecho primero el sacrificio. El sacrificio de sangre. Debían haber traído al carnero y degollarlo. Pero miró a Selina, y su mente nublada por las drogas se desconectó. Una mujer. Perra. Ella le miraba con ojos fríos y burlones.

Él le enseñaría, pensó. Él le enseñaría que él era un hombre. No sería como la última vez, cuando ella le había usado y humillado.

Esta vez, él estaría al al mando.

Él arrojó a un lado su bata y dio un paso hacia delante.

# Capítulo Ocho

El pip constante de una alarma hizo a Eve darse vuelta y maldecir.

—No puede ser hora de levantarse. Recién acabamos de acostarnos.

—No lo es. Es la alarma.

— ¿Qué? —Ahora ella se sentó rápidamente—. ¿Nuestra alarma?

Roarke ya estaba fuera de la cama, poniéndose unos pantalones, y contestó con un gruñido. Instintivamente Eve se estiró por su arma primero, después por su ropa.

— ¿Alguien está tratando de entrar?

—Aparentemente alguien lo intenta. —  
Su voz era muy calma. Como las luces  
estaban todavía apagadas, ella podía ver  
sólo su silueta en la luz de la luna que  
entraba por la ventana del cielo. Y junto  
con esa silueta estaba el contorno  
inconfundible de una pistola en su mano.

— ¿Dónde diablos conseguiste eso?  
Pensé que todas estaban bajo llave.  
Maldito seas, Roarke, eso es ilegal.  
Guárdala.

Serenamente, él hizo girar la cámara  
de la antigua y prohibida Glock nueve  
milímetros.

—No.

—Maldición, maldición —Ella agarró

rápidamente su comunicador, sacándolo de un tirón del bolsillo trasero de sus jeans, por costumbre. —No puedes usar esa cosa. Yo verificaré afuera, ese es mi trabajo. Tú telefona a Despacho, reporta un posible intruso.

—No, —dijo él, otra vez, y se dirigió a la puerta. Ella estaba con él en dos pasos.

—Si hay alguien en el terreno o en la casa, y si le disparas con eso, voy a tener que arrestarte.

—Bien.

—Roarke. —Ella le agarró mientras se acercaba a la puerta—. Hay procedimientos para algo como esto, y

razones para esos procedimientos.  
Retírate.

Su casa, pensó él. Su casa. Su mujer, y el hecho que ella fuera un polizonte no le importaba un demonio en ese momento—. ¿Y no se sentirá una tonta, teniendo, si es un mal funcionamiento mecánico?

—Nada de lo tuyo funciona mal, —masculló ella y lo hizo sonreír a pesar de las circunstancias.

—Bueno, gracias. —Él abrió la puerta, y estaba Summerset.

—Parece que alguien está en los terrenos.

— ¿Por dónde se han introducido?

—Sección quince, cuadrante sudoeste.

—Ejecuta un vídeo—scan completo, utiliza la seguridad completa cuando estemos fuera. Eve y yo comprobaremos el terreno. —Distraídamamente, él recorrió con su mano su espalda—. Es una buena cosa que viva con una poli.

Ella bajó la vista hacia la pistola en su mano. Tratar de desarmarle probablemente resultaría inútil. Y tomaría demasiado tiempo.

—Vamos a hablar sobre esto, —dijo ella entre dientes—. Hablo en serio.

—Por supuesto que lo haces.

Fueron lado a lado bajando las



escaleras, a través de la ahora silenciosa casa.

—No han entrado, —dijo él mientras hacía una pausa junto a una puerta que daba a un ancho patio—. La alarma en caso de una irrupción en la casa es diferente. Pero ellos están cerca de la pared exterior.

—Lo cuál significa que pueden estar en cualquier lado.

Estaba saliendo la luna llena, pero las nubes eran espesas y ensombrecían su luz. Eve escudriñó la oscuridad, los árboles que podían servir de resguardo, los enormes arbustos ornamentales. Todo proveía una cubierta excelente

para quién quisiera observar. O emboscar. Ella no oía nada más que el aire jugando con las hojas que se volvían quebradizas en esa época del año.

—Tendremos que separarnos. Por amor de Dios, no uses esa arma a menos que tu vida esté amenazada. La mayoría de los allanadores de moradas no están armados.

Y la mayoría de los allanadores de moradas, ambos lo sabían, no trataban de aprovecharse de un hombre como Roarke.

—Ten cuidado, —dijo él quedamente y se deslizó como humo entre las sombras.

Él era bueno, se aseguró a sí misma. Ella podía confiar en que él se controlaría a sí mismo y a la situación. Usando la luz oscura y cambiante de la luna como guía, ella fue hacia el oeste, luego comenzó a dar vueltas.

La quietud era casi extraña. Apenas podía escuchar el propio ruido de sus pasos en la gruesa hierba. Detrás de ella, la casa esperaba en la oscuridad, una estructura formidable de piedra antigua y vidrio, custodiada, pensó, por un esnob y flaco mayordomo.

Sus labios se curvaron. Le encantaría ver a un confiado ladrón de casas toparse con Summerset.

Cuando llegó a la pared, escudriñó buscando alguna brecha. La pared era de dos metros y medio de altura, un metro de ancho, y electrificada para dar un desalentador choque eléctrico a cualquier cosa por encima de los nueve kilos. Las cámaras de seguridad y las luces estaban ubicadas cada tres metros. Lanzó un juramento cuando notó que los estrechos haces parpadeaban en rojo en vez de verde.

Desconectadas. Hijo de puta. Con el arma preparada y lista, giró hacia el sur.

Roarke hizo su propio circuito en silencio, usando los árboles. Él había comprado esta propiedad ocho años

antes, había sido remodelada y restaurada según sus especificaciones. Había supervisado el diseño y la implementación del sistema de seguridad personalmente. Esta era, en un sentido muy real, su primera casa, el lugar que a él había elegido para establecerse después de demasiados años de vagabundear. Bajo el helado control, mientras se deslizaba de sombra en sombra, estaba la burbujeante, demoledora furia porque su casa hubiera sido invadida.

La noche era fría, cristalina y silenciosa como una tumba. Él se preguntó si se enfrentaba a un ladrón

muy determinado. O si podía ser algo, alguien mucho más peligroso. Un profesional contratado por un competidor de negocios. Un enemigo, y él no había llegado a donde estaba sin hacerlos. Sobre todo, porque muchos de sus intereses habían estado del lado oscuro de la ley.

O el blanco podía ser Eve. Ella también se había hecho de enemigos. Enemigos peligrosos. Él miró por encima su hombro, vacilando. Luego se dijo que no debía dudar ni un segundo de su esposa. Él sabía que nadie estaba mejor preparada para cuidar de sí misma.

Pero fue esa vacilación, esa necesidad instintiva de proteger, lo que cambió su suerte. Mientras hacía una pausa en las sombras, percibió un débil sonido de movimiento. Roarke agarró firmemente la pistola, volviendo hacia atrás, dio un paso al costado. Y esperó.

La figura se movía lentamente, agachada. Mientras la distancia entre ellos se desvanecía, Roarke podía oír la respiración nerviosa. Aunque no podía discernir sus facciones, era un hombre, de quizá un metro y medio, y delgado. Él no pudo ver un arma, y pensando en la dificultad que Eve podría tener tratando de explicar por qué su marido

había alejado a un intruso con una pistola prohibida, guardó la Glock en el bolsillo trasero de sus pantalones.

Él se preparó, esperando con ilusión un pequeño mano a mano, luego se abalanzó cuando la figura se escabullía. Roarke le pasó un brazo alrededor de la garganta, un puño apretado y levantado anticipando una callada, quizá mezquina venganza, cuando se percató que no era un hombre, sino un niño.

—Hey, hijo de puta, déjame ir. Te mataré.

Un niño muy rudo y asustado, decidió Roarke. La lucha fue corta y de un solo lado. Le tomó sólo segundos a



Roarke inmovilizar al niño en contra del tronco de un árbol.

—¿Cómo diantre conseguiste entrar?  
—demandó Roarke.

La respiración del niño salía en silbidos, y su cara estaba pálida como un fantasma. Roarke pudo oír el chasquido en su garganta mientras tragaba.

—Tú eres Roarke. —Dejó de luchar y trató de sonreír burlonamente—. Tienes una seguridad bastante buena.

—Me gusta creer que sí. —No es un ladrón, decidió Roarke, pero sin duda es decidido—. ¿Cómo conseguiste pasar?

—Yo... —Él se separó, sus ojos se

agrandaron mientras miraban sobre el hombro de Roarke—. ¡Detrás de ti!

Con una suavidad que el niño más tarde apreciaría, Roarke giró sobre sus pies, manteniendo su apretón sobre el niño.

—Tenemos a nuestro intruso, teniente.

—Ya lo veo. —Ella bajó su arma, ordenó a su corazón desacelerar para volver a la normalidad—. Jesús, Roarke, es simplemente un niño. Es... —Ella se detuvo, entrecerrando sus ojos—. Conozco a este niño.

—Entonces, quizás nos presentarás.

— ¿Es Jamie, correcto? Jamie Lingstrom. El hermano de Alice.

—Buen ojo, teniente. Ahora, ¿quiere decirle que deje de estrangularme?

—No lo creo. —Ella enfundó su arma, y se acercó—. ¿Qué diablos estás haciendo, irrumpiendo en una propiedad privada en mitad de la noche? Eres el nieto de un policía, por Dios santo. ¿Quieres terminar en la corte juvenil?

—Yo no soy su mayor problema ahora mismo, teniente Dallas. —Él hizo un valiente esfuerzo por sonar duro, pero su voz vaciló—. Usted tiene un cadáver del otro lado de la pared. Realmente muerto, —agregó y comenzó a estremecerse.

— ¿Has matado a alguien, Jamie? —

preguntó Roarke suavemente.

—No, hombre. De ninguna manera. Él estaba allí cuando llegué. —Aterrado porque su estómago se sublevaba y le humillara, Jamie tragó con fuerza otra vez—. Se lo mostraré.

Si era un truco, Eve consideró que era bueno. Ella no podía correr el riesgo.

—Bien. Vamos. Y si tratas de correr, amigo, te mataré.

—No tendría ningún sentido echar a correr, cuándo me tomé todo este trabajo para entrar, ¿no? Por este lado. —Sus piernas eran de goma, y él sinceramente esperaba que ninguno de ellos advirtiera

que sus rodillas continuaban entrechocándose.

—Me gustaría saber cómo has entrado, —dijo Roarke mientras se dirigían hacia la entrada principal—. Cómo evitaste la seguridad.

—Yo juego con la electrónica. Como pasatiempo. Tienes un sistema realmente de calidad superior. Lo mejor.

—Eso pensaba.

—Sospecho que no desactivé todas las alarmas. —Jamie volteó su cabeza, probó con otra débil sonrisa—. Sabías que estaba aquí.

—Entraste —repitió Roarke—. ¿Cómo?

—Esto. —Jamie sacó una unidad del

tamaño de una mano pequeña de su bolsillo—. Es un perturbador de señales en el que he estado trabajando por un par de años. Puede leer la mayoría de los sistemas, —comenzó, frunciendo el ceño cuando Roarke lo sacó a la fuerza fuera de su mano—. Cuando usas esto, —continuó, inclinándose para enseñarle con el dedo—, escaneará todos los chips, corriendo un programa de clonación. Luego es simplemente una cuestión de correr el programa paso a paso. Toma algún tiempo, pero es bastante eficiente.

Roarke clavó los ojos en el mecanismo. No era más grande que cualquiera de los juegos electrónicos

que una de sus compañías producía. Ciertamente, la cubierta resultaba turbadoramente familiar.

—Adaptaste una unidad de juego como un perturbador de señales. Tú mismo. El único que leyó, clonó y abrió una brecha en mi sistema de seguridad.

—Bien, la mayor parte. —Los ojos de Jamie se nublaron de fastidio—. Se me debe haber pasado algo, uno de los sistemas de reserva tal vez. Tu sistema debe ser ultra magnífico. Me gustaría verlo.

—No en esta vida, —masculló Roarke y empujó la unidad en su bolsillo.

Cuando alcanzaron la entrada, él la

desconectó y abrió manualmente, lanzando una estrecha mirada sobre Jamie mientras el muchacho estiraba el cuello sobre su hombro para ver.

—Estoy impresionado —comentó Jamie. No imaginé que podría lograr pasar por aquí. Por eso es que tuve que acceder por la pared. Necesité una escalera.

Roarke simplemente cerró sus ojos.

—Una escalera, —dijo para nadie en particular—. Él se trepó a una escalera. Precioso. ¿Y las cámaras?

—Oh, las anulé desde el otro lado de la calle. La unidad tiene un alcance de más de nueve metros.



—Teniente. —Roarke agarró a Jamie por el cuello—. Lo quiero castigado.

—Más tarde. Ahora, ¿dónde está ese cuerpo que se supone que has visto?

La sonrisa arrogante se desvaneció de su cara.

—A la izquierda, —le dijo a ella, palideciendo otra vez.

—Mantenlo sujeto, Roarke. Quédate aquí.

—Ya lo tengo, —contestó Roarke, pero maldito fuera si se mantenía atrás. Él jaló a Jamie a través de la entrada, sosteniendo la mirada molesta de Eve blandamente—. Nuestra casa, nuestro problema.

Ella dijo algo sucio por lo bajo y dio vuelta a la izquierda. No tuvo que ir lejos. No estaba escondido, no era sutil.

El cuerpo estaba desnudo y atado a una madera con forma de estrella. No, se percató ella. Era un pentagrama. Invertido, a fin de que la cabeza con sus ojos de muñeca muerta y su abierta garganta colgaran sobre la acera ensangrentada. Los brazos estaban extendidos, las piernas abiertas en una ancha “v”. El centro de su pecho era una masa de sangre negra y coagulada, el hueco era más grande que el puño de un hombre.

Ella dudaba que el médico forense

encontrara un corazón adentro cuando abrieran el cuerpo para la autopsia.

Oyó el sonido sofocado detrás de ella y al volverse vio a Roarke cambiar su agarre de Jamie y dar un paso más para escudar al niño de la vista.

—Lobar, —fue todo lo que él dijo.

—Síp. —Ella dio un paso acercándose. Quienquiera que hubiera tomado su corazón también había hundido un cuchillo a través de una hoja de papel y de su ingle.

ADORADOR DEL DIABLO  
ASESINO DE BEBES ARDE EN EL  
INFIERNO.

—Lleva al muchacho adentro, ¿sí,

Roarke? —Ella recorrió con la mirada la escalera plegable inclinada contra la pared—. Y deshazte de eso. Pásale el muchacho a Summerset por ahora. No puedo dejar la escena. —Se volvió, su cara blanca e impasible. Su cara de policía—. ¿Me traerías mi equipo de trabajo?

—Sí. Vamos, Jamie.

—Yo sé quién es él. —Las lágrimas inundaron los ojos de Jamie y fueron cruelmente contenidas—. Es uno de los bastardos que mataron a mi hermana. Espero que se pudra.

Debido a que su voz se había roto al final, Roarke deslizó un brazo alrededor

de su hombro.

—Él lo hará. Vamos adentro. Deja que la teniente haga su trabajo. —Roarke envió a Eve una última mirada antes de levantar la escalera y llevar de regreso a Jamie a través de la entrada.

Con su mirada fija todavía concentrada en el cuerpo, Eve sacó su comunicador.

—Despacho, Dallas, Eve teniente.

—Despacho, reconocido.

—Reportando homicidio, demando asistencia —. Ella dio los datos necesarios, luego guardó su comunicador. Cambiando de dirección, miró fijo a través de la ancha y

tranquila calle, la oscuridad, las cambiantes sombras del gran parque. En el este, el cielo empezaba a clarear, y las estrellas que se veían, titilaban

El asesinato había tenido que ver con su vida antes y lo haría otra vez. Pero alguien pagaría por traerlo a su casa.

Ella giró mientras Roarke se acercaba no sólo con su equipo de trabajo sino con su deteriorada chaqueta de cuero.

—Hace frío cuando se acerca el amanecer, —le dijo al dársela.

—Gracias. ¿Jamie está bien?

—Él y Summerset se miran

mutuamente con aversión y desconfianza.

—Sabía que me gustaría ese muchacho. Puedes entrar e intermediar, —le dijo mientras sacaba el sellador y cubría con él sus manos y sus botas—. Los he llamado.

—Me quedo.

Como ya había supuesto que lo haría, no discutió.

—Entonces haz algo útil y graba la escena. —Sacó la grabadora de su equipo, y se la pasó; luego cubrió su mano con la de ella—. Lo siento.

—Eres demasiado lista para lamentarte por algo que no es tu

responsabilidad. Él no fue asesinado aquí, ¿no?

—No. —Segura de que Roarke podría funcionar como su ayudante hasta que Peabody llegara, Eve se acercó al cuerpo otra vez—. No hay suficiente sangre. Le habrá salido a borbotones de la yugular. Esa fue probablemente la causa de muerte. Encontraremos que las otras heridas son póstumias. Si no, habría salpicaduras por todo el infierno y la vuelta. Estaríamos chapoteando en ella. ¿Lo grabaste?

—Sí.

—La víctima fue identificada como Robert Mathias, alias Lobar. Varón



blanco, dieciocho años. El examen visual preliminar indica que la muerte fue causada por un instrumento afilado que cortó la garganta. –Desconectada de todo pero entrenada, ella sacó un lápiz claro, y examinó la herida del pecho—. Las heridas adicionales incluyen una herida en el pecho, probablemente infligidas por la misma arma. El corazón de la víctima ha sido removido. El órgano no está en la escena. Necesito primeros planos aquí, –le dijo a Roarke.

Sacó instrumentos para calibrar de su equipo.

–La herida de la garganta es de unos quince centímetros de largo y

aproximadamente cinco centímetros de profundidad. —Rápida y en forma competente, midió y registró las otras heridas—. Un cuchillo, con mango negro y tallado, fue dejado en el cuerpo en el área de la ingle para sujetar lo que parece ser una nota generada por computadora en papel de invitación.

Oyó el agudo sonido de sirenas acercándose.

—Uniformes —le dijo a Roarke—. Asegurarán la escena. No hay mucho tráfico afuera a esta hora de la noche.

—Afortunadamente.

—El cuerpo ha sido atado por tiras de cuero a una estructura de madera, con la

forma de un pentagrama. La poca cantidad de sangre indica que la víctima fue muerta y mutilada en otra parte y transportada a la escena. Seguridad del perímetro a ser controlada. Posibilidad de una brecha en propiedad privada más allá de del portón de seguridad y pared. Cuerpo descubierto aproximadamente a las cuatro treinta a.m. por teniente Eve Dallas y Roarke, residentes.

Ella caminó de aquí para allá hasta que el primer patrullero se detuvo rechinando en el bordillo.

—Quiero usar una pantalla de privacidad. Ahora. Bloqueen la calle en un perímetro de seis metros. No quiero

nadie papando moscas por aquí. No quiero a los malditos medios. ¿Entendido?

—Señor. —Los dos uniformados se apuraron a salir del coche e ir al maletero. Forcejearon para sacar la pantalla de privacidad.

—Voy a estar un rato, —le dijo a Roarke. Tomando la grabadora de él, ella se la pasó a otro uniformado—. Tú deberías entrar, deberías vigilar al muchacho. —Cansadamente, ella observó a los policías del patrullero erigir la pantalla—. Él debería telefonear a su madre o algo por el estilo. Pero no quiero que se vaya hasta que hable con

él otra vez.

—Me encargaré de eso. Cancelaré mis citas para el día. Estaré disponible.

—Eso sería lo mejor. —Ella comenzó a tocarle, deseándolo con urgencia, luego se percató que sus manos selladas estaban llenas de sangre y las dejó caer otra vez—. Ayudaría si lo mantuvieras ocupado, manteniendo su mente alejada de esto por ahora. Maldito sea, Roarke, esto apesta.

—Un asesinato ritual, —murmuró él, y comprendiendo, colocó una mano en su mejilla—. ¿Pero qué lado lo hizo?

—Supongo que voy a pasar un montón de tiempo entrevistando brujas. —

Resopló ella, luego frunció el ceño cuando vio a Peabody avanzando a zancadas ligeras bajando por la calle—. ¿Dónde diablos está su vehículo, oficial?

Su uniforme podría haber estado perfectamente ajustado a su cuerpo, pero su cara estaba enrojecida y jadeaba.

—No tengo vehículo, teniente. Uso el transporte de la ciudad. La parada pública más cercana está a cuatro cuadras de aquí. —Ella le dirigió una mirada a Roarke como si fuera su responsabilidad personal—. La gente rica no usa transporte público.

—Bien, requise un maldito vehículo,

—ordenó Eve—. Entraremos tan pronto como terminemos aquí afuera, —le dijo a Roarke, luego se marchó dando media vuelta—. El cuerpo está detrás de la pantalla. Saque la grabadora del uniforme, no confío en el ojo de él, y sus manos están temblando. Quiero medidas del charco de sangre y fotos de las heridas, desde todos los ángulos. Selle todo. No creo que las barredoras vayan a encontrar mucho aquí, pero no quiero poner nada en peligro. Haré el informe preliminar para determinar la hora de la muerte. El forense está en camino.

Roarke la vio marcharse, mientras miraba la pantalla, y calculó que ella

había terminado con él.

Dentro de la casa, Roarke encontró a Jamie, custodiado por un Somerset visiblemente irritado.

—No tendrás permiso para recorrer libremente esta casa, —exclamó Somerset—. No tocarás nada. Si rompes una pieza de loza, ensucias un centímetro de tela, recurriré a la violencia.

Jamie continuó su paseo, continuó manoseando las estatuas en la pequeña, al menos así era como Somerset pensaba de ella, sala de recibio.

—Bueno, ahora sí que estoy temblando. Realmente metes el temor de



Dios en mí, viejo.

—Tus modales continúan desintegrándose, —comentó Roarke mientras entraba en el cuarto—. Alguien debería haberte enseñado a mostrar algún respeto por tus mayores.

—Sip, bien, alguien debería haber enseñado a tu perro guardián a ser educado con los invitados.

—Los invitados no se entrometen con sistemas de seguridad, ni trepan paredes, ni entran furtivamente en una propiedad privada. Tú no eres un invitado.

Jamie se desinfló. Era difícil resistir bajo la mirada de esos fríos ojos azules.

—Quería ver a la teniente. No quería que nadie lo supiera.

—La próxima vez, inténtalo usando el enlace, —sugirió Roarke—. Está bien, Summerset, yo me encargaré de esto.

—Como usted desee. —Summerset le disparó a Jamie una última mirada desdeñosa, luego caminó con paso impresionante, la espalda tesa, saliendo del cuarto.

— ¿Dónde has encontrado al Conde Aburrimiento? —Preguntó Jamie y se desplomó sobre una silla—. ¿En la morgue?

Roarke se sentó sobre el brazo de un sofá, sacó un cigarrillo.

—Summerset puede comerse a los  
pequeñajos como tú para el desayuno —  
dijo suavemente y dio un golpecito en su  
encendedor—. Lo he visto.

—Correcto. —Sosegado, Jamie envió  
una cauta mirada hacia la entrada. Nada  
en esta casa era lo que había esperado,  
así que no menospreciaría al  
mayordomo—. ¿Hablando de desayuno,  
tienes algo para comer por aquí? Es  
como si hubieran pasado horas desde  
que comí algo.

Roarke exhaló el humo.

— ¿Esperas que, además, ahora yo te  
alimente?

—Buenos, tu sabes. De cualquier

manera tenemos que esperar. Podría ser bueno comer.

Descarado pequeño bastardo, pensó Roarke, no sin admiración. Sólo un joven, suponía, podía tener apetito después de ver lo que había del otro lado de la pared.

— ¿Y qué tienes en mente? ¿Crepes, una tortilla, quizá algunos tazones de cereal azucarado?

—Estaba pensando más en pizza, tal vez una hamburguesa —compuso una sonrisa encantadora—. Mi mamá es una verdadera fanática de la nutrición. Sólo conseguimos saludable mierda en casa.

— ¿Son las cinco de la mañana, y tú

quieres pizza?

—La pizza viene bien en cualquier momento.

—Quizás esté en lo cierto. —Y él mismo podría comer algo, después de todo—. Vamos.

—Esto es como un museo, —dijo Jamie mientras seguía a Roarke por el vestíbulo con sus luminosas pinturas y antigüedades relucientes—. Quiero decir, en el buen sentido. Debes nadar en la abundancia.

—Seguramente.

—La gente dice que basta que toques algo y los créditos fluyen.

— ¿Eso dicen?

—Sip, y tú no has hecho todo eso exactamente en forma legal, ¿no es cierto? Pero estando enganchado con una policía como Dallas, deberías andar derecho.

—Uno lo pensaría, —murmuró Roarke y se deslizó a través de una puerta en una enorme cocina.

—Guau. Genial. ¿Tienes personas que, cómo decirlo, cocine cosas a mano y esas cosas?

—Se ha sabido que eso ocurre. —Roarke miró al muchacho merodear, jugar con los controles de la compu —cocina, el refrigerador subcero—. No va a ocurrir esta mañana. —Caminó hasta

un gran AutoChef—. ¿Qué va a ser, entonces, pizza o hamburguesa?

Jamie sonrió abiertamente.

— ¿Ambos? Probablemente podría beber tres litros de Pepsi.

—Comenzaremos con una lata. — Roarke programó al AutoChef, luego fue al refrigerador—. Siéntate, Jamie.

—Bien fría. —Pero él mantuvo un ojo sobre Roarke mientras se deslizaba sobre un banco acolchado del rincón de desayuno.

Después de un corto debate, Roarke marcó dos latas, sacándolas de la ranura de la puerta cuando se deslizaron.

—Querrás llamar a tu madre —dijo—.

Puedes usar el enlace de allí.

—No. —Jamie puso sus manos bajo la mesa, frotándolas sobre sus jeans—. Está exhausta. No puede manejar esto. Alice. Por ahora está sedada. Nosotros... la visitaremos esta noche.

—Ya veo. —Y porque lo hacía, Roarke lo dejó pasar. Le dio la bebida a Jamie, luego tomó una gran pizza burbujeante del AutoChef. La colocó sobre la mesa, luego la hamburguesa que seguía.

—Magnífico. —Con el apetito de la gente joven, Jamie agarró la hamburguesa y la mordió— ¡Hombre!, es carne, —dijo con la boca llena—. Es



carne.

A Roarke le costó evitar que su boca se torciera.

— ¿Preferirías soja? —preguntó Roarke educadamente—. ¿Eres vegetariano?

—De ninguna manera. —Jamie se limpió su boca con el dorso de su mano, y sonrió abiertamente—. Realmente decente. Gracias.

Roarke alcanzó dos platos y una ruedecilla cortadora. Comenzó a trabajar en la pizza.

—Supongo que el allanamiento de morada estimula el apetito.

—Yo siempre estoy hambriento. —Sin

vergüenza, Jamie pasó un primer trozo a su plato—. Mamá dice que son los problemas del crecimiento, pero a mí simplemente me gusta comer. Ella está realmente preocupada acerca de la comida—basura, así que me he puesto a escamotear comida real. Tú sabes cómo son las mamás.

—No, en realidad, no lo sé. Creeré en tu palabra. —Y porque él nunca había sido tan joven como Jamie. O tan inocente, tomó una porción para sí mismo y se dispuso a disfrutar viendo al muchacho devorar el resto.

—Los padres están bien. —Jamie se encogió de hombros, alternando entre la

pizza y la hamburguesa—. No veo mucho a mi padre... no en los últimos años. Él vive en Europa, en la comunidad Morningside, en las afueras de Londres.

—Una comunidad residencial programada, estructurada —dijo Roarke—. Muy ordenada.

—Sí, y muy aburrida. Incluso el césped está programado. A él le encanta eso, sin embargo, a él y a su astuta nueva esposa, la tercera ya. —Sacudió con fuerza un hombro, sorbiendo de la Pepsi—. Él no es muy bueno como padre. Eso molestaba mucho a Alice. A mí no me importa.

No, pensó Roarke, él no pensaba

eso. Las heridas estaban allí. Era curioso lo profundas y permanentes que son las lesiones que un padre puede causar a un niño.

— ¿Tu madre no ha vuelto a casarse?

— Nah. Ella no está en eso. Quedó bastante mal cuando él salió corriendo. Yo tenía seis años. Ahora tengo dieciséis, y ella todavía piensa que soy un niño. Tuve que dar la lata durante semanas para conseguir que me dejara ir a por mi licencia de conducir. Ella está realmente bien. Sólo que... —se quedó callado, mirando su plato como si se preguntara cómo había llegado ahí la comida—. Ella no se merece esto. Hace

lo mejor que puede. Ella no se merece esto. Ella amaba al Abuelo. Estaban realmente unidos. Y ahora Alice. Alice era realmente extraña, pero ella...

—Era tu hermana, —dijo Roarke quedamente—. Tú la amabas.

—Eso no le debería haber ocurrido. —Él levantó su mirada lentamente, encontró la de Roarke con una especie de furia aterradora—. Cuando encuentre a los que la lastimaron, voy a matarlos.

—Mejor que seas cuidadoso con lo que dices, Jamie. —Eve entró. Sus ojos estaban ensombrecidos, su rostro pálido de fatiga. Aunque había tenido cuidado, había unas pocas manchas de sangre en

sus jeans—. Y necesitas alejar cualquier pensamiento de venganza y dejar la investigación a los policías.

—Ellos mataron a mi hermana.

—No se ha determinado que tu hermana fuese víctima de un homicidio.

—Eve se encaminó al AutoChef, programó café—. Y ya tienes bastantes problemas —agregó antes de que él pudiera hablar—, como para discutir conmigo.

—Sé listo, —dijo Roarke cuando Jamie abrió su boca—. Guarda silencio.

Peabody estaba de pie en silencio. Estudió al muchacho, sintió un pequeño tirón. Ella tenía un hermano de su edad.

Con esto en mente, le sonrió.

—Pizza para el desayuno, —dijo con ánimo decidido—. ¿Tenemos más?

—Sírvete, —la invitó Roarke y palmeó el asiento a su lado en invitación—. Jamie, éste es la oficial Peabody.

—Mi abuelo le conocía. —Jamie la estudió con ojos cautos, evaluadores.

— ¿De verdad? —Peabody recogió una porción—. No creo haberlo conocido alguna vez. Sabía sobre él, sin embargo. Todo el mundo en la Central estuvo apenado cuando murió.

—Él la conocía a usted. Me dijo que Dallas la estaba moldeando.

—Peabody es una policía, —

interrumpió Eve—, no un trozo de arcilla.  
—Molesta, ella recogió la última porción de pizza, mordiéndola—. Está fría.

—Es genial fría. —Peabody le guiñó un ojo a Jamie—. Nada mejor que pizza fría para el desayuno.

—Come mientras puedas. —  
Respetando su propio consejo, Eve dio otro mordisco—. Va a ser un día largo. —  
Inmovilizó a Jamie con una mirada—. Empezando ya. Hasta que tengas un custodio o representante presente, no puedo registrar tu declaración o interrogarte oficialmente. ¿Lo entiendes?

—No soy un idiota. Y no soy un niño. Puedo...



—Puedes quedarte callado, —  
interrumpió Eve—. Con o sin  
representación, te puedo meter en  
prisión juvenil por entrar por la fuerza.  
Si Roarke decide formular cargos...

—Eve, realmente...

—Tú guarda silencio, también. —Se  
volvió hacia él, toda frustración y  
fatiga—. Esto no es un juego, es  
asesinato. Y los medios ya están afuera,  
oliendo sangre. No te va ser posible dar  
un paso fuera de casa sin que te salten  
encima.

—¿Piensas que eso me preocupa?

—Me preocupa a mí. Esto, maldición,  
me molesta como el infierno. Mi trabajo

no viene aquí. No viene aquí. —Se detuvo a sí misma, alejándose.

Esto, se percató abruptamente, era lo que carcomía sus entrañas, su control. Había sangre en su casa, y era ella la que la había traído.

Más estable, ella se volvió.

—Todo eso es completamente irrelevante, por ahora. Tú tienes que explicar algunas cosas, —le dijo a Jamie—. ¿Quieres hacerlo aquí o ir a la Central después de que contacte a tu madre?

Él no habló por un momento, sólo la miró como midiéndola. Era, se dio cuenta, la misma mirada que había

estado en sus ojos cuando ella le había dicho que su hermana estaba muerta. Era muy adulta, muy controlada.

—Sé quién es el tipo muerto. Su nombre es Lobar, y es uno de los bastardos que mataron mi hermana. Yo lo vi.

# Capítulo Nueve

Los ojos de Jamie estaban feroces, irascibles. Pero Eve se mantuvo por encima de él colocando las palmas de sus manos sobre la mesa e inclinándose hacia adelante.

— ¿Estás diciéndome que viste a Lobar matar a tu hermana?

La boca de Jamie parecía que articulaba las palabras, y éstas al final le salieron con amargura.

— No. Pero lo sé. Sé que él fue uno ellos. Le vi con ella. Y también vi a los demás. —Su barbilla temblaba y su voz

era desafinada, haciéndole recordar que sólo tenía dieciséis años. Pero sus ojos no mostraban esa edad—. Fui una noche. A ese apartamento en el centro.

— ¿Qué apartamento?

—Al de la espeluznante Selina y el Pendejo Alban.

Él encogió un hombro, pero el movimiento fue más bien nervioso que arrogante.

—Observé una de sus funciones diabólicas. —Su mano no era muy estable mientras recogía su bebida y bebía hasta la última gota de la Pepsi.

— ¿Te dejaron observar la ceremonia?

—No me dejaron hacer nada. Nunca supieron que estaba allí. Podría decir que me escondí dentro. —Recorrió con la mirada a Roarke—. Su seguridad no es tan buena como la suya.

—Esas son buenas noticias.

—Has sido un joven muy ocupado, Jamie, —dijo Eve suavemente—. ¿Tu profesión es elaborar instrumentos caseros para robar?

—No —él no sonrió—. Voy a ser policía. Como usted.

Eve contuvo el aliento; restregando su cara con sus manos, se sentó.

—Los policías no tienen por costumbre entrar ilegalmente en ningún

sitio, así acabarás en el lado incorrecto de las rejas.

– Retenían a mi hermana.

– ¿La estaban reteniendo contra su voluntad?

– Habían manipulado su mente. Que es lo mismo.

Un tema espinoso, pensó Eve. Ella no podría ir e irrumpir en una propiedad privada. El abuelo de él había sido uno de los policías con más sólidos principios, recordó, y había tratado de hacer lo mismo. El muchacho simplemente había tenido éxito.

– Voy a hacerte un favor, porque me gustaba tu abuelo. Vamos a llevar esto

extraoficialmente. Por lo que a mí respecta, no estuviste nunca allí. Nunca entraste dentro de ese lugar. ¿Te parece?

—De acuerdo —dijo sacudiendo con fuerza un hombro—. Cualquier cosa me vale.

—Dime lo que viste. Sin exagerar y sin especular.

Los labios de Jamie se curvaron en una pequeña mueca.

—El abuelo siempre decía eso.

—Así es. Si quieres ser un policía, empieza dándome un informe.

—De acuerdo. Hacia frío. Alice estaba en un lugar extraño en la ciudad ¿sabes? Ella había estado faltando a



algunas clases, confesando su idea de abandonarlas. Mamá estaba realmente preocupada por este hecho. Pensando que sería por un tipo, pero supe que no era por eso. No me dirigía la palabra. Me había dejado de hablar.

Él se detuvo un momento, sus ojos estaban nublados y pesarosos. Luego negó con su cabeza, suspirando una vez, y continuó.

—Pero lo supe. Alice se habría distraído si se hubiera tratado de un tipo, con ojos soñadores y risueños. Pero como decía, ella se comportaba de un modo diferente. Hasta creí que había empezado a probar sustancias ilegales.

Sé que mamá había hablado con mi abuelo, y éste había hablado con Alice, pero nadie la seguía. Así que era mejor comprobarlo. La seguí un par de veces. Pensaba que sería una buena práctica. De vigilancia. Ella nunca se enteró. Ninguno de ellos lo hizo. La mayoría de las personas nunca se fija en los niños, o si lo hacen, piensan que son idiotas pero inofensivos.

Eve mantuvo sus duros ojos sobre la cara de él.

– Yo no creo que seas inofensivo, Jamie.

Sus labios se torcieron en una sonrisa perturbada. Reconociendo que la

declaración de Eve no era un halago.

—Así que la seguí hasta ese club. El Athame. La primera vez que tuve que esperar afuera. No cumplía todos los requisitos. Ella entró cerca de las diez; salió aproximadamente a las doce, con la patrulla de Satán.

Él sonrió burlonamente otra vez cuando Eve arrugó la frente.

— De acuerdo, cuando salieron del local estaba en compañía de tres individuos, dos hombres y una mujer. Ya le di sus descripciones, así es que diré que más tarde fueron identificados por el investigador, yo, como Selina Cross, Alban y Lobar. Se dirigieron

hacia el este, a pie, luego entraron en un almacén propiedad de Selina Cross. El investigador también observó que había una luz en una ventana de arriba. Después de reconsiderar sus opciones, el investigador decidió introducirse en el edificio. La seguridad fue evitada con relativamente poco esfuerzo. ¿Puedo tomar otra Pepsi?

Sin decir nada, Roarke tomó la botella vacía, dejándola caer en la ranura de reciclaje, y fue a por otra para el chico.

—En el interior estaba tranquilo, — continuo Jamie mientras quitaba la tapa de la botella. — Tranquilo como la

muerte. Oscuro. Tenía una linterna, pero no la usé. Llegué hasta arriba, bordeando las cámaras de vigilancia. Las cerraduras no fueron la verdad nada difíciles. ¿Creo que no habían pensado que alguien tendría el descaro de introducirse sin ser invitado, sabe usted? Entré y el lugar estaba vacío. No me podría creer eso. Les había visto entrar, había visto la luz, pero el lugar estaba vacío. Así que explore en el interior. Había algo descompuesto por allí. Porque olía...repugnantemente. A Sorta le gusta el incienso y había mucha de esa basura en la tienda de free-agers, pero esto era diferente.

Completamente diferente. Estaba dentro de uno de los dormitorios. En ella había una monstruosa estatua. Tenía la cabeza de un cerdo y el cuerpo de un hombre con un miembro realmente grotesco erguido completamente.

Él se detuvo, ruborizándose un poco cuando recordó que dirigía el relato a una mujer, aunque también fuera una policía.

—Lo siento.

—He visto penes completamente erectos, no hay problema, —dijo Eve suavemente—. Prosigue.

—Bien, al caso. Yo sólo estaba mirando a la estatua, cuando este tipo

entra. Y pensé, Mierda, me han pillado, pero él no me vio. Sacó algo de un cajón, se dio la vuelta, y salió andando tan tranquilo. En ningún momento me vio. —Jamie negó con la cabeza, inspirando profundamente, como si experimentara otra vez el miedo y le apretara intestino—. Llegué hasta la puerta por donde él había pasado, que estaba escondida en la pared. Era un panel secreto, —explicó con una rápida sonrisa—. Pensaba que sólo aparecían en las viejas películas. Le di un par de minutos y entré después de él.

Al oír esto, Eve simplemente presionó las manos sobre su cara,

clavándose los dedos.

—Entraste después de él.

—Sí, estaba en buena racha. Había una escalera, estrecha. Me parece recordar que era de piedra. Podía escuchar música. Bueno no era realmente música, sino voces uniformes, tarareando algo. Y ese olor fétido era más fuerte. La escalera cambió de dirección hasta llegar a una habitación. Casi la mitad del tamaño de ésta, con paredes reflectantes. Muchísimas velas y estatuas con túnicas. Lleno de humo. Había algo en el aire, porque me hizo marearme. Trate de no respirar en exceso en esa habitación.



Él se quedó mirando fijamente hacia abajo, a la bebida que había en su mano. Esta parte era la dura, pensó. Más duro de lo que él había creído que sería.

—Había una plataforma elevada, esculpida. Con alguna clase de signos, creo, pero no podía distinguirlos. Alice yacía sobre ella. Estaba desnuda. Los otros tres estaban casi encima. Cantando, me parece, pero no podía entender lo que decían. Le estaban haciendo cosas, cada uno de ellos.

Tuvo que tragar otra vez, para poder seguir con el relato. Su cara estaba pálida, pero sus mejillas de un rojo intenso.

—Ellos jugaban con juguetes sexuales y ella se... dejaba. A los dos. Y ella les dejaba hacerlo, los dejaba hacer lo que querían mientras la otra mujer los miraba. Alice solamente se los permitía...

Sin darse cuenta de lo que hacía, Eve extendió una mano, tomando la suya, le dejó que le agarrara sus dedos fuertemente, lo suficiente como para magullar el hueso.

—No podía quedarme allí. Estaba enfermo, viendo eso, y el humo, los sonidos. Tenía que salir. —Sus ojos estaban mojados ahora cuando miró hacia arriba.

—Ella no les habría dejado hacer eso, si no hubieran ensuciado su mente. Ella nunca había sido una mujercuela. No lo era.

—Lo sé. ¿Se lo dijiste a alguien?

—No pude. —Se golpeo la cara—. Eso habría matado a mamá. Quería golpear a Alice, golpearla duramente por eso. Fui un blandengue. No pude. Me avergonzaba de lo que había visto, eso creo. De mi hermana

—Está bien.

—Regrese al club unas noches más tarde y entré.

— ¿Te dejaron pasar?

—Obtuve un carné falso. En algunos

lugares, no les importa si se ve diferente al carné, mientras que lo tengas en regla. La seguridad era más precisa allí. Tenían escáneres, electrónicos y humanos, en cada maldito lugar. Divisé a Alice con ese tipo, Lobar. Se fueron arriba, hasta el final al nivel de lujo. Allí no podía entrar, pero me arrimé lo suficiente para ver que habían desaparecido otra vez. Así es que creo que allí debe de haber otra habitación, también. Como en el otro lugar. Estaba pensando en la manera de entrar, cuando al cabo de unas horas, Alice abrió la puerta. Ella había estado todo el rato con ese personaje, Isis, quien le

había recomendado este lugar y el trabajo. Y luego ella no fue más al club o al almacén.

Dejó escapar un suspiro.

—Pensé que se había puesto en vereda a sí misma, que había cambiado. Volvió a dirigirme el habla, aunque poco.

— ¿Te contó algo sobre esa gente con la que ella había estado involucrada?

—No en realidad. Solamente me dijo que había cometido un error, uno terrible. Que lo que deseaba ahora era enmendarse, limpiarse la mente de las cosas que había hecho. Supe que estaba

asustada, porque fue a hablar con mi abuelo, así que creí que las cosas estaban encauzadas de nuevo. ¿También lo mataron a él?

—No hay ninguna prueba de eso. Y no voy a discutirlo contigo, —agregó cuando él subió sus ojos obsesionados hacia ella—. Y no deberías intercambiar opiniones de todo esto con cualquiera. No debes acercarte a ese club o a ese almacén otra vez. Si lo haces y me entero, que me enteraré te lo prometo, te golpearé, te pondré una pulsera de seguridad y no podrás eructar sin que haya un escáner recogiendo todo.

—Pero es mi familia.

– Sí, es verdad. Y si quieres ser un policía, será mejor que aprendas, que si no puedes ser objetivo en el caso que lleves, es mejor que no te encargues de él.

–Mi abuelo no habría sido objetivo, – dijo quedamente Jamie–. Y él ahora está muerto.

Ella no tenía respuesta para eso, por lo que se levantó.

– Ahora el problema esta en cómo te saco de aquí y te mantengo apartado de los medios de comunicación. Estarán pendientes de las puertas.

– Siempre hay una alternativa, – comentó Roarke–. Me encargaré.

Ella no dudaba que podría, y lo haría.

– Tengo que cambiarme de ropa y bajar hasta la Central. Peabody –dijo, echando una mirada significativa en la dirección de Jamie–. Prepárate.

–Sí, señor.

–Serás mi perro guardián –mascullo Jamie a Peabody, cuando Eve y Roarke salieron de la cocina.

–Sí. –Dijo Peabody con una gran sonrisa–. ¿Quieres a otra Pepsi?

– Cómo no.

Ella se levantó para abrir la puerta del frigorífico, se sirvió una taza del magnifico café de Roarke.



– ¿Así que, desde cuándo has querido ser policía?

–Desde hace tanto como puedo recordar.

–Como yo. – ella se dispuso a hablar de su trabajo.

– Lo sacaré por aire, –dijo Roarke, mientras se duchaban y cambiaban en el dormitorio.

– ¿Por aire?

– Había tenido la intención de sacar el mini helicóptero para dar una vuelta, de todos modos.

–Esta área no está zonificada para los helicópteros personales.

Sabiamente, él disfrazó una risita

con una tos.

—Dime eso otra vez cuando lleves puesto tu insignia.

Ella masculló para sí misma, poniéndose encima una camisa limpia.

—Llévalo a casa, ¿quieres? Le tengo aprecio al muchacho. La verdad es que tiene suerte de estar vivo.

—Es ingenioso, listo y recto. —Roarke sonrió mientras recogía el decodificador, admirándolo—. Ahora bien, si yo hubiera tenido uno de estos a su edad... ah, las posibilidades

—Lo haces bastante bien con tus dedos mágicos.

—Es verdad. —Metió el decodificador

en su bolsillo. Iba a poner a uno de sus ingenieros a analizarlo, para imitarlo—. Estoy un poco defraudado con los jóvenes de hoy en día que no aprecian la satisfacción de trabajar con las manos. Pero te digo, si este joven, Jamie cambia de idea acerca de ser un defensor de la ley, entonces podría encontrar un puesto para él en mi pequeño mundo.

— Ni se lo menciones. Le corromperás.

Roarke recogió su delgada unidad de oro de muñeca, abrochándola.

— Lo hiciste muy bien con él. Firme sin resultar fría. Un buen estilo,

autoritario, pero a la vez maternal.

Ella se retiró con algo de pavor.

— ¿Huh?

—Eres buena con niños. —Él sonrió abiertamente cuando la vio palidecer—. Me había preguntado...

—Aprieta. Aprieta fuertemente, —le pidió mientras se abrochaba la pistolera del arma—. Voy a escribir primero a Central, luego archivar mi informe e informar a Whitney con los datos que he obtenido hasta ahora. Oficialmente, el nombre de Jamie ya no está asociado con este caso. Estoy segura, en caso de ser necesario, que entre los dos podréis inventar una historia plausible para su

madre.

–Juego de niños, –dijo Roarke moviendo su lengua por la mejilla.

– Hmm. En mi informe preliminar, Lobar fue asesinado a las 3,30. Eso sería una hora después de que dejásemos el club. Es difícil decir cuánto tiempo estuvo apoyado cerca de la entrada; a primera vista, no más de quince minutos, poco más o menos antes de que Jamie diese con él. Eso no quiere decir que quienes fuera que dejaran a Lobar siguieran por allí. Pero si fue así y vieron a Jamie, él podría ser su siguiente blanco. Quiero al muchacho bajo vigilancia, con sensores, si

Whitney no me deja usar a un policía

– ¿Te gustaría que pusiera a uno de mis más fieles empleados con él?

–No, eso es mucho pedir. –Ella se volvió en el espejo, peinándose con los dedos su pelo en lugar de un peine—. He traído este caso a casa, demasiados problemas. Lo siento.

Él caminó hacia ella, colocándose a su lado, atrapando su cara en sus manos.

– No puedes separar lo que haces de lo que eres. No espero o quiero que lo hagas. Lo que te pasa a ti, me pasa a mí. Eso es lo que yo espero y lo que quiero.

–El último caso que me tocó casi te

mató. —Puso sus manos alrededor de las muñecas de él, apretándolas—. Te necesito demasiado. Y es por tu culpa.

—Exactamente. —Se inclinó, besándola—. Eso es lo que yo quiero. Ve a trabajar, teniente.

— Ya me voy. —Ella caminó a grandes pasos hasta la puerta, hizo una pausa, miró para atrás—. No quiero escuchar de Tráfico que mi marido ha estado haciendo ejercicios peligrosos por las rutas aéreas en su mini helicóptero.

— No pasará. Los soborno demasiado bien.

Esto la hizo reír mientras se volvía

para unirse con Peabody y afrontar la primera acometida de los medios de comunicación.

No había hecho más que abrocharse el cinturón de seguridad en su vehículo cuando escucho el ronroneo de un motor caro. Sobresaltándose sólo por un momento, dirigió su mirada hacia el Este y vio a un pequeño helicóptero, con su cabina de vidrio espejado coloreado y unas cuchillas plateadas que se elevaban vertiginosamente, rodeándola con círculos juguetonamente —e ilegalmente— antes de salir como una bala.

— ¡Guau! Qué máquina. ¿Ese era Roarke? ¿Lo has visto allí arriba? —



Peabody levantó su cabeza para obtener un último vistazo—. Es la madre de rápida.

—Cállate, Peabody.

—Nunca me he metido en uno privado. —Con un triste suspiro, Peabody se enderezó en el asiento—. Hace que las unidades de Tráfico tengan la apariencia de sabuesos.

—Debías sentirte intimidada cuando te dije que te callaras.

—Eso pasaba en los buenos viejos días. —Sonriendo abiertamente, Peabody cruzó sus tobillos—. Manipulaste al muchacho realmente bien, teniente.

Eve puso sus ojos en blanco.

– Sé cómo hacer que un testigo se muestre cooperativo, Peabody.

– No todo el mundo podría interrogar a un adolescente. Son brutales, y frágiles a la vez. Y éste ve más que cualquiera de ellos.

– Lo sé. –Como ella cuando tenía su misma edad, recordó Eve. Quizá por eso es que lo había entendido. –Prepárate, Peabody. Los tiburones nos están esperando.

Peabody hizo una mueca al ver el grupo de reporteros que se amontonaban en el exterior de la puerta. Había cámaras de vídeo, grabadoras, y todos con un aspecto hambriento.

—Córcholis, espero que me graben por mi lado fotogénico.

—Será difícil mientras sigas sentada así.

—Gracias. Pero he estado practicando. —Al momento, Peabody hizo desaparecer la sonrisa abierta y puso una expresión en blanco, profesional—. No veo a Nadine —se quejó ella, después.

—Estará por ahí. —Eve tocó el control remoto para la puerta. —Furst no se perdería esto—. Ella empezó a contar, mientras se abrían las puertas secundarias antes de que la punta del coche tocara el hierro. Los reporteros se

amontonaron por delante, engullendo el coche, apuntándolas con sus cámaras, gritando preguntas. Unos pocos fueron muy valientes o bastante estúpidos como para dar un paso dentro de propiedad privada. Eve tomó nota, mientras cambiaba el volumen para hablar al exterior.

—La investigación está en curso —anunció—. Habrá una declaración oficial al mediodía. Cualquier representante de prensa que entre por la fuerza en esta propiedad no sólo será llevado a juicio sino que le será bloqueada toda información.

Casi cerró de golpe las puertas

pillando varios pies.

— ¿Dónde diablos están los uniformados que dejé de servicio?

—Probablemente comiendo, por la hora. —Peabody se quedó mirando hacia afuera para ver a un reportero que se aplastaba contra su lado del parabrisas—. Éste parece muy lindo, teniente. Intenta no dañarle en la cara.

—Es su elección, —dijo al mismo tiempo que continuaba conduciendo. Alguien rebotó en el otro lado contra su guardabarros y maldijo. Sería una abolladura leve, pero el grito fue fortísimo.

—Eso son diez puntos por un pie, —

Peabody hizo esos comentarios, pero en secreto se estremecía—. Mira si puedes golpear aquel de allí. Y si das a la mujer del patio que está de pie con un traje verde, te daré cinco puntos más.

El reportero que se había pegando al parabrisa se deslizó fuera de su alcance cuando Eve maniobró para girar.

—La perdiste. Bueno, no puedes ganarlos todos.

—Peabody, —dijo Eve negando con la cabeza, pisando el acelerador, y dirigiéndose hacia el centro—. Algunas veces me preocupo por ti.

Ella quería ver primero a Whitney, pero no le sorprendió encontrarse con

que Nadine la estaba esperando en el interior del primer nivel en la Central.

—Una noche ocupada, Dallas.

—Así es, y estoy todavía sigo ocupada. Habrá un comunicado de prensa al mediodía

—Pero me puedes adelantar algo ahora. —Nadine se abrió paso a codazos para avanzar. Ella no era una mujer grande, pero engañaba. No sería uno de los mejores reporteros en la ciudad si no fuera rápida—. Simplemente un trozo de noticia, Dallas. Algo que pueda dar al público a mí salida al aire a las diez.

—Hay un tipo muerto, —dijo Eve brevemente—. Pero su identificación

será retenida hasta que un pariente más próximo lo verifique.

— Sí es que sabes quién es él. ¿Tienes alguna pista de quién le abrió la garganta?

—Mi opinión profesional es que fue alguien con un instrumento afilado, —dijo Eve secamente.

—Um—hmm. —Los ojos de Nadine se entrecerraron—. Corre el rumor de que había un mensaje a la izquierda en la escena. Y de que fue un asesinato ritual.

Malditas fugas.

—No puedo hacer ningún comentario sobre eso.

—Espera un minuto. —Acercándose un



poco más, Nadine tomó el brazo de Eve—. Si quieres que mantenga en secreto algo, sabes que lo haré. Pero dame algo de información, y déjame trabajar.

Confiar en la prensa era un asunto peligroso, pero había confiado en Nadine antes. Para beneficio mutuo. Como una herramienta de investigación, y Eve sabía que Nadine tenía la certeza de que el arma homicida era un instrumento afilado.

—Si fue un asesinato ritual, lo cual no tiene justificación y no se puede difundir, mi siguiente paso será recoger todos los datos pertinentes en los cultos

ya clasificados y sus miembros, registrados o no, en la ciudad.

—Hay muchas clases de cultos, Dallas.

—Entonces será mejor que te pongas a trabajar. —Ella le presionó el brazo antes de dejarlo caer—. Es gracioso, culto debe ser la palabra raíz de oculto. O tal vez solo sea simplemente una coincidencia.

—Tal vez sea eso. —Nadine se deslizó hacia adelante para descender—. Te avisaré.

—Eso fue limpio, —decidió Peabody.  
—Esperemos que todo quede así. Voy a buscar a Whitney. Quiero que

averigües los nombres de cada uniformado que estaba en la escena del crimen esta mañana. Quiero tener una pequeña charla con ellos, acerca de cómo mantener la seguridad interna con cada uno de ellos.

—Ay.

—Voy a aclarar una serie de cosas, —mascullo Eve, acercándose al ascensor.

Whitney no la hizo esperar. Notó, cuando ocupó su lugar en su oficina, que él no parecía haber dormido más que ella esta noche.

—Asuntos Internos se queja por el caso Wojinski. Creen que esta investigación deberían llevarla ellos

oficialmente.

—Y no los puede mantener alejados.

—No después del último cambio de hoy.

—Mi informe debería ayudar. —Ella sacó un disco de su bolso—. Ninguna prueba de que el detective sargento Wojinski usara sustancias ilegales. Sólo la indicación de que estaba liado con Selina Cross. Sus razones eran personales, comandante, y hasta Asuntos Internos debería entenderlo. Tengo la declaración de Alice, registrada, y completamente transcrita en el informe. En mi opinión, ella había sido drogada, y fue...explotada. Fue usada

sexualmente. Se involucró con el culto por Selina Cross y Alban. Y cuando rompió relaciones con todos ellos, fue amenazada, y estaba aterrorizada. Eventualmente, recurrió a Frank.

– ¿Por qué dejó el culto?

–Ella afirmó haber sido testigo del asesinato ritual del un niño.

– ¿Qué? –Sus nudillos se pusieron blancos cuando él se apoyo en el escritorio—. ¿Ella presenció un asesinato, se lo comunico a Frank, y él no lo reportó?

–Ella esperó algún tiempo antes de decírselo, comandante. No había ninguna prueba para apoyar sus

acusaciones. Ahora tampoco se pueden obtener. Pero sí puedo decir que Alice creyó ver el asesinato. Y estaba aterrorizada como nunca en su vida. También se sentía responsable por la muerte de su abuelo. Creía, categóricamente, que él había sido asesinado por su investigación privada de Selina Cross. Afirmaba que Selina Cross es experta en sustancias químicas y que, en esencia, envenenó a Frank.

—No tenemos nada en concreto para probar eso.

—Todavía no. Alice estaba segura que seguiría con vida, pero murió la misma noche en la que me dio su

declaración. También afirmó que Cross podía cambiar de forma.

— ¿Cómo dice?

—Que ella creía que Cross podía tomar otras formas. Un cuervo, en primer lugar.

— ¿Ella pensaba que Cross podía convertirse en un cuervo y volar? Jesús, Dallas, a los muchachos de Asuntos Internos les va a encantar esto.

—No tenía que ser real para que ella lo creyera. Era una muchachita aterrorizada, atormentada por estas personas. Pero encontré una pluma negra en la repisa de su ventana la noche que murió... una pluma artificial, y había un

mensaje amenazador en su enlace. La atormentaban, comandante. En eso no hay error. Lo que Frank hizo, lo hizo para tratar de proteger a su familia. Tal vez lo hizo incorrectamente, pero fue un buen policía. Murió siendo un buen policía. Asuntos Internos no puede alterar eso.

—Nosotros nos aseguraremos de eso.  
—Él guardó bajo llave el disco—. Por ahora, esto se quedara aquí.

—Feeney.

—No en este momento, teniente.

Maldita sea, si a ella la quitaban de esto como si fuera una mosca, pensó, apretando la mandíbula.



—Comandante, mi investigación en este momento no revela absolutamente ninguna conexión entre la investigación privada de Wojinski y el capitán Feeney. No puedo encontrar ninguna prueba en la que Feeney manipulara los registros para Frank.

— ¿Crees realmente que Feeney dejaría alguna prueba, Dallas?

Ella se colocó al mismo nivel que sus ojos.

— Sabría si él estuviera involucrado. Él se aflige por ambos, por su amigo y su ahijada; no sabe nada, aparte de la línea oficial. Él no lo sabe, comandante, y tiene derecho a hacerlo.

Iba a costarnos, Whitney lo supo en ese momento. A todos ellos. Pero no podía ayudarlo.

—No puedo tomar en consideración los sentimientos personales de él, teniente. Créame, Asuntos Internos no lo hará. Toda esta información es necesaria. Es una posición difícil. Tendrá que manejarla.

Esto carcomió sus tripas, pero inclinó la cabeza.

—Lo manejaré.

— ¿Qué conexión hay con el cuerpo que estaba fuera de su casa, esta mañana?

Sin ninguna elección, recurrió a su

entrenamiento y entregó los datos.

—Robert Mathias, conocido como Lobar, varón blanco, dieciocho años. Mi informe de la causa de su muerte es la herida en la garganta, pero el cuerpo estaba también mutilado. La víctima era miembro del culto de Cross. También lo entrevisté anoche en su lugar de trabajo. Un club llamado Athame, propiedad de Selina Cross.

—Las personas con las que habla terminan muertas muy rápidamente, Dallas.

—Él era la coartada de Cross de la noche en que Alice fue asesinada. De ella y de Alban. Lo corroboró en el

interrogatorio. –Abrió su bolso–. A él no le mataron en la escena del crimen, lo dejaron allí para que pareciera que era un asesinato ritual. –Colocó una foto de la escena de la muerte en el escritorio de Whitney.

–El arma homicida fue probablemente el cuchillo que tiene hincado en su ingle. Es un athame... un cuchillo ritual. Supuestamente, los wiccanos mellan la cuchilla y la usan sólo como algo simbólico. –Sacó otra fotografía, en ella aparecía de cerca la nota–. El mensaje parece indicar que el asesinato había sido cometido por un enemigo de la Iglesia de Satán.

—La iglesia de Satán, —masculó Whitney. La foto de la muerte no lo enfermaba, lo cansaba. Había visto tantas muertes—. El último oxímoron. Alguien tomó aversión a las prácticas y lo exteriorizó.

—La escena estaba puesta de ese modo. Es posible, y he obtenido un par de líneas para investigar ese ángulo.

Él miró por encima de la foto.

—Piensa que Cross intervino en esto. Ella ejecutó a su propia coartada.

—Ella ejecutaría a su propia progenie si tuviera un motivo. Creo que es lista, —continuó Eve—. Y creo que está loca. Habría que consultar a Mira con ese

asunto. Pero también creo que ella lo haría público para hacer el golpe más fuerte, y refregarlo en mi cara. No lo necesitaba más. Yo ya tenía su declaración.

Whitney inclinó la cabeza, empujando las fotos hacia ella.

—Hable de nuevo con ella. Y con este Alban.

—Sí, señor. —Ella agarró las fotografías—. Hay más. Esto es... delicado.

—¿Qué?

—He suprimido cualquier referencia de todo esto en el informe oficial. Está ligeramente alterado de momento. Para

el registro, Roarke y yo fuimos despertados por la alarma de seguridad, lo cual hizo que tropezara contra el cuerpo que estaba contra de la pared en el perímetro. Extraoficialmente, no descubrimos el cuerpo inicialmente. Lo hizo Jamie Lingstrom.

—Jesús —dijo Whitney después de un largo minuto. Se presionó los ojos con los dedos—. ¿Cómo?

Eve se aclaró la garganta y le dio un informe rápido y sucinto de todo lo que tuvo lugar después de la alarma. Concluyendo con lo que Jamie le había dicho en la mesa del desayuno.

—No sé lo que quiere ofrecerle al

Departamento de Asuntos Internos. Pero la declaración de Jamie corrobora todos los datos de Alice, y es que Frank trataba de atrapar a Cross.

—Filtraré lo que pueda —continuó restregándose los ojos—. Primero su nieta, ahora su nieto.

—Creo que le metí suficiente miedo como para meterlo en vereda.

—Dallas, los adolescentes son muy duros. Sé como es eso.

—Quiero que él tenga alguna protección, así como también vigilancia. Siguiendo mi instinto, he arreglado esto en privado.

Whitney levantó una ceja.



– ¿Quiere decir que se encargará Roarke?

Eve se cogió las manos.

–El muchacho será vigilado.

–Dejaremos las cosas así.

Él se reclinó.

– ¿Un decodificador casero, manual, dijo? ¿Un muchacho se las arregló para pasar sin esfuerzo por todos los aparatos exteriores de seguridad en esa fortaleza donde usted vive?

–Sí, así parece.

– ¿Dónde está? No se lo habrá devuelto.

– No soy una idiota, –dijo ella como si hubiera recibido unas palmaditas en

la mano—. Roarke lo tiene. Y cuando ella completó la frase, y el pensamiento, su disciplina se aflojó lo suficiente para que ella se sobresaltara.

—Roarke lo tiene. —A pesar de la situación en la que se encontraban, Whitney echó su cabeza hacia atrás y se carcajeó—. Oh, esto sí que es bueno. Le diste al lobo la llave del gallinero. —Se tomó la ceñuda cara, con los ojos entrecerrados y volvió a soltar otra carcajada, casi ahogándose—. Simplemente está intentando aligerar la seriedad en este asunto, ¿verdad, teniente?

—Sí, señor. Ja ja. Lo recuperaré.

—No era mi intención ofender, Dallas, pero si tuviera que apostar, la haría a favor de Roarke. En todo caso, extraoficialmente, el departamento aprecia su ayuda y cooperación.

—Me excusará si no le transmito eso; se le subiría a la cabeza. —Reconociendo la despedida, se levantó—. Comandante, Frank estaba limpio. Asuntos Internos tiene que confirmar esto. Si su muerte fue por causas naturales o inducida, va a ser más difícil de establecer. Yo necesitaría al capitán Feeney.

—Sabe que no necesita a Feeney en esto, Dallas, no en su papel de

investigador. Aprecio sus sentimientos, pero esto se queda aquí y así, hasta nuevo aviso. Podría encontrarse a sí misma sentada en esta silla un día, —dijo él, conciliador, observando la línea que se había formado en su frente por la sorpresa—. Decisiones difíciles que se sentaran aquí con usted. Y tener que dar órdenes desagradables es tan frustrante como recibirlas. Manténgame informado.

—Sí, señor. —Salió despacio, sabiendo que no quería la silla, la jerarquía, o las responsabilidades de él.

# Capítulo Diez

Su primera tarea fue informar al pariente más cercano de Lobar. Una vez estuvo hecho, Eve usó algunos momentos considerando cuidadosamente a la familia. No les había importado. La cara de la mujer en la pantalla había estado vacía, como si Eve le hubiese informado acerca de la muerte de un desconocido en vez de un hijo que ella había dado a luz y criado. Le había dado las gracias a Eve atentamente, no había hecho preguntas, había quedado en que los restos fuesen enviados a casa cuando

todo terminara.

Ellos, había dicho, le darían un entierro decente, cristiano.

Eve imaginó que habrían hecho lo mismo para una mascota familiar.

¿Qué endureció sus sentimientos hasta tal punto? Se preguntó. Si es que hubo sentimientos con los que comenzar. ¿Qué hacía a una madre acongojarse tan lastimosamente, como la madre de Alice lo había estado, y a otra tomar la noticia de la muerte de su hijo sin una sola lágrima?

¿Qué habría opinado su propia madre sobre su nacimiento? ¿Habría estado feliz, o simplemente aliviada de

tener al intruso de nueve meses finalmente fuera de su cuerpo?

Ella no tenía recuerdos de una madre, ni siquiera de alguna forma femenina sombría en su vida. Sólo de su padre, del hombre que la había arrastrado de un sitio para otro, ocultándola en cuartos cerrados. Que la había violado. Y los recuerdos de él, después de tantos años de negarlos, estaban demasiado claros.

Quizá algunas personas estaban predestinadas a sobrevivir sin familia, pensó. O simplemente a sobrevivir.

Debido a que sus pensamientos eran oscuros, a que estaba con sentimientos

mezclados fue que llamó a la oficina de la Dra. Mira para una consulta. Después de que se las hubo arreglado para intimidar al asistente de Mira para que la incluyera al día siguiente, agarró su bolso, llamó al enlace de Peabody, y salió.

Se dio cuenta de la expresión cautelosa de Peabody mientras se detuvieron enfrente del apartamento de Selina, pero la ignoró. Comenzaba a llover, un goteo sucio, sorprendentemente frío caía del cielo repentinamente plomizo. El viento era helado, ocasionando un fuerte silbido a lo largo de la calle y mordiendo la carne



expuesta.

En la acera opuesta, un hombre caminaba apresuradamente hacia el este, encorvado bajo un paraguas negro. Entró rápidamente en una tienda con una calavera sonriente y con las palabras El Arcano pintadas en la puerta.

—El día perfecto para visitar a la criada de Satán. —Peabody se esforzó por aparentar alegría y subrepticamente señaló con el dedo un poco de hierba de San Juan que había echado en su bolsillo. Era el consejo de su madre para protegerse contra la magia negra. La resuelta Peabody había descubierto que creía en brujas después de todo.

Realizaron la misma rutina con seguridad, sólo la espera fue más larga y más desagradable mientras la lluvia comenzaba a caer en serio. Sucios relámpagos punzaron en el cielo, sus puntas brillando sangrientas en los bordes.

Eve miró hacia adelante, luego hacia atrás a su ayudante. Su sonrisa era dura y fría.

—Bien, perfecto

Chorrearon agua en el vestíbulo, en el elevador, y en el vestíbulo del apartamento de Selina Cross.

Y fue Alban quien las saludó.

—Teniente Dallas —Él ofreció una

mano bellamente esculpida adornada con un singular anillo de plata cepillada—. Soy Alban, el compañero de Selina. Temo que ella esté meditando en este momento. Vacilo en molestarla.

—Déjela meditar. Usted servirá por ahora.

—Pues bien, adelante y siéntense. Por favor. —Sus maneras eran sofisticadas, vagamente formales y en contradicción con el traje de cuero de negro que llevaba puesto—. ¿Le puedo ofrecer algo? Algún té quizá para prevenir el frío. Un cambio interesante de clima.

—Nada. —Eve pensó que ella hubiese preferido un golpe rápido de Zeus que

cualquier cosa hecha en este lugar.

La tristeza lo satisfacía, decidió. La luz malsana y húmeda, el siseo malvado de la lluvia y el viento en las ventanas. De modo que este era Alban, con su cara de bello poeta y su cuerpo de dios guerrero. Un perfecto ángel caído

—Me gustaría conocer su paradero en la noche pasada, entre las trescientas y las quinientas horas.

— ¿Las tres y las cinco a.m.? —Él parpadeó mientras traducía el tiempo militar—. Anoche, o esta mañana más bien. ¿Por qué? Aquí. Creo que regresamos del club un poco antes de las dos. No hemos salido hoy, todavía

– ¿Nosotros?

–Selina y yo. Tuvimos un coven, el cual concluyó alrededor de las tres. Lo cortamos un poco abruptamente puesto que Selina no se sentía bien. Normalmente, podríamos entretenernos después, o podríamos continuar con un rito más pequeño, más privado.

–Pero ustedes no hicieron eso anoche.

–No. Como le dije, Selina no sentía bien, de modo que nos acostamos muy temprano. Temprano para nosotros –explicó él con una sonrisa–, somos personas nocturnas.

– ¿Quién asistió a la convención?

Su sonrisa se transformo en una expresión seria, casi estudiada.

—Teniente, la religión es un asunto privado. Y todavía en estos tiempos, una como la nuestra es acosada. Nuestros miembros prefieren discreción.

—Una de sus miembros fue indiscretamente asesinado anoche.

—No. —Él se levantó, lentamente, manteniendo su mano apretada en el brazo de su silla como si estuviera indeciso. —Supe que había sucedido algo horrible. Ella estaba tan perturbada — aspiró profundamente como si estuviera preparando su mente y cuerpo—. ¿Quién?

—Lobar. —Selina dijo el nombre

mientras daba un paso a través de un estrecho pasaje abovedado. Estaba mortalmente pálida, los ojos de gata ensombrecidos. Llevaba su negro cabello desordenado, con algunas guedejas sobre sus pechos abundantes—. Fue Lobar —repitió—. Lo vi ahora mismo, en el humo, Alban —ella presionó una mano contra su cabeza, estremeciéndose.

—Realmente un buen espectáculo, —murmuró Eve mientras Alban se apuraba a través del cuarto para atraparla, para sostenerla contra él—. Usted lo vio en el humo. —Eve meneó la cabeza—. Eso es conveniente. Tal vez yo debería echar un vistazo al humo por mí misma, ver quién

cortó su garganta.

—No hay ninguna cosa en el humo para usted, debido a su ignorancia. —Apoyándose en Alban, Selina caminó lentamente hacia el sofá. Se sentó con un susurro de sus ropas, levantó una mano hacia Alban—. Estoy bien.

—Mi amor —él atrajo su mano hacia sus labios—. Te alcanzaré un tranquilizante.

—Sí, sí, gracias.

Ella inclinó su cabeza mientras él salía tranquilamente. Oh, era difícil mantener fuera de su rostro una abierta sonrisa gatuna, detener las gloriosas imágenes que rememoraban en su



cerebro el rito, el sacrificio, la sangre.

Sólo ella comprendía plenamente la emoción de haber realizado el sacrificio con su propia mano. Se estremeció una vez con oscuro placer, asediada por los recuerdos. La manera en que los ojos de Lobar habían encontrado los de ella, la forma en que el athame se había helado de pronto en su mano. Luego, la caliente fuente de sangre cuando ella lo había usado.

Imaginando el asombro, la furia que Eve debió sentir cuándo había encontrado a Lobar tan cuidadosamente situado en la entrada de su santuario, Selina casi rió disimuladamente.

Presionó sus dedos sobre sus labios un momento, como deteniendo un sollozo.

Alban era un genio, pensó, pues únicamente un genio podría habería creado tal maravillosa y bella ironía.

—Las visiones pueden ser una bendición o una maldición —continuó ella con voz tensa debido al cansancio—. Prefiero pensar en ellas como bendiciones, aun cuando me causen pesar. Lobar es una pérdida tremenda.

—Lo siente profundamente, ¿no?

La cabeza de Selina se levantó rápidamente, y sus ojos brillaron con una luz tenue, envueltos en algo más parecido al odio que a la pena.

—No se burle de mis sentimientos, Dallas. ¿Piensa usted que un poder como el mío implica que no los tengo? Siento, experimento. Sangro —agregó y, con un movimiento relampagueante, incrustó una de sus largas y letales uñas en su palma. La sangre fluyó oscura y roja.

—No era necesaria una demostración, —dijo Eve tranquilamente—. Sé que usted sangra. Lobar ciertamente lo hacía.

—Su garganta. Sí, eso es lo que vi yo en el humo. —Ella estiró una mano hacia Alban cuando entró, llevando un tazón de plata poco hondo—. Pero había más. Algo más —tomó el tazón, y lo empujó hacia sus labios—. Mutilación. Oh, cómo

nos desprecian.

– ¿Ellos?

– La debilidad y la pureza.

Tomó un pedazo de tela negra del bolsillo de su túnica, entregándoselo a Alban. Él levantó la mano herida de ella, poniéndola a la altura de sus labios. Con rápida eficacia, lamió su palma herida. Selina no le escatimó una mirada.

– Aquellos que miran a nuestro maestro con odio –continuó ella–, y aún más, aquellos que practican la magia de la estupidez.

– ¿Entonces, en su opinión, éste fue un asesinato religioso?

—Por supuesto. No tengo la menor duda —Ella se tragó el tranquilizante, dejando a un lado el tazón—. ¿Lo cree usted?

—Tengo un gran número de dudas; pero desde luego, tengo que investigar a la antigua usanza. No puedo llamar al diablo y pedirle una consulta. Lobar estaba aquí anoche.

—Sí, hasta casi las tres. Él habría aceptado la marca pronto —Selina suspiró, haciendo correr ociosamente sus uñas pintadas de rojo arriba y abajo por el brazo de Alban—. Uno de sus últimos actos fue unir su cuerpo con el mío.

—Usted tuvo relaciones sexuales con él anoche.

— Sí. El sexo es una parte importante de nuestros rituales. Le escogí anoche. — Ella se estremeció otra vez porque la elección había sido de ella. Y la acción—. Algo debió habérmelo dicho. Un presentimiento.

—Un pájaro tal vez. Un pájaro negro y grande. —Enarcando una ceja, Eve estudiaba a Alban—. De modo que no es problemático para usted observar mientras otros hombres tienen relaciones sexuales con su... compañera. La mayoría de hombres son un poco territoriales. Podrían albergar

resentimientos insanos.

— No creemos en la monogamia. La encontramos limitativa y tonta. El sexo es placer, y no ponemos restricciones en nuestros placeres. El sexo consensual en una casa privada o club autorizado no va en contra de sus leyes, teniente, —él sonrió—. Estoy seguro de que usted misma se dedica a eso.

— ¿A usted le gusta observar, Alban?  
Sus cejas se elevaron.

— ¿Es una invitación? —Al oír la risa ahogada y rápida de Selina, él se movió y tomó su mano—. Vamos, te sientes mejor ahora

— ¿La pena pasa, no es así, Selina?

—Debe hacerlo, —ella estuvo de acuerdo, inclinando la cabeza hacia Eve—. La vida debe ser vivida. Usted buscará quién hizo esto, y quizá los encontrará. Pero el castigo de nuestro maestro es más grande y más terrible que cualquiera que usted podría inventar.

—Su maestro no es mi preocupación. El asesinato si lo es. Dado que usted tiene un interés en el difunto, tal vez me dejará echar un vistazo alrededor.

—Consiga una orden judicial, y será bienvenida. —El tranquilizante había nublado sus ojos, pero su voz era lo bastante fuerte cuando se levantó—.



Usted es más tonta de lo que originalmente pensé si cree que tuve algo que ver con esto. Él era uno de los nuestros. Era leal. Va en contra de la ley dañar a un miembro leal del culto.

—Y él me dirigió la palabra anoche en una cabina privada. ¿Le dijo el humo lo que él me dijo a mí, Selina?

Sus ojos cambiaron de posición, se ensombrecieron.

—Usted tendrá que encontrar otras aguas en la que pescar, Dallas. Estoy cansada, Alban. Condúcelas a la puerta — ella se deslizó de espaldas a través de la arcada.

—No hay ninguna cosa que podamos

hacer por usted, Teniente. Selina necesita descansar. —Él miró hacia la arcada, la preocupación en sus ojos—. Necesito atenderla

— ¿Ella lo ha entrenado? —Con un ligero desdén recubriendo su voz, Eve se levantó—. ¿Hace usted trucos también?

Lánguidamente, él negó con la cabeza.

—Mi devoción por Selina es personal. Ella tiene poderes, y los poderosos tienen necesidades. Yo la atiendo, con agradecimiento. —Él se volvió, y caminó por el vestíbulo, abriendo la puerta—. Nos gustaría tener

el cuerpo de Lobar en cuanto sea posible. Tenemos nuestra ceremonia de muerte,

—Lo mismo desea su familia, y ellos tienen prioridad sobre ustedes,

— ¿Qué tenemos de este Alban? — preguntó Eve en el momento en que estuvieron afuera bajo la que ahora era una lluvia torrencial.

—Casi nada. —Peabody se metió rápidamente en el coche e inmediatamente se sintió más a gusto. Sabía que era estúpido esperar no tener que regresar nunca más a ese edificio, pero lo esperaba, en cualquier caso—. No se le conocen antecedentes, no tiene

historial. Si nació con otro nombre aparte de Alban, no es un dato conocido.

— Hay más. Siempre hay algo más.

Nada de eso, Eve pensó, tamborileando sus dedos sobre el volante. Ella una vez había investigado a otro personaje sospechoso y había encontrado poco menos que nada. Su nombre era Roarke.

—Mira de nuevo, —pidió y se apartó del bordillo.

—Gracioso, ¿no es cierto? —Continuó, mientras Peabody conectaba su unidad de datos—. No hay ningún tipo de tráfico cerca de este bloque. Doblamos la esquina... —Ella hizo eso e

inmediatamente chocó con un enorme lío de vehículos y una reconfortante congestión de tráfico, dando bocinazos a través de la lluvia. Las personas dándose prisa a lo largo de las aceras y los deslizadores, amontonándose en los portales. Dos operadores de deslizadores en esquinas opuestas se encorvaban bajo toldos andrajosos y se miraban con el ceño fruncido el uno al otro.

—Las personas tienen instintos de los que no son conscientes. —Aún no del todo cómoda, Peabody dirigió un vistazo hacia atrás, como si esperase que algo no completamente el humano pudiera

estar corriendo detrás de ellas—. Hay una sensación desagradable alrededor de ese edificio.

—Es sólo ladrillo y vidrio.

—Cierto, pero los lugares tienden a tomar las personalidades de la gente que vive en ellas.

Un coche dobló la esquina delante, lanzando su parachoques en el mar de peatones que cruzaban la esquina con la luz que lo permitía. Insultos fueron alegremente arrojados desde ambas partes, orales y señales hechas con la mano igualmente gráficas. Alguien escupió.

El vapor emanaba a través de los

respiraderos del sistema de calefacción en sucias nubes. Se enredaba espesamente con el humo proveniente de un zaparrastroso y obviamente infractor puesto móvil de comida que luchaba por encontrar su camino entre la masa de humanidad mojada. Un nivel más arriba, el cercano aerodeslizador se estremecía en la parada y enviaba a todos sus pasajeros en una andanada de maldiciones y quejas.

En lo alto, un dirigible turístico gritaba una promoción acerca de las ventajas y los puntos de interés de la vida en un maravilloso mundo urbano.

Peabody inhaló profundamente,

contenta de estar de vuelta en medio de la Nueva York arrogante y abarrotada que comprendía.

—Toma la casa de Roarke, —continuó—. Es grandiosa, elegante e intimidante, pero es también sexy y misteriosa, —estaba demasiada ocupada con la unidad para advertir la mirada divertida de Eve le dirigió—. ¿La casa de mis padres? Es abierta, cálida y un poco confusa.

— ¿Qué hay acerca de tu casa, Peabody? ¿Cómo es?

—Temporal, —dijo Peabody sin duda alguna—. Dallas, tu coche no está cooperando. Debería poder transferir



datos hacia... —se quedó en silencio abruptamente, mientras Eve se inclinaba, dando un golpe sobre la pantalla del vehículo. Una imagen se abrió de pronto con un pequeño sonido explosivo, vacilando ebriamente—. Esto está un poco mejor, —decidió Peabody, y pidió un informe de Alban.

Alban —ningún nombre alterativo conocido— nacido el 22—3—2020 Omaha, Nebraska

—Es gracioso, —interrumpió Eve—, él no se veía como alimentado con maíz.

Número de identificación, la computadora continuaba con su programa con un ruido sordo, 31666—

LRT—99. Padres desconocidos. Estado civil, soltero. Medios de vida, desconocidos. Datos financieros, no disponibles

—Interesante. Suena como si él fuera una sanguijuela de Selina. Antecedentes penales, todos los arrestos.

Ningún antecedente criminal.

—¿Educación?

Desconocida

—Nuestro niño está limpio, o ha tenido a alguien que limpiara sus registros, —dijo Eve a Peabody—. No se puede llegar a tener casi cuarenta años de edad sin generar más datos que esos. Él ha conseguido contactos en alguna

parte.

Ella necesitaba a Feeney, pensó gruñonamente. Feeney podría hacerle cosquillas a la computadora y birlarle datos adicionales. En lugar de eso, iba a tener que ir donde Roarke y añadir otra situación que lo involucrara.

—Pues bien, mierda. —Ella se detuvo en el camino delante del Spirit Quest, miró ceñudamente el cartel de cerrado en la puerta—. Acércate a echar un vistazo, Peabody. Tal vez ella esté dentro.

— ¿Has traído un paraguas o un escudo para la lluvia?

Eve arqueó una ceja.

— ¿Estás tratando de ser graciosa?—

Peabody sólo suspiró, luego salió del coche. Avanzó con dificultad y chapoteó a través de la lluvia, mirando con atención por las ventanas. Estremeciéndose un poco, se volvió, meneó la cabeza empapada, y gimió cuando Eve sacudió con fuerza un pulgar hacia el apartamento sobre la tienda. Resignada, Peabody caminó pesadamente a su lado y escaló un grupo de escaleras desvencijadas de metal. Momentos más tarde, estaba de vuelta, chorreando agua.

—No responde —dijo a Eve—. Mínima seguridad. A menos que cuentes el

manejo de hierba de San Juan sobre la entrada

– ¿Ella tiene un montón de verrugas?

Eso es asqueroso.

–Verrugas<sup>12</sup> no. –A pesar de su uniforme húmedo y su pelo que chorreaba agua, Peabody se permitió el gusto de una buena risotada—. Es una planta. Hierba de San Juan. –Bastante divertida, metió su mano en el bolsillo buscando su ramillete—. Como esto. Es una protección contra el mal.

– ¿Llevas plantas en el bolsillo, oficial?

–Lo hago ahora. –Peabody la devolvió a su bolsillo—. ¿Quieres

alguna?

—No, gracias, prefiero confiar en mi arma para protegerme contra el mal,

—Considero esto mi as bajo la manga.

—Lo que sea, espero que te funcione.

—Eve miró atentamente el área—. Probemos en esa cafetería enfrente. Tal vez sepan por qué que ella tiene cerrado en mitad de una mañana comercial.

—Tal vez vendan café decente, —dijo Peabody, y estornudó dos veces, fuerte—. Si pesco un resfrío, entonces me suicidaré. Me toma semanas quitarme una de esos estúpidos resfríos.

—Tal vez necesitas una planta para

espantar a los gérmenes comunes. — Dejando las cosas así, Eve saltó del coche, codificó los cerrojos, y trotó a través de la calle hacia el Café Ole.

La intentona de recrear un tema mexicano no quedaba mal, decidió. Los colores brillantes, con mucho naranja, le daban una apariencia soleada aun en un día asqueroso. Podría haber quedado mejor cerca de la bellísima casa de campo de Roarke en la costa oeste de México, pero aquí tenía un cierto encanto pegajoso con sus flores plásticas y toros de cartón piedra. Una brillante música de mariachis salía a través de los parlantes.

Ya fuese la lluvia o el ambiente, había atraído a una multitud. Pero mientras Eve escudriñaba el salón, notó que la gente que se apretujaba alrededor de las mesas no estaba devorando enchiladas. La mayoría estaba amontonada sobre solitarias míseras tazas de algo que olía remotamente como café recalentado.

—El final de la temporada de béisbol se está acercando, ¿no es así, Peabody?

Peabody estornudó otra vez.

—¿Béisbol? Supongo. Los juegos de pelota no son lo mío.

—Ajá. Me parece que allí hay una carrera a toda marcha. El juego más



importante de hoy. Imagino las pilas de dinero cambiando de manos.

Peabody comenzaba a sentirse congestionada –mal signo– pero estaba todavía lo suficientemente clara como para poder abrir el picaporte.

–Crees que ésta sea la parte delantera de un salón de apuestas ilegal,

–Sólo es una corazonada. Quizás podamos usarla. –Se movió furtivamente hasta el mostrador, mirando atentamente a un hombre que se veía agobiado. Baja estatura, oscuro de tez, ojo fatigados.

– ¿Comen aquí o para llevar?

–Ninguna de las dos, –comenzó, luego se apiadó cuando oyó a Peabody

sorberse la nariz—. Un café, para ella. Y un par de respuestas.

—Tengo café. —Él se dio la vuelta para expender un espeso brebaje oscuro en una taza apenas más grande que un dedal—. No tengo respuestas.

—Tal vez debería oír las preguntas—.

—Señora, tengo el local repleto. Sirvo café. No tengo tiempo para una conversación. —Él puso la taza sobre el mostrador y se habría echado hacia atrás, sin embargo Eve atrapó su muñeca.

— ¿Cómo están las apuestas en el juego de hoy?

Los ojos de él se movieron de

izquierda a derecha antes de posarse en el rostro de ella. Pero él había visto a Peabody y su uniforme.

—No sé de lo que está hablando.

—Usted lo sabe. Si yo y mi camarada nos quedamos aquí sentadas unas pocas horas, su negocio se irá directo al reciclado. Personalmente, no le haría ningún daño a su negocio, cualquiera de sus negocios. Pero podría. —Aún sosteniendo su muñeca, ella volteó la cabeza y clavó duramente los ojos en dos de los hombres sentados en el mostrador.

Les tomó menos de diez segundos decidir irse a beber café a otro sitio.

– ¿Cuánto tiempo piensa que me llevaría limpiar de desechos este lugar?

– ¿Qué es lo que quiere? Hago mi contribución. Estoy cubierto.

Ella le dejó ir. La molestó comprender que él tenía protección de la policía. No la asombró, simplemente la molestó.

–No voy a interferir a menos que usted me irrite. Cuénteme sobre la tienda de enfrente, Spirit Quest.

Él bufó, visiblemente relajado. Ella no iba tras él. Sintiéndose cooperador, relleno la taza de Peabody, luego recogió un trapo y limpió el mostrador. Dejó el lugar limpio.

– ¿La bruja? Ella no entra aquí. No bebe café, si sabe lo que quiero decir.

–Ella tiene cerrado hoy.

– ¿Sí? –Él entrecerró los ojos para tratar de ver a través de la ventana, a través de la lluvia—. No es común

– ¿Cuándo la vio por última vez?

–Carajo –se rascó detrás del cuello—. Veamos. Me parece que la vi ayer. ¿A la hora de cierre? Bueno, bueno, ella cierra alrededor de las seis, y yo estaba lavando las ventanas delanteras. Es necesario preocuparse de las ventanas en esta ciudad. La suciedad simplemente salta sobre ellas.

–Lo apuesto. Ella cerró alrededor de

las seis. ¿Entonces qué?

–Se fue con ese tipo con el que vive.  
Caminando. No tienen un transporte,

– ¿No la ha visto hoy?

–Ahora que lo menciona, creo que no. Ella vive arriba, usted sabe. Yo vivo atravesando al otro lado de la ciudad.

Mantener el negocio y la vida personal separadas, ese es mi lema.

– ¿Alguien de la gente de ella se acerca para acá de vez en cuando?

–Nah. Alguno de sus clientes, seguro. Y una parte de los míos sale de aquí para ir a mirar sus talismanes. Ella no representa ningún problema para mí. Incluso le he comprado a mi esposa un

presente de cumpleaños allí. Un brazalete pequeño, bonito, con piedras coloridas. Un poco inflexible con el precio, pero a las mujeres les gusta esa mierda del brillo.

Echó a un lado el trapo e ignoró la petición de café desde la esquina del mueble mostrador. —Mire, ¿Ella está en problemas? Ella está bien en mi libro. Un tanto extraña tal vez, pero no hay nada dañino en ella—

— ¿Qué sabe usted acerca de la chica que solía trabajar allí? Una muchacha joven, cercana a los dieciocho años. Rubia

— ¿La fantasmagórica? Seguro, solía

verla ir y venir. Siempre mirando sobre su hombro a todo el mundo, como alguien que va esperando que alguien salga de un salto y le diga buuu.

Alguien lo hizo, pensó Eve.

—Gracias. Si usted ve a Isis de vuelta hoy, llámeme. —Ella deslizó una tarjeta encima del mostrador junto con los créditos por el café.

—No hay problema. No me gustaría verla meterse en problemas, sin embargo. Ella está bien para ser un tanto loca. Hey —él movió un dedo mientras Eve comenzaba a cambiar de dirección—. Hablando de gente un tanto loca, vi a uno hace un par de noches



cualdo estaba cerrando.

– ¿Qué tipo de loco?

– Sólo un chico. Bien, podría haber sido una mujer. No podría decirle, porque estaba completamente envuelto en una túnica negra, con capucha y todo. Simplemente ahí, de pie en la acera, mirando fijamente hacia el local de ella. Sólo de pie y mirando fijamente. Me puso la carne de gallina. Caminé por la otra acera. El doble de lo necesario para llegar a la parada del autobús, pero no me gustaba la sensación de todo eso. ¿Y sabe qué? Miré hacia atrás, y no había nadie allí. Nada aparte de un maldito gato. Extraño, ¿huh?

—Cierto, —murmuró Eve—. Extraño—

—Vi a un gato —comenzó a decir Peabody cuando se dirigían de vuelta al coche—. En la calle cuando Alice fue asesinada.

—Hay montones de gatos en la ciudad.

Pero Eve recordó al que estaba en la rampa. Liso y negro.

—Seguiremos a Isis más tarde. Quiero consultar con el médico forense antes de entregar la declaración para los medios de comunicación. —Quitó el código de seguridad del coche mientras Peabody estornudaba otra vez—. Tal vez tengan algo para ese resfrío.

Peabody frotó su mano bajo la nariz.

—Yo preferiría visitar una farmacia, si no te importa. No quiero al Dr. Muerte tratándome si no es absolutamente necesario.

Cuando estuvo de regreso en su oficina, y Peabody cambiándose un uniforme seco y tomando medicinas con una pequeña fortuna de remedios, Eve estudió el informe de la autopsia de Lobar.

Ella había establecido la hora de muerte correctamente en el informe preliminar, y la causa. No obstante, meditó, era difícil que a uno se le

escapara una cuchillada del ancho de una milla entre la garganta y el pecho. E, imagínate eso, habían encontrado vestigios de un alucinógeno, un estimulante, y una droga que ofuscaba la mente –todos ellos de una variedad ilegal– en su flujo sanguíneo.

Así que había muerto sexualmente satisfecho y completamente separado de su realidad. Alguien, se imaginaba, podría decir que ese no era tan mal negocio. Pero luego, la mayor parte de ellos no habría encontrado un cuchillo rasgando sus gargantas.

Ella levantó el arma sellada, la estudió. Ninguna huella digital, claro

está, en realidad no esperaba ninguna. Nada de sangre aparte de de la víctima. Estudió la empuñadura negra tallada, escudriñando los símbolos y letras que no tenían ningún significado para ella. Parecía ser viejo y raro, pero ella dudaba que eso ayudase a encontrar a su propietario. El cuchillo estaba bajo el límite legal, no requería ser inscripción.

No obstante, ella comprobaría tiendas de antigüedades, tiendas de cuchillos, y, suponía, también tiendas de brujas. Sólo hacer eso le tomaría semanas, pensó con repugnancia, y era improbable poder enviar a alguien.

Dado que tenía veinte minutos antes

de tener que confrontar a los medios de comunicación, se volvió hacia su ordenador y comenzó. Ya no estaba trabajando con la descripción del arma cuándo Feeney entró, cerrando su puerta.

—He oído que tuviste un difícil despertar esta mañana.

—Sí. —Su estómago se encogió, no por el recuerdo de lo que había entrado en su casa, sino ante el conocimiento de que tendría que sopesar cada palabra que le dijera a él—. No es el tipo de paquete que me gusta recibir,

— ¿Necesitas ayuda con eso? — Él sonrió descoloridamente—. Ando buscando trabajo.

—Lo tengo cubierto por ahora, pero te lo haré saber,

Él paseó por el costado de la estrecha ventana, de regreso a la puerta. Se veía exhausto, pensó ella. Tan cansado. Tan triste.

— ¿Cuál es la historia? ¿Conoces al tipo?

—No realmente. —Oh, Cristo, ¿qué estaba haciendo aquí?—. Le había hablado una vez acerca de un caso en el que estaba trabajando. No salió bien. Podría ser que él supiera más de lo que me estaba diciendo. Va a ser difícil decirlo ahora. —Ella inspiró profundamente, odiándose—. Creo que fue

alguien que quier a asustarme a mí o a Roarke. La mayoría de los policías pueden conservar la dirección de su casa oculta. Yo no puedo. –Ella se encogió de hombros.

–Es el precio que pagas por ser una figura pública.   Eres feliz? –Dijo abruptamente y se giró para estudiar su cara.

–Claro. –Ella se pregunt   si la culpabilidad estaba escrita en su frente como un cartel de neón.

– Bien. Bien. –  l se paseó otra vez, sacando la bolsita de frutos secos que habitualmente llevaba en su bolsillo aun cuando no parecía tener ganas de



comerlos—. Es difícil estar en el trabajo y tener una vida personal decente. Frank lo hizo.

—Lo sé.

—El funeral de Alice es esta noche.

¿Irás?

—No lo sé, Feeney. Haré el intento.

—Esto me desgarró, Dallas.

Realmente me desgarró. Mi esposa está con Brenda ahora. Ella está destruida. Sencillamente destruida. Yo no podía manejar nada más, por eso vine para acá. Pero no me puedo concentrar.

— ¿Por qué no regresas a casa, Feeney? — se levantó, extendió la mano para tocar su brazo—. Sólo ve a casa. Tal

vez tú y tu esposa podría irse unos pocos días. Tienes vacaciones acumuladas. Escápate de esto.

—Tal vez. —Sus ojos estaban fatigados, pesados, con bolsas—. Pero, ¿Dónde se escapa uno de algo que siempre está allí?

—Escucha, Roarke tiene ese lugar en México. Es genial. —Ella andaba a tientas y lo sabía, desesperada por ayudarlo—. Tiene una vista fabulosa, y está totalmente equipado. Podría ser. —Ella le dirigió una sonrisa—. Es de Roarke. Lo hablaré con él. Podrías ir allá, llevar a tu familia.

—Llevar a la familia. —Él lo repitió

lentamente, encontrando que la idea era casi tranquilizante—. Tal vez lo haga. Uno nunca parece hacerse tiempo para estar con su familia. Pensaré en ello, —decidió—. Gracias.

— No es nada. Es de Roarke. Sólo está ahí. —Ella se volvió sin ver hacia su escritorio—. Lo siento, Feeney, me he puesto a reunir información para una declaración para los medios de comunicación.

—De acuerdo. —Él se las arregló para dirigirle una sonrisa—. Sé cuánto amas esto. Te haré saber acerca de usar la casa.

—Claro, hazlo. —Clavó los ojos en su

pantalla hasta que él salió. Ella estaba siguiendo órdenes, se recordó a sí misma. Había hecho lo correcto.

Sin embargo, ¿Por qué le hacía sentirse como una traidora?

# Capítulo Once

Ella miró hacia la larga cola, agradecida de que Roarke hubiera venido con ella. Esto era demasiado familiar, el mismo salón de actos funerario, el mismo perfume, muchas de las mismas personas.

—Odio todo esto —se quejó ella—. Esta “muerte esterilizada”.

—Es consolador.

Eve miró hacia donde estaba Brenda soportando todo por su madre y por su hijo, mientras las lágrimas se deslizaban lentamente a lo largo de sus mejillas.

Tenía una mirada ausente y delicada, seguramente provocado por los medicamentos.

– ¿Lo es?

–Se le acerca, –corrigió él, tomando la fría mano de ella en la suya–. Para algunos.

–Cuando me llegue la hora, no hagas esto. Guarda algunas cosas, y quema el resto. Acaba con todo.

Él sintió la presión de un puño alrededor de su corazón; oprimiendo su mano, dijo:

–No me hagas esto.

–Lo siento. Siempre tiendo a tener pensamientos morbosos en lugares como

este. Estupendo –mientras escudriñaba detenidamente la habitación divisó a Isis–. Ahí está mi bruja.

Roarke siguió su mirada, estudiando a la imponente mujer de cabello llameante y que lucía una simple túnica de un blanco puro. Estaba al lado de un hombre una cabeza más bajo que ella. Él llevaba puesto un traje simple, conservador, también de color blanco. Los dedos de ambos estaban entrelazados.

– ¿Quién es el hombre que está con ella?

–No lo sé. Podría ser un miembro de su secta o cualquier otra cosa. Vayamos

a comprobarlo.

Se movieron a través del cuarto y con un acuerdo tácito, flanquearon a la pareja. Eve miró hacia abajo primero a Alice, a su joven cara, serena ahora. La muerte tenía una forma de relajar las facciones. Después de que todo hubiera pasado.

—Ella ya no está aquí. —Fue Isis la que habló quedamente—. Su espíritu todavía busca la paz. Había esperado... había esperado encontrarla aquí. Lamento que no me haya encontrado hoy, Dallas. Cerramos en memoria de Alice.

—Tampoco estaba usted en casa.

—No, estábamos reunidos en otro



lugar, para nuestra propia ceremonia. El hombre de enfrente me dijo que me había estado buscando. —Un débil esbozo de una sonrisa se creó alrededor de su boca—. —Estaba preocupado de que yo tuviera a una policía siguiendo mi pista. Él tiene buen corazón, a pesar de tener cierto desequilibrio.

Se echó hacia atrás para presentar al hombre que estaba a su lado.

—Éste es Chas. Mi pareja.

El arduo entrenamiento hizo que los ojos de Eve no reflejaran nada, pero estaba sorprendida. Él era tan vulgar como Isis espectacular. Su pelo era de un rubio descolorido, fino e insulso. Su

cuerpo era más bien escuálido, estrecho de hombros, piernas cortas. Su cara cuadrada, poco interesante se detenía en el límite de la fealdad gracias a un par de ojos grises sorprendentemente profundos y bellos. Y cuando él sonreía, mostraba tal dulzura que inducía a darle otra sonrisa a cambio.

—Siento mucho conocerla bajo estas amargas circunstancias. Isis me dijo que usted era un alma fuerte y justa. Veo que estaba en lo correcto, como siempre.

Ella casi parpadeó al escuchar su voz. Ésta era de barítono, profunda y ligera que cualquier cantante de ópera habría llorado por tenerla. Ella se

refrenó de observar los movimientos de la boca e imaginar que era un muñeco de un ventrílocuo. No era una voz que debiera de salir de ese cuerpo y cara.

—Necesito hablar con los dos tan pronto como sea posible. —Ella echó un vistazo a su alrededor, buscando una manera discreta de escaparse y poder llevar a cabo la entrevista. Pero tendría que esperar.

—Éste es Roarke.

—Sí, lo sé. —Isis ofreció una mano—. Nos hemos encontrado antes.

— ¿Lo hemos hecho? —Su sonrisa fue a la vez atenta y curiosa—. No puedo imaginarme haber olvidado un encuentro

con una bella mujer.

—En otro tiempo y en otro lugar —sus ojos miraron fijamente a los de él—. En otra vida. Usted salvó lo mía en una ocasión.

—Eso fue inteligente de mi parte.

—Sí, lo fue. Y atento. Quizá algún día vuelva a visitar el condado de Cork y verá un pequeño pedrusco danzar en un erial... y usted recordará. —Ella se quitó una cruz de plata que llevaba puesta en su cuello, dándosela a él—. Usted me dio un talismán entonces. Se parecía a esta cruz céltica. Supongo que es por eso que la traje puesta esta noche. Para cerrar el círculo.

El metal estaba más caliente contra la mano de lo que debería de haber estado, y eso hizo resurgir algo en su nebulosa memoria que no le importaría explorar.

—Gracias —dijo, deslizándola en su bolsillo.

—Un día de estos puedo devolverle el favor que me hizo. —Luego ella trasladó su mirada a Eve—. Hablaré con usted cuándo y cada vez que lo desee. ¿Chas?

—Por supuesto, cuando quiera que sea conveniente para usted, teniente Dallas. ¿Asistirá a nuestra ceremonia? Nos gustaría mucho compartirla con

usted. Pasado mañana. Tenemos un pequeño lugar al norte del estado. Un sitio tranquilo y privado y, cuando hay buen clima, es perfecto para efectuar ritos al aire libre. Espero que usted...

Dejó la frase sin terminar, sus sensacionales ojos se oscurecieron. Su delgado cuerpo cambió de posición en lo que Eva reconoció inmediatamente como una puesta en guardia.

—Aquél de allí no es de los nuestros —dijo él.

Ella echó un vistazo a su alrededor, divisando a un hombre con un traje oscuro. Su cara era pálida y enmarcada por una mata de pelo negro. El traje era

caro y con su piel macilenta, le hacía parecer por igual enfermizo y exitoso.

Él avanzó hacia el ataúd, pero vio al grupo congregado allí. Con un movimiento impreciso retrocedió y salió corriendo.

—Lo comprobaré.

Ella ya se movía rápidamente cuando Roarke la alcanzó.

—Lo comprobaremos.

—Más vale que te quedes adentro con ellos.

—Voy contigo.

Ella sólo pareció frustrada.

—Se hará a mi manera.

—Ni soñaría cambiar eso.

El hombre que se escapaba casi a la carrera se golpeó con la puerta. Eve sólo tuvo que tocar su brazo para llamarle la atención.

— ¿Qué? ¿Qué quiere usted? —Él se dio la vuelta rápidamente, presionándose contra la puerta para liberarse, saliendo de lleno a la lluviosa noche—. No he hecho nada.

— ¿No? ¿Se ve muy culpable para ser el hombre inocente que dice ser, o no? — Ella lo agarró más firmemente del brazo evitando que huyera como un conejo—. Tal vez me debería mostrar alguna identificación.

—No tengo por qué mostrarle nada.



—Eso no será necesario, —dijo Roarke llanamente. Él lo podía ver mejor ahora—. ¿Thomas Wineburg, no es así? De la Financiera Wineburg. Has cogido a otra clase de asesino aquí, teniente. Un banquero. De tercera generación. ¿O es la cuarta?

—La quinta —dijo Wineburg, luchando por mirar altaneramente por debajo de su estrecha nariz a alguien a quien su familia consideraría con nuevo y no completamente decente dinero—. Y no he hecho nada para ser acosado por un oficial de policía y por un granuja en las finanzas.

—Yo soy el policía—decidió Eve

recorriendo con la mirada a Roarke—. Tú debes de ser el granuja de las finanzas.

—Sólo está disgustado porque no utilizo su banco—dijo Roarke con una sonrisa lobuna—. ¿No es así, Tommy?

—No tengo nada de qué hablar con usted.

—Bien, entonces, usted puede hablar conmigo. ¿Cuál es la prisa?

—Yo... tengo una cita que había olvidado. Y voy realmente retrasado.

—Sólo serán un par de minutos, no tendrá importancia. ¿Era usted amigo de la familia de la difunta?

—No.

—Oh, entiendo, usted solamente pensó en pasar una tarde lluviosa en una sala velatoria. He oído que es una nueva moda entre los solteros.

—Yo... he debido equivocarme de dirección.

—Me parece que no. ¿Qué vino a ver? ¿O a quién?

—Yo... —Sus ojos se sobresaltaron cuando Isis y Chas salieron a la calle—. Manténganse lejos de mí.

—Lo siento, Dallas. Estábamos preocupados por que usted no regresaba. —Isis dirigió sus exóticos ojos hacia Wineburg—. Su aura es oscura y turbia. Usted aborda las cosas superficialmente,

sin convicción. Juega con poderes que están fuera de su alcance. Si no cambia su camino, entonces se condenará a sí mismo.

—Manténgala lejos de mí —  
Tensándose en contra del agarre de Eve, Wineburg retrocedió encogiéndose de miedo.

—Ella no lo va a lastimar. ¿Qué sabe acerca de la muerte de Alice, Wineburg?

—No sé nada. —Su voz se volvió chillona—. No sé nada acerca nada. Me equivoqué en la dirección. Tengo una cita. No me puede retener.

No, claro que no podía hacerlo, pero se le podría dar un buen susto.

—Podría ir hasta la Central, jugar con usted un rato antes de que su abogado lograra presentarse. ¿Eso no sería lo suficiente entretenido para usted?

—No he hecho nada.

Para sorpresa de Eve, él comenzó a sollozar como un bebé.

—Usted tiene que dejarme ir. No he formado parte de esto.

— ¿Parte de qué?

—Fue simplemente por el sexo. Eso es todo. Simplemente por el sexo. No supe que alguien moriría. Había sangre por todas partes. En todas partes. Dios Querido. No sabía nada.

– ¿Dónde? ¿Qué ha visto usted?

Él continuó sollozando, y cuándo ella comenzó a aflojar su agarre, él la golpeó fuertemente con su huesudo codo en el estomago, echándola a volar violentamente llevándose a Roarke con ella y golpeándose en el pavimento.

Más tarde, se maldeciría a sí misma por dejarse atrapar por el anticuado engaño del lloriqueo. Pero ahora lo único que pudo hacer fue levantarse, luchando por introducir aire en sus pulmones y salir en su persecución.

Hijo de puta. Sólo podía pensar eso. Él le había extraído de un golpe todo el

oxígeno, impidiéndole jurar en voz alta gritarle la orden de que se no se moviera.

Trató de alcanzar su arma, mientras él se metía en un estacionamiento subterráneo, lanzándose hacia un bosque de vehículos.

—Mierda. —Sólo tuvo aliento para eso, luego gruñó a Roarke cuando él se acercó rápidamente detrás de ella—. Vete. Maldita sea, probablemente no está armado, pero no estás seguir, demonios. Llámalo, si quieres hacer algo.

—Todavía no ha llegado el día en el que deje que un insignificante banquero

me haga caer sobre mi trasero y siga caminando como si no hubiera pasado nada. —Él giró en círculo a su alrededor, dejándola a ella que lo mirara con el ceño fruncido.

Las luces de seguridad eran cegadoras, pero los lugares para esconderse eran infinitos. El eco del ruido de unos pasos corriendo rebotaba contra el suelo, las paredes y el cielo raso. Confiando en su instinto, ella se movió hacia la izquierda.

—Wineburg, no se está ayudando en nada. Por ahora tiene asalto a un oficial. Si sale sin obligarme a sacarlo a la luz, yo podría reducir ese cargo.



Encorvada, se introdujo entre el estrecho resquicio entre dos coches, escudriñando por debajo, detrás y siguió hacia delante.

—Roarke, mantente quieto por un minuto, así podré saber la posición de este estúpido. —Se escucho un eco atenuado; prestando más atención a sus oídos, se aventuro más hacia la izquierda a gran velocidad. Él se dirigía hacia arriba, decidió ella, esperando que él se extraviara en el siguiente nivel.

Ella se lanzó hacia arriba por la primera rampa, luego giró y se afianzó, con el arma apuntado, cuando escucho

ruido de pasos detrás de ella.

—Debería haberlo sabido —fue todo lo que dijo cuando Roarke se le adelantó. Al momento ella continuó con la persecución—. Se dirige hacia arriba —dijo, precipitándose hacia fuera—. Él insiste, se lo está buscando. Todo lo que el idiota debía hacer era detenerse y tumbarse. Hará falta todo un jodido pelotón sólo para encontrarle aquí dentro.

—Esta asustado. Cuando uno se asusta, huye. —Él miró a Eve y se sintió ridículamente alborozado mientras subían la siguiente rampa—. O algunos lo hacen.

Luego el ruido de pasos cesó. Eve tendió un brazo para sujetar a Roarke en su sitio, conteniendo el aliento mientras se esforzaba por escuchar.

— ¿Qué es eso? —murmuró—. ¿Qué diablos es ese sonido?

—Un cántico.

Su corazón brincó

—Jesucristo. —Ella se precipitó en una nueva carrera al mismo tiempo que se escuchaba un largo y aterrorizado grito que rasgaba el aire. Éste pareció seguir, interminablemente, alto, inhumano y horrible. Luego se quebró en el silencio. Ella sacó bruscamente su comunicador sin perder el paso—.

Oficial necesita asistencia. Oficial necesita asistencia, en la zona del estacionamiento, en la Cuarenta y nueve y Segunda. Dallas, teniente Eve en persecución de... Maldita sea.

—Despacho. Dallas, teniente Eve, por favor repita.

Ella no se molestó en clavar los ojos en el cuerpo que yacía en un charco creciente de sangre sobre el piso de concreto. Una mirada a esos ojos aterrados y sorprendidos, y a la empuñadura de un cuchillo hundido en el corazón, había sido suficiente para determinar la muerte.

Wineburg había corrido hacia el

camino equivocado.

—Necesito refuerzos, inmediatamente. Tengo un homicidio. El perpetrador o perpetradores posiblemente estén todavía en el establecimiento. Envíe todas las unidades disponibles a esta dirección para bloqueo y búsqueda. Necesito mi equipo de campo y a mi ayudante.

—Recibido. Unidades en camino. Despacho fuera.

—Tengo que echar una mirada —le dijo a Roarke.

—Entiendo.

—Necesito que te quedes aquí, con el cuerpo.

Roarke recorrió con la mirada a Wineburg y sintió algo de piedad.

—Él no va a ir a ningún sitio.

—Necesito que te quedes aquí, —repitió ella—. En el caso de que regresen. No te hagas el héroe.

Él asintió.

—Tú tampoco.

Ella echó una última mirada al cuerpo.

—Joder —dijo ella cansadamente—. Debería haberlo tenido mejor agarrado.

Se alejó lentamente, escudriñando los coches y las esquinas, pero sin ninguna esperanza.

Él la había observado trabajar antes,

había estudiado y admirado el eficiente, concentrado campo de acción que ella establecía alrededor del muerto. Roarke se preguntaba si ella entendía completamente por qué lo hacía, o cómo podía ella, mientras examinaba con bien definida objetividad un cadáver, conservar en el fondo de sus ojos una compasión atormentada por el ser que había muerto.

Él nunca le había preguntado. Y dudaba que lo hiciera en toda la vida.

Vio como ella ordenaba a Peabody registrar la escena desde un ángulo diferente, la vio sacudir con fuerza su pulgar a un uniformado, obviamente un

novato que no aguantaba la escena. Enviándolo a otro sitio con la excusa un encargo, imaginó Roarke, de forma que el agente pudiera enfermarse en privado.

Muchos de ellos nunca se acostumbraban a la sangre o al olor de la vejiga e intestinos cuando éstos se descargaban con la muerte.

Las luces eran cruelmente brillantes, despiadadas, en realidad. La herida del corazón había sangrado copiosamente. Ella llevaba puesto tacones y un traje negro para hacer la inspección. Por supuesto, las dos cosas quedarían arruinadas al final. Estaba arrodillada al lado del cuerpo, desgarrando sus medias



sobre el concreto y quitando el arma homicida ahora que la escena se había grabado debidamente.

Eve la selló, poniéndola en una bolsa para evidencias, pero él le había podido echar una buena mirada. El mango era de un color marrón profundo, posiblemente un cuerno de algún tipo. No obstante, se podía ver sin ningún equivoco la similitud entre el primer y este último asesinato. Un athame. El cuchillo ritual.

—Un mal negocio.

Roarke hizo un gesto de asentimiento cuando Feeney se acercó a su lado. El hombre se veía inusualmente frágil,

pensó Roarke. Eve tenía razón al estar preocupada por él.

— ¿Sabes algo acerca de todo esto? No tiene mucho sentido salvo que Dallas estaba hablando con él afuera, él corrió, y terminó muerto.

—Es más o menos eso. —Él parecía nervioso por algo. Aparentemente tenía motivos para estarlo—. No era el lugar para comentar cualquier cosa, pero Roarke se decidió y cambió de tema—. Espero que aceptes la oferta de Eve para ir a la casa de México.

—Hablaré con mi esposa, a ver que piensa. Ya te diremos. —Luego él flexionó sus hombros—. Creo que ella

no me necesita acá. Y debería irme a casa. —Pero estudió toda la escena otro minuto—. Detrás de la fatiga de sus ojos, acehcaba el policía—. Es todo tan retorcido. Un tipo atacado aquí dentro. Un cuchillo de fantasía, como el que fue dejado en vuestra casa anoche, ¿cierto?

—El otro tenía el mango negro. De alguna clase de metal, me parece.

—Sí, bien...—Él se meció hacia atrás sobre sus talones por un momento—.Será mejor que me vaya a casa.

Feeney cruzó hacia Eve, con cuidado para evitar acercarse demasiado al lugar de los hechos con sus zapatos no tratados con sellador. Ella alzó la vista,

distraídamente, limpiándose la sangre que había en sus manos selladas con un trapo.

Y lo vio alejarse andando, hasta que estuvo fuera de su vista.

Se incorporó, pasando unas manos no muy limpias por su cabello.

—Embólsenlo —ordenó, y caminó hacia Roarke—. Voy a ir a la Central, para hacer mi informe mientras está todo fresco en mi mente.

—De acuerdo —la tomó del brazo.

—No, tú deberías irte a casa. Me acercará uno del equipo.

—Esperaré.

—Peabody...

—A Peabody la puede acercar uno del equipo. —Ella necesitaba algunos minutos, él lo sabía, para reducir la presión. Él tocó un botón de su unidad de muñeca para dar indicaciones a su chofer.

—Me sentiré estúpida si voy a la Central en limusina —masculló ella.

— ¿En serio? No lo creo. —La guió fuera del estacionamiento, hasta aproximadamente el frente de la funeraria. La limusina se acercó al bordillo—. Ahora puedes recobrar el aliento, —sugirió él mientras se se deslizaba detrás de ella—. Y yo puedo tomar un brandy. —Se sirvió uno de una

jarra de cristal y, conociendo a Eve, programó un café para ella.

—Bueno, ahora que vamos de camino, puedes empezar a contarme todo lo que sabes sobre Wineburg.

—Era un rico irritante y consentido.

Ella tomó un sorbo del caliente, rico café, servido en una taza de delicada porcelana china, y le echó a Roarke — con su lujosa limusina, su caro brandy — una larga y divertida mirada.

—Tú eres rico.

—Sí —dijo él sonriendo—. ¿Pero consentido? Absolutamente no. —Agito su brandy, siempre sonriente— Eso es lo que me impide ser irritante.

— ¿Eso crees? —El café la había ayudado, despejándola—. Así que él era banquero. Dirigía la Financiera Wineburg.

—Apenas. Su padre está todavía sano y saludable. Este pececillo sería más bien un servil subordinado. Con un trabajo sólo de nombre, un título inservible y una oficina majestuosa. Sólo se dedicaría a gastar su cuenta corriente, se mantendría en buena forma y tendría su propio esteticista para sus sesiones semanales.

—Bien, él no te gustaba.

—No le conocía, en realidad. —Agitó perezosamente su brandy y le dio un

sorbo—. Sólo al arquetipo. No tengo ninguna relación de negocios con Wineburg. Al principio de mi... carrera, necesité algún tipo de respaldo para un par de proyectos. Proyectos legales, —agregó ante la mirada especulativa de Eve—. No me dejaron ni pasar de la puerta. No estaba a la altura de su nivel de clientes. Por lo que me volví hacia otra parte, obtuve el respaldo que necesitaba e hice mi agosto. La organización Wineburg se lo tomó muy mal.

—Así es que es una institución conservadora, establecida y dirigida por la familia.



—Exactamente.

—Sería embarazoso tener un vástago cómo éste... ¿por que él vendría a ser el vástago, no?

—Si hay tal cosa como un vástago menor, supongo.

—Si él estaba metido en ritos satánicos, eso probablemente habría dañado la imagen de la compañía.

—La junta directiva habría empalidecido por la conmoción. Y, familia o no, este pequeño Wineburg habría sido expulsado de una patada en el trasero.

—No me pareció un tipo que se arriesgara, pero nunca se sabe. Sexo,

dijo él. Simplemente por el sexo. Pudo haber sido uno de los que estuvieron cuando atacaron a Alice. Más tarde, puede que haya tenido remordimientos o no, decidiendo echar un ultimo vistazo. Lo que sí estaba era asustado. Él vio algo, Roarke. Vio al asesino. Lo sé. Si lo hubiera atrapado, entonces se lo habría sacado. Podría haberlo quebrado en diez minutos.

—Pues parece que alguien más también creyó eso.

—Alguien que estaba justamente en ese lugar. En ese momento. Observándolo. Inspeccionando el lugar.

—O alguien que te estaba observando

a ti, –sentenció Roarke–. Lo cual es lo más probable.

–Pues espero que continúen observando, porque antes o después, voy a darme la vuelta y los morderé en la garganta. –Ella miró hacia arriba cuando la limusina se detuvo en la Central de Policía. Vagamente avergonzada, miró con atención hacia fuera, esperando que no hubiera policías en las inmediaciones. Si no le tomarían el pelo por días–. Te veré en casa. Dentro de un par de horas.

–Esperaré.

–No seas ridículo. Ve a casa.

Él simplemente se reclinó, ordenó a

la pantalla una comprobación y listado de la última información de la bolsa.

—Esperaré, —repitió y se sirvió otro brandy.

—Cabezota, —masculó ella mientras salía, sobresaltándose cuando alguien la llamó por su nombre.

—Queridita Dallas, ¿viniendo a visitar los barrios bajos para trabajar para los pobres por un rato?

—Bésame el culo, Carter, —masculó ella, precipitándose dentro antes de que alguna gozosa carcajada la obligase romper la cara a alguien.

Una hora más tarde, ella estaba de regreso, con los huesos molidos y

echando chispas enfadada.

—Carter simplemente anunció delante de todos que mi carruaje esperaba. Será idiota. No sé si patear a su culo o el tuyo.

—Patea el suyo —sugirió Roarke, pasando un brazo alrededor de ella. Él había cambiado de modalidad trabajo a placer, y tenía una vieja película en pantalla.

Ella percibió el olor de tabaco caro en el aire, y deseó haber podido afirmar que eso la irritaba. Pero eso la serenó, junto el brazo de él en torno a ella y observó el antiguo vídeo en blanco y negro.

– ¿Qué es esto?

–Bogart y Bacall. La primera película que rodaron juntos. Ella tenía diecinueve años de edad, me parece. Aquí está la línea.

Eve estiró sus piernas y escuchó a Bacall preguntar a Bogie si él sabía como silbar. Los labios de ella fruncidos.

–Muy inteligente.

–Es una buena película. Tendremos que verla hasta el final en alguna ocasión. Estás tensa, teniente.

–Puede ser.

–Tendremos que buscar una solución para eso. –Él cambió de posición,

vertiendo en una copa un líquido amarillo pajizo—. Bebe.

— ¿Qué es esto?

—Vino, simplemente vino.

Ella olfateó suspicazmente. Sabía que el era capaz de adulterarlo.

—Iba a trabajar un poco cuando llegáramos a casa. Necesito tener clara mi mente

—Tienes que dejar a un lado la investigación, en algún momento. Relajarte. Tu cabeza estará más clara a la mañana siguiente.

Él acertó en ese punto. Tenía demasiados datos en su cabeza, y ahora ninguno de ástos la ayudaba. Cuatro

muerdes hasta el momento, y no estaba más cerca de resolverlo. Puede que si descansaba sólo por unas pocas horas, lo vería más claramente.

—Quienquiera que hizo lo de Wineburg fue rápido y silencioso. Y listo, fue directo al corazón. Dale a una garganta como a Lobar, y tendrás sangre por todo tu cuerpo. Dale al corazón, es más rápido y con un mínimo desorden,

—Umm—hmm. —Él comenzó a masajearle la parte de atrás del cuello. Éste siempre era un imán para el estrés de Eve.

— ¿Dónde estábamos nosotros; treinta, cuarenta segundos detrás?



Rápido, realmente rápido. Si Wineburg se resquebrajó, podría haber otro igual. Tengo que conseguir una lista de los miembros. Tiene que haber una forma. — Ella bebió un sorbo de vino—. ¿De qué estabais hablando Feeney y tú antes?

—México. Deja de preocuparte.

—De acuerdo, de acuerdo. —Ella recostó su cabeza hacia atrás, cerrando sus ojos en lo que parecieron tres segundos. Pero cuando los volvió a abrir, estaban pasando por las puertas de la entrada y se acercaban a la parte delantera de la casa—. ¿Me he quedado dormida?

—Sólo alrededor de cinco minutos.

– ¿Era solamente vino, verdad?

–Absolutamente. La siguiente parte de nuestro programa es un baño caliente.

–Un baño no es... –Lo reconsideró mientras entraba—.Realmente, eso suena bastante bien.

Diez minutos más tarde, mientras el agua salía a borbotones en el jacuzzi y formaba remolinos a su alrededor, comenzó a parecerle todavía mejor. Pero arqueó una ceja cuando vio que Roarke comenzaba a desvestirse.

– ¿Para quién has dicho que era el baño, para mí o para ti?

–Para los dos –dijo dándole un ligero cachete en el trasero y dándole un

codazo para que avanzara.

—Está bien. Así tendrás oportunidad de decirme todo acerca de la manera de salvar la vida de una bella mujer.

—Hmm. —Él se deslizó en el agua espumosa, de cara a ella—. Oh. No puedo ser responsable de las acciones que tuvieron lugar en mi vida anterior. —Él le pasó a ella otra copa de vino que él había tenido la previsión de servir—. ¿Por el ahora?

—No sé. ¿No hay algo en la teoría de que cuando se repiten las cosas, o aprendes de ellas o no lo haces? —Ella sujetó el vaso en lo alto y se introdujo profundamente en el agua, saliendo a

flote con un suspiro—. ¿Crees que fueron amantes, o qué?

Reflexionando, él arrastró una punta de su dedo de arriba abajo por la pierna de Eve.

—Si ella se veía entonces de la misma manera en que se veía hoy, por cierto que tendría esa esperanza.

Ella le dirigió una agria sonrisa.

—Sí, yo ya había pensado que a ti te gustarían las del tipo grande, bello y exótico, antes o después. —Con indiferencia, ella bebió más vino, jugueteando con el talle de la copa—. La mayoría de la gente cree que hiciste un cambio muy drástico cuando te fijaste en

mí.

— ¿La mayoría de la gente?

Ella bebió el resto de su vino, dejando a un lado la copa.

— Seguro. Capté esa idea cuando tuvimos que pasar un tiempo con algunos de tus socios ricos y de alta categoría. No les puedo culpar por preguntarse qué es lo que viste en realidad. No soy grande, bella, o exótica.

— No, no lo eres. Eres delgada, preciosa y fuerte. Es una maravilla que te haya mirado dos veces.

Ella se sintió ridícula y azorada. Él podía hacerle eso a ella simplemente por el modo en que la miraba.

—No te pesqué, —masculló ella.

—Me asombra que tengas en cuenta los pensamientos de cualquiera de mis asociados con respecto a nosotros.

—No lo hago. —Maldita sea, había dado un paso en falso en eso—. Solamente hacía una observación. El vino ha hecho que mi lengua se soltara.

—Me molesta, Eve. —Su voz era peligrosamente fría. Una advertencia que ella reconoció—. Criticas mis gustos.

—Olvídalo. —Ella se hundió de nuevo, saliendo a la superficie como una bala cuando sus manos la sujetaron por la cintura—. ¿Eh, qué haces? ¿Tratas de ahogarme? —Parpadeó para quitar el

agua de sus ojos y vio que él estaba indudablemente molesto—. Escucha...

—No, escucha tú. O mejor aún. —Él aplastó su boca contra la de ella, caliente, hambrienta, abrupta. La alzó completamente y la giró—. Ahora pasaremos a la tercera parte de nuestro programa, —dijo él cuando dejó de besarla para que tomara aire—. Y te mostraré por qué estoy precisamente contigo, teniente. Precisamente. Porque no cometo errores.

Ella lo miró con el ceño fruncido mientras su sangre corría deprisa bajo su piel.

—Esa forma arrogante no funciona

conmigo. Ya te dije que era el vino.

—No culparás al vino por lo que puedo hacerte, —prometió él. Él bajó sus manos de tal forma que sus pulgares siguieron el rastro del pliegue vulnerable entre muslo y entrepierna—. No echaras la culpa al vino cuando te haga gritar.

—No gritaré. —Pero su cabeza cayó hacia atrás mientras un gemido desgarrador salía a través de sus labios—. No puedo respirar cuando haces eso.

—Entonces no lo hagas. No respires. —Él la levantó hasta que sus pechos estuvieron sobre la superficie del agua,



y las manos de él debajo. Se zambulló, saliendo hacia fuera chorreando agua a través de sus dientes—. Voy a tomarte. Y vas a dejarme hacerlo.

—No quiero ser tomada, a menos que yo tome en resuesta. —Pero los brazos de ella ya se estaban amoldando alrededor de él, que la dio vuelta, acercándola al máximo a él, pegándola a su varonil cuerpo, volviendo gelatina sus brazos.

—No esta vez. —Él estaba repentinamente hambriento de ella, simplemente así, de esta manera, a su manera y sin contemplaciones.

— ¿Por qué haces esto? —Su voz sonó débil y mal articulada.

Él casi se rió ahogadamente, aunque su necesidad se ponía cada vez más dolorosa. Sin decir nada, se levantó y la levantó. Sus ojos se agitaron cuando la cargó fuera del jacuzzi.

—Te quiero en la cama, —dijo—. Te quiero húmeda, por dentro y por fuera. Quiero sentir tu cuerpo temblar cuando te toque. —La puso en el suelo, pasando su boca a lo largo de su garganta—. Y quiero saborearte.

Ella se sintió borracha, demasiado floja para controlarse, también demasiado sensibilizada con cada toque, cuando sus manos empezaron a tocarla otra vez. Ella lo esquivó, tratando de

alcanzarle, pero él se escabulló, deslizándose hacia abajo por todo su húmedo cuerpo, rápidamente, saboreándola con la boca, urgentemente. Ella ya no podía continuar así por más tiempo. Ahora su cuerpo estaba agarrotado, con los nudillos blancos por la presión, listos para golpear. Se corrió bruscamente, violentamente, sin escuchar su propio grito.

Él tomó todo lo que quiso. Todo. La sangre de él batía duramente y tan caliente que lo arrastró casi hasta el borde. La piel de ambos estaba húmeda por el sudor mientras él los conducía despiadadamente hasta el abismo.

Cuando la necesidad de estar dentro de ella fue insoportable, la levantó, separando sus piernas hasta que lo sujetaron alrededor de su cintura. Y cuando sus brazos le rodearon, aferrándose, con su cuerpo temblando con fuerza contra suyo, agarró sus caderas y la llenó con un profundo golpe.

Su boca encontró su pecho, sintiéndolo salvaje, notando la pulsación desigual de su corazón bajo su húmeda piel. Y cuando ella llegó al clímax una vez más, sus brazos se sujetaron a él como si fueran tenazas pero recubiertas de seda; pero aun así él

se contuvo.

—Mírame. —Él arqueó la espalda de Eve, observando como el cuerpo de ella se estremecía, como sus caderas se movían. La excitación se multiplicó cuando él se introdujo más profundamente en ella—. Mírame, Eve. —Él puso sus manos sobre ella, moldeando cada curva mientras continuaba empujando, despacio, constante. El aliento de él se transformó en jadeos. Su control pendía de un delgado, deshilachado hilo.

Ella abrió sus ojos. Estaban vidriosos, pesados, pero aun así lo miraban.

—Tu eres la única —dijo él, afirmándose sobre ella. —La única para mí.

Su boca descendió rápidamente hacia la de ella, encontrándola ansiosa y abierta mientras él se vaciaba dentro de ella.

Por una vez, él se durmió primero. Ella yacía en la oscuridad, escuchándole respirar, robando un poco de su calor para su cuerpo helado. Sabiendo que él estaba dormido, le acarició el pelo.

—Te amo, —murmuró—. Te amo tanto, que me siento estúpida por ello.

Con un suspiro, se acomodó, cerrando sus ojos, dejando que su mente

se vaciara.

A su lado, Roarke sonrió en la oscuridad.

Él nunca se dormía primero.

# Capítulo Doce

En su despacho principal, en el punto más alto de la ciudad, Roarke cerró un trato en la última reunión de la mañana. Originalmente habría programado concluir este negocio en Rotterdam, pero había hecho arreglos para mantener el encuentro holográficamente, para mantenerse cerca de casa. Cerca de Eve.

Se sentó a la cabeza de su reluciente mesa de negociaciones, consciente de que su imagen era similar a un lejano oceano. Su asistente estaba sentada a su



izquierda, proveyéndole las necesarias copias de papel para su aprobación y firma. Su intérprete estaba sentado a su derecha, como respaldo, por si surgiera algún problema con los audífonos del programa de idiomas

La junta de ScanAir llenaba los otros asientos. O sus imágenes lo hacían. Había sido un buen año para Roarke Enterprises y sus subsidiarias. No habían tenido un buen año, ni habían sido buenos años para ScanAir. Roarke les estaba haciendo un favor al comprarla.

Por las pétreas expresiones en varias caras holográficas, ellos no

estaban completamente agradecidos.

La compañía necesitaría un redimensionamiento, lo que significaba que varias de las cómodas posiciones serían ajustadas en salario y responsabilidad. Algunas serían eliminadas completamente. Ya había seleccionado con mucho cuidado a varios hombres y mujeres que estaban dispuestos a trasladarse a Rotterdam y reorganizar las aerolíneas y volverlas productivas.

Como la traducción del contrato se generaba por ordenador directamente en sus oídos, él observó las caras, el lenguaje corporal. Ocasionalmente,

consultaba con su intérprete por las sutilezas y la sintaxis.

Ya conocía cada frase, cada palabra del acuerdo de compra. No pagaría lo que la junta había esperado que hiciese. No obstante, ellos esperaban que su examen de la compañía no hubiese revelado algunas de las más delicadas — y adecuadamente escondidas— dificultades financieras.

No los podía culpar de eso. Él habría hecho lo mismo. Pero sus inspecciones siempre eran minuciosas y lo descubrían todo.

Firmó cada copia, añadió la fecha; luego, pasó los contratos a su asistente

para que ella firmara como testigo y los sellase. Ella se levantó, pasó los contratos por un fax laser. Segundos más tarde, la copia había atravesado el océano y estaba siendo firmada por la contraparte.

—Felicidades por su jubilación, señor Vanderlay, —dijo Roarke afablemente cuando las copias contrafirmadas y selladas fueron enviadas por fax de regreso—. Espero que la disfrute.

Aquello fue agradecido con una breve inclinación de cabeza y una declaración formal poco expresiva.

Roarke se aflojó, divertido.

—Las personas no están siempre agradecidas cuando les dan grandes cantidades de dinero, ¿verdad, Caro?

—No, señor. —Ella era ordenada, con un chocante pelo blanco y un magnífico estilo. Ella se levantó, cogiendo la copia de papel y el disco procedente de la transacción para archivarlos. Su ajustado traje de color óxido hacía relucir sus piernas bellamente formadas—. Estarán menos agradecidos cuando usted convierta a ScanAir en un éxito financiero. Dentro de un año, diría.

—Diez meses. —Se volvió hacia el intérprete—. Gracias, Petrov, sus

servicios fueron inestimables, como siempre.

—Un placer, señor —era un droide creado por una de las divisiones científicas de Roarke. Su cuerpo era delgado, vestido con un traje oscuro bien cortado. Su cara era atractiva, pero no perturbadora, hecha para simular una confiable mediana edad. Varios de su línea estaban alquilados por la ONU.

—Dame una hora, Caro, antes de lo siguiente. Tengo algunos asuntos personales que atender.

—Tiene un almuerzo a la una en punto con los directores del departamento de Sky Ways para discutir la absorción de

ScanAir, y las estrategias publicitarias.

– ¿Aquí, o en otro sitio?

–Aquí, señor, en el salón comedor para ejecutivos. Aprobó el menú la semana pasada –sonrió– anticipadamente.

–Cierto. Lo recuerdo. Allí estaré. – Salió a través de la puerta lateral hacia su oficina. Antes de ir a su mesa de trabajo, echó los cerrojos. No era estrictamente necesario. Caro nunca entraría sin anunciarse, pero valía la pena ser cuidadoso en ciertas áreas. El trabajo que tenía intención de hacer no podía registrarse. Habría preferido hacerlo en casa, pero estaba escaso de

tiempo. Y además, pensó, estaba Eve.

En su unidad de escritorio, activó una señal de interferencia que bloquearía cualquier intento de escrutinio por parte de CompuGuard. La ley condenaba el hacking no autorizado, y las sanciones eran inflexibles.

—Ordenador, datos de la membresía, Iglesia de Satan, filial Ciudad de Nueva York, bajo la dirección de Selina Cross.

Trabajando... esos datos están protegidos por el Acta de Privacidad Religiosa. Peticion denegada..

Roarke sólo sonrió. Siempre prefería los desafíos.

—Oh, bien, creo que podemos



cambiar tu postura sobre esto. — Preparado para disfrutar, se quitó la chaqueta del traje, se arremangó y se puso manos a la obra.

En el centro de la ciudad, Eve caminaba por la bonita, y diseñada para serenarse, oficina de la Dra. Mira. Ella nunca estaba completamente relajada allí. Confiaba en el juicio de Mira, siempre lo hacía. Más recientemente, había llegado a confiar en la doctora en un nivel personal. Tanto como le era posible. Pero eso no le hacía relajarse.

Mira sabía más acerca de ella que cualquiera. Incluso, Eve sospechaba que sabía más que ella misma. Permanecer

frente alguien con ese tipo de conocimiento íntimo no era relajante.

Pero no había ido para hablar de temas personales, se recordó Eve. Estaba allí para hablar del asesinato.

Mira abrió la puerta y entró. Su sonrisa era pausada, cálida y personal. Ella siempre se veía tan... perfecta, decidió Eve. Nunca demasiado brillante, nunca desarreglada, nunca menos que competente. Hoy, en lugar de su acostumbrado traje, Mira llevaba un fino vestido color calabaza con un abrigo que hacía juego a la altura de las rodillas. Sus zapatos eran de un tono ligeramente más oscuro y eran unos

zapatos de tacón de aguja de los que Eve siempre se maravillaba que las mujeres se los pusieran a propósito.

Mira ofreció ambas manos, un gesto de afecto que simultáneamente desconcertó y complació a Eve.

—Es bueno verte de vuelta en forma para la lucha, Eve. ¿Algún problema con la rodilla?

— ¿Oh? —Con el ceño débilmente fruncido, Eve la miró hacia abajo, recordando la lesión que había sufrido mientras cerraba un caso reciente—. No. Los tecnomédicos hicieron un buen trabajo. Me había olvidado del asunto.

—Un aspecto que asumes de tu

trabajo. —Mira se sentó en una de sus sillas acucharadas—. Pensaba que sería un poco como el parto.

— ¿Discúlpame?

—La habilidad para olvidar el dolor, el trauma para ambos, cuerpo y mente, y hacer nuevamente lo mismo. Siempre he creído que las mujeres hacen buenos policías y doctores porque son intrínsecamente elásticas en eso. ¿Por qué no te sientas, te sirvo un té y me dices qué puedo hacer por ti?

—Te agradezco el ofrecimiento. —Eve se sentó, moviéndose desasosegadamente. Siempre se sentía inclinada a abrir su corazón cada vez

que se encontraba en esa habitación con esa mujer—. Es acerca de un caso en el que estoy trabajando. No te puedo dar muchos detalles. Hay un bloqueo interno.

—Ya veo. —Mira programó el té—. Dime lo que puedas.

—El sujeto es una mujer joven, dieciocho años, muy brillante, y aparentemente muy impresionable.

—Es una edad para explorar. —Mira sirvió el té de humeante fragancia en delicadas tazas de porcelana china, ofreciendo una a Eve.

Eve lo bebería, pero no le gustaba particularmente.

—Supongo. El sujeto tiene familia. Familia cercana. Aunque el padre esta fuera del cuadro, hay una extensa familia, abuelos, primos, ese tipo de cosas. Ella no estaba... no está —se corrigió Eve— sola.

Mira inclinó la cabeza. Eve había estado sola, pensó, brutalmente aislada.

—El sujeto tenía un interes en religiones y culturas antiguas, Cursaba estudios sobre eso. Durante el año pasado, desarrolló un cierto interes por lo oculto.

—Hmm. Que tambien es bastante típico. Los jóvenes a menudo exploran diversas creencias y credos para

encontrar y asentarse en uno propio. Lo oculto, con su mística y sus posibilidades, es muy atractivo.

—Ella se vió involucrada en el Satanismo.

— ¿Cómo un amateur?

Eve frunció el ceño. Había esperado que Mira exteriorizase alguna sorpresa o desaprobación. En lugar de eso, estaba sorbiendo té con una leve y atenta sonrisa jugueteando alrededor de su boca.

— Si eso significa que ella sólo estaba jugando, yo diría que fue más a fondo.

— ¿Iniciándose?

—No estoy segura de lo que implica eso.

—Dependiendo de la secta, habría unas pequeñas variaciones. Generalmente, conllevaría un período de espera, la toma de votos, una marca física en el cuerpo, generalmente en o cerca de los órganos genitales. El iniciado sería aceptado en el coven con una ceremonia. Habría un altar, un único humano, probablemente mujer, dentro de un círculo. Los principes del infierno serían llamados mientras el iniciado o los iniciados están arrodillados. El simbolismo incluiría fuego, humo, el tintineo de una campana, tierra de una



tumba, preferiblemente de un niño. Recibirían agua o vino mezclado con orina para beber, luego el sumo sacerdote o sacerdotisa marcarían al iniciado con un cuchillo ceremonial.

—Un athame.

—Sí —Mira sonrió, como si se deleitara con un estudiante brillante—. Y aunque es ilegal, si el coven es capaz, luego sacrificarían a un cabrito. Un poco de la sangre de la cabra se mezcla con vino y se consume. Una vez hecho, el coven se embarca en el sexo. El altar puede ser usado por todos o por muchos. Sería considerado para ambos un deber y un placer.

—Suenas como si hubieras estado allí.

—No, pero obtuve permiso una vez para observar la ceremonia del sabbat. Es realmente fascinante.

—Realmente no crees en esas cosas —sorprendida, Eve dejó a un lado la taza—. Invocar al diablo.

Mira alzó la frente, arrugándola.

—Creo en el bien y en mal, Eve, y de ningún modo presupongo la probabilidad de un último bien o un último mal. En mi profesión, y en la tuya, vemos en exceso ambos para negarlos.

Los humanos cometen maldades, pensó Eve. El mal es humano.

–Pero, ¿el culto al diablo?

–Aquellos que prefieren enfocar sus vidas, y eso que llamamos alma, en este credo generalmente lo hacen así para su libertad, su estructura, y su celebración del egoísmo. Otros son seducidos por la promesa de poder. Y muchos por el sexo.

–Era sólo sexo –eso era lo que Wineburg había dicho, había sollozado, recordó Eve, antes de morir.

–Su joven mujer, Eve, fue probablemente inspirada primero por el intelecto. El satanismo tiene siglos, y como muchas religiones paganas, precede a la Cristiandad. ¿Por qué

sobrevive y, en algunas épocas, incluso prospera? Esta lleno de secretos, pecado y sexo, sus ritos son misteriosos y elaborados. Ella se habría hecho preguntas y, proveniente de una cercana y probablemente protegida familia, estaba en una edad madura para rebelarse en contra del estado de las cosas.

—La ceremonia que has descrito es similar a una que me describieron. Pero ella sólo había comenzado a observar y fue sexualmente usada. Era virgen, y fue, sospecho drogada.

—Ya veo. Siempre hay sectas que se desvían de las reglas establecidas por la

ley. Algunas pueden ser peligrosas.

—Ella tenía espacios en blanco, horas perdidas, y llegó a ser casi servilmente fiel a dos de los miembros. Retrocedió con su familia y sus estudios. Hasta que presencié el asesinato ritual de un niño.

—El sacrificio humano es una vieja y deplorable práctica. —Mira bebió un sorbo delicadamente—. Si las drogas estaban involucradas, entonces es altamente probable que ella fuese una adicta, dependiente de esas personas. Eso explicaría las lagunas. Asumo que el asesinato que presencié la horrorizó al punto de alejarse del culto y sus

rituales.

—Estaba aterrorizada. No acudió a su familia, no divulgó el incidente. Se dirigió a una bruja.

— ¿Una bruja blanca? ¿Una wiccana?  
Eve apretó los labios.

—Ella hizo lo que yo esperaría de un religioso de ochenta años. Empezaron a arder cirios blancos en lugar de negros. Y ella vivía aterrorizada, afirmó que uno de los miembros podía convertirse en cuervo.

—Cambio de forma. —Con aire pensativo, Mira se acercó a programar más té—. Interesante.

—Creyó que la matarían, habían

matado a alguien carcano a ella, sin embargo esa muerte está por ahora oficialmente catalogada como por causas naturales. No tengo dudas de que la atormentaron, encontraron la forma de aprovecharse de sus falsas ilusiones y miedos. Pienso que algo de eso provenía de su sentimiento de culpa y su vergüenza.

—Podrías estar en lo correcto. Las emociones influyen en el intelecto.

— ¿Cuánto, exactamente? —Preguntó Eve—. ¿Lo suficiente como para que viese cosas que no estaban allí? ¿Lo suficiente como para que a partir de una ilusión se lanzara delante de un vehículo

y se suicidase?

Mira se sento de nuevo.

—Ella está muerta entonces. Lo siento. ¿Estas muy segura de que fue una ilusión?

—Un observador entrenado estaba en la escena. No había nada allí. Excepto —agregó Eve con una mueca de sus labios— un gato negro.

—El tradicional familiar. Eso sólo podría haber sido suficiente para empujarla por el borde. Aun si el gato fue puesto para asustarla, sería difícil para ti llamarlo homicidio.

—Se aprovecharon de su mente, la drogaron, posiblemente usaron hipnosis.



La atormentaron con trucos y transmisiones a su enlace. Después la hicieron caer. Maldita sea si eso no es cometer homicidio. Les haré arrepentirse.

—Ir tras la religión, particularmente las religiones que las masas no tienen deseos de admitir que existen, no será fácil en la corte.

—No me importa que no sea fácil. La gente detrás de este culto está sucia. Y creo que han matado a cuatro personas en las últimas dos semanas.

—Cuatro. —Mira hizo una pausa, bajando la taza—. El cuerpo que estaba cerca de tu casa. Los detalles en los

medios eran imprecisos. ¿Esta relacionado?

—Si. Él era un iniciado, y tenía su garganta cortada con un athame. Éste fue dejado en él, clavado en su ingle con una nota que lo condenaba por satanismo. Estaba atado a un pentagrama invertido.

—Mutilación y asesinato. —Mira frunció sus labios—. Si fueron wiccanos, entonces nada de eso es característico. Demasiado en contra de su credo.

—La gente hace cosas en contra de su carácter y de su credo todo el tiempo —dijo Eve impaciente—. Pero en este momento, sospecho de un miembro o

miembros de su culto. Otro hombre fue asesinado anoche con un athame. Lo mantuvimos fuera de las noticias matutinas, pero estará en todos los medios dentro de un par de horas. Yo estaba en la escena, persiguiéndole para encontrarle. No corrí suficientemente rápido.

— ¿Fue asesinado rápidamente, sin ritual? ¿Con un oficial de policía persiguiéndole? —Mira meneó la cabeza—. Un movimiento desesperado o arrogante. Si fue hecho por las mismas personas, entonces exterioriza una creciente temeridad.

—Y quizás un apetito por eso. La

sangre se vuelve adictiva. Quiero saber cuáles son las debilidades del tipo de personalidad que dirige un culto como este. Tengo a una mujer, con una larga lista de delitos que la involucran con sexo ilegal y tráfico de drogas. Bisexual. Dirige un club, vive bien. Su compañero es un varón de buena complexión que atiende sus deseos. A ella le gusta pavonearse —agregó Eve, recordando el truco del fuego—. Alega ser clarividente. Tiene los nervios a flor de piel, con un temperamento lúbrico.

—El orgullo será probablemente la primera debilidad. Si tiene una posición de poder y autoridad, entonces

problemente soportaría muy mal una falta de respeto. ¿Es clarividente?

– ¿Es en serio?

–Eve –suspiró Mira débilmente–. Las habilidades psíquicas existen, y siempre lo han hecho. Los estudios han establecido eso.

–Sí, sí. –Eve agitó una mano denegándolo–. El instituto Kijinsky, en primer lugar. Tengo un informe detallado de la bruja blanca proveniente de allí. Afirman que está fuera del mapa.

– ¿Y no estás de acuerdo con el instituto Kijinsky?

– ¿En bolas de cristal y lecturas de manos? Tú eres una científica.

—Si, lo soy, y por eso, acepto que la ciencia es fluida. Cambia cuánto más aprendemos del universo y de lo que lo habita. Muchos científicos muy respetados creen que nacemos con lo que podemos llamar sexto sentido, o un sentido intensificado, si quieres. Algunos lo desarrollan, algunos lo bloquean. La mayoría de nosotros retiene, al menos, algún nivel. Lo llamamos instinto, corazonadas, intuición. Tu confías en ti misma.

—Confío en la evidencia, en los hechos.

—Tienes corazonadas, Eve. Y tu intuición es como una herramienta de

precisión. Y Roarke, —sonrió cuando la frente de Eve se arrugó—. Un hombre no llega tan alto sin un fuerte instinto para hacer lo correcto en el momento adecuado. La magia, si quieres usar un término más romántico, existe.

— ¿Me dices que crees en leer la mente y en lanzar hechizos?

—Puedo intuir lo que pasa por tu mente ahora mismo. —Mira se rió ahogadamente y terminó su té—. “Mira, lo que piensas es una completa porquería”.

Los labios de Eve se torcieron en una renuente sonrisa propia de ella.

—Bastante cerca.

—Déjame decir esto, en vista de que considero eso parte por lo que acudiste aquí. La brujería, negra o blanca, ha existido desde los albores de la humanidad. Y donde hay poder, hay beneficio, y hay abuso. Esa, también, es la naturaleza de la humanidad. Nosotros no podemos, a través de toda nuestra científica y especializada experiencia, destruir una sin dañar a la otra. El poder requiere atención tanto como convicción, por eso es por lo que nosotros tenemos nuestras ceremonias y nuestros rituales. Necesitamos la estructura, la comodidad, y sí, el misterio de los mismos.



—No tengo ningún problema con las ceremonias y rituales, Dra. Mira. A menos que crucen la línea de la ley.

—Estoy de acuerdo. Pero la ley también puede ser fluida. Se altera, se adapta.

—El asesinato sigue siendo asesinato. Tanto si es cometido lanzando una piedra o con una explosión laser. —Sus ojos eran oscuros y feroces—. O ya sea que se haya matado con humo y espejos. Encontraré al perpetrador, y ninguna magia en el mundo va a detenerme.

—No. —Una alarma sin importancia e insignificante, lo que podría llamarse una corazonada, se anudó en la tripa de

Mira—. Estaría de acuerdo con eso también. No careces de poder, Eve, y lo usarás contra esto. — Doblo sus manos—. Puedo proveerte de un análisis más detallado del satanismo y Wicca, si eso puede ayudar.

—Me gustaría saber con qué estoy tratando. Te lo agradecería. ¿Puedes darme un perfil típico de un miembro de ambos cultos?

—No hay un miembro típico, no más de lo que hay miembros típicos en la fe católica o en el budismo, pero puedo generalizar sobre ciertos tipos de personalidad que a menudo son atraídos por lo oculto. La wiccana a la que

acudió la joven, ¿es una sospechosa?

—No es la primera, pero es una sospechosa. La venganza es un fuerte motor, y si un satanista termina con un cuchillo ritual en sus órganos vitales, no pasaré por alto la venganza. — Incapaz de resistirse, Eve pasó la lengua sobre sus dientes. —Pero supongo es más probable que ella les echara una maldición.

—Comprueba las uñas y el pelo de tus víctimas, o de cualquier otro subsiguiente. Si una maldición está involucrada, debería haber signos recientes de tijeretazos.

— ¿Sí? Lo haré. —Eve se

levantó—.Agradezco la ayuda.

—Tendré un informe para mañana.

—Estupendo. —Se echó a andar, y se detuvo a pensar—. Pareces saber mucho de todo esto. ¿Es esa clase de cosas lo que se estudia para psiquiatria?

—Hasta cierto punto, pero tengo un interes más personal y lo he estudiado más extensamente. —Sus labios se curvaron—. Mi hija es wiccana

La mandibula de Eve se desencajó.

—Oh — ¿Qué diablos decía ella ahora?— Bien. Supongo que eso lo explica. —Incómoda, metió sus manos en los bolsillos—. ¿Cerca de aquí?

—No, vive en Nueva Orleans. Lo

encuentra menos restrictivo. Puede que sea un poco subjetiva en esta materia, Eve, dadas las circunstancias; pero pienso que descubrirías que es una bella fe, muy mundana y generosa.

—Seguro. —Eve avanzó ligeramente a la puerta—. Voy a observar una reunión mañana por la noche.

—Hazme saber tu opinión luego. Y si tienes preguntas que soy incapaz de responder, estoy segura de que mi hija se sentiría feliz de hablar contigo.

— Te lo hare saber —Se encaminó al ascensor, dejando escapar una larga exhalación. La hija de Mira es una bruja, por Dios, pensó. Aquello era el colmo.

Se dirigió a la Central con la intención de reunirse con Peabody, y luego ir a la casa de Wineburg. Quería echarle una mirada a su estilo de vida, sus registros, y sus archivos personales. Tenía la sensación de que un zángano como él habría guardado una lista privada con lugares y nombres.

Las barredoras ya habían examinado el lugar, como era rutina, y no habían encontrado nada de particular interes. Pero ella podía tener suerte.

Encontró a Peabody y le ordenó.

—Mi vehículo, quince minutos. Quiero comprobar mis mensajes, hacer un par de llamadas. —

—Si, señor. Teniente...

—Después, —dijo Eve

inmediatamente, pasando rápidamente y perdiéndose el respingo de Peabody.

La razón del mismo la esperaba en su oficina.

— ¿Feeney? —Se quitó la chaqueta, lanzándola a una silla—. ¿Has decidido irte a Mexico? Vas a tener que llamar a Roarke para los detalles. El debería ser...

Dejó de hablar cuando Feeney se puso de pie, comenzó a caminar y cerró la puerta. Hizo sólo falta una mirada a su cara para saber.

—Me mentiste —había un temblor en

su voz que provenía de la colera. Pero sus ojos eran contundentes y fríos—. Tú, jodida, me mentiste. Confié en ti. Has estado investigando a Frank a mis espaldas. Sobre su propio cadáver.

No había ningún punto que negar, menos preguntar cómo se había enterado. Ella había sabido que lo haría. —Estaban haciendo una investigación interna. Whitney quería que yo lo dejase limpio y eso es lo que he hecho.

—Investigación interna, mi culo. Nadie estaba más limpio que Frank

—Lo se, Feeney. Yo estaba...

—Pero investigaste. Examinaste sus registros, y lo hiciste a mis espaldas.



—De esa forma debía hacerse.

—Basura. ¡Yo fui quién te entreno!  
Todavía estarías con uniforme si no te hubiese puesto aquí. Y me apuñalas por detrás. —Se acercó un paso más, sus puños apretados fuertemente a los lados.

Ella prefería que los usara.

—Has abierto un expediente de Alice, supuesto homicidio. Ella era mi ahijada, ¿y no me dices que piensas que algún hijo de puta la mató? Me bloqueas el acceso a la investigación, me mientes. Me miras a la cara y me mientes.

El estómago de ella se había congelado.

—Si.

—Piensas que ella fue drogada, violada y asesinada, ¿y no me haces partícipe?

Él había entrado en los registros, en los informes, se percató. Habían sido sellados y codificados, pero eso no le había detenido, como si alguien le hubiera dado el soplo. Y, decidió, que él lo había recibido la noche anterior, cerca del cuerpo de Wineburg.

—No podía —dijo con una voz seca—. Aun si no hubiese estado bajo órdenes, no podía. Eres demasiado cercano. Uno no puede asistir objetivamente en una investigación que involucra a la familia.

— ¿Qué diablos sabes tú sobre

familia? –Explotó, y la sacudió con fuerza.

Si, ella habría preferido sus puños.

– ¿Órdenes? –Continuo él, arrojando su amargura como agua hirviendo hacía ella—. ¿Jodidas órdenes? ¿Esa es tu excusa, Dallas? ¿Esa es tu razón para tratarme como a un estúpido novato? “Toma unas vacaciones, Feeney. Utiliza la casa de fantasía de mi rico marido en Mexico”. –Sus labios se curvaron en una mueca—. Eso habría sido bueno para ti, ¿no crees? Sacarme de tu camino, arrastrándome completamente por el suelo, porque soy un cero a la izquierda para ti en esto.

—No. Por Dios, Feeney...

—Yo he atravesado puertas contigo. —

Su voz estaba extrañamente tranquila, y eso abrasaba la garganta de ella—. Confié en ti. Habría puesto mi espalda contra la tuya en cualquier momento, en cualquier lugar. Pero no más. Eres buena, Dallas, pero eres fría. Al infierno contigo.

Ella no dijo nada cuando él salió caminando, dejando la puerta oscilando. No hubiera podido decir nada. Él había definido la situación claramente, decidió. Y la había definido a ella.

—Dallas —Peabody abrió la puerta—.

No pude detenerlo.

Eve la calló, simplemente levantando un dedo, dándole la espalda. Lentamente, con lentas respiraciones parejas, recompuso su estomago. Aun así, dolía. Todavía podía olerle en la habitación. Esa estúpida colonia que su esposa siempre le compraba.

—Vamos a hacer un barrido de seguimiento de la casa particular de Wineburg. Lleva tu equipo.

Peabody abrió la boca, y la cerro de nuevo. Aun si supiera qué decir, no podía imaginarse que fuera bienvenido.

—Sí, señor.

Eve se volvió. Sus ojos estaban en blanco, fríos, serenos.

—Entonces vámonos.

Epub creado por Actua para  
[www.clublibrosepub.com](http://www.clublibrosepub.com)

# Capítulo Trece

Estaba de un humor de perros cuando llegó a casa. Había dado la vuelta a la casa de Wineburg de arriba abajo, rehaciendo cada paso ya dado por los barrenderos. Durante tres horas, ella y Peabody habían buscado en armarios y cajones, sistemas de grabación y seguimiento. Encontró dos docenas de casi idénticos trajes negros, zapatos tan lustrosos que casi podía ver su ceño fruncido reflejado en sus puntas, y una increíblemente aburrida colección de discos. Aunque él tenía una caja

cerrada, el contenido no había sido demasiado revelador. Doscientos en efectivo, otros diez en créditos, y una extensa colección de videos porno hardcore deberían haberle dado una comprensión mejor del hombre, pero ninguna pista clara hacia su asesino.

No llevaba un diario personal, y su libro de citas tenía listas de horas y fechas y muy poco el contenido de ninguna reunión personal o profesional. Sus registros financieros eran ordenados y precisos, como uno podría esperarse de un hombre que trataba con dinero como una ocupación. Todos los gastos e ingresos estaban cuidadosamente



apuntados. Aunque la larga y regular bimensual retirada de crédito a efectivo de la quisquillosa vida de Wineburg dio a Eve una sólida noción de cómo Selina manejaba tan bien su vida, las retiradas estaban todas apuntadas bajo gatos personales.

Lo regular de citas tarde por la noche durante los últimos dos años, de nuevo bimensuales y siempre en las mismas fechas como el retiro de efectivo personal, no eran suficientes para establecer una sólida conexión con el culto de Selina Cross.

La misma mujer no era nunca mencionada.

Él se había divorciado, sin hijos, y vivía solo.

Así que ella tocó en puertas, habló con vecinos. Eve aprendió que Wineburg no había sido el tipo más sociable. Raramente tenía visitas, y ninguno de sus vecinos había sido lo suficientemente curioso, o admitía prestar suficiente atención a ninguno de aquellos raros visitantes para dar una descripción.

Salió con nada excepto un fuerte sentimiento en la tripa y un creciente sentido de frustración. Sabían, sin ninguna duda, que Wineburg había tomado parte en el culto de Selina

Cross, que había pagado con exceso, primero monetariamente y luego con su vida, por el privilegio. Pero no estaba ni cerca de probarlo, y su mente no estaba tan concentrada en el asunto que tenía entre manos como debería haber estado.

Cuando se encaminó hacia casa, sola, la fea cara de Feeney y las gélidas palabras daban vueltas en su cabeza, y la frustración se estrelló con el sufrimiento. Le había más que fallado, lo sabía. Le había traicionado por hacer precisamente lo que él la había ayudado a entrenar para hacer. Había seguido órdenes, había sido una poli. Había hecho su trabajo. Pero no había sido una

amiga, pensó, mientras sus sienes latían con estrés. Había ponderado sus lealtades, y al final, había elegido el trabajo sobre el corazón. Fría, le había llamado él, lo recordó y apretó sus ojos cerrados. Y fría había sido.

El gato se acercó silencioso a ella en el momento en que Eve pisó la puerta, serpenteando alrededor de sus piernas cuando entró al vestíbulo. Había seguido caminando, maldiciendo ligeramente cuando tropezó con ella. Summerset salió a hurtadillas de un portal.

—Roarke ha estado intentando ponerse en contacto con usted.

— ¿Sí? Bueno, he estado ocupada. —  
Le dio un golpecito a Galahad para apartarlo impacientemente con el pie—.  
¿Está aquí?

—Ya no. Tendrá que contactar con él en la oficina.

—Hablaré con él cuando vuelva a casa.

Quería una bebida, algo fuerte y que le empañara la mente. Reconociendo el peligro y la debilidad de aquello, le dio la espalda a la sala y caminó en la dirección opuesta.

—No estoy aquí para nadie más.  
¿Entendido?

—Ciertamente— dijo Summerset

rígidamente.

Cuando ella se alejó a grandes pasos, Summerset se inclinó y cogió al gato para acariciarlo, algo que nunca habría hecho si hubiese alguien alrededor para verlo.

—La teniente es muy infeliz —  
murmuró Summerset— Quizás  
deberíamos hacer una llamada.

Galahad ronroneó, estiró su cuello en apreciación de los largos y huesudos dedos de Summerset. Su mutuo afecto era su pequeño secreto.

Habría sorprendido a Eve, aunque no pensaba en ninguno de ellos. Tomó las escaleras, se movió a través de la

piscina interior y el área del jardín, y hacia el gimnasio. El esfuerzo físico, sabía, bloqueaba el estrés emocional. Manteniendo su mente en blanco, se cambió con un traje negro ajustado y un alto top. Programó la unidad de cuerpo entero, ordenando a la máquina que le impusiera brutales series de repeticiones y ejercicios de resistencia, apretando los dientes mientras la sucinta voz de la máquina exigía que se agachara, se levantara, se estirara, resistiera y repitiera.

Consiguió un satisfactorio sudor en el momento en que cambió la máquina por aeróbic. La unidad conjunta la puso

en una dura carrera, subir pendientes, bajarlas, una carrera por escaleras interminables. La había preparado para la variedad y encontró el cambio de textura en la superficie corredora desde simulado asfaltó, a arena, hierba y tierra interesante, pero no estaba haciendo nada para aliviar el dolor en su estómago.

Puedes correr, pensó con furia sorda, pero no puedes esconderte.

Su corazón latía duramente, su traje mojado con sudor, pero sus emociones aún eran tan frágiles como el cristal. Lo que necesitaba, decidió Eve mientras jalaba de los suaves guantes de



protección, era dar golpes a algo. Nunca había probado el robot de boxeo. Era uno de los juguetes nuevos de Roarke. La unidad era un peso medio: seis pies, uno noventa y firmemente musculoso. Buen logro, decidió Eva con las manos en las caderas mientras lo evaluaba. Presionó el código en su tubo de almacenamiento. Hubo un débil zumbido cuando los circuitos se engranaron. La unidad abrió unos oscuros y amables ojos canelos.

– ¿Desea un combate?

– Sí, compañero, deseo un combate.

– Boxing, Karate, (Koreano o Japonés), tae kwon do, kung fu, estilo

callejero. Los programas de auto-defensa también están disponibles. El contacto es opcional.

—Directamente mano a mano— dijo ella, dando un paso atrás y gesticulando— Contacto completo.

— ¿Tiempo de asalto?

—Diablos, no. Lo haremos hasta que uno de los dos esté derribado, amigo. Y acabado— curvó los dedos en un gesto de “ven aquí”.

—Reconocido— hubo un débil sonido proveniente de la unidad mientras se auto-programaba.

—Peso aproximadamente setenta libras más que usted. Si lo prefiere, mi programa

incluye un handicap....

Ella levantó el puño cerrado dura y rápidamente, un gancho a la mandíbula que lanzó la cabeza del robot hacia atrás.

—Ahí está mi handicap. Vamos.

—Como desee— se encorvó como ella y comenzó a trotar en círculos— No indicó si deseaba añadidos vocales al programa. Burlas, insultos...—se tambaleó hacia atrás cuando el pie de ella se levantó y cargó contra su estómago.

—Cumplidos o exclamaciones adecuadas de dolor están disponibles.

—Ven a por mí, ¿sí? ¡Por amor de

Dios!

Él lo hizo, con una rapidez y una fuerza que la hizo tropezar hacia atrás, casi perdiendo el equilibrio. Aquello, decidió mientras pivotaba y atrapaba su revés, era más de su gusto.

Él bloqueó su siguiente golpe, cambió el peso de su cuerpo, y envolvió su brazo alrededor de su garganta. Eve se plantó sobre sus pies, le codeó y lo lanzó sobre su hombro. Él estuvo de pie como un relámpago antes de que ella pudiera intentar sujetarlo.

El enguantado puño del androide hizo sólida conexión con su plexo solar, sacando un silbido de aire de sus

pulmones y haciendo resonar un brillante dolor directamente en su cabeza. Doblada sobre ella misma, continuó con un cabezazo estampado en su empeine.

Cuando Roarke entró diez minutos más tarde, vio a su mujer volar por el aire y deslizarse por la alfombra. Alzando una ceja, apoyó la espalda contra la puerta y se dispuso a observar. Ella no tuvo tiempo de ponerse en pie antes de que el robot estuviese sobre ella, así que agarró uno de sus tobillos, lo torció, tiró de él y empujó. Su mente era ahora un espacio vacío, un espacio vacío negro. Su respiración era pesada y

podía saborear el gusto metálico de la sangre dentro de su boca. Fue hacia su oponente como una tormenta de granizo, fría e implacable. Cada golpe, puñetazo y patada dada o recibida cantaba a través de su cuerpo con furia helada y primitiva. Sus ojos estaban ahora planos con violencia, sus puños despiadados mientras se concentraban en la cabeza, haciendo que el robot retrocediera y retrocediera.

Frunciendo el ceño, Roarke se enderezó. Ella ya respiraba con dificultad, casi sollozando, pero seguía sin parar. Cuando el robot se tambaleó, cayendo de rodillas, se agachó a por su

presa.

—Finalizar programa— ordenó Roarke, y agarró el rígido brazo de su mujer antes de que pudiera patear la pendiente cabeza del robot.

—Vas a hacer daño a la unidad—dijo suavemente —No está diseñada para un combate a muerte.

Ella se dobló, descansando las manos en las rodillas, para recuperar el aliento. Su mente era ahora completamente roja, roja furia, y necesitaba aclararla.

—Lo siento, supongo que perdí el control.

Echó una ojeada al robot, que

permanecía caído en sus rodillas, la boca floja, los ojos en blanco como las muñecas.

–Llevaré a cabo un diagnóstico en él.

–No te preocupes por eso.

Empezó a darle la vuelta para ponerla frente a él, pero ella se escapó, moviéndose por la habitación a por una toalla.

– ¿Estás de humor para una pelea?

–Creo que quiero golpear algo.

– ¿Debería servir yo?– él estaba sonriendo un poco. Hasta que ella bajó la toalla. La furia había reducido considerablemente su cara. Todo lo que



quedaba en sus ojos era sufrimiento.

— ¿Qué es, Eve? ¿Qué ha pasado?

— Nada. Sólo un día duro— echó la toalla a un lado, fue hasta la unidad refrigeradora por una botella de agua mineral— Hasta ahora la casa de Wineburg es un cacharro. No hay nada ahí que nos ayude. Los barredores no han encontrado nada en el garaje tampoco. Tampoco lo esperaban. Volví a pinchar un poco a Cross y Alban el magnífico. Tenía una consulta con Mira. Su hija es una wiccana. ¿Has visto cosa igual?

No era trabajo, pensó él, lo que ponía aquella infelicidad dolorosa en

sus ojos.

– ¿Qué ocurre?

– ¿No es suficiente? Va a ser difícil obtener el resultado de una consulta de Mira cuando su hija lanza hechizos. Luego está Peabody. Ha cogido un maldito resfriado y su cabeza está tan llena de mocos que tengo que decirlo todas las cosas dos veces antes de que lo capte.

Estaba hablando demasiado rápido, se dio cuenta Eve. Las palabras salían a borbotones de su boca y no parecía poder detenerlas.

–Un cuerno de muy bien que va a estar tosiendo y estornudando todo el

maldito día. Los medios se han enterado de lo de Wineburg, y del hecho de que tú y yo estábamos en escena cuando todo se estrelló. Mi enlace está saturado por los jodidos reporteros. Filtraciones por todas partes. Jodidas filtraciones por todas partes. Feeney averiguó que he estado ocultando cosas.

Ah, pensó Roarke, ahí estamos.

— ¿Fue duro contigo?

— ¿Por qué no debería serlo?— su voz se elevó, cuando se dio la vuelta y buscó que su carácter cubriera el daño— Él debería haber podido confiar en mí. Le mentí, directamente en la cara.

— ¿Qué opción tenías?

—Siempre hay una opción—escupió las palabras, tirando la medio vacía botella contra la pared, donde rebotó y arrojó fuera burbujeante agua.

—Siempre hay elección —repitió — Hice la mía. Sabía como se sentía sobre Frank, sobre Alice, pero le bloqueé la visión. Seguía órdenes. ....

Ella pudo sentir el dolor aumentando, intentando salir como había salido el agua de la botella. Luchó por bloquearlo de nuevo.

—Él tenía razón, en todo lo que dijo. Todo. Pude haberlo apoyado.

— ¿Es eso para lo que has sido entrenada? ¿Es para eso para lo que él te

entrenó?

—Él me hizo — dijo ella ferozmente — Le pertenezco. Debería haberle dicho como todo se venía abajo.

—No— él dio un paso hacia ella, agarrándola por los hombros —No, no podías.

—Tenía que haber podido—gritó ella— Debería haber podido. Le pido a Dios que hubiera podido— y se vino abajo. Se cubrió la cara con las manos y se derrumbó.

—Oh, Dios, ¿qué estoy haciendo?

Roarke la atrajo cerca. Ella lloraba raramente, como último recurso, y siempre que las lágrimas salían

finalmente eran dolorosas.

—Él necesita tiempo. Es un policía, Eve. Parte de él lo entiende. El resto sólo necesita ponerse al corriente.

—No— sus manos puños apretados en su camisa, sujetándola. — La forma en que me miró... le he perdido, Roarke. Le perdí. Juro que hubiera preferido perder mi placa.

Él esperó mientras las lágrimas salían, mientras su cuerpo se estremecía con ellas. Había tan fuertes emociones dentro de ella, pensó, sacudiéndola mientras sus manos se apretaban y abrían contra su espalda. Emociones que habían estado toda una vida reprimidas,

así que fueron más potentes cuando se vertieron libremente.

—Maldita sea.

Ella dejó escapar un suspiro largo y tembloroso. Sentía la cabeza dolorida, sorda, su garganta en carne viva —Odio hacer esto. No ayuda.

—Más de lo que crees.

Él pasó la mano sobre su pelo, luego colocó un dedo bajo su barbilla para levantar su cara.

—Necesitas comida y una noche decente de sueño para que puedas hacer lo que necesites hacer.

— ¿Lo que necesito hacer?

—Cerrar el caso. Una vez que lo

hayas hecho podrás dejar todo esto detrás.

—Sí.

Presionó sus manos sobre sus calientes y húmedas mejillas.

—Cerrar el caso. Ése es el meollo del asunto— suspiró— Ése es el puñetero trabajo.

—Eso es justicia— deslizó el pulgar bajo la marca de su barbilla— ¿No?

Ella alzó la mirada para mirarlo, sus ojos enrojecidos, abotagada, exhausta.

—Ya no lo sé.

No comió y él no la presionó. Había habido pena en su vida, y sabía que la comida no era la respuesta. Había



considerado intimidarla para que tomase un calmante. Aquello, lo sabía, habría sido un asunto desagradable. Así que estuvo agradecido cuando se fue a la cama temprano. Él había dado una excusa sobre una conferencia telefónica.

Desde su oficina, observó el monitor hasta que sus vueltas y giros cesaron, y cayó dormida. Lo que tenía que hacer no le llevaría más de una o dos horas. Dudaba que ella saliera de la cama antes de eso y le echara de menos.

Nunca había estado en la casa de Feeney. El edificio de apartamentos era cómodamente desvencijado, seguro y

humilde. Roarke pensó que iba con el hombre. Ya que no quería arriesgarse a que le negaran la entrada, evitó la alarma de seguridad y las entradas cerradas. Aquello iba con él.

Se paseó por el diminuto vestíbulo, atrapando el débil perfume de una reciente exterminación de insectos. Aunque aprobó el intento, no le gustaba el permanente recuerdo, y tomó nota de encargarse de eso. Después de todo, el edificio era suyo.

Entró en el ascensor, solicitando el tercer piso. Notó cuando volvió a salir que la alfombra del pasillo podría ser reemplazada. Pero estaba bien

iluminado, la diminuta luz de las cámaras de seguridad parpadeando eficazmente. Las paredes estaban limpias y eran lo suficiente gruesas para amortiguar todo excepto un débil zumbido de vida tras las puertas cerradas. Un bajo cambio de música, un rápido retumbo de risa, un gemido en la noche de un irritado bebé. Vida, pensó Roarke, y una agradable. Tocó el timbre de la puerta de Feeney y esperó. Sus ojos se clavaron tranquilamente ante la pantalla de la mirilla, y continuó mirándola fijamente cuando la irritada voz de Feeney salió del intercomunicador.

– ¿Qué demonios quieres? ¿Estás visitando tugurios?

–No creo que este edificio se califique como tugurio.

–Cualquier cosa lo es, comparado con ese palacio donde vives.

– ¿Quieres que discutamos las diferencias de nuestros planes de vida a través de la puerta, o vas a pedirme que entre?

–Te pregunté qué querías.

–Sabes por qué estoy aquí – él arqueó cortantemente una ceja, asegurándose de que era justamente lo bastante insultante. –Tienes las agallas suficientes para plantarme cara, ¿no,

Feeney?

Tuvo, como Roarke había esperado, el efecto correcto. La puerta se abrió de golpe. Feeney estaba de pie, bloqueando la entrada con su compacto cuerpo preparado para la guerra, su arrugada cara brillante de furia.

—No es nada de tu jodido asunto.

—Al contrario — Roarke se quedó donde estaba, manteniendo su voz inmutable —Es muchísimo mi jodido asunto. Pero no creo que sea de ninguno de tus vecinos.

Con los dientes apretados, Feeney retrocedió.

—Entra y di lo que tengas que decir,

luego vete al infierno.

— ¿Está tu mujer en casa?— preguntó Roarke cuando Feeney dio un portazo a su espalda.

—Está haciendo cosas de chicas esta noche— Feeney inclinó la cabeza, como un toro, pensó Roarke, preparado para cargar. —Si quieres pegarme un tiro, adelante. No me importaría golpear esa cara bonita tuya.

—Jesucristo, ella es justamente como tú.

Sacudiendo la cabeza, Roarke se paseó por la sala de estar. Cómodo, decidió. No demasiado ordenado. La pantalla estaba puesta en el partido de

béisbol, el sonido quitado. El bateador se mecía, la bola voló en total silencio.

— ¿Cómo va el marcador?

— Los Yankees ganan por una, al final de la séptima— se encontró a sí mismo a punto de ofrecerle una cerveza, entonces se puso rígido otra vez —Ella te lo dijo, ¿no? Llenándote directamente de "ve y enmiéndalo".

— No estaba bajo órdenes para no hacerlo. Creyó que yo podría ayudar.

Él podría ayudar, pensó Feeney y saboreó la amargura. Su rico y fantástico marido podría ayudar, pero no su antiguo entrenador, ni su antiguo compañero. Ni el hombre que había

trabajado codo con codo con ella, con orgullo, y maldita sea, afecto, durante diez años.

—No te hace menos un civil— sus cansados ojos se volvieron deprimidos— Ni siquiera conociste a Frank.

—No, no lo hice. Pero Eve sí. A ella le importaba.

—Habíamos sido compañeros, yo y Frank. Éramos amigos. Familia. No tenía derecho a dejarme fuera. Así es como me siento, eso es lo que le dije.

—Estoy seguro de que lo hiciste.

Roarke le dio la espalda a la pantalla, mirando a Feeney justo a los ojos.



—Y lo que sea que le dijese, le rompió el corazón.

—Abolló algo sus sentimientos, —Feeney se alejó y recogió una botella medio vacía de cerveza. Incluso a través de la lóbrega neblina de furia, había visto la devastación en sus ojos cuando había caído sobre ella. Y se había prometido que no le importaría una mierda—. Lo superará— bebió profundamente, sabiendo que el sabor no vencería la amargura alojada en su garganta. —Hará su trabajo. Sólo que ya no lo hará conmigo.

—Dije que le rompiste el corazón. Quería decir exactamente eso. ¿Cuánto

hace que la conoces, Feeney?— la voz de Roarke se endureció, exigiendo atención— ¿Diez años, once? ¿Cuántas veces la has visto sufrir una crisis nerviosa? Imagino que podrás contarlas con los dedos de una mano. La vi sufrir una crisis nerviosa esta noche— respiró cuidadosamente. El carácter no era la respuesta allí, para ninguno de ellos— Si querías aplastarla, entonces has tenido éxito.

—Le dije como eran las cosas, eso es todo— ya rezumaba culpabilidad. Dejó de golpe la botella, determinado a ahuyentarla. —Los policías se guardan las espaldas los unos a los otros, confían

en el otro o no consiguen nada. Estaba investigando a Frank. Debería haber venido a mí.

— ¿Es eso lo que le habrías dicho que hiciera?— contrarrestó Roarke — ¿Es ese el tipo de policía en el que le ayudaste a convertirse? ¿No estuviste tú en la oficina de Whitney, obedeciendo órdenes, haciendo el trabajo?— siguió sin dar tiempo a Feeney de contestar— Y sufriendo por ello.

—No— una nueva oleada de amargura lo atravesó— No fui yo— se sentó, subiendo deliberadamente el sonido y mirando atentamente la vieja batalla en la pantalla.

Obstinado, cabeza dura, bastardo Irlandés, pensó Roarke con dos tirones gemelos de simpatía e impaciencia.

—Me hiciste un favor una vez— comenzó Roarke — Cuando me involucré por primera vez con Eve y le hice daño porque no entendía una situación. Me aclaraste las cosas con eso, así que voy a hacerte un favor similar.

—No quiero tus favores.

—Los tendrás de todas formas— Roarke se sentó en una silla cómodamente acolchada. Se sirvió a sí mismo de la botella casi vacía de Feeney. — ¿Qué sabes sobre su padre?

— ¿Qué? —Ahora perplejo, Feeney

volvió la cabeza y lo miró fijamente –  
¿Qué demonios tiene él que ver con  
nada?

–Tiene todo que ver con ella.  
¿Sabías que le pegó, la torturó y la violó  
repetidamente hasta que tuvo ocho años?

Un músculo se crispó en la  
mandíbula de Feeney mientras se giraba  
otra vez y quitaba el sonido. Sabía que  
ella había sido encontrada en un callejón  
a los ocho años, golpeada, destrozada y  
con abusos sexuales. Aquello estaba en  
el registro y él nunca había trabajado  
con nadie sin saber sus datos oficiales.  
Pero no sabía que había sido su padre  
quien lo había hecho. Se le revolvió el

estómago, apretó con fuerza las manos.

—Siento todo eso. Ella nunca lo sacó a colación.

—No siempre lo recordó. O, más probablemente, se negó a recordarlo.

Todavía tiene pesadillas, vueltas al pasado.

—No tienes derecho a decirme esto.

—Ella probablemente diría lo mismo, pero te lo estoy diciendo, de todas formas. Ella se hizo a sí misma lo que es, y tú ayudaste. Iría a la ruina por ti, lo sabes.

—Los policías respaldamos a los policías. Ése es el trabajo.

—No estoy hablando sobre el trabajo.

Ella te quiere, y ella no quiere fácilmente. Para ella es difícil sentirlo, y enseñarlo. Una parte de ella puede que siempre esté preparada para la traición, para un golpe. Tú has sido su padre durante diez años, Feeney. No se merece ser destruida otra vez.

Roarke se levantó, y sin decir nada más, salió.

A solas, Feeney se pasó las manos sobre la cara, por su tieso pelo rojo, luego las dejó caer sobre el regazo.

Eran las seis y cuarto cuando Eve se dio la vuelta, parpadeando ante la luz que entraba a raudales a través de las ventanas. Roarke prefería despertar al

sol. A menos que serpenteara de la cama o se subiera sobre él, no conseguía su trozo de intimidad. Se sintió torpe, decidió que había dormido demasiado y comenzó a deslizarse fuera de la cama. El brazo de Roarke se balanceó hacia fuera y la inmovilizó.

—Todavía no— su voz estaba ronca, sus ojos todavía cerrados mientras la jalaba de vuelta.

—Estoy despierta. Puedo empezar temprano—se meneó— He estado en cama casi nueve horas. Ya no puedo dormir.

Él abrió un ojo; suficiente para darse cuenta de que ella parecía ciertamente descansada.



—Eres una detective—señaló él—apostarí­a que si investigas, descubrirás el sorprendente hecho de que hay actividades que pueden hacerse en una cama además de dormir.

Los labios de él se curvaron cuando rodó sobre ella.

—Permít­eme darte la primera pista.

No debería haberla sorprendido que él ya estuviese duro, o que ella estuviese tan instantáneamente lista para él. Él se deslizó dentro de ella, suave, despacio, profundo y vio el sueño desvanecerse claramente hasta la conciencia en sus ojos

—Creo que ya lo había descubierto.

Ella alzó sus caderas, igualando su perezoso paso.

—Has hecho un estudio muy rápido.

Él bajó sus labios para acariciarla justamente debajo de la mandíbula. — Me gusta este lugar—murmuró— Y éste— su mano se arrastró hacia arriba por su caja torácica, y ahuecó su pecho.

La excitación fue dulce, simple, y la hizo suspirar.

—Déjame saber cuando encuentres algo que no te guste.

Ella envolvió sus brazos alrededor de él, sus piernas. Él era tan sólido, tan caliente, el ritmo estable de su corazón contra el suyo era tan comfortable. El

placer construido sobre vaporosas capas, flotando sobre su mente, golpeando su cuerpo.

—Termina para mí— él mordisqueó sus labios, luego acogió su lengua para enredarla con la suya. Para mordisquearla, para chuparla.

—Vente— repitió —Despacio.

—Bueno— su respiración ya era entrecortada, enganchándose en su garganta. — Ya que lo pides tan amablemente.

El clímax se movió a través de ella, una larga y persistente oleada. Sintió que él la seguía, atrapado en la misma corriente, presionó su mejilla contra la

de ella.

– ¿Eso fue como una galleta?—  
preguntó ella.

– ¿Hmmm?

–Ya sabes, como una galleta. Te  
hace sentir mejor— colocó las manos a  
cada lado de su cara, levantándolas  
mientras reía. – ¿Estabas haciéndome  
sentir mejor?

–Ciertamente eso espero. Funcionó  
conmigo— inclinó la cabeza para besarla  
ligeramente— Te deseo. Siempre lo hago.

–Es divertido como los hombres  
pueden despertar con el cerebro en su  
pene.

–Eso nos hace lo que somos—

todavía riendo, la rodó sobre él, palmeando su trasero. –Tomemos una ducha. Te daré otra galleta.

Treinta minutos después, salió dando traspiés de la ducha al tubo secador. Él era un artista en transformarse rápidamente cuando estaba de humor, pensó aturdida. De perezoso a entretenido hasta un caliente, húmedo, y entumecedor sexo, todo en una corta mañana. Debido a que su cuerpo estaba todavía agotado, apoyó una mano contra la curva del tubo de agua caliente que soplaba alrededor de ella. Cuando él salió de la ducha, ella le señaló con el dedo.

—Mantente lejos de mí. Si me agarras otra vez, tendré que tumbarte. Lo digo en serio. Tengo trabajo.

Él canturreó una melodía y usó una toalla.

—Me encanta hacerte el amor por las mañanas. Sólo te levantas tan rápido si tienes una llamada del despacho o si te seduzco.

—Estoy despierta ya— salió, pasándose una mano por el pelo. Dándose a sí misma una distancia segura, alargó la mano para coger una bata. —Ve a mirar las noticias de la bolsa o algo.

—Tengo toda la intención. Querrás

desayunar—añadió él cuando abandonó la habitación. — Pediré que nos lo suban.

Comenzó a decirle que no estaba hambrienta. No lo estaba. Pero sabía que sin combustible sería imposible aguantar todo el día. Cuando se unió a él en la habitación, se estaba metiendo en una camiseta, su mirada fija en el monitor de la mesa donde podía ver los titulares y noticias financieras. Ella pasó a su lado hasta el armario, eligiendo unos lisos pantalones grises.

—Lo siento, anoche perdí el control.

Él alzó la mirada, dándose cuenta de que ella permanecía dándole la espalda mientras manoseaba una camisa.

—Estabas deprimida. Tenías derecho a estarlo.

—De todas formas, aprecio que no me hicieras sentir como una idiota.

—¿Cómo te sientes ahora?

Ella movió un hombro.

—Tengo un trabajo que hacer— había llegado a aquella conclusión mientras cogía el sueño —Voy a hacerlo. Quizás... Bueno, quizás si lo hago bien, Feeney no me odiará tanto cuando esto termine.

—Él no te odia, Eve.

Cuando ella no contestó, dejó la conversión. Ya había programado su comida en el AutoChef.

—Creí que jamón y huevos servirían



esta mañana.

Puso primero el café, y lo llevó a la mesa en el área para sentarse.

—Me servirá cualquier cosa esta mañana— con una sonrisa, se acercó para servirse su propia comida.

Él pidió en la pantalla ver el canal 75 mientras ella paleaba los cremosos huevos. Miró con el ceño fruncido el reportero que estaba en el aire, lustroso como una muñeca de porcelana china a las siete y media de la mañana, recitando los datos del asesinato de Wineburg.

—Aunque la teniente Eva Dallas, designada a la división de homicidios

NYPSD, estaba en la escena del crimen, sólo unos metros más lejos del lugar del homicidio, la policía no tiene pistas sólidas. La investigación continúa. Ésta es la segunda muerte por apuñalamiento conectada con la teniente Dallas en varios días. Cuando le preguntamos si los casos están relacionados, Dallas se niega a hacer comentarios.

—Un niño de diez años con un defecto en la vista podría ver que están relacionados, por amor de Dios— ella había estado comiendo automáticamente, y ahora empujó el plato a un lado.

—Esa perra de Cross está sentada en su maldita casa, riendo.

Levantándose, comenzó a pasearse. Roarke lo tomó como una buena señal. Si estaba enfadada, no sentiría lástima de sí misma. Eligió un poco de mermelada fresca de fresa para el croissant.

—Voy a ponerla al descubierto, lo juro por Dios, voy a pillarla. Por todos ellos. Necesito conectar a Wineburg con ella. Si puedo hacer eso, puedo acosarla un poco más. Quizás no sea suficiente para conseguir una autorización para sacudir su posición, pero me pegaré a su culo.

—Bueno, entonces— Roarke se limpió los dedos con un trozo de pálido lino

azul, lo dejó a un lado. – Debería ser capaz de ayudarte con eso.

Como ella continuaba paseando y mascullando, él se levantó, caminó hacia el vestidor y sacó un disco cerrado de un cajón.

– ¿Teniente?

– ¿Qué? Estoy pensando.

–Entonces no interrumpiré tu tren de pensamientos con la lista de miembros del culto a Cross.

Con una media sonrisa en la cara, golpeó el disco ligeramente contra su palma y esperó a que sus ojos se aclararan y se lanzara hacia él.

– ¿La lista? ¿Tienes la lista de

miembros? ¿Cómo?

Él ladeó la cabeza.

— ¿En realidad no quieres saber cómo, verdad?

—No—dijo ella inmediatamente— No, supongo que no. Simplemente dime que él está en ella— cerró los ojos brevemente— Simplemente dime que Wineburg está en la lista.

—Ciertamente lo está.

La sonrisa de ella destelló rápida y febrilmente brillante.

—Te quiero.

Roarke le tendió el disco.

—Sé que lo haces.

# Capítulo Catorce

Feeney quiso ver antes a Whitney. Así que lo hizo temprano, y lo hizo personalmente. Ambos habían recorrido un largo camino juntos, pensaba Feeney mientras se detenía en el camino delantero de la casa de dos pisos que se encontraba en las afueras de la ciudad. Él había ido allí a lo largo de los años. La esposa del comandante adoraba hacer fiestas.

Sin embargo su humor no era muy sociable mientras recorría a grandes zancadas el camino empedrado que

llevaba a la silenciosa casa en la urbanización que comenzaba a despertar. Unos pocos metros más abajo un perro ladraba de forma monótona. El ladrido no tenía el sonido débilmente metálico de los droides, sino la sonoridad de la carne y el hueso. El tipo de perro que deja mierda en el patio y se rasca las pulgas, pensó Feeney sacudiendo la cabeza.

Las hojas se movieron errática y ligeramente a lo largo de la calle, muchas de ellas bailando sobre el césped. Césped que, en zonas residenciales como aquéllas, tendía a ser como una religión.

Feeney, no gustaba de esta vida en zona residencial, en la cual tenías que segar y regar o contratar a alguien que segara y regara. El prefería mantener a su familia en la ciudad, y usar los parques públicos. Demonios, de todas formas tenía que pagarlos. Movi6 los hombros de forma desasosegada, no completamente a gusto con el silencio matutino.

Anna Whitney contest6 a su llamada, y aunque no esperaba visita a esa hora temprana de la mañana, ya estaba arreglada con un elegante mono. Su pelo ondulado a la moda, y su maquillaje sutil y perfecto. Sus labios curvados en



una sonrisa de bienvenida. Sus ojos pestañearon con ligera sorpresa y curiosidad, pero había sido demasiado tiempo la esposa de un policía para hacer preguntas.

—Fenney, dichosos los ojos. Adelante, por favor, ¿quieres un café? Jack esta ahora mismo tomándose su segunda taza.

—Siento molestarte en casa, Anna. Pero necesito hablar unos minutos con el comandante.

—Por supuesto. ¿Y cómo esta Sheila?  
—Preguntó mientras atravesaban el vestíbulo hacia la cocina.

—Ella está bien.

—Se veía absolutamente maravillosa la última vez que la ví. Su estilista es fantástico. Jack, tienes compañía para el café. —Dijo mientras entraba en la cocina, percibiendo al mismo tiempo la sorpresa y luego la especulación en los ojos de su marido. Era lo suficientemente inteligente para hacer una rápida salida—. Les dejare a los dos charlar. Tengo un millón de cosas que hacer esta mañana. Fenney, dale recuerdos a Sheila de mi parte.

—Lo haré. Gracias. —Feeney esperó hasta que la puerta se cerro, sin apartar los ojos de Whitney—. Maldición, Jack.

—Esto es un asunto para discutir en

mi oficina, Feeney.

—Te estoy hablando. — Farfulló Feeney. —Me conoces desde hace veinticinco años. Conociste a Frank. ¿Por qué me has mantenido fuera del caso? ¿Por qué ordenaste a Dallas que me mintiera?

—Esa fue la decisión que tome, Feeney. La investigación estaba en un punto clave.

—Y yo no necesitaba saberlo.

—No. — Whitney cruzó sus grandes manos. —Tú no necesitabas saberlo.

—Frank y yo criamos a nuestros hijos juntos. Alice era mi ahijada. Frank y yo fuimos compañeros durante cinco

jodidos años. Nuestras esposas son como hermanas. ¿Quién demonios eres tú para decidir que no necesito saber que él esta siendo investigado?

—Tu comandante, — dijo escuetamente mientras empujaba su humeante taza de café a un lado. —y las razones que me has dado son las mismas por las que tomé la decisión.

—Me dejaste de lado. Sabías hasta que punto mi división estaba involucrada. Necesitabas los documentos.

—Los documentos eran parte del problema, —dijo llanamente Whitney—. No había ningún registro de problemas

de corazón en sus archivos médicos, ningún registro de que hubiera una conexión, personal o profesional, entre él y una conocida traficante de sustancias ilegales.

—Frank no tenía nada que ver con ilegales.

—Nada en los registros, —continuó Whitney—. Y su mejor amigo es el mejor detective de la División Electrónica de la ciudad.

Feeney abrió los ojos como platos, y su rostro se volvió rojo de la ira.

— ¿Crees que borré los documentos? ¿Has puesto a Dallas a espiarme?

—No, no creo que borraras los

documentos, pero es una posibilidad que no puedo pasar por alto con Asuntos Internos echándome el aliento en la nuca. ¿A quién escogerías tú para hacer el trabajo? —Preguntó Whitney con gesto impaciente—. Sabía que la teniente Dallas sería concienzuda y meticulosa y se dejaría el culo para exonerarlos tanto a Frank como a ti. Sé que tiene contactos que pueden acceder a esos documentos.

Inundado por la emoción, Feeney se giró para quedarse mirando fijamente por la ventana hacia el patio trasero con su césped pulcramente cortado y su jardín de flores.

—La has puesto en una situación

difícil, Jack. ¿Eso es lo que sucede cuando das órdenes? ¿Pones a tus subordinados entre la espada y la pared?

—Sí, eso es lo que sucede. —Dijo Whitney pasándose la mano nerviosamente por su canoso cabello—. Haces lo que sea necesario y vives con ello. Tenía a Asuntos Internos encima de mí. Mi prioridad era exonerar a Frank y salvaguardar a su familia de más problemas. Dallas era mi mejor baza. Tú la entrenaste, Feeney, sabes que ella es la mejor.

—Sí, yo la entrené, —estuvo de acuerdo Feeney, sintiéndose enfermo.

— ¿Qué habrías hecho tú? —Demandó

Whitney—. Sé sincero, Feeney. Tienes un policía muerto que ha estado comprando sustancias ilegales a una traficante que está bajo vigilancia. Se encuentran drogas en su sistema cuando se le hace la autopsia. Tus tripas te dicen que de ninguna manera, de ninguna, él estaba sucio. Y quizá tu corazón también lo dice, por qué recuerda cuando ambos eran compañeros novatos. Pero Asuntos Internos no hace caso a tus tripas, y no tiene ningún corazón. ¿Qué harías tú?

Y porque Feeney había pasado la noche en vela pensando en ello, una y otra vez, negó con la cabeza.

—No lo sé. Pero sé que no quiero tu



trabajo. Comandante.

—Tienes que estar loco para querer este trabajo. —La ancha cara de Whitney se relajó ligeramente—. Dallas anduvo un largo camino para limpiar a Frank, y ella te exoneró dentro de las primeras veinticuatro horas. Lleva poco más de una semana en esto y ya ha establecido claramente una pauta. Con sus informes he podido hacer retroceder a Asuntos Internos. No están muy contentos con Frank estuviera montando su propia trampa, pero han dejado de presionar

—Eso es bueno. —Feeney hundió sus manos en los bolsillos de sus pantalones y se giró. —Ella es buena. ¡Jesús! , Jack,

yo... la pagué con ella.

Whitney frunció el ceño.

—Deberías haber venido a mí. Ir contra ella estaba fuera de lugar, Feeney. Yo doy las órdenes.

—Lo tomé como algo personal. Lo hice personal. —Recordó como le había mirado ella, su pálido rostro, el vacío de sus ojos. En ese momento se dio cuenta que había visto esa misma expresión en otros rostros con anterioridad... los rostros de las víctimas, aquellos que estaban acostumbrados a recibir golpes—. Voy a tener que aclarar el asunto con ella

—Me llamó unos minutos antes de que llegases. Esta siguiendo una pista nueva. En su casa.

Feeney asintió con la cabeza.

—Me gustaría tomarme un par de horas para resolver asuntos personales.

—Concedidas.

—Y quiero entrar en el caso.

Whitney se recostó en la silla, considerando la petición.

—Eso dependerá de Dallas. Ella es el investigador principal. Si al final hay caso, ella seleccionará su propio equipo.

—Contesta al enlace, ¿quieres, Peabody? —dijo Eve repasando la

información que aparecía en la pantalla mientras el enlace seguía sonando insistentemente. Era increíble la cantidad de nombres que era capaz de reconocer del panorama social, político y profesional. Dudaba que hubiera reconocido a tantos un año antes, pero su conexión con Roarke había expandido sus horizontes.

—Médicos, abogados, —masculó—. ¡Jesús! Este tipo estuvo cenando aquí. Y creo que Roarke solía acostarse con esta mujer. Esta bailarina. Fue un éxito en Broadway y tiene piernas kilométricas.

—Es Nadine —anunció Peabody, preguntándose si Eve hablaba para sí

misma o realmente quería compartir la información con ella. Tosió secamente, estornudo y añadió con voz áspera. — Furst.

—Perfecto —Eve despejó la pantalla, y tomó el enlace. —Entonces, Nadine, ¿cuál es la historia?

—Tú eres la historia, Dallas. Dos personas muertas. Es peligroso conocerte.

—Tú todavía respiras.

—Por el momento. He pensado que quizás estarías interesada en ciertos datos que he conseguido. Podemos hacer un intercambio.

—Muéstrame lo tuyo, y quizás te

muestre yo lo mío.

—Una exclusiva, en tu casa, para hablar de la investigación de ambos asesinatos, para la emisión del mediodía.

Eve ni se molestó en bufar.

—Una exclusiva divulgando el estado de la investigación, en mi oficina, para la emisión de la noche.

—El primer cuerpo fue encontrado en su casa. Quiero entrar.

—Fue encontrado en el exterior, en la acera, y no entrarás.

Nadine soltó un resoplido poniéndose al mismo tiempo de morros. El mohín era en su propio beneficio.

Sabía mejor que nadie que Eve no cambiaría de opinión si no quería.

—Quiero la emisión del mediodía.

Eve comprobó su reloj, calculando, considerando.

—Te espero en mi oficina, a las once cuarenta y cinco. Si puedo estaré allí, si no...

—Maldita sea, necesitamos tiempo para el montaje. Quince minutos no es...

—Es suficiente, Nadine, para alguien tan bueno como tú. Estoy segura que la información que tienes merece el esfuerzo.

—Asegúrate de no parecer una

pordiosera, –soltó Nadine devolviendo el disparo–. Y haz algo con tu pelo, por el amor de Dios.

En vez de responder Eve cortó la transmisión.

– ¿Qué obsesión tiene todo el mundo con mi pelo y mi guardarropa?, – masculló mientras se pasaba una mano sobre el pelo en cuestión.

–Mavis me comentó que ya te habías saltado una sesión con el estilista. Leonardo se ha puesto pelma sobre la cuestión.

– ¿Has estado en contacto con Mavis?

–He ido a ver su acto un par de



veces —dijo mientras se sonaba ruidosamente. Cualquier otra respuesta hubiera sido una estupidez, decidió—. Me gusta.

—No he tenido tiempo para ir al estilista, —masculló Eve—. Me lo recorté yo misma hará un par de días.

— ¿En serio?, nadie lo diría. —Desde la perspectiva de Eve, la sonrisa de Peabody se veía poco convincente—. Se ve maravillosa, señor.

—Bésame el culo —dijo Eve volviendo su mirada a la pantalla—. Y si ya has terminado con la crítica a mi apariencia, quizás quieras echarle un vistazo a algunos de estos nombres.

–Reconozco algunos de ellos, – dijo Peabody mientras les echaba un vistazo por encima del hombro de Eve. –Louis Trivane: el abogado de las celebridades. Saca las castañas del fuego de las estrellas. Marianna Bingsley: heredera de los grandes almacenes y cazadora de hombres. Carlo Mancinni: Gurú de la cirugía estética, médico, tienes que ser muy rico para que este dispuesto a esculpir tu cuerpo.

–Conozco los nombres, Peabody. Lo que quiero es su historial, datos personales, financieros, médicos, detenciones. Quiero saber los nombres de sus parejas, sus hijos, sus mascotas.

Cuándo y cómo se relacionaron con Cross y por qué decidieron que Satán era un buen tipo.

—Llevará días. —Dijo Peabody con tristeza haciendo que Eve recordara dolorosamente a Feeney—. Incluso si los encontramos en el CIIAC.

Eve no dijo nada. El Centro Internacional de Información de Actividades Criminales era uno de los orgullos y alegrías de Feeney.

—Si pudiera reclutar a alguien de la División Electrónica para que nos ayudara, el tiempo se reduciría a la mitad. Quizás incluso menos. —Comentó Peabody con un encogimiento de

hombros. –Entonces, ¿Por dónde quieres que empiece?

–Lo haremos primero con Wineburg, escarbaremos todo lo que podamos, y lo mismo para Lobar, Robert Mathias. Después empieza por el principio de la lista y ve bajando. Yo empezaré por el final e iré subiendo. Busca retiros de grandes cantidades de dinero a intervalos regulares. Compararemos los resultados cuando nos encontremos a la mitad, y sabremos con mayor seguridad cuál es la información que necesitamos.

Entrecerró los ojos mientras pensaba. Los datos financieros de la secta de Selina estarían protegidos por

la Acta de Privacidad y por su condición de religión registrada. Aun así, todavía había una posibilidad, mínima, de que ella hubiera hecho depósitos en su cuenta personal.

Esa era una manera sencilla de averiguarlo. Para los otros, tenían que decidir si la información era lo suficientemente sólida como para arriesgarse a acceder a ella, y para acceder a ella, necesitaba a Roarke.

Esperaría, lo decidiría en un día o dos. Una vez descubriera cuánto dinero de los miembros de la lista había ido a parar a los bolsillos de Selina, reconsideraría la decisión de pedir

ayuda a Roarke.

Sería difícil convencer a los del Acta de Privacidad de que las contribuciones religiosas eran extorsiones, pero podía ser un principio.

—Asociando el nombre de Wineburg con el culto de la Cross, puede que consiga una entrevista. Creo que podremos hacerlo, digamos sobre las once y media.

—Tienes una cita con Nadine a las once cuarenta y cinco.

—Sí — la sonrisa de Eve se hizo más grande. —Ese es todo un trabajo. —

—Oh.

—No es mi problema si una reportera

con la nariz demasiado grande descubre que estoy investigando a Selina Cross y, sabiendo que soy la encargada de dos homicidios recientes, es capaz de sumar dos más dos.—

—Y saca al aire la noticia.

—Podría sacar a la luz a algunos de estos selectos e íntegros satanistas. Algunas personas se vuelven realmente locuaces cuando se les zarandea un poco. Consígueme esos datos, y podré sacudirlos un poco más fuerte.

—Me inclinó ante ti.

—Ahórratelo hasta que veamos si surte efecto. Usa esta unidad. Yo puedo usar una de Roarke para la primera

parte. Computadora, copiar en disco, imprimir y guardar en disco duro. — Levantó la vista cuando vislumbró un movimiento en el umbral de la puerta, quedándose en silencio. —Abortar, — murmuró y se preparó para el siguiente golpe de Feeney.

—Peabody. — El fijó en ella una silenciosa mirada de ojos somnolientos. —Necesito un momento con su teniente.

— ¿Señor?— Aunque se levantó, Peabody se quedó esperando alguna señal por parte de Eve.

—Tomate un descanso, Peabody. Ve a por un café.

—Sí, señor. — Dijo y seguidamente



salió, sintiendo en el aire la tensión que se había creado en un instante.

Eve no habló, simplemente se levanto. Su cuerpo en posición, no de defensa, pero si de absorber el siguiente golpe. Sus ojos estaban cuidadosamente vacíos. Pero la mano con la que se apoyaba en el escritorio se estremeció. Feeney fijó sus ojos en ese movimiento, avergonzándose de ser el causante de ello.

—Tú, ahhh, Summerset dijo que podía subir. — Hacia calor en el cuarto, pero no se quitó el abrigo arrugado. En su lugar, se metió las manos en los bolsillos. —Yo... me pase ayer. Pagarla

contigo estuvo fuera de lugar. Estabas haciendo tu trabajo.

Él vio su labio temblar, como si ella quisiera hablar o hacer algún sonido. Entonces volvió a ponerse firme y no dijo nada. Ella parecía, se percató, abatida.

Le has roto el corazón.

Su padre la golpeó, la torturó, la violó.

Has sido su padre por diez años.

¿Cómo demonios debía él tratar la situación? ¿Y cómo podía ignorarlo?

—Las cosas que dije, yo no debí... no quise... — Sacó las manos de los bolsillos para restregárselas con dureza

por la cara. — ¡Jesús!, Dallas. Lo siento.

— ¿Las querías decir?— Las palabras estaban afuera antes de que ella pudiera detenerlas. Subió una mano, y se giró, mirando con ojos ciegos el exterior de la ventana.

—Quería decirlas. Estaba enojado. — Él cruzó hacia ella, agitando las manos inútilmente. —No tengo excusa, — continuó. La tocó, alejando de golpe la mano de su hombro cuando ella se encogió de miedo. —No tengo excusa. — Dijo de nuevo después de soltar un aliento entrecortado. —Y tienes todo el derecho del mundo para alejarte de mí. Salté cuando no debería haber saltado.

La tomé con quien no debía.

—Tú no confías en mí, ahora. — Dijo mientras se secaba avergonzada con el dorso de la mano, la solitaria lágrima que resbalaba por su mejilla, y que había escapado a su férreo control sobre sus emociones.

—Eso es puro cuento, Dallas. No hay nadie en quien confíe más. Demonios, esto se asemeja a pedir disculpas a mi propia esposa. Te estoy diciendo que lo siento. — Impaciente, la agarró del brazo, y la giró hacia él. Ella se congeló. Sus ojos estaban brillantes, húmedos de lagrimas, gracias a Dios, no derramadas. —No te conviertas en una mujer conmigo,

Dallas. No puedes darme patadas más fuertes en el trasero de las que ya me he dado yo.

Él levantó barbilla, golpeándose ligeramente con un dedo.

—Vamos. Golpea. Será nuestro secreto el que le des un buen golpe a un superior.

—No quiero golpearte. —

— ¡Demonios!, Soy tu superior. Y te digo que golpees. Tu mejor golpe.

El fantasma de una sonrisa asomó a las comisuras de su boca. Él se veía tan feroz, pensó ella, esos tristes ojos marrones chispeando con temperamento y frustración.

—Tal vez después de que te afeites. Esa barba de tres días desollaría mis nudillos.

El alivio se reflejó en él en la curva leve de sus labios.

—Te estás ablandando. Dándote la gran vida con ese rico hijo de perra irlandés.

—Mandé al infierno a un droide de entrenamiento la otra noche. Uno de los mejores de Roarke. —

— ¿Sí?— Ridículamente, el orgullo hizo que se inflara.

Ella se tocó el interior de la mejilla con la lengua.

—Fingí que eras tú.

Sonrió, mientras sacaba la bolsa de almendras garrapiñadas de su abrigo, ofreciéndole.

—Los detectives de Electrónica no tiene por qué usar sus puños. Usan su materia gris.

—Me enseñaste a usar ambos.

—Y a seguir las órdenes, — agregó él, sus ojos descansando sobre los de ella de nuevo—. Me habría avergonzado de ti, si lo hubieras olvidado. Hiciste lo correcto, Dallas, por Frank, por el Departamento. Por mí, — dijo él viendo como sus ojos volvían a humedecerse sospechosamente. —No hagas eso. — Su voz tembló con una súplica. —No

empieces con esa mierda. Es una orden.

Ella pasó el dorso de su mano por debajo de su nariz.

—No estoy haciendo nada.

Feeney esperó unos segundos, para asegurarse que ella no iba a flaquear y hacerles pasar vergüenza a ambos. Cuando sus ojos se aclararon, él inclinó la cabeza con alivio y aprobación.

—Bien. —sacudió la bolsa de garrapiñadas que sujetaba en su mano—. Y ahora, ¿me vas a dejar ayudar en la investigación?

Dallas abrió la boca con sorpresa para después volver a cerrarla.

—He visto a Whitney, —le dijo.



Feeney se encontró queriendo sonreír. Esta era la policía que él había entrenado. Íntegra, resuelta y directa. — Me enfrenté a él en su propia cocina.

— ¿Que hiciste qué?— Preguntó levantando las cejas. —Me habría gustado haber visto eso.

—El problema fue, que una vez hube terminado, tuve que darle la razón. Había escogido al mejor policía para el trabajo. Sé que has estado dejándote la piel para sacar a Asunto Internos fuera de la ecuación, y dejar limpio a Frank. A mí —añadió—. Y sé que has estado trabajando duro para encontrar al que les hizo eso a él y a Alice. — Tuvo que

callarse para tomar aire porque dolía, aún dolía. —Quiero estar dentro, Dallas. Te lo digo en serio, necesito sacarme esto de dentro. Whitney dijo que dependía de ti.

La tensión la abandonó poco a poco. Ella podía darle eso, dárselo a ambos.

—Pongámonos a trabajar.

Eve estaba tan complacida de haber logrado un interrogatorio con Selina Cross, que se le pasó por alto la ventaja de que estaría representada por Louis Trivane. Les sonrió a ambos mientras cerraba la puerta de la habitación de interrogatorios.

—Señora Cross, aprecio su

colaboración. Sr. Trivane.

—Eve...

—Teniente Dallas, — corrigió ella, haciendo desaparecer la sonrisa. —No estamos en una reunión social.

—Se conocen. — Los ojos de Selina se volvieron helados, inmovilizando a su abogado.

—Su representante conoce a mi marido en un contexto social. Tengo relación con un gran número de abogados de la ciudad, Sra Cross. Eso no afectará en ningún sentido el desempeño de mi trabajo o del suyo. Esta interrogatorio esta quedando registrada.

Eve conectó la grabadora, enumerando los datos pertinentes. Después de leer la Miranda revisada, dijo.

—Ha ejercido su derecho a la presencia de un abogado, Señora Cross.

—Cierto, lo he hecho. He sido acosada por usted ya dos veces, teniente Dallas. Prefiero que este continuo hostigamiento quede registrado.

—Yo, también —dijo Dallas sonriendo—. Usted conocía a Robert Mahias, también conocido como Lobar.

—Él era Lobar, — corrigió Selina. — Ese era su nombre elegido.

—“Era” es la palabra clave, dado que

ahora mismo él se encuentra en una unidad refrigerada en la morgue. Y también está Thomas Wineburg. ¿Lo conocía?

—No creo haber tenido el placer.

—Bueno, eso es muy interesante.

Dado que era un miembro de su secta.

Selina hizo un gesto con la barbilla ignorando a Trivane cuando este se inclinó hacia delante para hablarle.

—No esperará que conozca los nombres de todos los miembros de mi congregación, Dallas. Somos... — extendió sus manos sobre la pequeña mesa—. Legión.

—Tal vez pueda refrescar su

memoria. – Eve abrió una carpeta, lentamente, y la deslizó a través de la mesa. Las fotos de personas asesinadas nunca eran agradables.

Selina la estudió con una pequeña sonrisa tirando de la comisura de su boca. Con uno de los dedos de las manos, que de nuevo llevaba cubiertas con encaje, trazó el recorrido de la roja sangre en la foto.

–No puedo estar segura. Nos reunimos en la oscuridad. –Su mirada clavada en Eve. –Es nuestra práctica.

–Puedo asegurarlo. Ambos, tanto él como Lobar eran acólitos suyos, y ambos fueron asesinados con un tipo de

cuchillo utilizado en sus rituales.

—Un athame, sí. No somos la única religión que utiliza ese instrumento ceremonial. Creo que, después de este estallido de violencia, esta persecución a los miembros de mi congregación, la policía debería preocuparse de protegernos en vez de señalarnos con el dedo. Obviamente, hay una o varias personas decididas a eliminarnos.

—Me imaginé que usted ya disfrutaría de protección. ¿Su amo no cuida de los suyos?

—Su burla sólo demuestra su ignorancia.

—Tener sexo con un delincuente de

dieciocho años, demuestra la suya. ¿Tuvo también relaciones sexuales con Wineburg?

—Le he dicho que no estoy segura de haberlo conocido. Pero si lo hubiera conocido, es probable que tuviera relaciones sexuales con él.

—Selina —la interrumpió Trivane, con voz firme—. Está provocando a mi cliente, teniente. Ella ya le ha indicado que no puede hacer una identificación concluyente de la víctima.

—Ella le conoció. Ambos le conocían. Era una comadreja. ¿Sabe lo que significa comadreja en el lenguaje policial, Sra Cross? Un chivato. —Eve se



levantó, inclinando su cuerpo hacia Selina—. ¿Estaba preocupada acerca de lo que él pudo haberme dicho? ¿Fue por eso por lo que decidió que él debía morir? ¿Mandó seguirle? —Lanzó una breve mirada sesgada hacia Trivane—. Quizás hace seguir a... todos sus adeptos.

—Veo lo que necesito ver en el humo.

— ¡Claro! En el humo. La versión psíquica del mirón. Era arriesgado para Wineburg ir a la funeraria. ¿Por qué cree que fue a echarle un vistazo a Alice? ¿Estuvo él allí la noche que ella fue drogada y violada? ¿Dejó que él la tomara?

—Alice era una iniciada. Una bien dispuesta.

—Era una niña, una niña confundida. ¿Le gusta tentar a los jóvenes, verdad? Son mucho más interesantes que estúpidos retacos como Wineburg. Con sus cuerpos firmes y sus mentes maleables. Las personas como Wineburg y su abogado aquí presente, ellos sólo le sirven por el dinero y la respetabilidad. Pero los que son como Alice, son tan tentadores. Tan deseables.

Selina la miró con aire satisfecho a través de sus gruesas y oscuras pestañas.

—Ella lo era. Disfrutó y fue

disfrutada. No hubo necesidad de atraerla, Dallas. Vino a mí por su propia voluntad.

—Ahora ella está muerta. Tres muertes. Sus acólitos deben haberse puesto nerviosos. —Dijo Eve lanzando una fría sonrisa hacia Trivane. —Supongo.

—El martirio no es algo nuevo, Dallas. Las personas han sido asesinadas por su fe durante siglos. Y la fe sobrevive. Sobreviviremos. Triunfaremos.

Eve saco otra foto, poniéndola de golpe sobre la mesa.

—Él no.

Era Lobar, su cuerpo mutilado delineado por las luces de la escena del crimen. La herida de su garganta, una brecha abierta como en un grito silencioso.

Fue a Trivane a quien Eve vigiló. Sus ojos parpadearon, filtrándose el horror a través de ellos. Su rostro se puso pálido, y su pecho se sacudió con espasmos.

—Él no sobrevivió —dijo Eve con suavidad—, ¿verdad Selina?

—Su muerte se convertirá en un símbolo. No será olvidada.

—¿Pose usted un athame?

—Poseo varios, desde luego.

— ¿Cómo este? —Preguntó mostrándole otra foto, ésta una fotografía de cerca del lado izquierdo del arma clavada en Lobar. La sangre incrustada en la hoja.

—Tengo varios, —repitió Selina—. Es de esperar que alguno se parezca a éste. Pero no reconozco éste en particular.

—Se encontraron alucinógenos en el sistema de Lobar. Usan drogas durante los rituales.

—Hierbas y algunos productos químicos. Todo legal.

—No todo lo que se encontró en el sistema de Lobar se encontraba en la lista de lo legal.

—No soy responsable de las elecciones que hacen otras personas.

—Él estaba con usted la noche en que murió. ¿Tomó drogas?

—Tomó el vino ritual. Si tomó alguna otra cosa, fue sin mi conocimiento.

—Usted tiene condenas previas como traficante.

—Y pague mi deuda con la así llamada sociedad. No tiene nada contra mí, teniente.

—Tengo tres cadáveres. Y los tres estaban relacionados con usted. Tengo un policía muerto, también relacionado con usted. Todo me lleva a usted Selina. Pasó a paso.

—Apartese de mí.

— ¿Ó?—

— ¿Ha sentido alguna vez dolor, Dallas? —La voz de Selina se volvió baja y grave—. ¿Ese dolor que se abre camino a través de su estomago, propagándose como si fuera ácido? Ruegas por un momento de alivio, pero no llega. El dolor se vuelve agonía, y la agonía se vuelve placer. El dolor se vuelve tan intenso, tan atroz que si tuvieras un cuchillo en las manos te sacarías las vísceras para acabar con él.

— ¿Lo haría yo? —dijo Eve serenamente—. ¿Lo haría yo en realidad?

—Le puedo ofrecer eso. Le puedo

ofrecer dolor.

Eve sonrió, con una sonrisa lenta y sin humor.

—Eso podría considerarse como amenaza a un oficial de policía. Y sería suficiente para meterla dentro de una celda mientras su abogado hace las gestiones necesarias para sacarla de ella.

—Perra. —Furiosa por haber sido atrapada tan limpiamente y con tan poco esfuerzo, Selina se levantó de golpe—. No me puede encerrar por eso.

—Claro que puedo. Selina Cross, queda bajo arresto por amenazar verbalmente con daño físico a un oficial



de policía.

Selina fue rápida, pero los reflejos de Eve eran más agudos. Bloqueó el primer golpe cuando Selina se abalanzó con furia contra ella. Pero el segundo rápido ataque la pilló desprevenida, logrando que las letales uñas oscuras de ésta la arañaran a lo largo de la garganta. Olió su sangre y se dio el gustazo de elevar el puño y golpear duramente en la barbilla a Selina.

Los oscuros ojos giraron en sus cuencas y se volvieron vidriosos.

—Parece que tendremos que añadir a los cargos el de resistencia a la autoridad. Parece que va a estar muy

ocupado durante las próximas horas, abogado.

Trivane no había movido ni un músculo. Continuaba sentado, con los ojos clavados en las fotos de las escenas de los crímenes. Cuando Feeney abrió la puerta, un uniformado venía detrás de él, Eve hizo un gesto con la cabeza e indicó

—Arréstela, amenazas verbales y resistencia a la autoridad.

Selina se tambaleó contra Eve cuando ésta la levantó y se la pasó al uniformado. Pero sus ojos se veían despejados y fijos en la cara de Eve, rebosantes de malicia. Comenzó a

hablar suavemente, en un cántico que se elevaba y caía casi musicalmente. Giró la cabeza, mirando sobre sus hombros, mientras el uniformado se la llevaba.

Eve se pasó los dedos por el cuello, haciendo una mueca de disgusto cuando los separó manchados de sangre.

—¿Entendiste algo de lo que decía?

Feeney sacó un pañuelo y se lo pasó.

—Sonaba como latín, algo corrompido. Mi madre me hizo estudiarlo cuando era crío. Tenía la ilusión de que me hiciera sacerdote.

—Mira si puedes sacar algo en claro de las grabaciones. A ver si podemos

ampliar los cargos. Mierda, esto arde. El interrogatorio ha terminado, —concluyó agregando fecha y hora a la grabación—. Trivane, ¿quiere hablar conmigo?—

— ¿Qué?— Él miró hacia arriba, tragó saliva y negó con la cabeza. —Veré a mi cliente, teniente, tan pronto como ella quede anotada como detenida. Estos cargos no se sostendrán.

Eve le enseñó los dedos ensangrentados.

—Oh, ya lo creo que se sostendrán. Eche un buen vistazo, Louis. —Se acercó a él y le puso los dedos bajo la nariz—, quizás la próxima vez sea la suya.

—Veré a mi cliente, — repitió, con la cara tan pálida como la de un muerto mientras salía apresuradamente de la habitación.

—Esa perra está chalada, —comentó Feeney.

—Dime algo que no sepa.

—Te odia a muerte, —dijo con simpatía, feliz de formar pareja de nuevo—. Pero también sabes eso. Me parece que te ha echado un maleficio.

— ¿Huh?

—Una maldición. —Le guiñó un ojo—. Si empiezas a tener dolores de estómago, dímelo. Será el comienzo.

—Aun no. — Murmuró Eve. —Apuesto

por el abogado. Pon un hombre detrás de él, Feeney. No quiero que le pase nada antes de que se quiebre su resistencia. Hubo algo en la forma en que miró la foto de Lobar. Fue como si tuviera un momento de reconocimiento. —Sacudió la cabeza—. No lo perdamos. —Echó un vistazo a su reloj, sonriendo con satisfacción—. Justo a tiempo para mi entrevista con Nadine.

—Deberías dejar que te echaran un vistazo a ese cuello. Se ve mal.

—Más tarde, —dijo asintiendo con la cabeza, mientras se alejaba caminando deprisa. A Nadine no se le escaparía la herida. Ni, pensó Eve, al ojo de la

cámara.

— ¿Qué diablos te ha pasado? —  
Exigió saber Nadine, en cuanto Eve entró en el despacho, dejando de pasearse y apartando la vista de su reloj.

—Un pequeño problema con un interrogatorio. —

—Llegas justo, Dallas, sólo tenemos dos minutos antes de salir al aire. No tienes tiempo para arreglarte.

—Fantástico, saldremos tal y como estamos.

—Analiza el nivel de voz y de luz, —  
le dijo Nadine a la camarógrafa. Sacó un espejo de mano, y se miró en él mientras se sentaba. —Se ve como si hubieras

tenido una pelea de mujeres, unos arañazos muy feos, producto de peligrosas uñas, – añadió.

–Sí, – contestó Eve mientras se apretaba el pañuelo ya manchado sobre la herida. –Alguien que fuera curioso, podría comprobar el registro de los detenidos y obtener alguna información interesante.

Los ojos de Nadine la miraron agudamente.

–Imagino que alguien lo suficientemente curioso podría, – masculló ella–. No has hecho nada con tu pelo.

–Me lo corté



—Quise decir nada constructivo. En  
antena en treinta segundos. ¿Preparada  
Suzanna?

La cámara hizo la señal de todo  
preparado con la mano.

—La sangre fresca queda bien. Ha  
sido un bonito toque.

—Caramba, gracias. —Eve se recostó  
contra el respaldo de la silla y cruzó las  
piernas—. Bueno suéltalo ya, Nadine. Yo  
ya te he dado mi parte.

—Aquí tienes un adelanto. ¿Qué brujo  
blanco local es el hijo del infame  
asesino en serie David Baines Conroy,  
el cual está cumpliendo actualmente  
cinco cadenas perpetuas, sin opción a

libertad condicional, en el Penal de máxima seguridad de la Estación Omega?

– ¿Quién...?

–En cinco, –Nadine comenzó la cuenta atrás con voz dulce, contenta de haber conseguido la total atención de Eve—. Cuatro, tres... –siguió en silencio, contando con los dedos por debajo del nivel de la cámara. En un momento, cambió de expresión mirando fijamente a la cámara con ojos serios—. Buenas tardes, soy Nadine Furst, acompañándolos a esta hora del mediodía con una entrevista exclusiva con la teniente de Homicidios Eve

Dallas en su oficina en la Central de Policía...

Eve se preparó para las preguntas. Conocía al dedillo el estilo de Nadine, demasiado bien como para permitir que la dejara aturdida con la información que había dejado caer segundos antes del momento de la transmisión. Tal como, imaginó, había esperado Nadine. Contestó brevemente y con cuidado, sabiendo que estaba elevando las tasas de audiencia del Canal 75 y de Nadine con cada segundo en el aire.

—El departamento de policía sigue con la creencia de que ambos casos están conectados, tal y como indican las

evidencias. Aunque armas distintas fueron dejadas en las escenas de cada uno de los crímenes, ambas eran de estilo similar.

– ¿Puede describir las armas?

– Sin comentarios.

– Pero fueron cuchillos lo que se usó.

– Fueron instrumentos puntiagudos.

No estoy en libertad de dar más detalles. De hacerlo podría poner en peligro la investigación sobre este punto.

– La segunda víctima. Usted estaba persiguiéndolo en el momento de su muerte. ¿Por qué?

Eve estaba preparada para la pregunta, y había decidido explotarla en

su propio beneficio.

—Thomas Wineburg había indicado que tenía información útil para la investigación.

—¿Qué información?

Ninguna, pensó Eve, pero mantuvo sus ojos inexpresivos.

—No estoy en libertad para divulgar esa información. Sólo puedo decir que hablamos, se puso nervioso y huyó. Yo le perseguí.

—Y fue asesinado.

—Correcto. Huir no le ayudó.

Enojada por qué su director le indicó que se habían pasado de tiempo a través del auricular, Nadine terminó la

entrevista.

—Esta todo bien, ¿Suzanna? —  
Preguntó Nadine, y cuando su operadora  
afirmó con un gesto le indicó que la  
esperara fuera—. Extraoficialmente, —  
comenzó.

—Nope. Dámelo.

—De acuerdo entonces. —Nadine se  
recostó en el asiento, cruzando sus  
hermosas piernas—. Charles Forte tomo  
el apellido de soltera de su madre hace  
doce años, después de que su padre  
fuera condenado por los asesinatos  
rituales de cinco personas. Se creyó que  
pudo haber cometido otros muchos más  
asesinatos, pero no se pudieron probar.

Los cuerpos nunca fueron encontrados.

—Conozco la historia de Conroy. No sabía que tuviera un hijo.

—Fue mantenido en secreto. El Acta de Privacidad. A la familia se la mantuvo fuera. La madre se había divorciado y rehecho su vida algunos años antes de que Baines fuera atrapado. El niño tenía dieciséis años cuando ella lo tomó y se fue. Veintiuno cuando el padre fue atrapado y sometido a juicio. Mis fuentes afirman que el hijo asistió a las vistas del juicio todos los días.

Eve pensó en el pequeño y apocado hombrecillo que ella había visto espiando a Alice. Hijo de un monstruo.

¿Cuánta de esa perversidad se heredaba por la sangre? Pensó en su padre, sintiendo un estremecimiento.

—Agradezco la información. Si consigues algo más, estaré en deuda contigo.

—Sí que lo estaras. He conseguido montones de información de cultos de la ciudad. Ninguna tan dramática como esta, pero que nos pueden llevar a alguna parte. Entretanto, si estabas interrogando a alguien lo suficientemente molesto como para intentar arrancarte la yugular, ¿puedo asumir que tienes un sospechoso.

Eve se estudió las uñas. Imaginó que



muchos habrían dicho que estaba necesitada de una manicura.

—No puedo hacer comentarios. Ya sabes, Nadine, las cámaras no están permitidas abajo, en las celdas.

—Maldita sinvergüenza. Gracias por el soplo, Dallas. Estaremos en contacto.

—Hazlo. —Eve la siguió con la vista mientras Nadine salía del despacho. No tenía ninguna duda de que iría directa a la zona de registro de detenidos. Y Selina Cross vería por fin su nombre emitido en las noticias de la mañana.

Después de todo, decidió, no ha sido una mala mañana.

Haciendo un gesto de dolor, abrió

los cajones de su escritorio deseando encontrar en alguno de ellos un botiquín de primeros auxilios.

# Capítulo Quince

—No llegaré a tiempo a casa. —Eve balanceaba una pierna en el aire mientras hablaba con Roarke y con su ordenador buscaba todos los datos de David Baines Conroy—. ¿Puedes venir a recogerme a eso de las seis? Así podremos llegar a tiempo para la fiesta de la bruja.

Roarke arqueó una elegante ceja.

—Mientras no vayamos en tu coche—. Él frunció el ceño y gesticuló para que avanzara. —Acércate un poco de más a la pantalla. ¿Qué paso ahora?—inquirió él.

— ¿Como “Qué paso ahora”? Estoy ocupada.

—No, tu cuello.

—Oh, Eso—. Ella tocó con sus dedos los arañazos que todavía se veían recientes. Nunca encontraba el botiquín de primeros auxilios. —Sólo una diferencia de opiniones. Gané.

—Naturalmente. Ponte algo en esa herida, teniente. Podría estar allí a eso de las seis y media. Y comeremos en el camino.

—De acuerdo. —¿Comeremos en el camino?—Espera un momento. No lles la limusina.

Él sólo sonrió.

—A las seis y media.

—Lo digo en serio, Roarke, no la traigas —Ella siseó cuando la pantalla se oscureció—. Maldición. —Con un suspiro, se giró de regreso hacia el ordenador.

El CIIAC tendrá datos sobre eso, pensó ella, haciendo un repaso, hasta encontrar todos los datos pertinentes de David Baines Conroy.

Divorciado, un hijo, varón, Charles, nacido el 22 de enero de 2025, custodia otorgada a la madre, Ellen Forte.

Qué gran sorpresa, pensó Eve. Claro, a los asesinos en masa no les conceden por lo general la custodia de sus hijos pequeños,

—Vayamos más a fondo —murmuró—.

Cargos y condenas.

Acusado y condenado, Asesinato en primer grado, tortura hasta la muerte, violación póstuma y descuartizamiento de Doreen Harden, mujer mestiza, 23 años. Cadena perpetua, en instalación de máxima seguridad, sin opción a libertad condicional.

Acusado y condenado, Asesinato en primer grado, violación, tortura hasta la muerte y descuartizamiento de Emma Tangent, mujer negra, 25 años. Cadena perpetua, en instalación de máxima seguridad, sin opción a libertad condicional.

Acusado y condenado, Asesinato en primer grado, sodomía, violación, tortura hasta la muerte y descuartizamiento de Lowell McBride, hombre blanco, 18 años. Cadena perpetua, en instalación de máxima seguridad, sin opción a libertad condicional.

Acusado y condenado, Asesinato en primer grado, violación, tortura hasta la muerte y descuartizamiento de Darla Fitz, Mujer mestiza, 23 años. Cadena perpetua, en instalación de máxima seguridad, sin opción a libertad condicional.

Acusado y condenado, Asesinato en

primer grado, sodomía, violación póstuma, tortura hasta la muerte y descuartizamiento de Martin Savoy, hombre mestizo, 20 años. Cadena perpetua, en instalación de máxima seguridad, sin opción a libertad condicional.

Actualmente cumpliendo condena en el Penal de la Estación Omega

Sospechoso de doce asesinatos adicionales, casos abiertos. Evidencia insuficiente para acusar. Investigadores principales accesibles a petición.

—Lastar investigadores principales, —ordenó Eve y observó como salían los nombres y datos que se iban



desplegando línea a línea—. Mudándose por los alrededores, ¿no es cierto, Conroy? —masculló, al notar que los detectives a cargo estaban desparramados por todo el país.

Ella había sido una adolescente cuando Conroy había aparecido en todas las noticias. Recordaba a arrebatados y llorosos familiares rogando a Conroy que les dijera donde podrían encontrar los restos de sus seres queridos, policías con caras sombrías declarando, y al mismo Conroy, una cara quieta sólo cortada por unos ojos viciosos y oscuros.

Lo habían llamado maligno, recordó.

El Anticristo. Ese fue el término usado una y otra vez para describirlo, tratando, quizás, de diferenciarlo y separarlo del resto de los humanos.

Pero había sido lo suficientemente humano para concebir un niño. Un hijo. Y ahora el hijo estaba en su actual lista de sospechosos. Tal vez, solamente tal vez, se había enfocado implacablemente en Selina Cross.

El hijo fue atraído por el poder, empezó a meditar. ¿La brujería era poder, verdad? Él había conocido al menos a una de las víctimas. Y dos de ellas habían muerto con un cuchillo ritual. Y Conroy había sido muy hábil

con el cuchillo.

Él también aducía haber sido el instrumento de un dios, recordó, repasando los datos. Sí, allí, allí en una de sus confusas declaraciones. Las señaló.

—Audio para escuchar esto.

Buscando. . .

“Soy una fuerza del más allá”. La voz de Conroy canturreaba con una bella dicción, casi musical. La voz del hijo, pensó Eve, era igualmente carismática. “Soy el instrumento del dios de venganza y dolor. Lo que hago en su nombre es grandioso. Temblad ante mí pues nunca seré vencido. Soy la

legión”.

—Tú eres basura, —corrigió Eve. La legión. Cross había usado el mismo término. Interesante... ¿Habrá estado Conroy mezclado con el satanismo?, —se preguntó—, ¿con la brujería? ¿Y si el hijo había sido atraído por las mismas áreas?

¿Exactamente cuánto, —se preguntó—, Charles Forte conocía a qué se dedicaba su padre? ¿Y cómo se sentía acerca de eso?

—Ordenador, Charles Forte de esta ciudad, antes Charles Conroy, hijo de David Baines Conroy, información completa.

Buscando. . .

A medida que la información era expuesta, ella golpeeteaba ligeramente con sus dedos en el escritorio y pensaba. La madre había llevado a su hijo a Nueva York, lo cual quería decir, pensó Eve, que el niño tuvo que viajar de regreso para asistir al juicio. Él había hecho ese esfuerzo, probablemente por encima de las objeciones de su madre. Habría dejado la universidad, en el segundo curso. Estudiaba farmacia. Muy interesante. Graduado como ingeniero químico, trabajó en la clonación y manufactura de drogas. Se había mudado bastantes veces, notó. Como su viejo

querido papá. Luego regreso a Nueva York, como copropietario de Spirit Quest.

Se reclinó, inconscientemente se restregó la herida de su garganta. Ningún matrimonio, ningún hijo, ningún arresto. Tuvo una corazonada.

—Datos médicos.

Charles Forte. Edad 6 años, mano quebrada. Edad 6 años, conmoción cerebral menor, contusión abdominal. Edad 7 años, quemaduras de segundo grado, antebrazo. Edad 7 años, conmoción cerebral y tibia fracturada.

La lista seguía por toda la infancia

como un patrón que hizo que el estómago de Eve se agarrotara.

—Alto. Probabilidad de abuso de menores.

Probabilidad noventa y ocho por ciento.

— ¿Por qué demonios no lo habían ayudado?

Los registros médicos indican terapia brindada en varios hospitales en diversas ciudades en el transcurso de diez años. Ningún registro de investigación solicitada a través de la Agencia Nacional de Prevención contra el Abuso de Menores.

—Idiotas. Idiotas —. Ella se restregó

la cara con sus manos, sobre el centro de su frente donde estaba centrado un fuerte dolor. Se estaba acercando.

—Listar cualquier tratamiento psiquiátrico o cualquier perfil psicológico disponible.

El sujeto entra en la Clínica Miller voluntariamente como paciente externo. Doctor interviniente, Ernest Renfrew desde febrero de 2045 hasta septiembre de 2047. Archivos sellados. No existen más datos.

—De acuerdo, por ahora tengo suficientes datos. Guardar datos, archivo Forte, Charles, caso número 34299—H. Cross—relacionado, Conroy.



Desconectar al terminar.

Ella miró hacia arriba cuando la cabeza de Feeney se asomó por la puerta.

—Cross acaba de salir.

—Bien, era demasiado bueno para que durase.

— ¿Has hecho que alguien echase mirada a esos arañazos?

—Lo haré. ¿Tienes un minuto?

—Claro.

—David Baines Conroy.

Feeney silbó, colocándose cómodamente sobre la esquina de su escritorio.

—Eso es ir para atrás. Bastardo

enfermo. Cortaba en pedazos a sus víctimas una vez que acababa con ellas. Mantenía todos los trozos en refrigeradoras portátiles. Hasta tuvo una caravana, con la que viajaba por los lugares. Predicando.

– ¿Predicando?

– Bueno casi, ese no es exactamente el término. Estableciéndose como una variación del Anticristo. Con montones de mierda acerca de la anarquía, libertad para perseguir placeres carnales, abrir las puertas del Infierno. Ese tipo de cosas. Creo que desplumó a la mayor parte de sus víctimas en el proceso. Acompañantes profesionales

itinerantes. Al menos tres de sus seguidoras lo eran. Las prostitutas siempre han sido presas fáciles para psicópatas.

—Fue declarado competente para ser juzgado.

—Paso las pruebas. Legalmente, él era sano. En realidad, él se deleitaba realmente.

—Tenía familia.

—Sí, sí, así es. —Feeney cerro sus ojos intentando recordar. —Yo todavía trabajaba en Homicidios por entonces, y no había ni un solo policía sobre el planeta que personalmente no estuviera al corriente de ese caso. Nunca hizo

ninguno de esos trabajos aquí, hasta donde sabemos, pero recuerdo que tenía una esposa. Una pequeña y pálida mujer, muy nerviosa. Lo abandonó, antes de que él fuera procesado, me parece. Y había un niño, un muchacho. Espeluznante.

— ¿Por qué?

—Tenía los ojos de un anciano. Excepto que estaban muertos, ¿sabes? Recuerdo pensar que a lo mejor tendríamos que seguirlo algún día. Si seguía los pasos de su padre. Luego se acogieron bajo la protección del Acta de Privacidad, y nadie escuchó algo acerca de ellos otra vez.

—Hasta ahora. —Eve miró fijamente sus ojos—. Voy a ver al hijo de Conroy esta noche. En un coven.

Roarke trajo la limusina. Había estado segura de que lo haría, simplemente para molestarla. Lo que sí la hubiese molestado era que el AutoChef no hubiera estado surtido, con comida italiana.

Eve ya estaba devorando manicotti<sup>13</sup> antes de que cruzaran el puente Jacqueline Onassis. Pero negó con la cabeza al borgoña que él sirvió.

—Estoy de servicio, —dijo con la boca llena.

—Yo no—. Él bebió con pequeños

sorbo, estudiándola. — ¿Por qué no te has encargado de curarte esto? — Preguntó, mientras le rozaba suavemente la garganta con sus dedos.

—He estado muy ocupada.

—Ahora, eso es algo de lo que nos podemos ocupar—. Él sonrió descaradamente cuando ella le miró con ojos desorbitados. —Simplemente era un pensamiento. Me entere de la pequeña conversación que tuviste a solas con Nadine en el camino hasta la Central. Me sorprendí de que estuvieras de acuerdo en eso.

—Fue un intercambio. Obtuve mi parte del trato. —Ella se inclinó hacia

adelante, dando al botón para que subiera el cristal de separación entre ellos y el conductor—. Y mejor te informo antes de que participemos en las festividades de esta noche.

Ella detalló todo lo que había descubierto hasta el momento, mientras probaba una de las dulces, gordas aceitunas rellenas de la bandeja de antipasto.

—Le ha tenido que dejar marcas invisibles—dijo concluyendo.

—¿Los pecados del padre?

—Algunas veces ocurre de ese modo.

Él no dijo nada por un momento.

Ambos tenían razones para sentirse incómodos con esa teoría.

—Tú lo sabes mejor que nadie, teniente, ¿pero no es justamente lo más probable que esas condiciones lo empujaran hacia al lado opuesto?

—Él conoció a Alice, tiene conocimiento de los efectos de los productos químicos. El abuelo de Alice tenía sustancias químicas en su cuerpo, y ella sufría alucinaciones. Las otras dos víctimas fueron asesinadas en rituales. Forte forma parte de un culto. No puedo ignorar la relación.

—A mí no me pareció que fuera un homicida.



Ella miró otra vez la bandeja de entremeses, seleccionando una guindilla adobada.

—Una vez perseguí a un viejecita, para todo el mundo era como la abuelita favorita. Recogía a los gatos perdidos y cocinaba galletas para los niños del barrio. Cultivaba geranios en la repisa de su ventana. —Disfrutando de cada mordisco, Eve escogió otra guindilla—. Había atraído con engaños a media docena de niños a su apartamento, y se alimentaba de sus órganos internos antes de que la apresáramos.

—Encantadora historia—. Dijo Roarke pasando su plato por la ranura para

guardarlo. –Entiendo el punto–. Metió la mano en el bolsillo, cogiendo el amuleto que Isis le había dado la noche anterior, deslizándolo suavemente por el cuello de Eve.

– ¿Por qué me pones esto?

–Se ve mejor en ti que sobre mí.

Ella entrecerró sus ojos hacia él.

–Pamplinas. Estás siendo supersticioso.

–No, no lo soy, –mintió él, colocando el plato de ella en la misma ranura donde había puesto el suyo, luego cambio de posición y empezó a desabotonar la camisa de Eve.

– ¡Eh!, ¿Qué haces?

–Pasar el rato. –Sus manos, ligeras y rápidas, descendieron rápidamente para tomar sus pechos—. Nos llevara una hora llegar allí en coche.

–No voy a tener sexo en el asiento trasero de una limusina, –le dijo. –Esto es...

–Delicioso, – terminó él, reemplazando sus manos con su boca.

Ella se sentía notablemente descansada y relajada cuando la limusina cambió de dirección para introducirse en un estrecho camino vecinal. Los árboles eran abundantes, las estrellas brillaban, y la oscuridad era completa. Había árboles a lo largo

del camino, formando un túnel para pasar bajo ellos. Ella percibió dos puntos dorados destellar, que podrían ser de algún zorro que corriera velozmente entre la carretera y el bosque.

— ¿Feeney y Peabody están todavía detrás de nosotros?

—Hmm—. Murmuró Roarke mientras miraba como metía los pliegues en su camisa dentro de sus pantalones. — Parece que sí. —Te estas colocando eso al revés, —dijo él suavemente, sonriéndole abiertamente.

—Diantres—. Eve luchó, retirando su camisa hacia atrás, sacando sus brazos

totalmente, e hizo otra intentona. —No te muestres tan presumido, solamente fingí que estaba gozando.

—Querida Eve. —Él tomó su mano, besándola—. Eres demasiado buena para mí.

—Si tú lo dices. —Ella se quitó el amuleto, pasándolo sobre su cabeza—. Tú llévalo. —Antes de que él pudiera objetar, ella atrapó su cara con sus manos—. Por favor.

—No crees en él, de todos modos.

—No—. Ella lo introdujo dentro de la camisa de él, acariciándolo —Pero creo que tú sí lo haces. ¿Tu conductor sabe dónde va?

—Las instrucciones de Isis estaban programadas—. Dijo comprobando su reloj. —Según mis cálculos, deberíamos de estar casi allí.

—Me parece como si estuviéramos en medio de ninguna parte, si me preguntas. —Se quedó mirando fijamente hacia el exterior por la ventanilla. No había nada más que oscuridad, árboles, y más oscuridad. —Preferiría estar en mi terreno. Parece mentira que este lugar esté sólo a dos horas en coche desde Nueva York.

—Eres una urbanita.

— ¿Y tú no lo eres?

Él se encogió de hombros.

—El campo es un lugar interesante para visitar por breves períodos de tiempo. La quietud puede hacerte descansar.

—Hace que mis nervios estén de punta—. Cambiaron otra vez de dirección por otra sinuosa carretera. —Y todo se ve igual. No hay... acción, —decidió. — Ahora, si te das un paseo por el Central Park o por el Parque Greenpeace, siempre te toparás con un asaltante, o una cabeza rapada al menos. Tal vez hasta con una prostituta no autorizada, una pareja de pervertidos.

Ella echo una mirada hacia atrás, viendo que él sonreía abiertamente en su

dirección.

– ¿Bien?

– La vida contigo tiene algo más de...  
color.

Ella bufó, azotando suavemente su brazo.

– Sí, todo era gris en tu pequeño mundo antes de que yo llegara. Todo ese vino, mujeres, y dinero. Debe haber sido bastante tedioso.

– El aburrimiento –dijo él en un suspiro–, era indecible. Podría haberme marchitado de si no hubieras tratado de colgarme un asesinato o dos.

– Verdaderamente tu día de suerte –. Ella pudo divisar la tenue luz a través



de los árboles cuando el coche subía por una pendiente bastante pronunciada, llena de baches. —Gracias Señor. Parece que la fiesta está en su apogeo.

—Haz un intento de no burlarte—. Roarke palmeó su rodilla. —Ofenderías a nuestros anfitriones.

—No voy a burlarme—. Dijo ella. —Quiero impresionarlas. No solamente a uno sino a todo el mundo. Y si reconoces alguna cara, házmelo saber —. Ella sacó un dispositivo pequeño de su bolso, y lo deslizó dentro de su bolsillo.

— ¿Una micrograbadora? —Roarke chasqueo su lengua—. Creo que eso es

ilegal. Sin mencionar grosero.

—No sé de que hablas.

—E innecesario, —agregó. Él agito su muñeca, golpeando ligeramente un diminuto botón que había en su reloj. —Esto es mucho más eficiente. Deberías saberlo. Yo fabrico ambas. —Él sonrió mientras el coche estacionaba en el borde de un pequeño claro. —Creo que hemos llegado.

Eve divisó a Isis primero. Era imposible no divisarla. La túnica de un blanco puro que ella llevaba puesta parecía resplandecer dentro de la oscuridad como la luz de la luna. Su pelo pendía largo y suelto. Una banda

dorara con piedras coloreadas rodeaba su frente. Sus pies largos y estrechos estaban descalzos.

—Bendita seas, — dijo y desconcertó a Eve cuando besó sus mejillas. Luego saludó a Roarke de la misma forma, pero se giró de nuevo hacia Eve. —Está herida—. Antes de que Eve pudiera responder, ella colocó sus dedos sobre los arañazos. —Veneno.

— ¿Veneno? —Eve se imaginó las crueles uñas introducidas en algún brebaje de efecto retardado que ahora avanzaba a través de su corriente sanguínea.

—No del veneno físico sino de la

clase espiritual. Siento a Selina aquí. – Sus ojos se quedaron fijos sobre Eve mientras bajaba su mano por el hombro de Eve. –Esto no ocurrirá. Mirium, por favor dé la bienvenida a nuestros otros invitados –. Se giro y habló a una pequeña mujer, cuando el desvencijado coche de Feeney se acercaba por la carretera. –Chas se ocupará de su herida.

–Estoy bien. Veré a un tecnomédico mañana.

–No creo que eso sea necesario. Por favor venga por aquí. Es malsano tener incluso este poco de Selina aquí.

Señaló el camino que había

alrededor del claro. Eve pudo ver un amplio círculo formado por velas blancas. La gente estaba diseminada charlando, reflexionó, como si estuvieran en un cóctel en el centro de la ciudad. Las ropas variaban. Trajes, vestidos, faldas largas y cortas.

Veinte en total, según su cuenta, entre los dieciocho y los ochenta años con una variedad de razas y géneros. No parecían de un tipo específico. Los refrigeradores estaban colocados cerca lo cual, supuso, explicaba por qué varios de los miembros sorbían bebidas. La conversación era apagada, enfatizada solamente por alguna risa ocasional.

Chas se apartó de una mesa plegable para acercarse. Llevaba puesto un simple traje azul y unos suaves zapatos del mismo tono. Sonrió al notar que Eve escudriñaba sospechosamente la mesa.

—Los instrumentos de una bruja —le dijo a ella.

Cuerdas rojas, un cuchillo blanco. Un athame, pensó ella. Vio más velas, un pequeño gong de cobre, un látigo, una espada de plata refulgente, botellas coloreadas, tazones, y tazas.

—Interesante.

—En un ritual antiguo, se requieren herramientas antiguas. Pero se ha hecho daño. —Él avanzo un paso hacia ella, con

su mano extendida, deteniéndose al advertir la mirada de ella. Fría y como en guardia. —Perdóneme. Se ve doloroso.

—Chas es un curandero—. Isis curvó sus labios con desafío. —Considere que es una demostración. Después de todo, ¿no vino usted para observar? Y su compañero lleva protección.

Sí, claro, pensó Eve, sintiendo el peso confortable de su arma, ella avanza.

—De acuerdo, demuéstremelo —. Ella inclinó su cabeza, invitando a Chas a examinar los arañazos.

Sus dedos fueron sorprendentemente

gentiles, sorprendentemente tranquilizadores cuando tocaban su piel dañada. Ella posó sus ojos en los de él, le observó enfocar, luego parpadear.

—Tiene usted suerte, —murmuró—. El resultado no fue equivalente al objetivo. ¿Puede relajar su mente?

La mirada de Chas se elevó de su propia mano, encontrando la mirada de ella.

—La mente y cuerpo son uno, —dijo quedamente con esa voz preciosa. —Uno conduce al otro, uno cicatriza el otro. Déjeme aliviar esto.

Ella pensó que sentía un calor en movimiento que fluía hacia ella, desde



el punto donde sus dedos la tocaban, en su cabeza, bajando a través de su cuerpo, hasta que una somnolencia empezó a llenarla. Se sacudió con fuerza para poder despejarse, le vio sonreír quedamente.

—No la lastimaré.

Él se volvió, tomó una botella color ámbar, la descorchó dejando caer un líquido claro, de perfume floral que frotó en sus manos.

—Éste es un bálsamo, una receta antigua con ingredientes modernos. —Él lo extendió con cuidado, sus dedos siguieron el camino que las uñas de Selina la habían producido. —Cicatrizará

limpiamente, y ya no sentirá ninguna incomodidad.

— ¿Conoce de productos químicos, verdad?

—Éste está hecho a base de hierbas—. Él tomó un pañuelo de su bolsillo, limpiándose sus dedos. —Pero sí, así es.

—Me gustaría hacerles algunas preguntas sobre eso—. Ella esperó un momento, con ojos agudos. —Y acerca de su padre.

Ella vio el golpe que sufrió, porque sus pupilas se dilataron, luego se contrajeron.

Isis dio un paso colocándose entre ellos, mostrando furia en su majestuosa

cara.

—Usted ha sido invitada aquí; Este lugar es sagrado. Usted no tiene ningún derecho.

—Isis. —Chas tocó su brazo—. Ella tiene una misión. Como todos nosotros la tenemos. —Miró a Eve—. Sí, hablaré con usted, cuando lo desee. Pero éste no es el lugar para atraer esa desesperación. La ceremonia está a punto de comenzar.

—No la detendremos.

— ¿Mañana, a las nueve en punto, en Spirit Quest, le parece adecuado?

—Me parece muy bien.

—Excúseme.

— ¿Devuelve siempre usted la bondad con dolor? —demandó Isis en voz baja y furiosa cuando Chas se alejaba. Luego, negando con la cabeza, deliberadamente miro en la dirección de Roarke. —Usted es bienvenido para observar, y esperamos que usted y sus compañeros muestren el apropiado respeto hacia nuestro rito de esta noche. Pero no tiene permiso para estar dentro del círculo mágico.

Cuando ella se fue, Eve introdujo sus manos en los bolsillos.

—Pues bien, ahora tengo a dos brujas enojadas conmigo. —Miró por encima como Peabody se apresuraba llegar a su

lado.

—Es una iniciación, —murmuró Peabody—. Lo supe por aquella magnífica bruja con el traje italiano. — Ella sonrió a través del claro a un hombre con pelo cobrizo y con una sonrisa de un millón de vatios—. Jesús, hace que una mujer considere convertirse.

—Contrólate, Peabody—. Eve inclinó la cabeza hacia Feeney.

—Mi santa madre diría seis rosarios esta noche si supiese dónde estoy —. Él ofreció una amplia sonrisa para cubrir sus nervios. —Maldición, este lugar es espeluznante. No hay aquí nada excepto

mucha oscuridad.

Roarke suspiró, colocando un brazo alrededor de la cintura de Eve.

—Otro cortado con el mismo patrón — se quejó él y se volvió cuando el rito comenzó.

La mujer joven que Isis había llamado Mirium permanecía fuera del círculo de velas y dos hombres la estaban atando y vendando sus ojos. Todo el mundo, salvo los observadores, estaban ahora desnudos. La piel resplandecía, blanca, oscura y dorada, al rayo de la luna. En lo más profundo del bosque las aves nocturnas trinaban armoniosamente.

Eve deslizó una mano dentro de su chaqueta, sintiendo el peso de su arma.

Las cuerdas rojas habían servido para atar a la iniciada, sujetándola. Cuando la cuerda del tobillo era atada, Chas habló.

—Los pies no serán atados ni estarán libres.

Había una alegría inconfundible y reverencia en su voz.

Eve curiosa, observó alrededor del círculo, el ritual inaugural. El estado de ánimo hasta ahora, tenía que admitir, era de felicidad. En lo alto, la luna flotaba, rociando de luz, plateando los árboles. Los búhos ululaban, un sonido extraño

que ondeó a través de su sangre. La desnudez parecía ser ignorada. No había ninguna mirada insegura o astuta como las que hubiera podido verse en cualquier club de sexo en la ciudad.

Chas llevó hacia arriba el athame, haciendo que la mano de Eve se acercara a su propia arma cuando él la sostuvo sobre el corazón de la postulante. Él habló, sus palabras fueron elevándose y cayendo sobre la brisa humeante.

—Tengo dos ofrendas, —contesto Mirium, más tarde—. Amor perfecto y confianza perfecta.

Él sonrió.



—Quienes tienen algo así son doblemente bienvenidos. Te doy una tercera para poder pasar por la puerta del temor.

Él dio el cuchillo al hombre que estaba a su lado, luego besó a Mirium. Como un padre que besaba a su hija; ante este pensamiento Eve, frunció el ceño. Chas paseó alrededor de la postulante, abrazándola, luego amablemente le dio un empujón para que se adentrara en el círculo. Detrás de ellos, el segundo hombre dibujo con la punta del athame en el espacio vacío, como para encerrarlos.

Empezaron a cantar mientras Chas

guiaba a Mirium hacia el círculo; al mismo tiempo a ella la daban vueltas de mano en mano como si fuera juego de niños hasta que se mareo y desorientó. Una campana sonó tres veces.

Chas se arrodilló, orando, luego besó los pies de la postulante, sus rodillas, su abdomen, por encima de su pubis, por sus pechos, hasta sus labios.

Ella había pensado que sería algo sexual, caviló Eve. Pero había sido algo más... cariñoso que sexual.

— ¿Qué piensas? —le murmuro a Roarke.

—Fascinante y poderoso. Religioso.  
—Él deslizó su mano hacia arriba y

cubrió la mano de ella que todavía estaba alrededor de su arma, retirándosela de la misma—. E inofensivo. Sexual, ciertamente, pero un sentido muy equilibrado y respetuoso. Y sí, veo una o dos personas a las que reconozco.

—Querré sus nombres.

Como el rito continuaba, ella distraídamente alzó una mano para restregarse su garganta. Pero sólo encontró la piel lisa, intacta, y sin dolor.

Cuando dejó caer su mano, Chas la miró, encontrando sus ojos. Y sonrió nuevamente.

# Capítulo Dieciséis

El Spirit Quest no estaba abierto al público cuándo Eve llegó con Peabody. Pero Chas estaba allí, esperando en la acera, sorbiendo algo de lo que salía vapor fuera de una taza reciclable.

—Buenos días—El aire acaba de enfriarse lo bastante para haber dado un golpe de color a sus mejillas—Me pregunto si podríamos hablar arriba, en nuestro apartamento, en vez de en la tienda.

—¿Los polizontes son malos para el negocio? —preguntó Eve.

—Bien, podríamos decir que los clientes tempraneros podrían sentirse desconcertados. Y nosotros no abrimos hasta dentro de media hora. Asumo que usted no necesita a Isis

—No por el momento.

—Lo aprecio. Si usted podría, ah, disculparme sólo un momento —Él le lanzó una tímida mirada—Isis prefiere no tener cafeína en casa. Soy débil, —dijo, tomando otro sorbo—Ella sabe que me escabullo cada mañana para alimentar mi adicción y simula que no. Es estúpido, pero nos hace felices.

—Tómese su tiempo. ¿Lo consigue a través de la calle?

—Eso también estaría un poco cerca de casa. Y para ser honesto, el café es asqueroso allí. Hacen una taza decente en la panadería de la esquina —Él bebió un sorbo otra vez con obvio placer—Dejé hace años los cigarrillos, incluso la hierba, pero realmente no puedo prescindir de una taza de café. ¿Disfrutó la ceremonia anoche?

—Fue interesante—Como el aire de la mañana era helado, metió sus manos sin guantes en sus bolsillos. El tráfico, la calle y el aire, comenzaban a atenuarse un poco con la primera prisa de los viajeros interurbanos—. Estaba un poco fresco para correr de un lado a otro

desnudo en el bosque, ¿verdad?

—Sí. Probablemente no realizaremos más ceremonias al aire libre este año. Ciertamente no desnudos. Pero Mirium tenía su corazón puesto en ser iniciada a bruja de primer grado antes de Samhain.

—Samhain.

—Halloween, —dijeron él y Peabody conjuntamente. Ella movió sus pies mientras él se reía de ella—. Free—ager, —masculló ella.

—Ah, hay algunas similitudes básicas—Él terminó su café, dio un paso hacia un depósito de reciclaje, y pulcramente metió la taza en la ranura—Está usted resfriada, oficial.

—Sí, señor —Peabody se sorbió la nariz, resueltamente contuvo un estornudo.

—Tengo algo que debería aliviar eso. Uno de nuestros miembros le reconoció, teniente. Ella dijo que le había hecho una lectura últimamente. En realidad, la noche que Alice murió.

—Eso es correcto.

—Cassandra es muy experta y muy amable, —dijo Chas cuando se puso en marcha hacia las escaleras—Siente que debería haber sido capaz de ver más claro, para decirle que Alice estaba en peligro. Cree que usted lo está— Él hizo una pausa, miró hacia atrás—. Ella



espera que usted todavía lleve la piedra que le dio.

—Está por ahí, en algún sitio.

Él dejó escapar un sonido que podría haber sido un suspiro.

—¿Cómo está su cuello?

—Bien, como nuevo.

—Veo que ha sanado limpiamente.

—Sí, y rápidamente. ¿Qué contenía esa cosa que me puso?

El humor brilló en sus ojos, asombrándola.

—Oh, sólo alguna lengua de murcielago, un poco de ojo de tritón —Él abrió la puerta con un sonido de campanillas repicando—. Por favor

pónganse cómodas. Les traeré algún té para que se calienten ya que estuvieron esperándome.

—No tiene que molestarse.

—No es molestia. Sólo será un momento.

Él se escabulló por una puerta, y Eve se tomó el tiempo para estudiar su residencia.

No la llamaría sencilla. Obviamente un montón de existencias de los estantes de la tienda estaban puestas aquí. Trozos grandes, muchos trozos de cristales decoraban una mesa oval y rodeaban una urna de cobre llena con flores de caída. Una intrincada tapicería colgaba de la

pared arriba de un sofá curvo, azul. Hombres y mujeres, los soles y las lunas, un castillo en llamas arrojando flechas por sus aberturas.

—Los arcanos principales, —dijo Peabody cuando Eve se acercaba para ver mejor. Ella estornudó una vez, violentamente, y sacó un pañuelo—. El Tarot. Se ve viejo, usado.

—Caro, —decidió Eve. Arte como éste no vende a bajo precio.

Había estatuas de peltre esculpidas en piedra lisa. Magos y dragones, perros bicéfalos, mujeres sinuosas con alas delicadas. Otra pared estaba cubierta de símbolos raros, atractivos dentro de sus

salpicaduras de color.

—Del Libro de Kells —Peabody se encogió de hombros ante la mirada curiosa de Eve—. A mi madre le gusta bordar los símbolos en almohadas y muestrarios. Lucen bien. Es un lugar bonito—Y no le producía los escalofríos como el apartamento de Cross—. Es excéntrico, pero agradable.

—El negocio debe ser bueno para que puedan pagar las antigüedades, las estatuas, el arte.

—El negocio va lo suficientemente bien, —dijo Chas cuando regresó con una bandeja cargada con una tetera de cerámica estampada con flores y tazas—.

Y tenía algunos recursos propios antes de que abriésemos.

— ¿Herencia?

—No—Él colocó la bandeja en una mesa circular para café—. Ahorros, inversiones. Los ingenieros químicos están bien pagados.

—Pero usted lo dejó todo al trabajar como comerciante al menudeo.

—Lo dejé, —dijo simplemente—. Estaba descontento con mi trabajo. Estaba descontento con mi vida.

—La terapia no ayudó.

Él encontró sus ojos otra vez, aunque pareció costarle.

—No dolió. Haga el favor de

sentarse. Contestaré a sus preguntas.

—Ella no te puede hacer pasar por esto, Chas—Isis entró silenciosamente en el cuarto como humo. Su vestido hoy era gris, el color de los nubarrones, y formó remolinos alrededor de sus tobillos cuando se movió hacia él—. Tienes derecho a tu privacidad, bajo cualquier ley.

—Puedo insistir que responda a mis preguntas, —corrigió Eve—. Investigo un asesinato. Él, claro, tiene derecho a ser aconsejado.

—No es un abogado lo que necesita, sino paz —Isis giró rápidamente, sus ojos llenos de emoción, y Chas tomó sus

manos, las levantó hacia sus labios, presionó su cara en ellos.

—Tengo paz, —él dijo quedamente—. La tengo. No te preocupes tanto. Tienes que bajar y abrir, y yo tengo que hacer esto.

—Déjame quedarme.

Él negó con la cabeza, y la mirada que intercambiaron hizo a Eve quedarse mirándolos fijamente por la sorpresa. Era lo suficientemente desconcertante especular sobre su relación física, pero lo que vio que pasó entre ellos no fue sexual. Era amor. Era devoción.

Debería haber sido ridículo, el modo que tuvo Isis de inclinarse hacia

abajo, doblar ese cuerpo de diosa para alcanzar sus labios con los suyos. En lugar de eso, era conmovedor.

—Sólo tienes que llamarme, —le dijo ella—. Si me deseas aquí.

—Lo sé—Él le dio a su mano una palmada rápida de amigo íntimo, para hacerla marchar. Ella dirigió a Eve una última mirada de furia apenas controlada y salió.

—Dudo que hubiese sobrevivido sin ella, —dijo Chas clavando los ojos en la puerta—. Usted es una mujer fuerte, teniente. Sería difícil para usted entender esa clase de necesidad, de dependencia.



Antes habría estado de acuerdo.  
Ahora no estaba tan segura.

—Me gustaría anotar esta conversación, Sr. Forte.

—Sí, por supuesto—Él se sentó, y cuando Peabody encendió su grabadora, mecánicamente vertió el té. Él escuchó sin echar un vistazo cuando Eve recitó la advertencia tradicional.

—¿Entiende usted sus derechos y sus obligaciones?

—Sí. ¿Quiere edulcorante?

Ella miró hacia su té con un poco de impaciencia. Olió con recelo lo que él insistió en servirle.

—No.

—He añadido un poco de miel al suyo, oficial —dijo, sonriendo dulcemente a Peabody—. Y un poco de... algo más. Pienso que lo encontrará calmante.

—Huele bastante bien—Peabody cautelosa, bebió un sorbo, saboreó, y sonrió—. Gracias.

— ¿Cuándo fue la última vez que vio a su padre?

Atrapado con la guardia baja por la brusquedad de la pregunta de Eve, Chas alzó la vista rápidamente. La mano que sostenía su taza se estremeció una sola vez, violentamente.

—El día que fue sentenciado. Fui al juicio y los vi llevárselo. Lo metieron en

una celda, lo encerraron y cerraron la puerta de su vida.

– ¿Y cómo se siente acerca de eso?

–Avergonzado. Aliviado.

Desesperadamente infeliz. O quizá solamente desesperado. Él era mi padre—Chas tomó un largo trago de té, como algunos hombres podrían tomar un trago de whisky—. Le odiaba con todo mi corazón, toda mi alma

– ¿Porqué asesinó?

–Porque era mi padre. Dañe a mi madre profundamente insistiendo en asistir al juicio. Pero ella estaba demasiado maltratada emocionalmente para detenerme de hacer lo que escogí.

Ella nunca pudo detenerlo, tampoco. Aunque le abandonó, eventualmente. Me llevó y lo dejó, lo cual fue, pienso, fué una sorpresa para todos nosotros.

Él miró fijamente abajo hacia su taza, como si contemplara el patrón de las hojas del fondo.

—La odié, también, mucho, por un tiempo larguísimo. El odio puede definir a una persona, ¿no cree, teniente? O puede deformarla en una forma horrible.

— ¿Es eso lo que le sucedió?

—Casi. La nuestra no era una casa feliz. Usted no sabe qué esperar de quien tuvo a alguien como mi padre dominándolo. Sospecha que podría ser

como él— —La voz sensual de Chas permaneció tranquila. Pero sus ojos se arremolinaban llenos de emociones.

Eran los ojos lo que uno observa durante la entrevista, pensó Eve. Las palabras a menudo no significaban nada.

— ¿Lo es usted?

—“La sangre cuenta”. ¿Lo dijo Shakespeare? —Sacudió un poco la cabeza—. No estoy realmente seguro. ¿Pero no es con lo que todos los niños viven, y temen, pase lo que pase a sus padres, que la sangre cuenta?

Ella vivía con eso, lo temía, pero no podía permitirse dejarse influenciar por

eso.

– ¿Qué tan fuertemente influyó en su vida?

–No pudo haber sido más fuerte. Usted es una investigadora eficiente, Teniente. Estoy seguro que ha estudiado los expedientes de esas fechas, se ha agenciado los discos, los ha observado. Usted ha visto a un hombre carismático, espantoso. Un hombre que se consideraba por encima de la ley, de todas las leyes. Aquella clase de arrogancia acerada es en sí misma irresistible.

–El mal puede ser irresistible para algunos.

—Sí—Sus labios se torcieron sin humor—Usted sabrá eso, por su trabajo.

Él no era un hombre con el que usted pudiera luchar..., en un nivel físico o emocional. Él es fuerte. Muy fuerte.

Chas cerró sus ojos un momento, volviendo a vivir lo que luchaba constantemente por olvidar—Tuve miedo de poder parecerme a él, pensé en devolver el regalo más precioso que me habían dado. La vida.

—¿Usted intentó suicidarse?

—Nunca lo intenté, sólo lo planeé. La primera vez, tenía diez años de edad — Él sorbió té otra vez, determinado a calmarse a sí mismo. — ¿Puede

imaginarse usted a un niño de diez años considerando cuidadosamente el suicidio?

Sí, podía, demasiado bien. Incluso había sido más joven cuando lo había considerado cuidadosamente. — ¿Abusó de usted?

—El abuso es un término tan débil, ¿no lo cree? Él me golpeaba. Nunca parecía estar furioso cuando lo hacía. Él sólo arremetía en mi contra en momentos inesperados, rompiendo un hueso, levantando un puño, con la calma ausente que otro hombre podría mostrar mientras chasquea lejos una mosca—.

Apretó su puño en su rodilla.



Deliberadamente, Chas abrió su mano, y extendió sus dedos— Él golpeaba como un tiburón, rápido y en absoluto silencio. No hubo nunca una advertencia, nunca un indicio. Mi vida, mi dolor, dependían totalmente de su capricho. He tenido mi tiempo en el Infierno, —dijo él suavemente, casi como una oración.

— ¿Nadie le ayudó? —preguntó Eve.  
¿Nadie intentó intervenir?

—Nunca permanecemos en un lugar mucho tiempo, y no tuvimos permiso para hacer conocidos o amistades. Él afirmaba que tenía que extender la palabra. Y que me rompería un hueso,

levantaría un puño, luego me haría entrar a un centro de tratamiento él mismo. Un padre preocupado

– ¿No le dijo a nadie?

– Él era mi padre, esa era mi vida – Chas levantó sus manos, las dejó caer. – ¿A quién debía decírselo?

Ella tampoco se lo dijo a nadie, pensó Eve. Ni habría tenido alguien para decírselo.

– Y bastante tiempo le creí cuándo dijo que sólo era eso— Los ojos de Chas vacilaron— Y ciertamente creí cuándo me dijo que sentiría un dolor terrible y un castigo terrible si dijese cualquier cosa. Yo tenía trece años cuando me

sodomizó por primera vez. Esto era un ritual, me dijo, cuando ató mis manos y lloré. Un rito de paso. El sexo era la vida. Era necesario tomarlo. Él me tomaría durante el viaje como era su deber y su derecho.

Él recogió la tetera del té, lo vertió, y lo dejó a un lado pulcramente —No sé si fue violación. No luché. No le rogué que se detuviera. Simplemente gemí y me sometí.

—Fue violación, —dijo Peabody, y su voz estaba muy tranquila.

—Bueno. —Él encontró que no podía beber el té que acababa de verter, pero levantó la taza, sosteniéndola— No le

dije a nadie. Incluso años más tarde cuando le tuvieron en una celda, no se lo dije a la policía. No creí que lo encerrarían. Simplemente no creí que podrían. Él era demasiado fuerte, demasiado poderoso, y además la sangre en sus manos pareció sumarse a eso. Por raro que parezca, fue el sexo lo que empujó a mi madre a tomarme, y llevarme. No la violencia, no el niño con huesos rotos o incluso las muertes que pienso que sabía que él había causado. Fue la vista de él arrodillándose sobre mí en su altar, con las velas negras encendidas. Él no la vio, pero yo lo hice. Vi su cara cuando

entró en el cuarto. Me dejó allí, le dejó acabar conmigo, y esa noche cuando salió a divertirse, huimos.

—Y aún así ella no fue a la policía.

—No —Él miró a Eve— Sé que cree que si hubiese ido, podrían haberse salvado esas vidas. Pero el miedo es una emoción muy personal. La supervivencia era su único objetivo. Cuando le arrestaron, fui al juicio, cada día. Estaba seguro de que él lo detendría de alguna manera. Incluso cuando dijeron que lo encerrarían en prisión, todavía no lo creía. Borré su nombre, y traté de deslizarme en la normalidad. Tomé un trabajo que me interesó, para el

cual tenía un poco de talento. Y me permití no acercarme a nadie. Había una rabia en mí. Yo veía una cara y la odiaba porque era feliz. O estaba triste. Odié a todos ellos por su existencia no oscurecida. Y como mi padre, no permanecí en un lugar mucho tiempo. Y cuando me encontré considerando el suicidio otra vez con mucha calma y seriedad, tuve el suficiente miedo como para buscar ayuda —

Él pudo sonreír otra vez— Fue, aunque no me di cuenta entonces, el comienzo para mí, el principio para mí, tomando aquel paso, permitiéndome decir lo indecible. Aprendí a aceptar mi

propia inocencia, y perdonar a mi madre. Pero la rabia estaba todavía allí, este nudo duro, secreto dentro de mí. Entonces encontré a Isis

—A través de su interés en lo oculto,  
—notó Eve.

—Por mi estudio de él, como parte de mi terapia—Él bebió su té ahora, y sus labios se curvaron —Estaba enojado y fui grosero. La religión de cualquier tipo era una abominación para mí, y detesté lo que ella sostenía. Ella era tan hermosa, tan llena de la luz. La odié por esto. Me desafió a ir a una ceremonia, para observar como usted hizo anoche. Preferí pensar en mí como en un

científico. Yo iría, pensé, demostraría que no había nada en su fe excepto viejas palabras repetidas por tontos. Tal como no hubo nada en el credo de mi padre excepto una excusa para lastimar y dominar. Me mantuve lejos, separado, cínico y, en secreto, enfurecido. Los odié por su simplicidad y su devoción. ¿No había visto yo las mismas expresiones en las caras de aquellos que se habían reunido para escuchar a mi padre hablar? No quise hacer nada con eso, con ellos, sino que me retire. Tres veces volví y miré, y aunque yo no lo supiera, había comenzado a sanarme. Y una noche, en Alban Eilir, el



Equinoccio de Primavera, Isis me invitó a su casa. Cuando estábamos solos, me dijo que me había reconocido. Me aterroricé. Había hecho tanto para sepultar todo eso, todo de él. Ella dijo que no había querido decir en esta vida, aunque podía ver en sus ojos que sabía. Sabía quién era yo, de donde había venido. Me dijo que yo tenía una gran capacidad para la sanación, y que lo descubriría una vez que yo me hubiese sanado. Entonces me sedujo.

Él lanzó una risa corta, y en ella había gran calor

—Imagine mi sorpresa cuándo esta bella mujer me condujo a su cama. Fui

como un cachorro, mitad impaciente, mitad aterrorizado. Fue la primera mujer que tuve, y la única con la que he estado. Y durante la noche del Equinoccio de Primavera, aquel nudo duro, secreto dentro de mí comenzó a disolverse.

—Ella me ama. Y el milagro de esto me hizo creer en otros milagros. Me convertí en wiccano, me abracé y fui abrazado por el oficio. Aprendí a sanarme a mí mismo y a otros. La única persona que alguna vez he dañado en mi vida he sido yo. Pero entiendo mejor que Isis, con toda su perspicacia, lo atractivo de la violencia, del egoísmo, de la reverencia a otro maestro.

Eve le creyó, incluso cuando su propio pasado estuviera reflejado en lo que él decía como para que confiara en sus instintos

—Usted ha hecho un gran esfuerzo para borrar su conexión con su padre.

— ¿No lo haría usted?

— ¿Lo supo Alice?

—Alice era la inocencia. Era la juventud. No había ningún David Baines Conroy en su vida. Hasta Selina Cross.

—Y Cross es una mujer inteligente y rencorosa. Si ella hubiera descubierto su secreto, podría haber usado a Alice, y a otros, chantajearle. ¿Los miembros de su culto confiarían en usted si supieran su

historia?

—Ya que eso no ha sido nunca probado, no tengo la respuesta. Preferiría, ciertamente, continuar con mi privacidad —

—Y durante la noche que mataron a Alice, usted estaba aquí. Solo con Isis.

—Sí, y estábamos aquí, solos, la noche que mataron a Lobar. Usted sabe que en el último asesinato, estaba otra vez con Isis. Y sí —Él sonrió ligeramente—No dudo que mentiría por mí. Pero mientras que ella viviría con el hijo de un asesino, nunca viviría con un asesino. Va en contra de todo lo que es,  
—Ella le ama.

—Sí.

—Y usted la ama.

—Sí—Él parpadeó, y el horror llenó sus ojos— Usted no puede creer que ella formara parte de ninguna cosa, más allá del hecho de que amó a Alice, cuidó de ella como una madre lo haría con un niño enfermo. Es incapaz de dañar a nadie—

—Sr. Forte, todo el mundo es capaz.

—No piensas que él esté involucrado,  
—dijo Peabody cuando comenzaron a bajar las escaleras exteriores.

—Hay una historia de comportamiento aberrante en su familia. Él tiene un experto conocimiento en

productos químicos, incluso alucinógenos y hierbas. No tiene coartada para ninguno de los incidentes. Tuvo que ver con Alice, lo bastante estrechamente para que ella pudiese haber tropezado con el secreto que ha estado escondiendo durante años, y que expuesto, podría destruir su culto—

Hizo una pausa, tamborileando con los dedos sobre el pasamanos cuando repasó su lista mental.

—Él tiene una buena razón para odiar a Selina Cross y a sus miembros, para desear castigarles pues él no podría castigar a su padre. Estaba cerca cuando Wineburg comenzó a quebrarse, y

habría podido fácilmente dar un rodeo y matarle. Eso le da motivo y oportunidad, con sus antecedentes, y el potencial para el comportamiento violento

? Él se ha hecho una vida decente después de una infancia de pesadilla, — protestó Peabody— No puedes condenarlo por lo que hizo su padre?

Eve miró fijamente hacia la calle y luchó contra sus propios demonios

?No lo condeno a él, Peabody, investigo cada posibilidad. Considera eso —Eve se volvió hacia Peabody—. Si Alice lo supo, y se lo dijo a Frank, La reacción de éste muy bien podría haber

sido exigirle que rompiera esa relación. Es probable, si seguimos esta línea de especulación, que se encarara con Forte él mismo, amenazándole con exponerlo si no rompía su influencia. Él estaba en Homicidios cuando Conroy fue apresado, y sabría y habría recordado cada asqueroso detalle.

—Sí, pero....

—Y Alice se fue a otro lugar. Continuó trabajando medio tiempo para Isis, pero ya no vivió aquí. ¿Por qué se mudó, lejos de aquí, a no ser que tuviera miedo?

—No sé, —admitió Peabody.

—Y no podemos preguntarle —Eve



giró, volviendo a bajar las escaleras, luego juró cuando vio al muchacho apoyándose en su vehículo— Pues bien, demonios.

Bajó a zancadas, directamente hacia Jamie

—Saca tu trasero de mi capó. Éste es un vehículo oficial.

—Un pedazo oficial de mierda, — corrigió él con una rápida sonrisa descarada— La ciudad le pone a los polis un montón de basura reciclada. Una detective de alto perfil como usted debería tener uno mejor

—Le diré al jefe lo que dijiste la próxima vez que esté lo vea. ¿Qué haces

tú aquí?—

—Sólo paseaba —Su sonrisa destelló otra vez—. Y evadí a la sombra que usted me puso. Él es bueno —Jamie metió sus pulgares en sus bolsillos— Yo soy mejor.

— ¿Por qué no estás en la escuela?

No se moleste en telefonear a la Brigada Anti—Novillos, teniente, es sábado.

¿Cómo diablos se suponía que le seguiría la pista?

— ¿Entonces por qué no estás aterrorizando en uno de los centros comerciales aéreos, como un delincuente normal?

Su sonrisa se extendió

—Odio los centros comerciales aéreos. Son tan anticuados. Estuvo usted en el canal 75.

— ¿Viniste para pedirme un autógrafo?

—Podría firmarlo en un vale de crédito. Yo podría equipar este cacharro suyo y hacer de él algo genial. —Él miró delante de ella hacia la tienda—. Tengo una buena vista de la bruja, a través del cristal. Ella tiene muchos clientes hoy.

Eva echó un vistazo atrás, notando a los clientes que merodeaban adentro.

—La viste antes—

—Sí, en el tiempo en que perseguí a Alice—

— ¿Alguna vez viste algo de interés?

—No. Todo el mundo lleva siempre puestas las ropas allí dentro —Él movió sus cejas— Uno tiene que mantener la esperanza. Estudié sobre Wicca. Les gustan mucho los desnudos. Ví a la bruja principal sacar a un tipo a patadas fuera de la tienda una vez.

— ¿De veras?— Eve se dio la vuelta para apoyarse en el capó. — ¿Por qué?

—No podría decirlo, pero ella estaba muy enojada. Podía ver que estaban peleando, y pensé que ella iba a darle una paliza. Especialmente cuando él la apartó de un empujón.

—Él la apartó de un empujón—

—Sí. Pensé en entrar entonces, aunque ella era muchísimo más grande que él. De todos modos, Ningún tipo logrará nada empujando a las mujeres. Pero lo que ella dijo le hizo retroceder. Directamente hacia puerta. Y se marchó deprisa.

— ¿Qué te pareció él?

—Un lechuguino flacucho. Un par de años mayor que yo. Pelo negro largo y con puntas rojas. Cara larga, con los incisivos en colmillos. Los ojos rojos. Tez blanca. Vestido de cuero negro ajustado, sin camisa; un par de tatuajes, pero estaba lejos para distinguirlos.

Sonrió a Eve sombríamente.

– ¿Le resulta familiar, no es cierto? La última vez que le vi, no se veía tan llamativo.

Lobar, pensó Eve, intercambiando una mirada con Peabody. El muchacho había dado una descripción completa y casi profesional.

– ¿Y cuándo fue eso? ¿Cuándo viste el incidente?

–El día... –su voz se quebró un poco, entonces se aclaró la garganta–, el día antes de que Alice muriese.

– ¿Y qué hizo Isis después de sacar a Lobar?

–Hizo una llamada. Algunos minutos más tarde el lechuguino con quien vive

vino a la carrera. Hablaron unos minutos, realmente intensos, luego ella puso el cartel de Cerrado y entraron en la trastienda. La fastidié completamente, —agregó— pude haber seguido al tipo de cuero.

—Debes dejar de seguir a las personas, Jamie. Se dan cuenta y tienden a molestarse.

—Las personas a quienes sigo no se dan cuenta. Soy demasiado bueno.

—Pensaste que eras bueno como allanador de moradas, también, —le recordó ella secamente y observó como se sonrojaba.

—Eso fue diferente. Mire usted, el

tipo que fue apuñalado, estaba justo allí, mirando a Alice. Tiene que estar relacionado con ella, con ese asqueroso Lobar, y tengo derecho a saberlo.

Ella se enderezó.

— ¿Estás demandando un estado de mi investigación?—

—Sí, sí, correcto. —Hizo girar sus ojos hacia arriba—. ¿Cuál es el estado de su investigación?

—En curso, —dijo brevemente, luego sacudió con fuerza su pulgar—. Ahora, lárgate.

—Tengo derecho a saber, —insistió él—. Los sobrevivientes de las víctimas, y todo eso.



—Eres el nieto de un poli, —le recordó Eve—. Sabes que no voy a decirte nada. Y eres un menor de edad. No tengo que decirte nada. Ahora, vete a jugar en alguna otra parte, niño, antes de que le diga a Peabody que te expulse por callejear.

Los músculos de su mandíbula se apretaron y saltaron

—No soy un niño. Y si usted no encuentra al asesino de Alice, entonces lo haré yo.

Eve agarró su brazo por sobre la chaqueta antes de que él pudiera largarse.

—No cruces la línea, —dijo

calmadamente. Acercó su cara, obligándolo a mirarle directamente a los ojos—. Quieres justicia, la obtendrás. Por Dios que lo conseguiré para ti. Si quieres venganza, te lanzaré dentro de una celda. Recuerda lo qué hizo Frank, y lo que fue de tu hermana, y luego piensa detenidamente todo eso otra vez. Ahora, lárgate de aquí.

—Los quería —Él sacudió su brazo libre, pero no antes de que ella viera las lágrimas en sus ojos—. A la mierda con su justicia. Y a la mierda con usted.

Ella le dejó irse porque, aunque las palabras habían sido las de un adulto, las lágrimas habían sido las de un niño.

—El niño está dolido, —murmuró Peabody.

—Lo sé, —dijo ella—. Síguelo, sólo para asegurarte de que no se mete en ningún problema. Dale treinta minutos, hasta que se calme, entonces dame tu localización. Te recogeré.

—¿Vas a hablar con Isis?

—Sí, voy a ver lo que ella y Lobar se dijeron el uno al otro. Ah, y Peabody, cuida tus pasos. Jamie es un niño inteligente. Si se lo hizo a uno de los hombres de Roarke, probablemente te lo hará a ti.

Peabody sonrió.

—Creo que puedo lograr seguir a un

niño por unas cuantas cuadras,

Confiando en su ayudante para mantener a Jamie fuera de problemas, Eve caminó hacia el Spirit Quest. El aire allí olía a incienso y a la cera perfumada derretida de docenas de velas. El sol de octubre era fuerte y brillaba a través de los prismas colgantes como disparos de colores.

La mirada que le dirigió Isis no coincidía con esa exótica bienvenida.

— ¿Ha terminado con Chas, teniente?

— Por ahora. Me gustaría que me dedicara algunos minutos.

Isis se dio vuelta para contestar una pregunta de un cliente sobre una mezcla

de hierbas para realzar la memoria— Remójelo durante cinco minutos, —Isis le dijo. Luego filtrelo. Tendrá que beberlo diariamente durante al menos una semana. Si esto no ayuda, me avisa— Ella volvió la espalda a Eve— Como usted puede ver, éste es un mal momento—

—Me daré prisa. Sólo tengo curiosidad acerca de la visita que hizo Lobar acá, unos días antes de que él terminase con su garganta acuchillada.

Había bajado la voz, pero había dejado su intención clara. Hablarían, en privado o en público. El lugar dependía de Isis.

—No creo que la haya juzgado mal, —dijo Isis quedamente—, pero usted me hace dudar de mí —hizo señas a una mujer joven que Eve reconoció del rito de iniciación—. Jane atenderá a los clientes —dijo Isis cuando comenzó a ir hacia la trastienda—, pero no quiero dejarla mucho rato. Es muy nueva en el trabajo de la tienda.

—La remplazante de Alice.

Los ojos de Isis llamearon.

—Nadie podría reemplazar a Alice.

Ella entró en lo que parecía ser una combinación de oficina y despensa. En los estantes plásticos reforzados había gárgolas, velas, depósitos sellados con

hierbas secas, botellas claras taponadas llenas con líquidos de diversas tonalidades.

En el pequeño escritorio había una computadora muy moderna y eficiente y el sistema de comunicación

—Un equipo muy impresionante, — Eve comentó—. Muy moderno.

—No evitamos la tecnología, teniendo. Nos adaptamos, y usamos lo que está a nuestra disposición. Eso siempre ha sido así —señaló una silla con un alto y tallado respaldo, tomó otra para ella, con apoyabrazos con forma de como alas—. Usted dijo que sería rápido. Pero primero tengo que saber si tiene la

intención de dejar a Chas en paz.

—Mi prioridad es cerrar un caso, no la paz mental de un sospechoso.

— ¿Cómo puede sospechar de él? — sus manos se crisparon alrededor del apoyabrazos mientras se inclinaba hacia adelante—. Usted, de todas las personas, sabe lo que él ha superado.

—Si su pasado es relevante...

— ¿Y el suyo? —Exigió Isis—. ¿El hecho de que usted sobrevivió a una pesadilla es un crédito o un perjuicio para usted?

—Mi pasado es cosa mía, —dijo Eve llanamente—, y usted no sabe nada sobre él.



—Lo que viene a mí, entra en pantallazos e impresiones. Más fuerte en algunos casos que en otros. Sé que usted sufrió y era inocente. Lo mismo que Chas lo es. Sé que lleva cicatrices y abriga dudas. Como él lo hace. Sé que lucha por hacer las paces consigo misma. Y veo un cuarto.

Su voz cambió, se hizo más profunda, lo mismo que sus ojos

—Un pequeño, frío cuarto cobierto por una sucia luz roja. Y una niña, maltratada y sangrante, acurrucada en una esquina. El dolor es indecible, más allá de la resistencia. Y veo a un hombre. Está cubierto de sangre. Su cara

está...

—Alto —el corazón de Eve estaba martilleando, sofocándola. Por un momento, había regresado allí, con esa niña que se había arrastrado gimoteando a una esquina, con sangre manchándole las manos—. Maldita sea.

—Lo siento —Isis levantó una mano para apoyarla sobre su propio su corazón, y tembló—. Lo siento mucho. Esa no es forma de comportarme. Dejé que la cólera asumiera el control —cerró apretadamente los ojos—. Lo siento mucho.

# Capítulo Diecisiete

Eve se bamboleó en la silla. No había espacio suficiente en la habitación, para que pudiera caminar de un lado a otro y así tratar de que se evaporara la mierda que tenía en su memoria.

—Soy consciente, —comenzó fríamente, —de que tienes lo que comúnmente se llama Habilidad Psíquica Intensificada. La HPI continúa siendo estudiada. Ahora mismo tengo un informe en mi escritorio. Así que tienes un talento, Isis. Felicidades. Ahora,

expulsa este infierno que tengo en mi cabeza.

—Lo haré —la compasión nadaba en sus ojos y no podía ser expulsada. Ella había visto mucho más de lo que había esperado o pensado—. Sólo puedo disculparme otra vez. Una parte de mí quiso lastimarte. No lo controlé.

—Debe ser duro controlarlo cuando estas enfadada o amenazada. Cuando ves una debilidad y puedes sacar provecho de ella.

Isis tomó inspiró lentamente. Su sistema estaba todavía afectado, no sólo por lo que ella había visto, sino que también por lo que había hecho.

—No es mi estilo. Está en contra de mis creencias. No causaré daño. — Levantó sus manos para secarse con los dedos la humedad de sus ojos—. Contestaré a tus preguntas. Querías saber algo sobre Lobar.

—Te vieron riñendo con él aquí en la tienda, el día antes de que Alice muriera.

— ¿Me vieron? —recobró la compostura, escudándose con ella—. Siempre es un error creer que estás completamente solo. Sí, estuvo aquí. Sí, tuvimos unas palabras.

— ¿Acerca de qué?

—Concretamente sobre Alice. Era un

joven mal informado, lleno de un peligroso engreimiento. Se creía poderoso. Y no lo era.

– ¿Alice no estaba aquí? ¿No estaba trabajando ese día?

–No. Le dije que pasara todo el tiempo que pudiera con su familia, conectándose con ellos otra vez después de la muerte de su abuelo. Esa fue la razón principal para animarla a que se fuera de aquí y venir yo en su lugar. Le pedí que no viniera durante unos días. Lobar creyó que ella estaría aquí. No creo que le enviaran, sino que vino por su cuenta. Tal vez para probarse a sí mismo.

—Y discutisteis.

—Sí. Dijo que ella no se podría esconder, que nunca escaparía. Había infringido la ley, la ley de Cross y de aquéllos que la siguen y la consienten. Dijo que sus castigos serían la tortura, el dolor y la muerte.

—Amenazó su vida y no me dijiste nada. Estuve aquí antes, y te pregunté.

—No, no te lo dije. Consideré que no era nada más que un choque de voluntades, la suya contra la mía. No era nada más que un peón. No requería mi HPI para intuir eso. Sólo quería contrariarme, probar su superioridad. Su forma de proceder fue describirme,

gráficamente, lo que le había hecho sexualmente a Alice —hizo otra inspiración—. Y me contó que cuando mi poder fuera doblegado, él sería el primero en meterme mano. Luego me dijo lo que tenía intención de hacer y cuánto lo disfrutaría. Me invitó a que probara en ese momento alguno de sus muchos talentos, a fin de que viera cuánto más hombre era él que Chas. Me reí de él.

— ¿Te atacó?

—Me empujó. Estaba enfadado. Yo lo empujé deliberadamente a eso. Entonces usé un antiguo hechizo —dijo con un golpecito de su mano—. Lo que



podrías llamar un hechizo espejo o boomerang, para que lo que él me estaba enviando —toda la oscuridad, la violencia y el odio— se reflejaran en él, y cuando fuera reflejado, acrecentado —mostró una pequeña sonrisa—. Salió muy rápidamente y muy asustado. No regresó.

—¿Tuviste miedo?

—Sí, a un nivel físico, lo tuve.

—Llamaste a Forte.

—Es mi pareja —Isis levantó la barbilla—. No tengo secretos con él, y dependo de él.

—Se enfadó.

—No —sosteniéndole la mirada, negó

con la cabeza—. Pero sí se preocupó. Lanzamos un círculo, realizamos un rito de protección y purificación. Estábamos contentos. Debería haberlo visto, —continuó, con la pena rielando en su voz—. Debería haber visto que Alice era su meta. El orgullo me hizo creer que se volverían contra mí, que no se atreverían a meterse con ella mientras estaba bajo mi protección. Tal vez no fui tan honesta contigo como debería haberlo sido, Dallas, porque si mi orgullo no me hubiera cegado, sé que Alice todavía podría estar viva.

La culpa estaba allí, decidió Eve, cuando se marchó para recoger a

Peabody. Y la culpabilidad podía conducir a un desquite. Frank y Alice habían sido asesinados con un método diferente al que habían utilizado con Lobar y Wineburg. Las muertes estaban conectadas, estaba segura, pero la conexión no quería decir que todas habían sido producidas por la misma mano.

Quería regresar a la Central y ejecutar un examen de probabilidades. Ahora tenía bastantes datos para realizarlo. Y si los números la avalaban, podía ir a Whitney y pedir un equipo de refuerzo para realizar una vigilancia veinticuatro horas al día, siete días a la

semana, en ambos grupos de sospechosos.

Maldito presupuesto, pensó mientras lidiaba con el tráfico. Necesitaría un índice de probabilidad alto para tener suerte y conseguir tiempo, dinero y un equipo. Peabody y Feeney no eran suficientes para un seguimiento de veinticuatro horas que incluiría a todo el mundo involucrado.

Incluiría a Jaime, pensó. El chico buscaba problemas. Ella creía que era lo bastante listo como para encontrarlos.

Peabody saltó dentro cuando Eve se acercó al bordillo entre la Séptima y la Cuarenta y siete. Al otro lado de la

acera, el ruido alborotador y de potencia estruendosa de un antro de realidad virtual se derramaba a través de la puerta abierta. Iba en contra de la ordenanza de contaminación acústica de medio ambiente, pero Eve creía que los propietarios estarían dispuestos a arriesgarse a pagar una multa o dos con tal de atraer a los turistas y a los aburridos.

— ¿Él está allí dentro?

— Si señora —Peabody miró esperanzadoramente el vapor que salía de una parrilla ambulante. Podía oler las hamburguesas de soja fresca y las patatas fritas. El almuerzo estaba lo

bastante cercano como para hacer que su estomago ansiara y su corazón sucumbiera al pensamiento de afrontar una repugnante sopa en la cantina en la Central. ¿Te importa si cojo algo de ese carrito?

Eve lanzó una exasperada mirada fuera de la ventanilla.

— ¿No estarás insinuando que te estás muriendo de hambre, de frío o algo parecido?

— Jamás afirmarí­a eso, —Peabody inspiró profundamente—. De cualquier manera, me siento en plena forma. Ese té hizo su trabajo.

— Sí, sí. Hazlo rápido, y cómelo en el

camino.

– ¿Quieres algo? –preguntó Peabody por sobre su hombro cuando salía del coche.

–No. Cógelo rápido y pongámonos en movimiento.

Drogas, sexo, Satán y poder, caviló Eve ¿Una guerra religiosa? ¿No había peleado la humanidad y se había matado debido a las creencias, desde el inicio de los tiempos? Los animales luchaban por el territorio; las personas también luchaban por el territorio. Y por ganar, por la pasión, por las creencias. Por puro gusto.

Mataban, pensó, siempre por las

mismas razones.

—He traído dos de todo, —anunció Peabody y colocó la alargada bandeja llena de comida entre los dos asientos. — Por si acaso. Si no lo quieres, seguramente podré meterme todo eso. Es la primera vez en dos días que tengo apetito.

Ella mordió la cargada hamburguesa mientras Eve esperaba detenida en un semáforo.

—El chico me llevó la delantera en casi todo el camino. Anduvo como un loco a lo largo de diez calles, cogió un tranvía en la zona alta de la ciudad y se bajó al llegar a la zona oeste. Y



hablando de apetito. Paró en un carrito en la Sexta y se agenció dos perritos calientes y una gran cesta de patatas fritas. En otra calle se acercó a otro para conseguir un refresco de naranja, que es, en lo personal, mi favorito. Antes de entrar al antro de realidad virtual, paró a la de este tipo para conseguir tres barritas de caramelo.

—Está en edad de desarrollo, —Eve hizo ese comentario y salió disparada como una bala cuando vio una pequeña abertura en el tráfico. Las bocinas bramaron en señal de protesta—. Mientras esté comiendo esa basura y jugando con la realidad virtual,

permanecerá fuera de problemas.

Entre los gritos de alegría y los silbidos de la galería, Jaime desdeñó con sarcasmo los hologramas que luchaban en su pantalla de juego. En cambio escuchó la conversación que tenía lugar en el interior del coche de Eve, cortesía de su audífono, el dispositivo del micro de la grabadora y de la posición en el que lo había plantado.

Bravo, había valido la pena el riesgo, decidió, jugando con los controles del juego de realidad virtual con su mente puesta en otro sitio. Por supuesto, no había resultado demasiado

desafío. Nó sólo la patrulla sólo era un montón de basura rodante, sino que su sistema de seguridad era insignificante. Al menos cuando se enfrentaba con un maestro de la electrónica.

Dallas no le diría lo que pasaba, pensó desagradablemente y destruyó el holograma de un matón urbano. Él simplemente vigilaría las cosas a su manera. Y haría con lo que descubriera lo que la pareciera.

Quienquiera que hubiera matado a su hermana mejor que se preparara para morir.

Eve ejecutó el programa de probabilidades con resultados diversos.

El ordenador estaba de acuerdo, en un noventa y seis por ciento, en que los cuatro casos estaban relacionados. Sin embargo los números descartaban diez proposiciones introducidas en cuanto a los diferentes posibles asesinos.

Charles Forte acumuló una gran cantidad de puntos, igual que Selina Cross. Pero con Alban, continuaba tropezando con insuficientes datos.

Frustrada, dio un telefonazo a Feeney.

—He obtenido algunos datos que quiero que te descargues. Para que estudies las probabilidades. ¿Podrías ver si puedes hacer algo con los

números?

Él frunció la frente.

— ¿Los quieres por encima o por debajo?

Ella se rió, negando con la cabeza.

—Los quiero más altos, pero creíbles. Puede que se me esté escapando algo.

—Mándalo para arriba, les echaré un vistazo.

—Gracias. Hay algo distinto ahí. Me encuentro con espacios vacíos cuando intento tener acceso a un personaje llamado Alban. El tipo está en sus treinta. Tiene que haber más sobre él. No obtengo nada sobre su educación,

historial medico, ni historia familiar. No hay registro criminal, ni siquiera estacionar en zonas prohibidas. Mi opinión es que ha borrado sus datos.

—Se necesita mucho talento y mucho dinero para borrar esos datos. Siempre queda algo en algún sitio.

Ella pensó en Roarke, y en los, sospechosamente, limitados datos en sus registros. Bien, él tenía mucho talento, se recordó. Y mucho dinero.

—Pensé que si alguien podía encontrar cualquier cosa...

—Eso es, halágame, chica. —Le guiñó un ojo. —Te veré después.

—Gracias, Feeney.

– ¿Ese era Feeney? –Mavis brincó dentro, literalmente, como una fresca ráfaga de viento, en movimiento, con unos zapatos de amarillo neón—. Diablos, desconectaste. Quería hablar con él.

Eve se pasó la lengua por los dientes. Mavis iba vestida con el clásico estilo Mavis. Su pelo hacía juego con sus zapatos de lona e hizo que le ardieran los ojos. Lo traía peinado en una masa espiral de rizos que brotaba para todos lados. Sus flojos pantalones, que parecían hechos de caucho lustrado, quedaban bastante por debajo de la piedra roja que destellaba en su

ombbligo, y abrazaban cada una de sus curvas. Su blusa, si podía llamársele así, era una banda ajustada de material, que hacía juego con los pantalones y que apenas le cubría los pechos.

Encima de todo eso llevaba puesto un guardapolvo de paño transparente.

— ¿Alguien ha tratado de arrestarte al entrar?

—No, pero creo que el sargento que hay detrás del escritorio ha tenido un orgasmo. —Mavis agitó sus pestañas verde esmeralda y se dejó caer en la silla—. ¿A que es un conjunto genial? Recién salido del tablero de diseño de Leonardo ¿Estás lista?



– ¿Lista? ¿Para qué?

–Tenemos cita en el salón. Trina te la dio. Dejé el mensaje en tu unidad. Dos veces –entrecerró los ojos mirando a Eve–. No me digas que no lo escuchaste, porque sé que lo hiciste. Lo apuntaste en tu agenda.

Lo apunté en mi agenda, recordó Eve  
Y lo ignoré.

–Mavis, no tengo tiempo de jugar a peluqueras.

–Hoy no has almorzado. Le pregunté al sargento de detrás del escritorio, –dijo Mavis con satisfacción–antes de su orgasmo. Puedes comer mientras Trina te pone en

forma.

—No quiero ser puesta en forma.

—No sería tan malo si no te hubieras cortado tú misma, otra vez —Mavis se levantó y cogió la chaqueta de Eve—. Lo mejor que puedes hacer es venirte calladita, porque voy a seguir acosándote. Sal de la oficina para el almuerzo, tómate una hora. Estarás de regreso y protegiendo nuestra ciudad a la una y media.

Porque era más fácil que discutir, Eve le quitó la chaqueta y se la colocó por encima de los hombros.

—Sólo el pelo. No quiero que ella me ponga en la cara toda esa masa pastosa.

—Dallas, relájate —Mavis comenzó a sacarla fuera—. Disfruta de ser una chica.

Eve miró su agenda electrónica para señalar la hora, observando la ropa de caucho de Mavis mientras ésta la arrastraba.

—No creo que eso signifique para ti lo mismo que significa para mí.

Tal vez fueron los vapores —las pociones, lociones, aceites, tintes y lacas, tan típicas de los salones de belleza— pero Eve encontró la inspiración allí tumbada en su silla de tratamiento.

No estaba segura de cómo habían conseguido que se quitase la ropa,

sometiéndose a la indignidad de que le aceptaran el cuerpo, el masaje facial, la manosearan y la masajearan. Había logrado ponerse firme cuando el debate había girado hacia los tatuajes temporales y las perforaciones cutáneas.

Por otra parte, ella era un rehén, sin posibilidad de opinar, con el pelo cubierto de una crema que parecía semen, en la que Trina tenía una fe ciega. Internamente, admitía que estaba profundamente aterrorizada de Trina con sus tijeras chasqueantes y su pasta asquerosa. Por eso cerró los ojos durante todo el proceso, para no imaginarse a sí misma emergiendo

viéndose como un clon de Trina, con con rizos color fucsia y pechos como torpedos.

—Ha sido demasiado tiempo. —La sermoneó Trina. —Te lo dije, necesitas tratamientos regulares. Tienes todo lo básico, pero si no lo realzas, pierdes brillo. Si fueras una cliente habitual, no llevaría tanto tiempo remozarte.

No quería ser remozada, pensó Eve. Simplemente quería quedarse sola. Suprimió un estremecimiento cuando sintió zumbir algo alrededor de sus ojos. Estaban maquillando su cara, se recordó a si misma y luchó para calmarse. Trina no le tatuaba una cara

sonriente en la frente.

—Tengo que regresar. Tengo trabajo.

—No me daré prisa. La magia lleva su tiempo.

Magia, pensó Eve y puso los ojos en blanco, haciendo que Trina siseara.

Parecía que todo el mundo estaba obsesionado con la magia.

Frunció el ceño, escuchando el gorjeo feliz de Mavis, acerca de un nuevo brillo para el cuerpo, que le daba a la piel un incandescente color oro. — Está en esta revista, Trina. Me he propuesto probarlo en todo el cuerpo. A Leonardo le va a encantar.

—Es temporal, y comestible. Ahora

hay seis sabores en el mercado. El de albaricoque es el más popular.

Pociones y lociones, pensaba Eve. Humo y espejos. Ritos y ceremonias. Entreabrió los ojos y vio a Mavis y a Trina agachadas sobre un frasco de líquido color oro. Mavis con su pelo de neón, pensó con un extraño afecto, Trina con sus rizos rosados.

Extrañas hermanas.

Extrañas hermanas, pensó otra vez y se enderezó. Trina dejó escapar otro siseo.

—Échate atrás, Dallas. Te faltan dos minutos.

—Mavis, dijiste que solías engañar

con tus poderes psíquicos.

—Cierto. —Mavis onduló hacia ella sus uñas recién pintadas de neón. —La señora Electra lo ve todo, lo conoce todo. O Ariel, la vidente de espíritus compungidos. —Agachando la cabeza, logró verse frágil y desamparada. —Calculo que realicé aproximadamente seis timos con ese tema.

— ¿Podrías darte cuenta si alguien que estuviera haciendo el mismo timo?

—Carajo, ¿estas bromeando? Desde tres bloques de distancia, con parasoles encima.

—Eras buena, —consideró Eve. —nunca te vi en acción, pero eras buena en



lo demás.

—Tú me descubriste.

—Yo soy mejor —Eve le lanzó una sonrisa y tocó la pasta que cubría su cara. —Escucha; hay un lugar que podrías inspeccionar para mí, —comenzó, cuando Trina se le echó encima y la tumbó de un empujón de vuelta a la postura horizontal. —Las dos, —agregó, atisbando a Trina.

—Oye, ¿Es un asunto oficial?

—Tal vez.

—Fantástico, —le dijo y empujó hacia atrás a Eve, hacia el lavabo, para enjuagarla.

—Podrían darse una vuelta —dijo

cerrando los ojos fuertemente cuando el agua la inundó—. Ver si pueden hacer que la dependiente, se llama Jane, hable. Quiero un informe detallado. No suelen contárselo todo a los policías.

— ¿Quién lo hace? —quiso saber Trina.

—Quiero impresiones —continuó Eve— interésense por las hierbas, la expansión mental, las pociones de amor, potenciadores sexuales. Consoladores.

— ¿Ilegales? —No le llevó a Mavis mucho tiempo caer en la cuenta— ¿Crees que podrían estar negociando?

—Es una posibilidad que necesito confirmar o eliminar. Ustedes podrían

descubrir rápidamente cualquier secreto. O cualquier timo. Si son los clientes los que les pagan tanto dinero. Si están estafando con alguna otra cosa. El dinero tiene que venir de alguna parte.

—Esto puede ser interesante, Mavis —sonrió Trina abiertamente—. Tú y yo, un par de detectives. Como Sherlock y Dr. Jekyll.

—Bueno. Aunque yo creía que era el Dr. Holmes.

Eve cerró los ojos otra vez.

Deben de ser los vapores, decidió.

Cuando llegó a casa, Mavis y Trina estaban allí, entreteniendo a Roarke con sus proezas. Eve cogió en brazos al gato

y siguió el rastro de la risa.

—Compré esta loción para vivir al límite, —decía Trina. —Se supone que saca a luz al animal que hay en el hombre. Les gustan las feromonas. —Colocó un largo brazo bajo la nariz de Roarke. — ¿Qué es lo que sientes?

—Si no estuviera casado con una mujer que lleva un arma, yo...—Se recostó completamente, sonriendo. —Hola querida.

—Puedes terminar el pensamiento, —le dijo Eve y se deshizo de Galahad en su regazo.

—Esperaré a que estés desarmada.

—Dallas, es así, tan decente. —Dijo

Mavis, apareciendo, mientras ondeaba su vaso de vino para que el pajizo líquido ondulara por el borde. —No puedo esperar a llegar a casa y enseñárselo a Leonardo. Pero Trina y yo, quisimos coger algo de comida, ya sabes, y venir directamente de visita, para traer el informe. Debes ver todas las cosas que hemos comprado.

Comenzó a bucear en una de las muchas bolsas que llevaban el logotipo Spirit Quest. Eve intentó no gemir y agarró el brazo de Mavis.

—Cuéntamelo ahora, más tarde me lo enseñas. He debido de perder la cabeza, por mandarlas a las dos allí dentro. Te

lo digo, —dijo girándose hacia Roarke—; son los vapores de esos lugares. Es eso lo que hace que las personas se sienten allí y se dejen afeitar, pintar y agujerear.

Los ojos de él se oscurecieron brevemente.

—¿Agujerear? ¿Dónde, exactamente?

—Oh, ella no consintió que le hiciera un trabajo en el pezón —Trina ondeó una mano—. Me dijo que me acribillaría si me acercaba con el perforador.

—Buena chica, —murmuró Roarke— estoy orgulloso de que consiguieras refrenarte.

Como la cabeza le empezaba a doler, Eve se sirvió un vaso de vino.

– ¿Las dos hicisteis algo más, aparte de gastaros vuestros créditos?

–Hicimos nuestras lecturas. –Le dijo Mavis– Auténticamente genial. Tengo alma de aventurera, y mi habitual narcisismo se ha visto desequilibrado por un corazón generoso.

Eve no la podía ayudar; Se rió.

–No tienes que ser psíquica para percibir eso, Mavis. Solamente tienes que tener ojos. Entraste vestida así, ¿Verdad?

Mavis balanceó en el aire sus zapatos de lona, color neón.

–Efectivamente. Jane, la empleada, fue muy útil, parecía conocer bien sus

hierbas. Trina y yo creemos que fue sincera, ¿cierto?

—Jane fue sincera, —Estuvo de acuerdo Trina, seriamente—. Un poco tonta. Podría arreglarla con un par de sesiones. Unos pocos cosméticos, algún trabajo corporal. Ahora, la diosa, difícilmente pueda mejorarse a alguien como ella.

—Isis —Eve se puso derecha. —¿estaba allí?

—Salió de la parte de atrás mientras estábamos con nuestros asuntos sobre hierbas. —Comenzó Mavis—Yo estaba diciendo que necesitaba algo para mejorar mi nivel de rendimiento;



estimulé mi vena teatral. Mira, cuando estas con un timador, es mejor hacerse el crédulo si quieres que él haga trampas. Si lo haces bien, él es más charlatán.

—Yo andaba buscando material sexual —Trina sonrió insinuándose—. Cosas para atraer a los hombres, para elevar el rendimiento sexual. Y le dije que tenía un trabajo de mucha tensión. Que me hacía sentir así todo el tiempo y con los nervios de punta. Y sobre los mostradores no encontraba nada para mí. Así que pensé que a lo mejor tenían algo más fuerte, y no me importaba el costo.

—Tenían montones de mezclas. —  
Mavis retomó la historia—, no vi nada fuera de lo normal. El hecho es que ella nos dijo que las drogas no eran la respuesta. Que lo que necesitábamos era un método natural. Como el holístico.

—La medicina holística —Agregó Trina—. Insistimos, le ofrecimos dinero y efectos personales, pero ella no se dejó sobornar. O supongo que esa sería la impresión que quería dar.

—La Reina Amazona entró en la parte de atrás —Mavis continuó con la historia—. Regresó con esta mezcla —Su pelo voló cuando se giró hacia su bolsa de la compra, lanzando un saco más

pequeño hacía Eve—. Dijo que lo debía probar, que no me iba a cobrar. Quiere que le haga saber si funcionó. Puedes probar a analizarlo, pero yo diría que está limpio.

— ¿Quién te hizo la lectura?

— Isis. No parecía muy vivaz cuando entró. — Mavis inclinó su vaso. — Estuvimos observando todo atentamente mientras actuábamos haciéndonos las tontas. Entre ooes y aaes hicimos acopio de los productos.

Eve desvió su mirada hacía las bolsas con las compras

— Veo que actuasteis a conciencia.

— Me gustaron las cosas— Mavis

sonrió abiertamente, sin remordimientos. Luego RA, ya sabes, la Reina Amazona, sacó de dentro esto. Puse mis ojos en una bola de cristal, una verde. ¿Cómo le llamó a esto, Trina?

—Turma—algo.

—Turmalina —le facilitó Roarke.

—Eso es, correcto. Turmalina. Ella me lo aconsejó, dijo que era para relajarse, para serenarse, y que si quería más energía, debía decidirme por una naranja.

— ¿Eran más caras? Asumió Eve.

—No, más baratos. Mucho más baratos. Me dijo que el verde no era para mí. Pensó que a lo mejor tenía un

amigo que pudiera usarlo, alguien que estuviera cerca de mí y acumulara demasiada tensión nerviosa. Pero que debería escogerlo por sí misma, cuando estuviera preparada.

Eve gruñó, frunciendo el ceño.

—Nos dio consejos. Muchos. Dijo que se alegraba de que hubiéramos entrado. Que había necesitado energía positiva. No nos iba a cobrar por los consejos. Me gustó, Dallas. No tenía los ojos de timadora.

—De acuerdo, gracias. Revisaré el paquete. —Una manera de ganar dinero, meditó Eve, era que los clientes volvieran. Y una manera segura de que

volvieran era hacerlos adictos.

—Conseguimos hacerlo. —Mavis se levantó recogiendo sus bolsas. —Compré esta vela para el amor. Quiero ver si surte efecto. Te veré el martes por la noche.

— ¿El martes?

—Mavis dio un ligero golpe con sus zapatos de lona con plataforma.

—Nuestra fiesta de Noche de Brujas, Dallas. Dijiste que ibas a venir.

—Debía estar borracha.

—No, no lo estabas. A las nueve en punto, en nuestro sitio. Viene todo el mundo. Hasta convencí a Feeney. Ya lo verás.

—Tomate un respiro —Le aconsejó Trina cuando se marchaba—. Y ven disfrazada.

—No en esta vida, —masculló Eve—. Bien —hizo rebotar en su mano la pequeña bolsa de hojas y semillas. — Esto ha sido una perdida de tiempo monumental.

—Pasaron un buen rato. Y tú te sentirás mejor una vez que hayas analizado esa mezcla.

—Supongo. No llego a ningún sitio. — Colocó el saquito en la mesa. —Continúo dando vueltas equivocadas. Lo puedo sentir.

—Se suele poner bastante malo y

normalmente consigues solucionarlo. – Se inclinó hacia adelante, colocó las manos en sus hombros y comenzó a darle un masaje—. Mavis tiene un amigo íntimo que tiene alrededor demasiada tensión. –Trabajó en los nudos de sus músculos. – ¿Me pregunto quién podrá ser?

–Cállate.

Él se rió entre dientes y besó su nuca.

–Hueles maravillosamente.

–Es que la tonta de Trina, me embadurnó toda.

–Lo mencionó. Dijo que yo lo disfrutaría. –Inhaló otra vez sobre su



cuello, haciéndola reír entre dientes—. Y lo hago. También dijo que logró sujetarte a la fuerza para un tratamiento de todo el cuerpo. Debo prestar particular atención a tu parte de atrás.

—Efectivamente lo hizo. Trató de convencerme para que me dejara poner un tatuaje temporal de una rosa en mi nalga derecha. —Comenzó a suspirar, luego se irguió de golpe, agarrando su culo. —Jesús del cielo, me tuvo sobre la mesa durante diez minutos. No creerás que ella me lo hizo furtivamente.

Roarke levantó una ceja, luego sonrió lentamente cuando se levantó.

—Tendré que hacer mi trabajo de

investigación.

# Capítulo Dieciocho

Ella tenía un capullo de rosa en su trasero, y no estaba contenta. De pie, desnuda en el cuarto de baño, Eve ajustó el espejo hasta que pudo echarle un buen vistazo.

—Creo que podría arrestarla por esto —masculó ella.

— ¿Decorando el trasero de un policía sin permiso? —sugirió Roarke mientras entraba—. ¿Reproducción criminal de imágenes florales?

—Estás disfrutando mucho con esto, ¿verdad? —De mal humor, Eve descolgó

una prenda de la percha con un tirón.

—Querida Eve, creo que anoche dejé perfectamente claro que estaba a tu lado en el asunto. ¿Acaso no lo hice lo mejor que pude para dejarlo claro?

Ella no reiría, obligándose a morderse la lengua con fuerza. No había nada divertido en eso.

—Tengo que conseguir alguna solución o algo. Lo que haga falta para quitarlo.

— ¿Qué prisa tienes? Es bastante... dulce.

— ¿Y qué ocurrirá si tengo que ingresar por culpa de una infección? ¿O si necesito ducharme o cambiarme en la

comisaría? ¿Tienes idea de la clase de problemas que podría acarrearle un tatuaje en el trasero?

Él deslizó sus brazos alrededor de ella, lo suficientemente astuto como para abarcar más espacio por debajo que por encima de la prenda.

—Hoy no trabajas.

—Voy a ir. He de comprobar mi equipo, ver si Feeney me ha enviado algún dato.

—No habrá ninguna diferencia si lo haces el lunes por la mañana. Tenemos el día libre.

—Para hacer, ¿qué?

Él solamente sonrió, deslizando sus

manos hacia abajo para acariciar el capullo de rosa.

– ¿No acabamos de hacer “eso”?

–Podríamos repetir –meditó él–, pero puede esperar un poco. ¿Por qué no nos pasamos el día holgazaneando en la piscina?

¿Holgazanear en la piscina? Sonaba bastante apetecible.

–Bueno, tal vez...

–En Martinica. No te molestes en hacer equipaje –le dijo él, plantando un rápido beso en la boca de ella–. No necesitas nada más que lo que llevas puesto.

Ella pasó el día en Martinica,

luciendo nada más que una sonrisa y un capullo de rosa. Debido a eso era por lo que el lunes por la mañana se arrastraba un poco más de lo normal en ella.

—Pareces cansada, teniente — Peabody sacó una bolsa y colocó dos donuts frescos de crema sobre el escritorio. Todavía estaba asombrada por el hecho de que hubiese conseguido atravesar la sala de detenciones sin que los sabuesos los hubiesen olfateado—. Y algo bronceada —La miró con más atención—. ¿Has tomado rayos?

—No. Solamente tomé un poco el sol ayer, eso es todo.

—Llovió todo el día.

—No donde yo estuve —masculó Eve, llenándose la boca de bollería—. Tengo un abanico de probabilidades para mostrarle al comandante. Feeney ha trabajado sobre algunos datos y todavía no tenemos mucho pero voy a solicitar una vigilancia durante todo el día sobre los principales sospechosos.

—Supongo que no quieres conocer mi cálculo de probabilidades de que lo consigas. Esta mañana hubo follón en la oficina con respecto al exceso de horas extra.

—Que se jodan. No es un exceso si es necesario. Whitney podría negociarlo con el jefe... y el jefe podría negociarlo



con el alcalde. Tenemos entre manos dos casos importantes de homicidio, generando muchísima atención en los medios de comunicación. Necesitamos gente para cerrarlos y calmar los ánimos.

Peabody arriesgó una sonrisa.

—Estás apostando fuerte.

—Tal vez —Ella soltó un bufido—. Si las probabilidades fuesen un poco más altas, yo no tendría que apostar tan fuerte. Hay demasiadas personas involucradas; ese es el problema. —Levantando sus manos, presionó los dedos contra sus ojos—. Tenemos que comprobar a cada miembro de ambos

cultos. Alrededor de doscientas personas. Aunque eliminásemos a la mitad de acuerdo con nuestros datos y sus perfiles, aún tendríamos a cien para cotejar sus coartadas

—Días de trabajo —reconoció Peabody—. Probablemente el comandante concederá un par de agentes de uniforme para llamar a las puertas, e ir haciendo limpieza de los que obviamente no están involucrados.

—No estoy segura de que exista nadie obviamente no involucrado —Eve se levantó de su escritorio—. Se necesita más de una persona para transportar el cuerpo de Lobar, envolverle y atarle tal

como estaba. Y se necesita un vehículo.

—Ninguno de los sospechosos principales posee un vehículo lo bastante grande para transportar y ocultar el cuerpo y el pentagrama.

—Tal vez alguno de los miembros sí lo posee. Hemos de comprobar los nombres en la base de datos de tráfico. Si eso falla, empezaremos con los alquileres y con los vehículos robados durante la noche del asesinato —Se echó el cabello hacia atrás—. Casi parece como si quien fuese que se deshiciese de él, hubiera cogido un vehículo de alguno de esos lotes a largo plazo, y nadie se hubiese dado cuenta.

– ¿Lo comprobamos de todas maneras?

–Sí, lo investigaremos. Tal vez Feeney pueda prescindir de alguien de la División de Detección Electrónica para que haga parte del trabajo sucio. Mientras tanto, tú ve comenzando, y yo iré a suplicarle al comandante. –Ella pulsó el botón de su comunicador cuando empezó a sonar—. Dallas, Homicidios.

–Necesito hablar con usted.

– ¿Louis?

Eve enarcó una ceja.

–Si desea hablar acerca los cargos contra su cliente respecto a su

resistencia a la autoridad, hable con la oficina del fiscal.

—Necesito hablar con usted —repitió él, y ella observó como él alzaba su mano a la boca y empezaba a roer su perfecta manicura—. A solas. En privado. Tan pronto como sea posible.

Ella bajó una mano, haciendo señales a Peabody para que se apartase y se mantuviese fuera de la vista.

—¿Sobre qué?

—No puedo decirle nada por esta línea. Estoy empleando mi unidad de bolsillo, e incluso esto es arriesgado. Necesito que se encuentre conmigo.

—Venga aquí.

—No, no, pueden estar siguiéndome. No lo sé. No puedo estar seguro. He de ser cauteloso.

¿Había notado a la persona que Feeney había asignado para su seguimiento, o solamente estaba siendo paranoico?

— ¿Quién podría estar siguiéndole?

—Debemos vernos —insistió él—. En mi club. El Luxury en Park. Nivel cinco. Dejaré su nombre en la entrada.

—Déme algún incentivo, Louis. Estoy a tope de trabajo aquí.

—Creo... creo que he presenciado un asesinato. Solamente usted, Eve. No hablaré con nadie más. Asegúrese de

que no la sigan. Dése prisa.

Eve frunció sus labios hacia la pantalla en blanco.

—Bueno, eso es un incentivo. Creo que hemos encontrado una grieta, Peabody. Mira a ver si puedes hablar con Feeney y conseguir un par de manos extra de la División de Detección Electrónica.

—No vas a encontrarte con él a solas —protestó Peabody cuando Eve cogió su bolsa.

—Puedo encargarme de un abogado asustado —Eve se inclinó y comprobó el arma sujeto a su tobillo—. En todo caso, tenemos un hombre fuera del club. Y voy

a dejar mi comunicador encendido.  
Manténte a la escucha.

—Sí, señor. Cuida tu espalda.

La quinta planta del club Luxury tenía veinte suites privadas para el uso de los miembros. Encuentros de índole profesional o privada se producían allí. Cada suite estaba decorada individualmente representando una época distinta, y todas contenían un completo centro de comunicaciones y diversión.

Se podían celebrar fiestas, a lo grande o íntimas. El departamento de catering estaba al nivel de una ciudad preocupada a menudo por la comida y la



bebida. Acompañantes autorizados estaban disponibles a través del conserje mediante un pequeño cargo adicional.

Louis siempre reservaba la suite 5—C. Disfrutaba con la opulencia del estilo del siglo XVIII francés, con su énfasis en la decoración. Las ricas telas de la tapicería en las sillas de respaldos curvos y los divanes de terciopelo colmaban su amor por la textura. Gozaba con los cortinajes gruesos y oscuros, las borlas de oro, el brillo dorado de los espejos de cuerpo entero. Se había divertido con su esposa, así como también con un amplio surtido de

amantes, en la ancha y alta cama con dosel.

Le gustaba ese período por haber encarnado el hedonismo, la intemperancia, y una devoción para con los placeres terrenales.

La realeza había dominado y había actuado a su antojo. ¿Y acaso el arte no había florecido? Si los campesinos habían muerto de hambre fuera de esas privilegiadas paredes, era simplemente un reflejo en la sociedad de la selección natural existente en la naturaleza. Los pocos elegidos habían vivido sus vidas a tope.

Y aquí, en mitad de Manhattan,

trescientos años más tarde, él podría disfrutar los frutos de su indulgencia.

Pero ahora no los disfrutaba. Se paseaba arriba y abajo, bebiendo whisky con tragos rápidos y bruscos. El terror perlaba su frente como un rocío que se negaba a ser enjugado. Tenía el estómago crispado y el corazón brincaba en su pecho.

Había presenciado un asesinato. Estaba casi seguro de ello. Había sido tan nebuloso, tan irreal, como un programa de realidad virtual cuyos elementos no encajasen del todo.

La habitación secreta, el humo, las voces El cuarto secreto, el humo, las

voces —incluida la suya propia— alzándose con el cántico. El sabor, que aún permanecía en la lengua, del vino, cálido y contaminado.

Era tan familiar, una parte de su vida desde hacía tres años. Se había unido al culto porque creía en sus principios básicos de placer, y había disfrutado de los rituales: los trajes, las máscaras, las palabras repetidas mientras las velas se consumían en charcos de cera negra.

Y el sexo había sido increíble.

Pero algo ocurrió. Se encontró obsesionado con las reuniones, deseando ardientemente ese primer trago profundo del vino ceremonial. Y ahí

estaban los apagones, los huecos en su memoria. Se sentía aturdido y lento para poder concentrarse a la mañana siguiente de un rito.

Recientemente, había encontrado sangre desecada bajo sus uñas y no podía recordar cómo había llegado allí.

Pero ahora lo estaba consiguiendo. Las fotos de la escena del crimen que Eve le había mostrado habían abierto algo en su mente. Y ese algo se estaba llenando con conmoción y horror. Las imágenes se arremolinaban tras sus ojos. El humo girando, las voces cantando. La piel brillante por el sexo, los gemidos y gruñidos provocados por las fieras

cópulas. El cabello negro y húmedo balanceándose, las huesudas caderas empujando.

Después el chorro de sangre, saliendo a borbotones como si fuese un grito final de liberación sexual.

Selina con su sonrisa fiera, felina, el cuchillo goteando en su mano. Lobar – Dios, había sido Lobar– deslizándose del altar, su garganta boqueando en un intento de gritar.

Asesinato. Nerviosamente, abrió bruscamente un poco los gruesos cortinajes, atisbando la calle con sus aterrorizados ojos. Había presenciado un sacrificio de sangre, y no de una

cabra. De un hombre.

¿Había sumergido sus dedos en esa garganta abierta? ¿Los había deslizado por sus labios para saborear la sangre fresca? ¿Había realizado algo tan aborrecible?

Dios mío, querido Dios, ¿hubo otros? ¿Otras noches, otros sacrificios? ¿Había podido ser testigo y haberlo limpiado de su mente?

Él era un hombre civilizado, se dijo Louis a sí mismo mientras volvía los cortinajes a su lugar con un tirón. Era un esposo y un padre. Era un abogado respetado. No era un cómplice de asesinato. No podía serlo.

Con el aliento agitándose, se sirvió más whisky, mirándose fijamente en uno de los recargados espejos. Vio a un hombre que no había dormido, no había comido ni había visto a su familia desde hacía días.

Tenía miedo de dormir. Las imágenes podrían venir con más claridad durante el sueño. Tenía miedo de comer, seguro de que la comida se atascaría en su garganta y le mataría.

Y estaba mortalmente asustado por su familia.

Wineburg había estado en la ceremonia. Wineburg se había mantenido a su lado y había visto lo que



había visto él.

Y Wineburg estaba muerto.

Wineburg no tenía esposa, ni hijos. Pero Louis sí. Si él estaba en peligro e iba a su casa, ¿le buscarían allí? Había comenzado a entender, durante esas largas noches sin pegar ojo, cuando el alcohol era su única compañía, que estaba avergonzado de que sus hijos pudiesen descubrir en lo que había participado.

Tenía que protegerse a sí mismo y a ellos. Estaba a salvo aquí, se consoló. Nadie podría entrar en la suite a menos que él abriese la puerta.

Probablemente estaba exagerando.

Se enjugó la frente sudorosa con un pañuelo empapado. El estrés, el exceso de trabajo, demasiadas noches sin dormir. Tal vez estuviese al borde de un colapso. Debería ver a un médico.

Lo haría. Vería a un doctor. Cogería a su familia y se marcharía durante unas pocas semanas. Vacaciones, tiempo para relajarse, para recapacitar. Rompería sus vínculos con el culto. Obviamente, no era bueno para él. Dios sabía que le costaba una pequeña fortuna en las contribuciones bimensuales. De alguna forma, se había involucrado demasiado profundamente, olvidando que había entrado en el culto por curiosidad y por

ansia de un sexo egoísta.

Había tragado demasiado humo y vino, y ello le hacía imaginarse cosas.

Pero había tenido sangre bajo sus uñas.

Louis se cubrió la cara, tratando de calmar su respiración. No tenía importancia, pensó él. Nada de eso tenía importancia. No debería haber telefoneado a Eve. No debería haberse aterrorizado. Ella pensaría que estaba loco; o peor, un cómplice.

Selina era su cliente. Él debía lealtad a su cliente así como también su habilidad profesional.

Pero podía verla, siendo un

cuchillo en su mano mientras lo deslizaba por la carne expuesta.

Louis cruzó la suite a trompicones, entró en el cuarto de baño y, derrumbándose, vomitó todo el whisky y el terror. Cuando los retortijones pasaron, se obligó a levantarse. Se inclinó sobre el lavabo, muriéndose por un poco de agua. Ésta salió a raudales del curvado grifo dorado, salpicando el deslumbrante lavabo blanco y enfrió su piel febril.

Lloró un rato, con los hombros temblando y los sollozos rebotando sobre los brillantes azulejos. Después levantó su cabeza, obligándose a mirar

en el espejo una vez más.

Había visto lo que había visto. Ya era hora de enfrentarse con ello. Le contaría todo a Eve y le pasaría la carga a ella.

Sintió un momento de alivio, dulce en su intensidad. Quiso telefonear a su esposa, oír las voces de sus hijos, ver sus rostros.

Un movimiento rápido que se reflejó en el vaso que estaba sosteniendo, hizo que su corazón le llegase a la garganta.

— ¿Cómo ha entrado aquí?

— Servicio de habitaciones, señor.

La mujer morena con el uniforme blanco y negro de doncella sostenía una

pila de toallas. Le sonrió.

—No necesito servicio de habitaciones —Él se pasó una mano temblorosa por el rostro—. Estoy esperando a alguien. Solamente deje las toallas y... —Dejó caer la mano a su costado—. Te conozco. Te conozco.

Entre el humo, pensó él a través del pánico helado. Una de las caras en el humo.

—Por supuesto que sí, Louis —La sonrisa de ella no vaciló cuando dejó caer las toallas y mostró el athamé que sostenía—. Hemos follado la semana pasada.

Él tuvo tiempo de tomar aliento para

gritar antes de que ella hundiese el cuchillo en su garganta.

Eve salió del ascensor a grandes zancadas, erizada de enfado. El androide de la recepción la había tenido esperando durante cinco minutos mientras comprobaba su identificación. La había soltado un discurso por llevar su arma encima dentro del club. Ella estaba a punto de usarlo con él para cerrarle la boca cuando el gerente se había presentado deshaciéndose en disculpas.

El hecho de que ambos eran conscientes de que se disculpaba más por ser la esposa de Roarke que por ella

misma, solamente la había irritado.

Se ocuparía de él más tarde, se prometió a sí misma. Ver como al club Luxury le gustaría una inspección a gran escala del Departamento de Salud, o tal vez una visita de Antivicio para comprobar sus permisos. Había algunas cuerdas que podría pulsar para asegurarse de que la gerencia pasase por un par de días infernales.

Ella giró en dirección a la 5—C, comenzó a pulsar el timbre bajo la pantalla del monitor. Su mirada fija titiló sobre la luz de seguridad. Ésta emitió un pip verde al confirmar el paso libre.



Ella sacó su arma.

– ¿Peabody?

–Aquí, señor.

Su voz sonó amortiguada contra el bolsillo de la camisa de Eve.

–La puerta está sin cerrar. Voy a entrar.

– ¿Quiere apoyo, teniente?

–Todavía no. Permanezca a la escucha.

Ella se deslizó dentro, silenciosamente, cerrando la puerta a su espalda. Mantuvo una postura defensiva, barriendo la habitación con el arma y la mirada.

Mobiliario extravagante, feo y

demasiado recargado para su gusto, una arrugada chaqueta, una botella medio vacía. Las cortinas echadas. Silencio.

Dio un paso más dentro de la habitación, pero manteniéndose cerca de la pared, protegiendo su espalda mientras giraba. No había nadie escondido tras los muebles ni tras las cortinas. La pequeña cocina estaba vacía y aparentemente sin haber sido utilizada.

Dio un paso hacia la entrada del dormitorio, agachándose de nuevo y con el arma preparada. La cama estaba hecha, cubierta con almohadones decorativos y aparentemente nadie había

dormido en ella. Su mirada se movió hacia el armario, con sus puertas en forma de paneles firmemente cerradas.

Avanzaba de lado hacia él cuando escuchó unos ruidos procedentes del cuarto de baño. Una respiración rápida y pesada, gruñidos de esfuerzo y una risita claramente femenina. Cruzó por su mente que Louis podría estar echando un polvo rápido con la acompañante de su elección, y apretó los dientes con disgusto.

Pero aun así no relajó a su guardia.

Dio un paso a la izquierda, desviando su peso, y se acercó a la puerta.

El olor la golpeó una fracción de segundo antes de verlo.

— Jesús. Jesucristo.

— ¿Teniente? —La voz de Peabody, impregnada de preocupación, salió de su bolsillo.

—Retroceda —Eve dirigió su arma hacia la mujer—. Deje caer el cuchillo y retroceda.

—Enviando refuerzos ahora. Dígame su situación, teniente.

—Tengo un homicidio. Muy reciente. ¡Le he dicho que retroceda, por todos los infiernos!

La mujer sólo sonrió. Se apartó de Louis, o de lo que quedaba de él. La

sangre se extendía por el suelo, salpicando los blancos azulejos, recubriendo la cara y las manos de ella. El hedor era espeso como el humo.

Louis, como pudo notar Eve, estaba más allá de toda esperanza. Le habían abierto en canal y destripado. Y le estaba extrayendo los órganos.

—Ya está muerto —dijo la mujer con tono amable.

—Ya lo veo. Baje el cuchillo —Eve se acercó un paso, señalando con el arma—. Póngalo en el suelo y apártese. Despacio. Échese boca abajo, con las manos detrás de su espalda.

—Había que hacerlo —La mujer

deslizó su pierna sobre el cuerpo hasta que estuvo de rodillas a su lado—. ¿No me reconoce?

—Sí —A pesar de la máscara de sangre, Eve había identificado su rostro. Y había recordado la voz, su dulzura—. Mirium, ¿no es así? Bruja de primer grado. Ahora, deje caer el jodido cuchillo y bese el suelo. Las manos detrás.

—Muy bien —De forma servicial, Mirium dejó el cuchillo a un lado, sin mirarlo apenas cuando Eve lo atrapó bajo su talón, y lo envió de una patada a través del cuarto hasta dejarlo fuera del alcance—. Él me dijo que fuese rápido.

Dentro y fuera. Perdí la noción del tiempo.

Eve sacó sus esposas del bolsillo trasero, colocándolas en las muñecas de Mirium.

— ¿Él?

—Chas. Me dijo que podría hacerlo sola, pero que debía ser rápido —Dejó escapar un suspiro—. Sospecho que no he sido lo bastante rápida.

Con la boca apretada, Eve bajó su mirada hacia Louis Trivane. No, yo no fui lo suficientemente rápida, pensó.

— ¿Has oído eso, Peabody?

—Sí, señor.

—Arresta a Charles Forte para

interrogarle. Hazlo personalmente, y lleva a dos agentes como refuerzo. No te le acerques sola.

—Afirmativo. ¿Tienes la situación bajo control allí, teniente?

Eve se apartó de la sangre que se acercaba a sus botas formando un riachuelo.

—Sí —dijo ella—. Lo tengo.

Eve se duchó y se cambió antes de los interrogatorios. Los diez minutos que tardó eran necesarios. Casi se había bañado en la sangre de Louis Trivane antes de entregar el cuerpo al forense. Si alguien en los vestuarios notó la pequeña y elegante flor de su trasero, no



hubo comentarios.

El rumor sobre el estado de la escena del crimen ya se había expandido por toda la comisaría.

—Me ocuparé antes de Mirium —le dijo Eve a Feeney mientras estudiaba a la mujer morena a través del cristal.

—Deberías tomarte un descanso, Dallas. La verdad es que lo de esta mañana ya debió ser bastante duro.

—Siempre crees haberlo visto todo —murmuró ella—. Pero no es así. Siempre hay algo más —Dejó escapar un suspiro—. Deseo hacerlo ahora. Quiero cerrar esto.

—Ok. ¿Un dueto o un solo?

—Un solo. Va a hablar. Está metida

en algo... –Eve sacudió la cabeza—. Tal vez sólo está chiflada, pero creo que toma algo. Haré que la sometan a un análisis químico. A la fiscalía no le gustan las confesiones realizadas bajo los efectos de alguna mierda.

–Ordenaré que lo realicen.

–Gracias.

Ella pasó junto a él, entrando en la habitación. El rostro de Mirium había sido lavado de todo rastro de sangre. Vestía un uniforme desechable en el color beige de la policía. Y aún así tenía el aspecto de una joven y dulce hada.

Eve puso en marcha la grabadora y tomó asiento.

—Ya sabe que la hemos atrapado, Mirium, así que no me andaré con rodeos. Ha asesinado a Louis Trivane.

—Sí.

—¿Qué se ha metido?

—¿Metido?

—No parece Zeus, está demasiado serena. ¿Está de acuerdo en someterse a un análisis de drogas?

—No quiero —Su preciosa boca se apretó en un puchero y sus oscuros ojos mostraron contrariedad—. Tal vez más tarde cambie de idea —Frunció los labios agarrando la delgada blusa del uniforme—. ¿Podría tener mi propia ropa? Esta cosa pica, y ofende a la vista.

—Sí, eso nos preocupa muchísimo en estos momentos. ¿Por qué mató a Louis Trivane?

—Fue malo. Chas lo dijo.

—Cuando dice Chas, se refiere a Charles Forte.

—Sí, pero nadie le llama Charles. Es sencillamente Chas.

—Y Chas le dijo que Louis fue malo. ¿Le pidió él que matase a Louis?

—Dijo que podría. En otras ocasiones solamente miro. Pero esta vez lo hice yo misma. Había mucha sangre — Alzó una mano, estudiándola cuidadosamente—. Ahora ya se ha ido.

— ¿Qué otras ocasiones, Mirium?

—Oh, otras ocasiones —movió sus hombros—. La sangre purifica.

— ¿Ha asistido o presenciado otros asesinatos?

—Claro. La muerte es una transición. Tenía que hacer esto yo misma. Fue un acto de mucho poder. Saqué el demonio fuera de él. Los demonios existen, y debemos combatirles.

—Matando a las personas que ellos poseen.

—Sí. Él dijo que usted era inteligente —Mirium la sonrió con sus negros ojos rasgados—. Pero nunca le tocará. Él está más allá de su ley.

—Volvamos a Louis. Hábleme de él.

—Bueno, tengo un amigo entre el personal del Luxury. Todo lo que tuve que hacer fue echarle un polvo, y eso estuvo bien. Me gusta follar. Después le robé una de las tarjetas maestras. Puedes entrar en casi cualquier sitio con una maestra. Me vestí con un uniforme de doncella, de modo que nadie me molestase, y fui derecha a la suite de Louis. Le llevé toallas. Estaba en el cuarto de baño. Había estado enfermo, pude olerlo. Entonces le apuñalé. Fui a por la garganta, tal como debía hacer. Después supongo que me entretuve.

Se encogió de hombros otra vez, sonriéndole a Eve con aire travieso.

—Es como acuchillar una almohada, ya sabe. Y el ruido es como un chupeteo. Después le saqué el demonio, y apareció usted. Supongo que ya había terminado, de todas formas.

—Sí, creo que lo había hecho. ¿Desde cuándo conoce a Chas?

—Oh, un par de años. Nos gusta hacerlo en el parque, durante el día, porque nunca sabes si alguien va a venir y mirar.

—¿Y a Isis qué le parece eso?

—Oh, ella no lo sabe —Mirium puso sus ojos en blanco—. A ella no le gustaría.

—¿Y qué le parecen los asesinatos?

Las cejas de Mirium se unieron y sus ojos se desenfocaron por un instante.

– ¿Los asesinatos? Ella no lo sabe. ¿Lo sabe? No, a ella no le contaríamos nada de eso.

–Así que es algo entre usted y Chas.

–Entre Chas y yo –Sus ojos revolotearon, sin expresión–. Eso creo. Seguro.

– ¿Se lo ha contado a alguien más del coven?

– ¿El coven? –Se apoyó los dedos sobre los labios, golpeándolos ligeramente–. No, no, es nuestro secreto. Nuestro pequeño secreto.

– ¿Qué pasa con Wineburg?



– ¿Quién?

–En el garaje del estacionamiento.

El banquero. ¿Lo recuerda?

–No pude hacerlo –Se mordió el labio inferior, sacudiendo la cabeza–. No, lo hizo él. Se suponía que me traería el corazón, pero no lo hizo. Dijo que no hubo tiempo.

– ¿Y Lobar?

–Lobar, Lobar –Sus dedos continuaron con el golpeteo–. No, eso fue diferente. ¿No fue así? No puedo recordar. Me está empezando a doler la cabeza. –Su voz se volvió irritada–. No quiero hablar más ahora. Estoy cansada –Se colocó las manos sobre sus brazos

cruzados y cerró los ojos.

Eve la observó un momento. No había necesidad de insistir ahora, decidió. Tenía suficiente.

Eve hizo señales a un agente de uniforme. Mirium murmuró malhumoradamente cuando Eve colocó las esposas en su lugar.

—Llévela a Psiquiatría. Que Mira haga la evaluación, si es posible, y escriba una nota para solicitar permiso para un análisis de drogas.

—Sí, señor.

Eve dio un paso hacia la puerta situada detrás de ellos y pulsó un botón de llamada.

—Traiga a Forte a la Sala de Interrogatorios C.

Le vino a la mente que a ella también le apetecía apoyar la cabeza sobre una almohada. En lugar de eso, bajó por el pasillo en dirección a la zona de observación. Peabody estaba de pie al lado de Feeney.

—Le quiero en esto, Peabody. ¿Qué piensa de ella, Feeney?

—Está colocada —Le tendió su bolsa de nueces—. Si es psicológico o inducido, no lo sé. Para mí que es una mezcla de ambas cosas.

—Eso me parece a mí. ¿Cómo podía estar tan malditamente tranquila la otra

noche? —Entonces se pasó las manos por el pelo y rió—. No puedo creer que haya dicho eso. Si estaba desnuda en el bosque dejando que Forte besase su entrepierna...

Ella bajó sus manos, se frotó los ojos con ellas y luego las dejó caer.

—El padre de él nunca tuvo un socio. Jamás hubo un indicio de ello. Trabajaba solo.

—Entonces, él tiene un estilo diferente —dijo Feeney—. Colocada o no, la chica acusó a Forte.

—No siento que esto sea correcto —murmuró Peabody, y Eve se giró hacia ella con una mirada de interés.

—¿El qué no siente que sea correcto, oficial?

Detectando la ligera huella de sarcasmo, Peabody levantó su mandíbula.

—Los wiccanos no matan.

—Las personas matan —la recordó Eve—. Y no todo el mundo se toma su religión al pie de la letra. ¿Ha tomado carne roja últimamente?

El rubor subió por el rostro de Peabody desde el cuello de su uniforme almidonado. Los free—agers eran estrictamente vegetarianos y no consumían productos derivados de los animales.

—Eso es diferente.

—Tenemos un asesinato entre manos —dijo Eve rápidamente—. La mujer que tenía un cuchillo en su mano ha identificado a Charles Forte como su cómplice. Eso es un hecho. No quiero que introduzca nada en esa habitación que no sea un hecho. ¿Entendido?

—Sí, señor —Peabody tensó sus hombros—. Perfectamente.

Pero permaneció plantada en el sitio un momento más cuando Eve se marchó.

—Ha tenido una mañana muy dura —dijo Feeney con compasión—. Eché una ojeada rápida a las primeras fotos de la escena del crimen. No podría ser peor.

—Lo sé —Pero negó con la cabeza, mientras observaba a través del cristal como Charles Forte era conducido al cuarto contiguo al suyo—. Pero aun así siento que algo no está bien.

Se marchó dando media vuelta, giró en la esquina y entró en la sala de interrogatorios en el momento en que Eve le leía sus derechos a Forte.

—No comprendo.

— ¿No comprende sus derechos y obligaciones?

—No, no, eso lo entiendo. No comprendo por qué estoy aquí. —Había perplejidad y una vaga sensación de desilusión en su mirada cuando miró a

Peabody—. Si deseaban volver a hablar conmigo, solamente tenían que pedirlo. Me habría encontrado con ustedes, o habría venido aquí voluntariamente. No había necesidad de que enviasen a tres agentes a mi casa.

—Opino que era necesario —contestó Eve con rapidez—. ¿Desea un abogado esta vez, Sr. Forte?

—No. —Él cambió de posición con inquietud, intentando ignorar el hecho de que estaba en una comisaría de policía. Como su padre—. Sólo dígame que desea saber. Intentaré ayudarles.

—Hábleme de Louis Trivane.

—Lo siento —Él meneó la cabeza—.



No conozco a nadie con ese nombre.

– ¿Suele enviar a sus criadas a asesinar desconocidos?

– ¿Qué? –Su cara empalideció mientras se ponía de pie—. ¿De qué está hablando?

–Siéntese –Eve soltó la orden con brusquedad—. Louis Trivane fue asesinado hace dos horas por Mirium Hopkins.

– ¿Mirium? Eso es ridículo. Eso es imposible.

–Es muy posible. Yo llegué cuando ella estaba extrayéndole el hígado.

Chas se tambaleó y luego se hundió en la silla.

—Hay un error. No podría ser.

—Creo que el error fue suyo —Eve se levantó, avanzó lentamente y luego se recostó sobre el hombro de él—. Debería escoger mejor sus armas. Cuando son defectuosas, pueden volverse contra usted.

—No sé qué quiere decir. ¿Podría traerme un poco de agua? No comprendo esto.

Eve hizo un gesto a Peabody con el pulgar, indicándola que trajese un vaso.

—Mirium me lo ha contado todo, Chas. Me ha dicho que son ustedes amantes, que tuvo el descuido de no llevarle el corazón de Wineburg como

prometió, y que le permitió que ejecutase a Trivane ella misma. La sangre purifica.

—No. —Él levantó el vaso con ambas manos y aún así dejó caer el agua por los bordes mientras intentaba beber—. No.

—A su padre le gustaba cortar a las personas en rodajas. ¿Le enseñó él como hacerlo? ¿Cuántas otras herramientas defectuosas ha utilizado? ¿Se deshizo de ellas cuando ya no las necesitaba? ¿Guarda algún recuerdo?

Ella continuó machacándole mientras él permanecía sentado sacudiendo su cabeza de un lado a otro

lentamente.

— ¿Era esto su versión de una guerra religiosa, Chas? ¿Eliminar al enemigo? ¿Expulsar a los demonios con el cuchillo? Su padre fue un satanista con un estilo propio, y convirtió su vida en una miseria. Usted no podría matarle a él, no puede acercársele ahora. Pero hay otros. ¿Son sustitutos? Cuando les asesina, ¿le está matando a él, cortándole en pedazos por lo que le hizo?

Él apretó sus ojos con fuerza, comenzando a balancearse.

—Dios. Dios mío. Oh Dios.

—Usted puede ayudarse. Dígame por

qué, dígame cómo. Explíquemelo, Chas. Y le concederé un descanso. Hábleme de Alice. De Lobar.

—No. No. —Cuando él levantó su cabeza, sus ojos estaban llenos de lágrimas—. Yo no soy mi padre.

Eve no se sobresaltó, no apartó la vista de la súplica desesperada en sus ojos.

— ¿No lo es?

A continuación dio un paso atrás y le dejó sollozar.

# Capítulo Diecinueve

Lo trabajó por una hora, empujando implacablemente, luego volviendo hacia atrás, luego cambiando instrucciones. Mantuvo las fotos de los muertos en la mesa, esparcidas como naipes.

¿Cuántos más? preguntaba. ¿Cuántas más imágenes de muerte habrá?

A pesar de todo él, lloraba y denegaba, lloraba y se mantenía en silencio.

Cuando ella giró alrededor de él para agarrarlo, Los ojos de él quedaron fijos en los de ella hasta que fue guiado

fuera de la sala de interrogatorios. Pero fue la mirada en los ojos de Peabody lo que le llamó la atención y la hizo esperar hasta que estuvieron solas.

– ¿Algún problema, oficial?

Observar el interrogatorio había sido como observar a un lobo jugar y destrozar a un ciervo herido. Peabody contuvo el aliento, se dio ánimo y dijo

–Sí, señor. No me gustó su técnica de interrogación.

– ¿No le gustó?

–Pareció excesivamente ruda. Cruel. Utilizar a su padre, una y otra vez, haciéndolo ver las fotos.

El estomago de Eve estaba en carne

viva, sus nervios hechos pedazos, pero su voz era fría y sus manos firmes al recoger las fotos.

—Quizás debería haber solicitado atentamente que por favor confesara para que todos podamos irnos a casa a nuestras confortables vidas. No sé por que no lo pensé. Trataré de hacerlo la próxima vez que tenga a un sospechoso de homicidio para interrogar—.

Peabody quiso respingar, pero no lo hizo.

—Fue sólo lo que me pareció a mí, teniente, particularmente toda vez que el sospechoso no tenía representante.

— ¿Le leí sus derechos, oficial?



—Sí señor, pero...

— ¿Él ratificó que entendía sus derechos?

Peabody dio marcha atrás y asintió lentamente

—Sí, señor.

— ¿Puede usted estimar, oficial Peabody, cuántos interrogatorios ha llevado a cabo en casos de homicidio?

—Señor, yo...

—Yo no puedo —escupió Eve, y sus ojos fueron de fríos a abrasadores—. No puedo porque han sido demasiados. ¿Quieres ver las fotografías de nuevo? ¿Quieres ver a este tipo con las tripas derramadas por todo el piso? Quizá te

endurecerán un poco, porque si mis técnicas de interrogatorio te molestaron entonces, Peabody, estás en la carrera equivocada.

Eve fue hacia la puerta, luego se giró mientras Peabody permanecía donde estaba con rígida atención.

—Y espero que mi ayudante me respalde, no que me cuestione porque tiene cierta debilidad por las brujas. Si no puede soportar eso, oficial Peabody, aprobaré su petición de transferencia. ¿Comprendido?

—Sí señor —Peabody dejó escapar un tembloroso aliento al sonar las botas de Eve en el corredor—. Comprendido —dijo

para sí misma y cerró sus ojos.

–Fuiste un poco dura con ella –  
comentó Feeney cuando la alcanzó.

–No empieces.

El sólo levantó una mano

–Isis vino voluntariamente. La puse  
en el Cuarto B.

Con un movimiento de cabeza, Eve  
cambio de dirección y abrió la puerta  
del Cuarto B.

Isis detuvo su inquieto pasear y giró

– ¿Cómo pudiste hacerlo esto?  
¿Cómo pudiste traerlo aquí? A él le  
aterrorizan los lugares como este.

–Charles Forte esta detenido para  
interrogarlo sobre la muerte a puñaladas

de Louis Trivane, entre otros – en contraste con la voz alzada y furiosa de Isis, la de Eve era fría y controlada—. Aún no ha sido acusado.

– ¿Acusado? –su piel dorada palideció—. No puedes creer que Chas tuvo algo que ver en un asesinato. ¿Trivane? No conocemos a ningún Louis Trivane.

– ¿Y tú conoces a todos los que conoce Forte, Isis? –Eve colocó el archivo en la mesa, dejó su mano en él como para recordarse qué había dentro. – ¿Conoces todo lo que sabe y piensa y sus planes?

–Estamos tan cerca como es posible

para el cuerpo humano la mente y el alma. No hay impulso de daño en él –Su ánimo decayó drásticamente. Ahora su voz temblaba–. Déjame llevarlo a casa. Por favor.

Eve vio los ojos suplicantes y se esforzó por no sentir

– ¿Sabías, estabas tan cerca como es posible para saber que él decidió estar igualmente cerca, físicamente hablando, con Mirium?

– ¿Mirium? –Isis parpadeó una vez, luego casi se rió–. Eso es ridículo.

–Ella misma lo dijo. Estaba sonriendo cuando me lo dijo –Al recordar eso, al traer de vuelta esa

imagen, se le quitó cualquier simpatía—. Ella sonreía al montar a horcajadas de lo que quedaba de Louis Trivane, mientras la sangre de él cubría sus manos, su cara y el cuchillo que sostenía

Al volverse débiles sus piernas, Isis extendió la mano ciegamente en el dorso de la silla

— ¿Mirium mató a alguien? Eso es imposible.

—Creí que todas las cosas eran posibles en tu esfera. Entré en el medio de su pequeña ceremonia yo misma —los dedos de Eve sostuvieron el archivo, pero no lo abrió. Todavía le quedaba piedad, después de todo, para con las

mujeres que amaban y creían—. Fue muy cooperativa, alegremente me contó que Forte le permitió matar a Trivane por sí misma. A diferencia de los otros, donde sólo se le permitió observar.

Utilizando su mano para mantener el equilibrio, Isis se dejó caer en la silla

—Está mintiendo —había una lanza en su corazón, temblando ahí—. Chas no tiene nada que ver con esto. ¿Cómo pude no ver esa parte de ella? —Cerrando sus ojos Isis se meció lentamente— ¿Cómo no lo pude ver? Nosotros la iniciamos, la tomamos. La hicimos una de nosotros

— ¿No puedes ver todo, verdad? —Eve levantó su cabeza—. Creo que

deberías estar más preocupada acerca de tu vista aplicada a Charles Forte.

—No— abrió sus ojos de nuevo. Había sufrimiento en ellos, pero detrás había acero que Eve reconoció. —No hay nadie que vea más claro que a Chas. Ella está mintiendo.

—Ella será interrogada. Mientras tanto, puedes querer volver a pensar si quieres volver a ser utilizada como su coartada —dijo Eve, acercándose—. Pudiste ser tú, Isis, en cualquier momento. Mirium es más joven, probablemente más dócil. Me pregunto cuánto tiempo más él habría fingido que eras tú la que dirigía el show.



— ¿Cómo no comprendes lo que hay entre nosotros dos cuando tú tienes lo mismo? ¿Crees que las palabras de una joven perturbada me harán dudar del hombre que amo? ¿Te haría dudar de Roarke?

—No es mi vida personal la que esta en una situación difícil —dijo Eve en tono plano—. Es la tuya. Si te preocupas tanto por él, entonces coopera conmigo. Es la única manera de detenerlo, y conseguirle ayuda.

— ¿Ayuda? —Su boca se torció—. Tú no quieres ayudarlo. Quieres que sea culpable, quieres que sea castigado, por su origen. Por su padre.

Eve miró hacia abajo, haciaa la carpeta en sus manos, la cubierta que cubría las terribles imágenes de muerte

—Estás equivocada —habló lentamente ahora, casi para sí misma—. Quería que fuera inocente. Por su padre.

Entonces levantó la vista, para encontrar la de Isis

—La orden judicial ya debe de estar lista. Buscaremos en tu tienda y tu apartamento. Lo que sea que encontremos puede ser usado en contra tuya también.

—No importa —Isis se obligó a levantarse—. No encontrarás nada para que te ayude.

—Tienes derecho a estar presente durante la búsqueda.

—No, me quedaré aquí. Quiero ver a Chas.

—No son familiares ni están legalmente casados...

—Dallas— Isis interrumpió quedamente —Tienes un corazón. Por favor escúchalo y déjame verlo—

Sí, tenía un corazón. Y le dolía ver la súplica en los ojos de una mujer fuerte.

—Puedo darte cinco minutos a través de un vidrio de seguridad. —Al ir hacia la puerta abierta, apretó los dientes—. Dile que consiga a un abogado, por el

amor de Dios.

En la despensa del Spirit Quest y en el taller en el apartamento de arriba, había docenas de botellas, contenedores y cajas. Estaban llenas de líquidos, polvo y hojas y semillas. Encontró registros organizados detallando los contenidos y sus usos.

Eve encargó que todo fuera enviado al laboratorio para analizarlo.

Encontró cuchillos, con mangos cortos y sencillos, largos y pequeños. Hizo traer a un barredor, ordenándole que escaneara buscando rastros de sangre. Ropas ceremoniales y trajes de calle fueron escaneados también.

Bloqueo las voces –los barredores nunca trabajaban calladamente– e hizo su trabajo con enfocada eficiencia.

Y ahí, bajo una pila pulcramente plegada de ropas conservadas frescas en un baúl con olor a romero y cedro, encontró hecha una bola la ensangrentada túnica negra.

–Aquí. –le indicó al barredor– Escanéalo.

–Bonita prueba –El barredor hizo una pompa con el chicle, corrió la boquilla de su unidad del hombro sobre la tela –En su mayor parte en las mangas– Detrás de sus gafas protectoras, los ojos del barredor

estaban medianamente aburridos –  
Humana– confirmo –A negativo. No  
puedo decirte mucho con el portátil–

–Eso es suficiente– Eve deslizó la  
túnica en una bolsa sellada y etiquetada  
para evidencia –Wineburg era A  
negativo– miró a Peabody al darle la  
bolsa – ¿Descuidado, verdad?

–Sí, señor. –Obedientemente,  
Peabody almacenó la bolsa en el juego  
de evidencias –Parece que sí–

–Lobar era 0 positivo– Se movió a  
otro baúl, abrió la tapa –Sigan  
buscando–

El crepúsculo había caído con su luz  
tenue y brisas cambiantes cuando subió

a su coche. Ya que la tensión todavía hervía a fuego lento entre ella y Peabody, no se molestó en hablar, y en lugar de eso conectó el enlace de su coche.

—Teniente Dallas para la Dra. Mira

—La Dr. Mira está en sesión— dijo la recepcionista atentamente —Estaré feliz de registrar su mensaje.

— ¿Ha ella examinado a Mirium Hopkins?—

—Un momento mientras compruebo los registros— la recepcionista deslizó la vista a un lado, luego regresó—. Esa sesión ha sido reprogramada para las ocho treinta de mañana por la mañana.

– ¿Reprogramada, por qué?

–Las notas del registro indican que el sujeto se quejó de un severo dolor de cabeza, y en el examen por médico de guardo, se lo medicó.

– ¿Quién era él médico de guardia?

–preguntó Eve a través de los dientes apretados.

–Dr. Arthur Simon.

–Simon dice, supongo –Disgustada Eve rebasó a un lento maxibús cargado de pasajeros–. Él te daría un doble tranquilizante por una uña rota.

La recepcionista hizo una mueca en acuerdo –Lo siento, teniente, pero el sujeto ya estaba medicado antes de la



prueba programada. La Dra. Mira no puede de proceder hasta la mañana.

—Este bien. Fantástico. Solicítele que me deje saber tan pronto acabe —Eve término la transmisión—. Hijo de puta. Voy adentro, a echarle un vistazo por mí misma. Entrega las bolsas al laboratorio, Peabody, con petición de rapidez... para lo que pueda servir. Luego quedas fuera de servicio.

—Entrevistará a Forte otra vez esta noche.

—Correcto.

—Señor, solicito estar presente durante la entrevista.

—Petición denegada —dijo Eve

brevemente al entrar al garaje de la Central—. Dije que quedas fuera de servicio— Salió del vehículo y se fue.

Era medianoche y la cabeza le dolía cruelmente. La casa estaba quieta cuando entró y subió las escaleras. No le sorprendió ver a Roarke, despierto y con el enlace del dormitorio. Vio el monitor al pasar y reconoció la ansiosa cara joven de uno de los ingenieros asignado al Complejo Olimpo.

La hizo pensar en los últimos días de su luna de miel. Había habido muerte ahí también. Gran sorpresa, penso al recostarse en el lavabo y salpicar su cara con agua fría. No había forma de

escapar de eso.

Se secó, luego caminó a la cama, se sentó y se sacó las botas. Cuando golpearon el piso, el esfuerzo de desvestirse le pareció demasiado. Gateó hacia la cama y se acostó boca abajo.

Roarke escuchó a su ingeniero con media oreja mientras la veía. Conocía los síntomas: las ojeras, la piel pálida, los lentos, pausados movimientos. Había trabajado hasta su límite otra vez... un hábito que a la vez lo fascinaba y lo frustraba.

—Hablaré nuevamente contigo en la mañana —dijo, terminando abruptamente la transmisión—. Tuviste un mal día,

teniente.

Ella no se movió cuando él se montó a horcajadas sobre ella y empezó a masajear su cuello y hombros.

—Sé que ha habido peores —murmuró—. Sólo que no puedo pensar en uno ahora mismo.

—El asesinato de Louis Trivane ha estado en todas las noticias.

—Malditos buitres.

Él desabrochó el arnés del arma, se lo quitó y lo dejó a un lado

—Un prominente abogado se encuentra hecho rebanadas en un exclusivo club privado, es noticia. —Competentemente trabajó con sus dedos

en la columna de Eve—. —Nadine llamo aquí varias veces.

—Sí, llamó a la Central también. No tengo tiempo para ella.

—Mmm— sacó su camisa de los pantalones flojos y usó el calcañar de sus manos —Entrabas tú o te sumaste sólo por el entretenimiento.

—No, entraba yo. Quizá si ese droide idiota del escritorio no hubiera... —Se calló y movió su cabeza—. Llegué tarde. Ya lo había abierto. Todavía trabajaba en él, como si fuera un proyecto de ciencias. Ella implicó a Charles Forte.

—Eso también salió.

—Por supuesto — dijo con un suspiro—

No puedes tapar todas las fugas.

– ¿Lo tienen en custodia?

–Lo estamos interrogando. Yo lo estoy interrogando. Él niega todo. Encontré evidencia física en su departamento, pero aun así niega todo

Lo niega, penso, mientras parece horrorizado, dislocado, aterrorizado.

–Oh, mierda– Volteó su cabeza, presionó su cara en la colcha –Oh, mierda–

–Vamos– beso la cima de su cabeza ligeramente –Vamos a desnudarte y a la cama–

–No me mimes–

–Trata de detenerme–

Eve comenzó a cambiar de posición, luego se movió rápido antes de darse cuenta de su intención o de su necesidad. Tenía los brazos alrededor de él, la cara hundida en su hombro, sus ojos apretados como para bloquear las visiones.

—Siempre estás ahí. Aun cuando no estás

—Ya no estamos solos. Ninguno de los dos— Porque pensaba que ella lo necesitaba, la puso en su regazo — Háblame. Tienes más que asesinatos en tu mente—

—No soy una buena persona— barbulló antes de poder detenerse —Soy

una buena policía, pero no soy una buena persona. No puedo permitírmelo

—Son tonterías, Eve

—No lo son. Es verdad. Sólo que no quieres verlo, eso es todo —se retiró para poder verlo—. Cuando amas a alguien, puedes soportar los pequeños defectos, pero no quieres ver los grandes. No quieres admitir de lo que es capaz esa persona a la que estás tan apegada, así que pretendes que no está ahí.

— ¿De qué eres capaz, que no lo veo?

—Golpee a Forte hasta hacerlo picadillo. No físicamente— continuó quitando el pelo de su cara —Eso era



demasiado fácil, demasiado limpio. Lo rompí en pedazos emocionalmente. Quería. Quería que me dijera que lo había hecho para poder terminar, cerrarlo. Y cuando Peabody tuvo los cojones para decirme que desaprobaba mis técnicas de interrogación, le di una paliza. La puse fuera de servicio, para así poder regresar y golpearlo de nuevo—

Se quedó callada un momento, luego se levantó para quitar las cobijas

—Así que déjame recapitular. Interrumpiste una mutilación en marcha, pusiste a la asesina en custodia, una asesina que implicó a Charles Forte en

éste y otros asesinatos. Esto después de que encontraras un cuerpo mutilado en la puerta de tu casa.

—No puede ser personal—

—Perdóname, teniente, pero eso es basura— dijo desabrochando su blusa — Luego llevaste a Charles Forte para interrogarlo, un hombre del que sospechas, por motivos suficientes, que es responsable de varias muertes violentas. Jugaste duramente, algo que la ayudante que entrenas, y quien es competente pero con menos experiencia que tú en eso, desaprueba. Un oficial de policía que no entró en un cuarto y encontró a una mujer desollando

felizmente a un hombre. Los noticieros fueron muy específicos— le dijo

—Y— añadió antes de que Eve pudiera hablar —luego reprendiste a tu ayudante cuando cuestionó tu juicio, poniéndola subsiguientemente fuera de servicio para poder continuar con tu interrogatorio. ¿Eso lo resume todo?—

Frunciendo el ceño, Eve estudió la la coronilla de él cuando le quitó los pantalones

—Lo estás poniendo en blanco y negro. No lo es

—Nunca lo es— puso sus piernas sobre la cama y la empujó gentilmente — Te diré lo que te hace, Eve. Te hace una

buena policía, dedicada. Y humana. –Se desvistió y se metió en la cama junto con ella –Y siendo el caso, mejor si me divorcio de ti y sigo con mi vida– La acercó hasta que su cabeza descansó en la curva de su hombro –Obviamente, hasta ahora he estado ciego de tus horrendos desperfectos de carácter.

–Me haces sonar como una idiota.

–Bien, eso intentaba– Besó su sien y ordenó que las luces se apagaran–. Ahora, a dormir

Ella volteó su cabeza para poder oler su piel al dormir

–No creo que te permita tener ese divorcio

— ¿No?—

—Uh—uh. De ninguna manera voy a dejar el café.

Eve llegó a su oficina a las ocho a.m. Ya había pasado por el laboratorio para acosarlos, lo cual en parte la animó. Su enlace estaba pitando cuando abrió la puerta.

Y Peabody estaba firme al lado de su escritorio.

—Llegas temprano, Peabody— Eve se movió hacia el enlace, dio su código, y espero que el mensaje apareciera. —No entras hasta de dentro de treinta minutos—

—Quería hablar contigo, Teniente,

antes de estar de servicio—

—Está bien— Eve dejó los mensajes en espera y se volteó para darle toda la atención a Peabody —Te ves muy mal— comentó.

Peabody continuó con la mirada fija. Sabía como lucía. No había comido o dormido. Síntomas, que sabía eran vergonzosamente similares a los que tenía cuando un asunto de amores terminaba mal. Y esto, se dio cuenta durante la larga noche, era peor que romper la relación con un hombre.

—Me gustaría disculparme formalmente, teniente, por los comentarios hechos después del

interrogatorio de Forte. Fui insubordinada e incorrecta al cuestionar tus métodos. Espero que mi falta de juicio en este asunto no te inflencie para sacarme de este caso o de esta división.

Eve se sentó y se recargó en la silla que hizo unos sonidos que pedían una lubricación

– ¿Eso es todo, oficial Peabody?

– Sí señor. Solo quiero decir...

– Si tienes algo más que decir, saca ese palo de tu trasero primero. Estás fuera de servicio y hablando extraoficialmente

Los hombros de Peabody bajaron

ligeramente, pero más en ademán de derrota más que en relajación

—Lo siento. Verlo caer en pedazos me pegó. No pude separarme de la situación y verla objetivamente. No creo — no quise creer— se corrigió —que fuera responsable. Envenenó mi punto de vista.

—La objetividad es esencial. Y, más a menudo de lo que cualquiera de nosotros quisiera admitir, imposible. No fui completamente objetiva tampoco, es por eso que reaccioné exageradamente a tus comentarios. Me disculpo por eso

Sorpresa y alivio la llenaron. Peabody encontró más fácil tragar el



miedo

– ¿Me conservarás?

–Hice una inversión en ti –dejándolo así Eve regresó al enlace.

Atrás de la espalda de Eve, Peabody cerró fuertemente los ojos, buscando recuperar la compostura. Tomó aliento, tragó fuertemente y la recuperó

–Entonces significa que hicimos las paces.

Eve vio la sonrisa esperanzada de Peabody

– ¿Porqué no veo ningún café? –Y dejó correr los mensajes del enlace. El primero apenas había empezado cuando Peabody le colocó una taza de café en la

mano.

—Vamos, Dallas, vamos. Dame algo. Puedo ir, para que me des una actualización, en cualquier momento, día o noche. Dame algo, maldición. Sólo un par de detalles.

—No va a pasar Nadine— murmuró Eve y vio los siguientes tres mensajes de la reportera, todos de una creciente desesperación.

Había una comunicación del forense, con el reporte de la autopsia, que Eve bajó y ordenó una impresión en papel. Finalmente, una transmisión del laboratorio que ratificó que la sangre en la túnica era de Wineburg.

—No puedo verlo —dijo Peabody quedamente—. ¿Por qué no puedo verlo? Todo está ahí —levantó los hombros y los dejó caer— Todo está ahí.

—Lo acusamos y registramos —Eve se frotó arriba y abajola frente con un dedo—. Asesinato en solitario en el caso de Wineburg. Aplazaremos el cargo por conspiración para asesinar en el caso de Trivane hasta que Mira lleve a cabo su examen. Veremos cuánto más le podremos imputar.

— ¿Porqué Alice? —Preguntó Peabody— ¿Porqué Frank?

—Él no es responsable de esos. No son suyos.

– ¿Casos separados? ¿Todavía crees que Selina fue responsable de ellos?

– Sé que lo es. Pero estamos muy lejos de probarlo.

Pasó el día con los informes, haciendo los suyos. Para el mediodía, cuando encaró a Chas en un nuevo interrogatorio, estaba lista intentar un curso de acción diferente.

Estudió a la representante de él, una joven mujer con ojos tristes, que por la estimación de Eve, apenas tenía edad suficiente para entrar a un bar. No se molestó en suspirar al reconocer a la mujer de la ceremonia de iniciación.

Una abogada bruja, meditó. Y se

pregunto si no podría considerárselo redundante.

— ¿Ésta es su consejera elegida, Sr. Forte?

—Sí. —Su cara era de un gris enfermizo, con ojeras—. Leila ha aceptado ayudarme.

—Muy bien. Ha sido acusado de asesinato, Sr. Forte.

—He demandado una audiencia para fianza —empezó Leila y le pasó unos papeles de trabajo a Eve. —; está programada para las dos p.m. de hoy.

—No obtendrá fianza —Eve le dio los papeles a Peabody—Y no retrasará esto por demasiado tiempo.

—Ni siquiera conozco al hombre que fue asesinado —empezó a decir Chas—. Nunca lo vi antes de esa noche. Estaba con usted.

—Eso le pone en la escena del crimen, dándole oportunidad. ¿Motivo? —se recostó—. Estaba ahí, sabía que estaba a punto de quebrarse, de hablar. Su sangre no era la primera en derramarse, ¿no es cierto, Sr. Forte?

—No sé nada de eso —su voz tembló. Tomo aliento, puso su mano en la de Leila como sostén. Sus dedos se enlazaron y su voz sonó más fuerte—. Nunca dañé a nadie en mi vida. Está en contra de todo lo que conozco, de todo

lo que he hecho. Le conté a usted todo. No le oculte nada, confiando que comprendería.

– ¿Posee una túnica negra? Seda natural, estilo rebozo, hasta el piso.

–Tengo muchas túnicas. Pero no me gusta el negro.

Eve tendió una mano hasta que Peabody le puso la prenda sellada en la mano

– ¿Entonces no reconoce esto?

–No es mía –pareció relajarse un poco–. No me pertenece.

– ¿No? Pero fue encontrada en el baúl del departamento que comparte con Isis. Descuidadamente, quizá

rápidamente escondida debajo de una pila de otras prendas. Hay sangre en ella, Sr. Forte. La de Wineburg.

—No —se encogió retrocediendo—. Eso no es posible.

—Es un hecho. Su representante está en libertad de estudiar el informe del laboratorio. Me pregunto sí Isis lo reconocerá. Esto podría...empujar su memoria.

—Ella no tiene nada que ver en esto. Nada que ver con nada de esto —El pánico lo hizo tambalearse—. Isis no puede ser sospechosa de...

— ¿De qué? —Eve irguió su cabeza— ¿De ser cómplice? Vive con usted,



trabaja con usted, duerme con usted. Aun si sólo está protegiéndolo, eso la involucra.

—No puede ser arrastrada en esto. No puede pasar por esto. Déjela en paz —se inclinó hacia adelante, descansando las manos temblorosas en la mesa—. Déjela en paz. Prométalo y le diré lo que fuera que quiera oír.

—Chas —Leila se levantó, puso una mano firme en su hombro—. Siéntate. No digas nada más. Mi cliente no tiene nada más que decir en este momento, teniente. Necesito conferenciar con él y demando la privacidad para hacerlo.

Eve le tomo la medida. La mujer ya

no se veía joven y triste, sino fría y determinada

—No habrá trato consejera, no en esto. —Se levantó haciéndole una señal a Peabody—. Pero una confesión plena le podría facilitar el acceso a una institución mental en vez de a una prisión de máxima seguridad. Piense en eso.

Juró por lo bajo una vez que estuvieron fuera del cuarto.

—Ella le dará una coartada. El dirá lo que ella le diga porque esta demasiado asustado para no hacerlo. —Eve caminaba ida y vuelta por el corredor—. Necesito ver a Mira. Ya

debe haber terminado su examen. Contacta con la fiscalía. Necesitamos que algunos de ellos vengan acá. Quizá si tenemos un fiscal que hable con su representante, de abogado a abogado, logremos despejar esto.

—Isis hace que él se resquebraje — Peabody recorrió con la mirada la puerta al retirarse—. Realmente la ama.

—Hay muchos tipos de amor, ¿no es así?

—No entiendo porqué tuvo sexo con Mirium.

—Hay muchos tipos de sexo, también. A veces es pura manipulación. —Entró a su oficina para llamar a Mira

Epub creado por Actua para  
[www.clublibrosepub.com](http://www.clublibrosepub.com)

# Capítulo Veinte

Una personalidad alucinatoria, sociopática, fácilmente influenciable y adictiva. Eve arrojó el informe de Mira a un lado. No necesitaba de un psiquiatra para saber que Mirium era una lunática sin ninguna conciencia. Lo había visto por sí misma.

O que tenía unas inclinaciones obsesivas hacia lo oculto, un cociente intelectual bajo, y capacidad para la violencia.

Las recomendaciones de Mira de seguir efectuando pruebas, y tratarla

como si tuviera una mentalidad defectuosa podrían haber sido correctas, pero no cambiaban los hechos.

Miriam había matado a un hombre a sangre fría, y más que probablemente pasaría el resto de sus días en las tranquilas habitaciones de un centro de salud mental.

El detector de mentiras no había sido de gran ayuda. Indicaba que es sujeto decía la verdad, tal y como el sujeto la veía. Había lagunas, problemas y confusión.

Éstos se debían probablemente, como notó Eve, mirando los resultados del análisis de drogas, a tener una media

docena de sustancias ilegales desperdigadas en su sistema.

— ¿Teniente?— Peabody entró en el cuarto, esperando que Eve levantase la vista—. Schultz, de la oficina del fiscal, acaba de avisarme.

— ¿Cuál es la posición?

—La abogada no se va a mover. Está presionando para conseguir una prueba con el polígrafo, pero Forte sigue negándose. Schultz piensa que ella está varada, dice que necesita cuarenta y ocho horas para estudiar todos los informes y las pruebas. Esto hará que quede dentro debido a la denegatoria de fianza, pero ella insiste. Schultz piensa

que Forte está listo para derrumbarse, pero ella le mantiene la rienda corta.

— ¿Schultz te dijo todo eso?

—Sí, bueno, creo que él intentaba hacer tiempo. Recién divorciado.

—Oh. —Eve alzó una ceja—. Y a él le gusta una mujer de uniforme.

—Yo diría que lo que más le gusta en este momento es un humano con pechos.

En el fondo, no cree que vayamos a llegar a algo esta noche. La abogada hizo ejercicio del derecho de su cliente a una mínima interrupción. Schultz estuvo de acuerdo en seguir hablando por la mañana. Él está a cargo.

—Está bien. Quizás lo mejor es



darles tiempo a los dos para que se hagan a la idea. Nos pasaremos por lo de Isis. Puede que la sorprendamos.

—Lo tienes bastante fácil —Peabody comenzó a caminar a su lado—. Podrás relajarte un poco en la fiesta de esta noche.

— ¿Fiesta?— Eve se detuvo en seco. — ¿La fiesta de Mavis? ¿Es esta noche? Mierda.

—Así habla el alma de la fiesta—, dijo Peabody secamente. —Personalmente, la espero con ilusión. Ha sido una semana de mierda.

—Se supone que Noche de Brujas es para niños, así pueden chantajear a los

adultos para comer comida basura. Hombres y mujeres adultos corriendo de un lado a otro con disfraces tontos. Es penoso

—Realmente es una venerada y antigua tradición con raíces en las religiones de la tierra—.

—No empieces, —aconsejó Eve mientras conducían hacia el garaje — miró a Peabody sospechosamente—. En realidad no llevarás ningún disfraz.

— ¿De qué otra manera puedo garantizar mi parte de dulces?— dijo Peabody quitándose una pelusa de su uniforme.

La tienda, así como el apartamento,

estaban a oscuras. No hubo respuesta a los golpes en ninguna de las dos puertas. Mirando su reloj, Eve decidió.

—Voy a vigilar esto durante un par de horas. Preferiría verla esta noche.

—Probablemente esté en la ceremonia del sabbat.

—No creo que esté de humor para bailar desnuda, dadas las circunstancias.

Me quedaré. Puedes coger el transporte público aquí cerca—.

—Puedo quedarme.

—No es necesario. Si no aparece en un par de horas me iré a donde Mavis—

— ¿Vestida así?— Peabody analizó los viejos vaqueros desteñidos de Eve,

las botas usadas, y la deteriorada chaqueta. — ¿No quieres llevar algo más...festivo?—

—No. Te veré allí—. Eve se metió en el coche y bajó la ventanilla—. Entonces, ¿qué vas a llevar?

—Es un secreto, —dijo Peabody con una sonrisa burlona y se alejó caminando para coger un transporte que la llevara a casa.

—Vergonzoso—, decidió Eve, y recostándose, conectó su enlace. El sistema la comunicó con Roarke en su oficina del centro de la ciudad.

—Intenta cogerme—, le dijo él a ella, y notó el borde del volante en el

monitor. —Obviamente, no estás en casa preparándote para la fiesta de esta noche.

—Obviamente no. Todavía voy a estar un par de horas más por aquí, así que te veré donde Mavis. Podemos desaparecer temprano—.

—Ya veo que estás expectante por una noche interesante—.

—Noche de Brujas —echó un vistazo mientras un espíritu demoníaco, un conejo rosa más de un metro ochenta, y un mutante transexual cruzaban la calle por delante de su coche. —Simplemente no lo alcanzo a comprender—.

—Mi querida Eve, para algunos es

sólo una excusa para hacer tonterías. Para otros es un día serio y sagrado. Samhain, el comienzo del invierno celta. El comienzo del año, con lo viejo muriendo y lo nuevo aún por nacer. En esta noche la línea entre los dos mundos es muy delgada—.

—Chico —ella simuló un estremecimiento—. Ahora sí estoy asustada.

—Esta noche nos concentraremos en utilizarlo como una excusa para ser imprudentes. ¿Quieres que nos emborrachemos y tener sexo salvaje?

—Sí —sus labios se curvaron—. Eso suena bastante bien.

—Podríamos empezar ahora. Un poco de sexo a través del monitor.

—Sería algo ilegal por parte de un oficial de servicio. Además, nunca sabes cuándo Despacho se va a entrometer.

—Entonces no mencionaré cuánto deseo ponerte las manos encima. Mi boca sobre ti. Cómo me excita sentirte debajo mío, cuando estoy dentro tuyo y te arqueas, luchando por respirar y agarras mi pelo con tus manos—.

—No, mejor que no lo menciones—, le dijo ella mientras los músculos de su muslos hormigueaban y se volvían laxos. —Te veré en un par de horas. Ah, iremos

a casa temprano. Entonces sí podrías mencionar eso.

– ¿Eve?

– ¿Si?

– Te adoro. Con una sedosa y satisfecha sonrisa en su cara, él desconectó.

Ella dio un largo y lento suspiro.

– ¿Cuándo me voy a acostumbrar a esto?– murmuró.

El sexo era lo bastante intenso como para olvidarse del mundo. Ella nunca había pensado en el acto como algo más que una necesaria liberación física ligeramente satisfactoria. Hasta que conoció a Roarke. Él podía hacer que



su boca se secase y lo necesitase con sólo una mirada. Pero era mayor el poder que él tenía en su corazón, con ese dominio firme y posesivo que era alternativamente reconfortante y aterrador.

Ella nunca había entendido el exigente poder del amor.

Frunciendo el ceño, miró hacia el apartamento al otro lado de la calle. ¿No había sido eso lo que ella había visto allí? ¿Poder y amor? Isis era una mujer fuerte y poderosa. ¿Podía el amor haberla cegado totalmente?

No era imposible, reflexionó Eve. Pero era... decepcionante, admitió. En

cuanto a sí misma, ella sabía que Roarke había pasado gran parte de su vida evadiendo la ley. Qué demonios, pensó ella, la había pisoteado.

Sabía que él había robado, estafado, hecho trampas. Sabía que él había matado. El chico del que habían abusado en las peores calles de Dublín había hecho lo que había sido necesario para sobrevivir. Luego había hecho lo que quería para beneficiarse. Tampoco podía culparle por entero.

Y si incluso ahora él usase su poder y su posición para matar, ¿qué haría ella? ¿Dejaría de amarlo? No estaba segura, pero de lo que sí estaba segura

era de que lo sabría. Y el código por el que se regía no le permitiría volver la espalda al asesinato.

Quizá el código por el que se regía Isis no era tan fuerte.

Y entonces, mientras estaba sentada en la oscuridad con los pequeños y afilados dientes del viento mordiendo sus ventanillas, descubrió que algo no le cuadraba.

Forte había confesado todo, se recordó a sí misma. Una vez que lo había enfrentado a la túnica, a la evidencia, él había comenzado a rendirse.

Eso no era del todo cierto, pensó.

Fue cuando ella metió a Isis cuando él cambió de dirección.

Protegiéndola.

Escudándola.

Sacrificándose por ella.

Con una nueva idea dando vueltas en su mente, salió de su coche y cruzó la calle.

Varias personas paseaban por la calle, muchas de ellas disfrazadas. Incluso cuando ella se subió al bordillo, una manada de adolescentes pasó precipitadamente, haciendo el suficiente ruido como para despertar a los muertos. Nadie prestó atención a la solitaria mujer con chaqueta de cuero que subía la escalera para adentrarse en

un oscuro apartamento.

Permaneció un momento en el descansillo, escudriñando la calle, los edificios circundantes. Era una zona donde la gente se ocupaba de sus propios asuntos, decidió ella. Y quizá los vecinos estarían acostumbrados a ver a gente —quizá del tipo de persona menos usual— meterse en el apartamento.

Para probar su teoría, Eve probó con la puerta. Al encontrarla cerrada, simplemente sacó una llave maestra de su bolsillo. Abrió la puerta en cuestión de segundos y esperó fuera del apartamento por si sonaba la alarma de

seguridad.

Sólo había silencio dentro.

No había seguridad, decidió ella, y resistió la tentación de entrar. El ciudadano común no tendría acceso a una llave maestra, pero había otras maneras de destrozar cerraduras inseguras.

¿Había estado el apartamento vacío el día anterior? Con Forte e Isis en la Central, ¿cómo sería de fácil para alguien más deslizarse en el apartamento, y dejar una túnica manchada de sangre en un lugar obvio?

Eve cerró la puerta de nuevo y siguió luchando consigo misma. Mirium

lo había implicado. Había dicho su nombre mientras se sentaba en el suelo, la sangre aún corriendo por sus manos.

Alucinatoria, sociopática, fácilmente influenciabile.

Maldita sea. Eve bajó las escaleras, de vuelta a su coche. La evidencia estaba ahí, ¿no era cierto? El motivo, la oportunidad. Era una jodida lista de control de libro de texto. Incluso tenía un cómplice confeso en prisión.

Un cómplice con el cual había dormido. Con el cual había tenido sexo en el Central Park, con el cual había usa su influencia para meterla en el coven justo debajo de las narices de su propia

amante.

Encajaba, se dijo a sí misma. Y ahí estaba el problema. Encajaba tan bien que era como si alguien hubiera echado aceite al engranaje. Todo lo que tenía hacer era dejar fuera el amor, el amor caritativo, dedicado e incondicional. Si lo añadías, se hacía pedazos esa parte del engranaje, chirriando en protesta.

Si había una oportunidad de que fuera un montaje, y ella había sido usada para hacer que encajara, estaba decidida a averiguarlo. Consideró llamar a Peabody, cuando al coger su enlace oyó el grito. Estaba fuera del coche, con el arma en la mano, cuando divisó la figura



de una túnica negra arrastrando a una mujer entre las sombras.

—Policía —Se lanzó hacia delante, ordenando—. Déjela

Él hizo más que eso. Corrió. Eve llegó a donde yacía la mujer, que estaba tendida boca abajo, gimiendo.

Enfundando su arma, se puso en cuclillas.

— ¿Le ha hecho daño? —Al dar la vuelta a la mujer, vio el destello de una hoja. La estaba presionando, con el filo, contra su estómago, antes de ver la cara de Selina.

—Todo lo que tengo que hacer es empujar, sólo un poquito —Selina

sonrió—. Me encantaría. Pero por ahora...— Su mano se cerró sobre la garganta de Eve. Ella sintió la presión y la punzada antes de que su vista se volviese borrosa.

—Ahora vas a ayudarme a llegar al coche. O va a parecer que es así si alguien mira —sonriendo, Selina puso sus brazos alrededor de Eve, quedándose tan cerca que parecía que estaba levantándola—. Y si no haces exactamente lo que digo, tus tripas se desparramarán sobre la acera y yo me habré ido antes de que te des cuenta que estás muerta.

La cabeza de Eve le daba vueltas,

sus piernas parecían de goma mientras Selina la conducía por la acera. — Métete—, ordenó Selina, —escúrrrete—.

Ella se encontró obedeciendo lentamente, mientras una parte de su mente protestaba. —No eres tan lista ahora, ¿verdad, teniente Dallas? Ni tan divertida. Te tenemos justo donde queríamos. Zorra estúpida. ¿Cómo colocas esta cosa en automático?

—Yo... —No podía pensar. El miedo no podía atravesar la neblina, ni el entrenamiento ni la rabia. Permaneció mirando fijamente los mandos—. ¿Automático?

Su voz fue suficiente. El vehículo

se estremeció, y entonces ronroneó de forma discordante.

—No creo que estés en condiciones de conducir —Selina echó atrás su cabeza y se rió—. Dale la dirección. Mi apartamento. Tenemos una ceremonia muy especial en mente para ti.

Mecánicamente. Eve repitió la dirección y miró fijamente hacia delante mientras el vehículo se apartaba lentamente del bordillo.

—No fue Forte—, consiguió decir, esforzándose por recobrarse—. Nunca fue él

— ¿Esa patética excusa de hombre? Él no podría matar ni una mosca aunque

se le posase en su polla. Si la tiene. Pero él y esa mestiza wiccana lo van a pagar. Has visto eso, ¿verdad? Pensaron que podrían salvar a la pequeña Alice. Bueno, eso intentó su estúpido abuelo. Mira adónde les ha llevado. Nadie me desafía y vive para contarlo. Vas a averiguar cuánto poder tengo en muy poco tiempo. Y me suplicarás que te mate y lo termine.

—Mataste a todos

—Todos y cada uno de ellos —Selina se inclinó más cerca—. Y a más. Muchos más. Prefiero los niños. Son tan... tiernos. Sorprendí al abuelo, usando su debilidad con las mujeres. Sollocé, le

dije que temía por mi vida. Que Alban me mataría. Entonces le eché las drogas en su bebida y le maté. Quería sangre pero, bueno, era casi satisfactorio el ver sus ojos mientras se daba cuenta de que estaba muriendo. Has visto cómo los ojos mueren primero, ¿verdad, Dallas? Mueren los primeros.

—Sí —la bruma estaba desapareciendo en los recovecos de su mente. Podía sentir hormiguear sus piernas y brazos mientras los nervios volvían a la vida—. Sí, lo hacen.

—Y Alice. Casi me daba pena cuando tuvimos que terminarlo. Atormentarla

día tras día era tan excitante. La forma en que saltaba ante un gato o un pájaro. Droides. Fácilmente programables. Utilizamos el gato esa noche, lo hicimos hablar con mi voz. La estábamos esperando, teníamos planes para ella, pero en cambio se abalanzó hacia la calle y se suicidó. Así que te haremos lo que habíamos planeado para ella. Aquí estamos

Mientras el coche se acercaba al bordillo, Eve probó su mano, la obligó a cerrarse en un puño. Volvió a sentirlo con fuerza, del revés, notó la satisfactoria conexión de la carne y el hueso. Entonces la puerta se abrió de

golpe tras ella, y unas manos se cerraron sobre su garganta.

Y el mundo se volvió negro.

—Ya debería estar aquí. — Aunque su apartamento estaba lleno de gente y ruido, además de luces extremadamente chillonas, Mavis puso mala cara. —Lo prometió—.

—Debe estar a punto de llegar—. Roarke se las apañó para evitar ser corneado por un toro con túnica roja, alzó una ceja ante la maníaca llamada de — ¡Toro!—. Un ángel dio vueltas por ahí, bailando desesperadamente con un cadáver sin cabeza.

—Quería que ella realmente viese lo



que Leonardo y yo hemos hecho con este sitio—. Orgullosa, Mavis hizo un rápido círculo. —Ella nunca reconocería su antigua cueva, ¿verdad?—

Roarke escudriñó las paredes color magenta con sus salpicaduras desinhibidas y vetas color cereza y pervinca. El mobiliario consistía en montones de brillantes almohadas y tubos de cristal. De acuerdo con el acontecimiento, las serpentinas naranjas y negras se balanceaban por todos lados. Los esqueletos bailaban, las brujas volaban, y los gatos negros se arqueaban.

—No—. Podía estar de acuerdo con

completa sinceridad. —Ella jamás reconocería su antiguo apartamento. Habéis hecho...maravillas—.

—Simplemente nos encanta. Y tenemos al mejor casero del planeta—. Ella lo besó de forma entusiasta.

Mientras él esperaba que su lápiz de labios púrpura no se hubiese trasladado a su cara, sonrió.

—Mi inquilina favorita.

— ¿Podrías llamarla, Roarke?— Con sus dedos inclinó la misma sombra, y dio un tirón a su manga. —Sólo dale un pequeño toque—.

—Desde luego. Vete a hacer tu papel de anfitriona, y no te preocupes. La

traeré aquí.

—Gracias—.Ella se dio la vuelta con sus brillantes zapatos rojos.

Roarke se giró con la idea de buscar algún sitio tranquilo para hacer su llamada, cuando parpadeó con la aparición.

— ¿Peabody?

Su elaborada cara pintada se derrumbó.

—Me has reconocido—.

—Apenas —con una débil sonrisa, dio un paso atrás para echar un vistazo al resto. Una larga melena rubia se rizaba sobre sus hombros, y bajaba por su espalda, sobre el sujetador con forma de

vieiras que cubría sus pechos. De la cintura para abajo, estaba encerrada en un brillante verde.

—Haces una sirena adorable

—Gracias—. Ella se reanimó al instante. —Me llevó siglos el vestirme—.

— ¿Cómo demonios haces para andar?—

—Tengo un corte para mis pies, la falda de la cola lo cubre—. Ella se contoneó hacia atrás. —Sin embargo, es bastante restrictivo para moverse.

¿Dónde está Dallas?— Ella giró su cabeza para buscarla. —Esperaba que ella se divirtiera un monton con esto.

—Aún no ha llegado

— ¿No?— Como ella no había llevado reloj miró el de él. —Son casi las diez. Sólo iba a estar donde Isis un par de horas y luego venía directamente aquí—.

—Iba a llamarla

—Buena idea—. Peabody trató de ignorar los nervios—. Probablemente estará dando rodeos. Odia las cosas como ésta.

—Si, tienes razón—. Pero estaría allí por Mavis, pensó él mientras se metía en la esquina. Y por él.

Cuando su enlace no contestó, vulneró la seguridad y la llamó directamente a su comunicador policial. Había un gran zumbido que indicaba que

estaba en espera, pero seguía sin responder.

—Algo va mal—, dijo él cuando volvió donde estaba Peabody. —No responde—.

—Déjame coger mi bolso, probaré con mi comunicador—.

—Ya lo probé—, dijo brevemente—. No responde. ¿Estaba vigilando el Spirit Quest?

—Si, quería hablar con Isis...déjame quitarme este disfraz. Iremos a ver qué ha pasado—.

—No puedo esperarte—. Se abrió camino a través de la muchedumbre mientras Peabody caminaba arrastrando

los pies y buscaba a Feeney.

Al principio, cuando se despertó, pensó que era un sueño, aturdido y caliente. La cabeza le daba vueltas, y cuando intentó llevar una mano hacia ella, se encontró con que no se podía mover.

Lo primero que apareció fue el pánico. Sus manos estaban atadas. A menudo él le había atado sus manos cuando era una niña. Al atarla a la cama, tapaba su boca con una mano para acallar sus gritos cuando él la violaba.

Tiró de ellos, sintió el indefinido y lejano dolor de las correas cortando sus muñecas. Su respiración se agitó

mientras ella luchaba. Sus piernas también estaban inmovilizadas, atadas por los tobillos de forma que sus muslos estaban extendidos.

Levantó la cabeza, tratando de ver. Las sombras se movían por la habitación, perseguidas por las oscilantes luces de docenas de velas. Se podía ver a sí misma en un espejo, una pared de cristal negro que reflejaba imágenes y luz.

Ya no era una niña, y no era su padre el que la había atado.

Se obligó a dominar el pánico. Éste no la ayudaría. Nunca lo hizo. Había sido drogada, se dijo. La habían llevado



allí, desnudado, y atado a una placa de mármol como si fuera un trozo de carne.

Selina Cross pretendía matarla, o quizá algo peor, a menos que pudiese mantener su mente clara y luchar. Continuó trabajando en las correas de sus muñecas, retorciéndose, tirando fuertemente, mientras obligaba a su cerebro a centrarse.

¿Dónde estaba? En el apartamento, probablemente, aunque no podía recordarlo. El club habría sido demasiado peligroso, lleno de gente. Era más privado allí, en esa habitación.

La habitación donde Alice había visto cómo sacrificaban a un niño.

¿Qué hora era? Dios, ¿cuánto tiempo llevaba fuera? Roarke iba a estar muy enfadado. Se mordió el labio lo bastante fuerte como para hacerse sangre y contener la burbuja de histeria.

La echarían de menos, se preguntarían sobre ella. Peabody conocía su última posición, y la buscaría.

¿Y qué de bueno podía hacer ella?

Eve cerró sus ojos pidiendo calma.

No tenía la ayuda de nadie, se dijo. Y quería sobrevivir.

La pared de espejos se abrió y Selina, cubierta con una túnica negra abierta, se adentró.

—Ah, estás despierta. Te quería así, consciente antes de que empezásemos.

Alban se adentró tras ella. Llevaba una túnica parecida y la máscara dentada y feroz de un verraco. Sin decir nada, cogió una vela gruesa y la colocó entre los muslos de Eve. Dio un paso atrás, levantó un athame realizado en marfil de un cojín negro, y lo mantuvo en lo alto.

—Ahora, comencemos.

Roarke estaba abriendo la puerta de su coche cuando su enlace de bolsillo sonó. Él lo sacó.

—¿Eve?

—Soy Jamie. Sé dónde está. La

tienen. Tienes que darte prisa.

– ¿Dónde está?– Mientras hablaba, Roarke se había metido en el coche.

–Esa zorra de Cross. La tienen dentro del apartamento. O creo que la tienen. Perdí la transmisión cuando la sacaron fuera del coche.

Roarke no esperó, sino que pisó el acelerador y voló a través del tráfico.

– ¿Qué transmisión?–

–Puse micrófonos en su coche. Quería saber qué estaba sucediendo. Puse un transmisor. Oí algo esta noche. Cross le dijo que pusiera el coche en automático, en dirección a su apartamento. Dallas debe haber estado

drogada o algo así, porque su voz sonaba extraña. Y Cross contó cómo había matado a mi abuelo y a Alice—. Su voz estaba inundada de lágrimas—. Ella los mató a los dos. Y a niños. Y Cristo...

— ¿Dónde estás?

—Estoy justo fuera del lugar. Voy a entrar.

—Permanece fuera. Maldita sea, escúchame. Quédate fuera. Estaré ahí en un par de minutos. Llama a la policía. Di que han forzado la entrada, que han disparado, cualquier cosa, pero llévalos allí. ¿Me entiendes?

—Ella mató a mi hermana —la voz de

Jaime sonaba calmada y fría de repente—. Y yo voy a matarla a ella.

—Quédate fuera—, repitió Roarke, maldiciendo mientras terminaba la transmisión. Luchando por mantener el control, llamó a lo de Mavis, preguntando por Peabody cuando la llamada fue contestada con una risa salvaje.

Ya estaba llegando al edificio de Selina cuando Peabody respondió.

—Roarke. Feeney y yo nos dirigimos al Spirit Quest justo...

—Ella no está allí. La tiene Cross, seguramente en el edificio de apartamentos. Estoy aquí, y voy a

entrar.

—Por Dios, no hagas ninguna locura. Pediré un coche patrulla. Feeney y yo estamos de camino.

—Hay un muchacho por allí, también. Será mejor que se den prisa.

Sin ningún arma, pero con su ingenio y su fuerza, se precipitó hacia la puerta.

Estaban cantando sobre ella. Alban había encendido un fuego en un caldero negro y el humo era espeso y excesivamente dulce. Selina se había quitado la túnica y ahora estaba frotando lentamente un reluciente aceite sobre su cuerpo.

— ¿Has sido violada alguna vez por

una mujer? Te voy a hacer daño cuando lo haga. También te lo hará él. Y no te mataremos rápidamente, como lo hicimos con Lobar, o como le dijimos a Mirium que matase a Trivane. V a ser lento y atrozmente doloroso.

La cabeza de Eve estaba despejada ahora, brutalmente despejada. Sus muñecas quemaban, cubiertas con su propia sangre mientras continuaba retorciéndolas contra las cuerdas.

— ¿Es así como conjuráis a sus demonios? Su religión es una mentira. Simplemente les gusta violar y matar. Los hace unos degenerados, igual que cualquier alimaña que repta por las



alcantarillas

Selina llevó su mano hacia atrás, agitándola con fuerza delante de la cara de Eve.

—Quiero matarla ahora—.

—Pronto, mi amor. —dijo Alban dulcemente—. No quieras apresurar el momento.

Él alcanzó una caja, y sacó un gallo negro. Cloqueó y graznó, aleteando mientras Alban lo sostenía sobre el cuerpo de Eve. Él hablaba en latín, con una voz musical, mientras cogía el cuchillo y le rebanaba la cabeza. La sangre comenzó a brotar, humeando sobre el torso de Eve. A su lado, Selina

gemía de éxtasis.

—Sangre, para el amo.

—Si, mi amor. —Él se giró hacia ella—. El amo debe tener sangre —y con mucha calma, rápidamente, pasó el cuchillo sobre la garganta de Selina—. Has sido tan...aburrida, —murmuró cuando ella tropezó al caminar hacia atrás, gorjeando mientras se llevaba la mano a su garganta—. Útil, pero aburrida.

Cuando ella se desplomó, él dio un paso hacia ella, se quitó la máscara, y la dejó a un lado.

—Basta de tonterías. Ella lo disfrutaba. Yo lo encuentro sofocante. —Él sonrió de forma encantadora—. No

tengo la intención de hacerte sufrir. No hay ninguna necesidad.

El hedor de la sangre era nauseabundo. Utilizando toda su voluntad, Eve se concentró en su cara.

— ¿Por qué la has matado?—

—Había dejado de ser útil. Estaba bastante loca, ya sabes. Demasiados químicos, creo, además de una personalidad defectuosa. Le gustaba que le golpease antes de tener sexo. —Él negó con la cabeza—. Hubo veces en que realmente lo disfruté. La parte de la paliza. Era muy lista con los químicos. —Distraídamente, él acariciaba una mano arriba y abajo la pantorrilla de Eve—. Y

descubrí que con la dirección adecuada, el incentivo apropiado, era una mujer de negocios inteligente. Hemos ganado una enorme cantidad de dinero durante el último par de años. Y, por supuesto, están las contribuciones de los socios. La gente paga cantidades ridículas de dinero a cambio de sexo y la posibilidad de ser inmortal—.

—Así que sólo estaban timando.

—Vamos, Dallas. Llamar a los demonios, vender el alma —se rió ahogadamente, deleitado—. Es el mejor montaje que realizado nunca, pero ya había llegado a su punto más alto. Ahora bien, Selina... —miró hacia abajo,

frotando ociosamente el pulgar sobre su barbilla— se lo había empezado a tomar en serio. Realmente creía que tenía poder —estudió el cuerpo extendido en el piso con algo así como una piedad divertida—, que podía ver en el humo, que podía invocar al diablo —él sonrió nuevamente, haciendo el signo sin edad para la locura, rotando su índice sobre la sien.

Una farsa, pensó Eve, desde el principio fue nada más que un largo montaje por dinero.

—La mayoría de los tramposos no suelen añadir el sacrificio humano a la escena.

—No soy como la mayoría de los tramposos, y unas pocas ceremonias realistas mantenían a Selina en línea. Ella desarrolló un sabor por la sangre. Yo también —admitió—, y lo encontré adictivo. Tomar una vida es una cosa poderosa, una cosa excitante.

Alban dejó su mirada vagar sobre ella, apreciando las delgadas, sutiles líneas. Selina había sido todo curvas exuberantes, justo en el límite del exceso.

—Te voy a tomar primero, después de todo. Sería un desperdicio no hacerlo.

Todo en ella sintió repugnancia de

sólo pensarlo.

—Tú fuiste el que tuvo sexo con Mirium, tú fuiste quien le dijo que matara a Trivane, el que hizo que se infiltrara con los wiccanos.

—Ella es la más maleable de mujeres. Y con un pequeño incentivo químico, algunas sugerencias post—hipnóticas, fueron selectivamente olvidadas.

—Nunca fue Selina. Es ahí donde me equivoqué. Tú no fuiste su perrito faldero. Ella era la tuya.

—Eso es muy preciso. Ella estaba perdiendo el control. Hace tiempo que lo sé. Hizo lo del policía ella sola —su

boca se afinó en un gesto de fastidio—. Ese fue el principio del fin para esto, y para ella. Él nunca nos habría detenido, y deberíamos haberlo dejado dar vueltas alrededor hasta que se diera por vencido.

—Estás equivocado. Frank no se habría dado por vencido.

—Difícilmente podramos saberlo ahora ¿no crees? —Él se dio la vuelta, llevando puntando hacia arriba una ampolla pequeña y una jeringa— Te daré sólo un poco, para sedarte. Eres realmente bastante atractiva. Puedo hacer que lo disfrutes cuando te viole.

—No hay suficientes drogas en el



mundo para eso.

—Estás equivocada, —murmuró él, y caminó hacia ella.

Roarke tuvo que obligarse para no entrar en el apartamento a la carrera. Si ella estaba dentro y en problemas, su entrada precipitada podría hacer más daño que bien. Cerró silenciosamente la puerta a su espalda. Desde el momento en que advirtió que la seguridad ya había sido desactivada, supo que Jamie había entrado.

Aun así, el movimiento en su lado hizo que se lanzara como un latigazo, agarrándolo de la garganta.

—Soy yo. Es Jamie. No puedo

meterme en el salón. Han instalado algo nuevo. No puedo desactivarlo.

— ¿Dónde está eso?

—Allí, en esa pared. No he oído nada, pero están allí. Tienen que estar.

—Sal de aquí.

—No lo haré. Y estás perdiendo el tiempo.

—Entonces mantente atrás, —ordenó Roarke, rehusándose a demorarse más.

Se acercó a la pared, deslizándose sus dedos sobre ella, ordenándose ser concienzudo, metódico, mientras cada instinto en él gritaba que se apresurara.

Si había un dispositivo, estaba bien oculto. Buscando en su bolsillo, sacó su

agenda, presionando sobre un programa. Le pareció oír el ulular distante de una sirena.

— ¿Qué es eso? —Preguntó Jamie en un susurro—. Jesús, ¿es un desactivador? Nunca he visto uno en una agenda de bolsillo.

—Tú no eres el único que conoce trucos —comenzó a hacerlo trabajar sobre la pared, maldiciéndolo por ser demasiado lento, demasiado ineficiente. Abruptamente, emitió un zumbido bajo, dando dos pitidos—. Allí está el pequeño bastardo.

Cuando la puerta deslizó al abrirse, él se encorvó y, dejando al descubierto

sus dientes, se dispuso a saltar.

Ella trató de evadir la jeringa, pero ésta fue presionada contra su brazo, luego, igual de rápido, fue removida.

—No —con una risa rápida, Alban dejó la jeringa a un lado—. No es para el sexo. Eso sería injusto para ti y un golpe para mi orgullo. Más tarde, te pondré bajo los efectos de los químicos más profundamente, de forma que no sentirás el cuchillo. Es lo menos que puedo hacer.

—Simplemente mátame, hijo de puta —con un fuerte tirón final, ella hizo estallar la correa, arrastró el brazo libre y disparó el puño hacia la cara de él.

Pero cuando trató de alcanzar el cuchillo que estaba a su lado, éste cayó ruidosamente al piso.

Entonces, sólo por un momento, ella pensó que, después de todo, los demonios del infierno estaban sueltos.

Él entró como un lobo, gruñendo y embistiendo. La fuerza de ataque de Roarke hizo volar hacia atrás a Alban, y a las velas encendidas por Alban que fueron a apagarse entre los charcos de sangre

Levantándose, Eve luchó para liberar su otra mano, y el pánico no dejó espacio para la conmoción cuando divisó a Jamie.

—Apresúrate, por Cristo santo. Agarra el cuchillo, desátame. ¡Apúrate!

Él estómago de Jamie se revolvía, pero pasó por encima del cuerpo de Selina, agarró el cuchillo. Manteniendo sus ojos fijos en la muñeca de ella, cortó la correa.

—Dámelo. Puedo hacer el resto —su mirada estaba concentrada en Roarke, en la lucha desesperada sobre el piso ensangrentado. El fuego estaba comenzando a avivarse en un rincón, originado por una candela encendida y dada vuelta— —Ahí están los polis —dijo ella cuándo oyó la sirena—, Ve y déjalos entrar

—La puerta está abierta —dijo él serenamente, rotundamente, mientras se movía hacia los pies de Eve para dejarlos libres.

Haz algo respecto de ese fuego en el rincón —ordenó ella mientras se bajaba de la placa.

—No, déjalo arder. Deja que todo el maldito lugar se queme hasta los cimientos.

Apágalo —dijo bruscamente ella otra vez, luego saltó como una loca sobre la espalda de Alban—. Tú, bastardo, hijo de puta —a la vez que ella le tiraba de la cabeza hacia atrás, el puño de Roarke voló y se estampó contra su cara.

Demonios, quédate atrás —exigió Roarke— Él es mío.

Entonces se abrazaron en un violento enredo de extremidades, para descubrir que sólo ellos dos estaban conscientes.

— ¿Te lastimó? —los ojos de Roarke se veían todavía salvajes cuando la tomó por los brazos. ¿Puso sus manos sobre ti?

—No —era ella la que tenía que mantenerse tranquila, se percató Eve, porque él no podía. No estaba totalmente segura de lo que Roarke era capaz de hacer estando en ese estado—. Él nunca me tocó. Tú te encargaste de eso. Estoy bien.



—Tú te cuidabas, como siempre, cuando llegué —él levantó su mano, clavó los ojos en la sangre que rezumaba de las raspaduras en sus muñecas, y la subió a sus labios—. Lo podría matar por esto. Tan sólo por esto.

—Alto. Es parte del trabajo.

Él luchaba para aceptar eso. Su chaqueta estaba arruinada, toda ensangrentada, pero él la tomó y la envolvió alrededor de ella.

—Estás desnuda.

—Sí, me di cuenta. No sé lo que hicieron con mis ropas, pero sería bueno traer algo puesto aparte de mi piel cuanto lleguen los refuerzos.

Ella se levantó, descubriendo que no estaba totalmente estable sobre sus pies.

—Me drogaron, —explicó, sacudiendo su cabeza para despejarse, mientras Roarke la apartaba de allí y la hacía sentar en un lugar limpio sobre el piso.

—Sólo recobra el aliento. Tengo que apagar ese fuego.

—Bien pensado. —Ella inspiró profundamente mientras él usaba una de las túnicas para ahogar las llamas, golpeándolas a lo largo del piso. Entonces ella se disparó sobre sus pies, gritando: — No. Jamie, no lo hagas. — Ella corrió hacia delante, pero ya era

demasiado tarde.

Con la cara blanca, Jamie estaba parado. El cuchillo, todavía mojado con la sangre de Alban, estaba en su mano.

—Mataron a mi familia. —Sus ojos estaban enormes, las pupilas punzantes mientras le ofrecía el cuchillo a Eve—. No me importa lo que me hagasí. Él nunca más matará a la hermana de alguien.

Ella oyó el ruido de pasos lanzándose a través de la puerta exterior, y siguiendo su instinto, agarró el athame por el mango a fin de que sus huellas digitales estuvieran en él.

—Cállate. Simplemente apaga el

infierno de ahí arriba. Peabody —Eva se volvió hacia su ayudante cuando ésta entró rápidamente con el arma en su mano—— Consígueme algo para vestirme ¿quieres?

Peabody respiró agitadamente tres veces mientras examinaba la carnicería.

—Sí, señor. ¿Están bien todos ustedes?

—Estoy bien. Cross y Alban me emboscaron, me drogaron, y me trajeron aquí. Ambos confesaron los asesinatos de Frank Wojinski, Alice Lingstrom, Lobar, Wineburg, y la conspiración para asesinar a Trivane. Alban mató a Selina, por las razones que detallaré en

mi informe. Alban fue muerto durante la lucha para contenerle. Fue confuso, no estoy segura exactamente de cómo ocurrió. No pienso que tenga importancia.

—No. —Feeney se detuvo al lado de Peabody, escudriñó la cara de Jamie, luego de Eve, y lo supo—. No creo que tenga importancia ahora. Vamos, Jamie, tú no deberías estar aquí dentro ahora.

—Teniente, con todo respeto. Pienso que sería más conveniente si tú y Roarke fueran a casa y se asearan. Estás un poco demasiado a tono con la época, como quien dice.

Eva miro a Roarke e hizo una

mueca. La sangre y el humo recubrían la cara de él.

—Te ves asqueroso.

—Deberías verte tú, teniente. —Él deslizó un brazo alrededor de ella—. Pienso que Peabody tiene razón. Encontremos una manta. Eso debería ser suficiente para que llegues a casa sin congelarte o sin ser arrestada.

Ella quería un baño tan desesperadamente que podría haber llorado.

—De acuerdo. Estaré de regreso en una hora.

—Dallas, no es necesario que regreses esta noche.

—Una hora —repitió ella—. Asegura la escena, llama al forense. Consíguele a ese chico un tecnomédico. Tiene una conmoción. Contacta a Whitney. Él querrá saber lo que sucedió aquí, y quiero a Charles Forte liberado tan pronto como sea posible.

Eva aseguró la chaqueta de Roarke alrededor de ella.

—Tú estabas en lo correcto acerca de él, Peabody. Tus instintos dieron en blanco. Son buenos instintos.

—Gracias, teniente.

—Vuélvelos a usar. Si ese niño dice cualquier cosa que no coincide con mi informe de los acontecimientos,

ignóralo. El tiene los nervios destrozados y está en shock. No quiero que nadie lo interrogue esta noche

Peabody asintió, manteniendo sus ojos cuidadosamente en blanco.

—Sí, señor. Veré que sea llevado a casa. Me quedaré en escena hasta que regreses.

—Hazlo. —Eve se dio la vuelta comenzando a abotonarse la chaqueta

— ¿Por cierto, Dallas?

— ¿Qué, Peabody?

—Ese es un tatuaje precioso. ¿Nuevo?

Eve apretó los dientes y avanzó a zancadas hacia la puerta con tanta



dignidad como le fue posible.

— ¿Ves? —Pinchó con un dedo el pecho de Roarke mientras iban andando por el corredor—, te dije que pasaría humillaciones por ese estúpido capullo de rosa.

— ¿Has sido drogado, golpeada, te han atado desnuda, y casi matado, pero una rosa en tu trasero te humilla?

—Todas las otras cosas son del trabajo. El capullo de rosa es personal.

Riéndose, él pasó su brazo alrededor de los hombros de ella, abrazándola.

—Cristo, teniente; te amo.

# Notas

1 NYPSD: New York Police & Security Department (Departamento de Policía y Seguridad de Nueva York)

2 Wicca: Culto neo—pagano creado por Gerald Garner en la década de 1950, en Inglaterra. No es ni una secta ni una organización con líderes o estructuras precisas, se trata sólo de una corriente de pensamiento esotérica. La Wicca pretende recuperar las tradiciones y cultos a los dioses paganos anteriores a la llegada del Cristianismo a Europa. Los wiccanos creen en el

culto a la Naturaleza, en el uso de la magia, y en la reencarnación, que consideran como una “evolución del alma”. El elemento sexual desempeña un papel fundamental. Los rituales del culto de Wicca se encuentran reunidos en el Libro de las Sombras.

3 Coven: Reunión de wiccanos para la práctica de sus creencias. Es asimilable al término aquelarre, pero los practicantes de la Wicca hispano—parlantes prefieren usar la palabra coven.

4 Samhain: Entre los antiguos celtas Año Nuevo, día completo extra que comienza en el hemisferio norte a la

puesta de sol el 31 de octubre (31 de Abril en el hemisferio sur). Debido al cambio de calendario la fecha no corresponde actualmente a un momento astronómico específico.

5 All Hollow's Eve: Halloween. También llamada Noche de Brujas. Se celebra la noche entre el 31 de octubre y el 1º de noviembre.

6 Referencia a la obra de Lewis Carroll “Alicia en el País de las Maravillas”.

7 Dra. Mira: Personaje secundario, recurrente en la serie de Eve Dallas. Médica psiquiatra policial.

8 MTS: Medical Technical Service

– Servicio de Técnicos Médicos

9 Scrying: Forma de adivinación consistente en la visualización u observación en una superficie cristalina y luminosa.

10 PK: Preacher's kid (Hijo de predicador)

11 Novillos: Hacer novillos: Faltar a clase sin autorización o al trabajo sin justificación.

12 Juego de palabras intraducible. Peabody dice Saint—John's—wort (Hierba de San Juan), y Eve entiende swatch of warts, (montón de verrugas)

Manicotti 13 Plato italiano consistente en pasta rellena con carne o

queso